

Editorial

Luis VIVERO ARRIAGADA

Editor adjunto

El presente número de la *Revista CUHSO* pone a disposición una serie de trabajos que corresponden a resultados de investigaciones y otros de importantes avances de procesos investigativos. Desde la diversidad epistemológica, teórica y conceptual, investigadores e investigadoras nacionales nos invitan a un debate académico en variados campos del saber, enfocados en temáticas particulares y otros que dan cuenta de la complejidad política, social, cultural y económica del mundo globalizado. Asimismo, hay miradas retrospectivas que nos permiten comprender las prácticas culturales y económicas de otros momentos, con otros significados, que nos sirven para comprender el desarrollo, no necesariamente lineal, de lo que ha sido el mundo bajo los cánones de la racionalidad moderna occidental.

Este número se inicia con un trabajo que hace referencia a la élite económica, centrada en el caso chileno. Por cierto, un fenómeno del cual no siempre resulta fácil hablar, porque generalmente son la pobreza, la exclusión y la marginalidad a las que se accede con cierta facilidad. Los autores y autoras de esta investigación son los académicos Jorge Atria, Josefina Amenábar, Javiera Sánchez, Juan Carlos Castillo y Matías Cociña. Ellos estudian los aprendizajes y desafíos que se desprenden de la investigación empírica sobre élites en Chile en las últimas dos décadas, con énfasis en la élite económica. Este interesante trabajo se sintetiza bajo el siguiente título: «Investigando a la elite económica: lecciones y desafíos a partir del caso chileno».

De alguna forma, relacionado con lo anterior, pues de cierta manera nos ofrece el marco político estructural para comprender la cuestión de las élites, el segundo trabajo corresponde a una investigación en torno a las significaciones de la democracia en los mensajes presidenciales chilenos en el periodo 1990-2014. A

partir de un análisis interpretativo de los discursos, esta investigación de Carlos Salvatore Durán Migliardi permite comprender las relaciones de continuidad y ruptura en torno a las significaciones hegemónicas que, en relación a este significativo clave del lenguaje político, han circulado en el campo político chileno desde el retorno a la democracia en 1990.

En otra línea, o más bien, en otro fenómeno que se puede encontrar como parte del caleidoscopio de las consecuencias perversas de la modernidad capitalista, el trabajo de Rodolfo Castro Salinas nos presenta un estudio derivado de la última Encuesta Nacional de Hogares (ENAHOG) del Perú. «Impacto de composición familiar en los niveles de pobreza de Perú» es el título de esta investigación, con la que se da cuenta de las condiciones de pobreza, de acuerdo a lo que se presenta en este trabajo. Los resultados obtenidos indican que las familias constituidas por padres que mantienen una unión libre o convivencia con hijos menores de edad, los hogares con número extenso de miembros y la mala calidad de empleo del jefe de familia son aspectos que incrementan la posibilidad de que el hogar sea pobre.

«La pesca y la caza marina en el desierto de Atacama: Luces conceptuales desde los documentos escritos (s. XVI-XIX)» es una investigación realizada por el profesor Benjamín Ballester. Este trabajo nos invita a descubrir un fascinante trabajo, en el cual se discuten las constantes confusiones que se generan en la definición de las categorías de captura marina, especialmente de pesca, caza y recolección. Abre un interesante debate respecto a las relaciones entre humanos y animales marinos en el litoral del desierto de Atacama, pero también —como señala el autor— fuera de los límites territoriales de esa región.

«¿Qué pueden temer los winka si los mapuche nos unimos?» es el título del trabajo realizado por el profesor Claudio Alvarado Lincopi. Un avance de investigación que presenta una discusión centrada en la historia del sindicalismo panificador mapuche durante el siglo XX en Santiago de Chile. El análisis y discusión histórica-política que se desarrolla en este trabajo hace una conexión sobre las posibilidades y formas de organización del pueblo mapuche, sin dejar por ello de considerar los múltiples efectos que dejó el colonialismo chileno, entre ellos, el desarraigo migratorio, los trabajos racializados y la discriminación, los cuales, en palabras de Quijano, hoy se expresarían en la colonialidad del saber y del poder.

«Las imágenes del comienzo de la Primera Guerra Mundial en *El Mercurio* de Santiago de Chile: de la ‘tragedia de Sarajevo’ al inicio del ‘conflicto europeo’» se titula el trabajo del profesor Juan Luis Carrellán, que nos presenta un avance del proceso investigativo en el cual realiza un análisis documental a partir de las imágenes publicadas en *El Mercurio* de Santiago de Chile referentes a los momentos

previos al inicio de la Primera Guerra Mundial. A diferencia de lo que se podría creer, el diario dio una gran cobertura y espacio a hechos históricos relevantes, que son parte del marco analítico de esta investigación, como el asesinato del heredero al trono austro-húngaro, la guerra austro-serbia y el inicio de la Primera Guerra Mundial. La hipótesis que se plantea para esta investigación sostiene que la sociedad chilena vivió con interés y preocupación los acontecimientos desarrollados en Europa tras la tragedia de Sarajevo.

Los cambios sociodemográficos que se producen, en diferentes momentos históricos y por causas diversas, sin duda generan cambios en la estructuración de la sociedad. «Chilote tenía que ser: Vida migrante transnacional en territorios patagónicos de Chile y Argentina» es el título del trabajo del profesor Juan Manuel Saldívar, el cual corresponde a los avances de una investigación etnográfica, la que se enmarca en los hitos históricos en la migración transnacional de chilotes desde los años cincuenta hasta los ensamblajes actuales en lugares de Patagonia chilena y argentina. Se aborda y analizan las etapas de movilidad vinculadas al auge económico en territorios australes. Los resultados preliminares de este estudio dan cuenta de las conexiones culturales reservadas a lugares de origen y residencia a través de la formación de comunidades, circulación de mercancías, extensión de significados y nuevas trayectorias migratorias interregionales.

Con el trabajo titulado «Componentes de tecnologías para la pesca (instrumentos triful), en ambientes lacustres y boscosos andino norpatagónicos, Argentina», los profesores Alberto Enrique Pérez, Verónica Schuster y Leandro Castiñeira presentan un avance de su proceso de investigación. En este artículo dan cuenta de nuevos hallazgos en tierra firme (superficiales y estratificados) y subacuáticos, respecto de la funcionalidad de los denominados instrumentos Triful, caracterizados de forma toponímica (lago Triful, Argentina) hace medio siglo, lo cual aun hoy día sigue siendo motivo de debate.

La escritura, sin duda, tiene efectos no solo culturales sino también políticos. En tal sentido, el avance de investigación que presenta el profesor Alejandro Clavería Cruz da cuenta de esa dimensión. El trabajo titulado «Alfabetos para escribir y para luchar. Consideraciones sociopolíticas en torno a la falta de estandarización de la escritura en mapudungun» desarrolla un interesante análisis de los alfabetos como herramientas de acción social y política, relevando el papel que juegan las ideologías lingüísticas, lo cual permite comprender la diversidad de la sociedad mapuche actual.

El trabajo titulado «Identidad étnica, discriminación percibida y procesos afectivos en jóvenes mapuche urbanos», de las académicas Natalia Zañartu Ca-

nihuante, Fabiola Sáez Delgado, Carola Zañartu Canihuante, Pamela Grandón Fernández y Andrea Aravena Reyes, se sitúa desde la psicología para levantar un análisis crítico respecto de las formas de construcción de identidad de jóvenes mapuches. En tal sentido, a partir de un trabajo de carácter investigativo aporta a la discusión y comprensión de la conformación identitaria en jóvenes que se identifican a sí mismos como mapuches. Pone en debate las formas de violencia y discriminación que viven cotidianamente los jóvenes mapuches en el contexto del Chile urbano de hoy.

Los dos últimos trabajos que se presentan en este número de *CUHSO* corresponden a la entrevista realizada a la profesora Susanna Hoffman, PhD. en Antropología, University of California, Berkeley. La entrevista, entre otros aspectos, se centra en la importancia de la antropología de fenómenos de desastres. Un tema muy atingente a nuestra realidad, que se caracteriza por diferentes tipos de desastres naturales, que son parte de la historia de nuestro país. Y finalmente, a cincuenta años de la Reforma Agraria y, particularmente, de la aprobación de la ley de Sindicalización Campesina y de la ley de Reforma Agraria, el profesor Emilio Moya nos presenta una reseña al libro de Octavio Avendaño, titulado *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973. Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*. Este trabajo, publicado en el presente año por la Editorial Lom, ofrece un debate en torno al rol que jugaron los partidos políticos en aquel contexto, especialmente los sectores de la izquierda chilena.

El mundo occidental moderno, caracterizado no solo por un evidente avance tecnológico y por importantes descubrimientos científicos, también nos muestra —o nos oculta— consecuencias perversas que, entre formas más específicas, pueden sintetizarse en expresiones de exclusión y desigualdad que siguen separando y ubicando a unos y unas, de los y las otras, de los nadie como tan crudamente nos dicen los versos de Eduardo Galeano. La *Revista CUHSO* es una expresión concreta de resignificación y construcción de conocimientos desde el sur. En tal sentido, estos saberes, representan en sí mismos una práctica de descolonización del saber y del poder. Por lo tanto, es una apuesta epistémica y política que se puede palpar en cada uno de los trabajos que aquí se presentan.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**Investigando a la élite económica:
Lecciones y desafíos a partir del caso de Chile**

*Researching the economic elite: lessons and challenges
from the Chilean case*

Jorge ATRIA

Pontificia Universidad Católica de Chile

Josefina AMENÁBAR

Universidad Diego Portales, Chile

Javiera SÁNCHEZ

Liceo Amador Neghme, Chile

Juan Carlos CASTILLO

Pontificia Universidad Católica de Chile

Matías COCIÑA

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Chile

RESUMEN Este artículo estudia los aprendizajes y desafíos que se desprenden de la investigación empírica sobre élites en Chile en las últimas dos décadas, con énfasis en la élite económica. Utilizando doce entrevistas semiestructuradas a expertos que han investigado a este grupo en Chile y una operacionalización específica para diferenciar los criterios y prioridades de cada investigador, los resultados sistematizan los fundamentos para optar por el concepto de *élite* por sobre otros (como *clase dominante* o *aristocracia*), las estrategias para definir el universo y muestra, y las dificultades de este tipo de estudios. Los resultados contribuyen al análisis reflexivo sobre las formas en que las élites contemporáneas son estudiadas, a lo que se añaden también desafíos pendientes y

líneas de investigación a futuro que vinculen esta área con otros fenómenos de relevancia para la vida social.

PALABRAS CLAVE Sociología de las élites, élite económica, métodos de investigación, desigualdad.

ABSTRACT This paper lays out the lessons and challenges that stem from the last 25 years of research on Chilean elites. Particular emphasis is given to works that study economic elites. Based on 12 in-depth interviews with some of the main researchers in the field, the paper offers a systematic analysis of the grounds on which these researchers justify their use of the concept of elites to refer to the upper strata of Chilean society, in detriment of other concepts such as ruling class or aristocracy. The paper also analyzes the approaches and strategies used by them, their samples and methods, and the difficulties they find in the fieldwork, contributing to a reflexive analysis on the ways of researching the contemporary elites. Finally, challenges and avenues for future research in this area are proposed.

KEYWORDS Sociology of elites, economic elite, research methods, inequality.

Introducción

Es ampliamente reconocido en las ciencias sociales que las élites constituyen un actor central a la hora de analizar estructuras y procesos en la sociedad. Temas como la creciente y persistente desigualdad, las disputas sobre el rol del Estado, las críticas respecto a la distribución del poder, así como las dudas sobre la subordinación del dinero en los regímenes democráticos, son todos aspectos que se relacionan directa o indirectamente con la ocupación de posiciones de prestigio y la conducción de las sociedades en general. A pesar de ello, la investigación sobre élites se caracteriza por su irregularidad (Khan, 2011), tanto en términos conceptuales como metodológicos.

Conceptualmente, no existe una comprensión acabada sobre quiénes forman parte de la élite, qué roles cumplen y de qué manera acceden a tales posiciones (Savage y Williams, 2008: 2-3). Lograr definiciones precisas en este ámbito se topa con que las élites se vinculan a una diversidad de otros temas, como la educación y el mérito (Khan, 2012), la tributación y los flujos de riqueza que circulan entre las naciones (Zucman, 2015; Piketty, 2014; Tanzi, 2014) y las dinámicas sociales e

institucionales que dificultan o hacen posible la desigualdad (Rosanvallon, 2012; Atria, 2014; Dubet, 2011). Por otro lado, existen una serie de dificultades metodológicas asociadas a esta irregularidad conceptual, como la distinción entre élites y clases (Bull, 2015), las estrategias para obtener información sobre élites, en especial de los grandes grupos empresariales (Schneider, 2014), o la determinación de la unidad de análisis y la selección de la muestra (Ossandón, 2013; Reis y Moore, 2005).

Tomando en cuenta estas dificultades, este artículo se enfoca en los aprendizajes y desafíos identificados por expertos que han investigado este tema, con foco en las élites económicas. Dada la fragmentación y disparidad de la agenda de investigación sobre élites, nuestra propuesta es resaltar y distinguir sus aspectos comunes y sus particularidades desde la experiencia directa de investigadores, sistematizando las perspectivas y prácticas que han sido utilizadas en sus trabajos más relevantes. Los aspectos específicos a explorar son: i) las distintas definiciones teóricas utilizadas para investigar a la élite, en particular la élite económica; ii) los fundamentos y estrategias de delimitación de universo y selección de muestra; y iii) las principales limitaciones metodológicas que sugieren estos trabajos. Para esto, se realizaron doce entrevistas semiestructuradas a investigadores que han estudiado las élites chilenas en las últimas dos décadas.

Investigadores de distintas disciplinas han analizado distintos tipos de élite usando diferentes metodologías y dirigiendo su interés a diversas temáticas. Con este estudio se busca sistematizar las formas concretas en que este tipo de trabajos se han llevado a cabo en las ciencias sociales, contribuyendo a un análisis reflexivo que entienda las condiciones a partir de las cuales este tipo de conocimiento científico ha sido producido y que favorezca la observación de limitaciones y desafíos en este campo, teniendo en consideración las distintas visiones de los investigadores y sus maneras de acercarse a la realidad social (Bourdieu, 2004; Bourdieu y Wacquant, 1992). En este sentido, consideramos que el estudio de la élite económica chilena puede aportar evidencia significativa para una agenda de investigación sobre élites, pero también para el estudio de la desigualdad y las trayectorias de desarrollo en América Latina.

El artículo se organiza de la siguiente manera. Primero se realiza una extensa revisión de literatura para observar los principales enfoques que han marcado el debate sobre élites en el siglo XX, considerando una gran variedad de tradiciones y autores. Esta sección concluye con un foco en la élite económica y con un modelo de análisis para investigar empíricamente a la élite. Segundo, se describe la metodología y el plan de análisis de los resultados. Tercero, los resultados son

expuestos considerando los tres aspectos indicados anteriormente (definiciones para investigar a la élite, fundamentos y estrategias para la delimitación de universo y selección de muestra, y limitaciones metodológicas). Finalmente, se sintetizan los principales resultados y se proponen algunos desafíos para continuar esta agenda de investigación a futuro.

La literatura sobre élites

Las ciencias sociales han utilizado distintos conceptos para examinar los procesos de conducción de las sociedades y los fundamentos de legitimidad sobre los que descansan las posiciones superiores en diversas esferas sociales. Los conceptos de *élite*, *clase dominante*, *clase gobernante*, *aristocracia* y *oligarquía* representan aquellos con mayor tradición en la literatura.

El uso de estos conceptos deriva de diferentes interpretaciones que dan los autores a las grandes discusiones en este campo, entre las que se encuentran: i) el grado de control de ciertos recursos, que comprende desde la propiedad de los medios de producción hasta la posesión de riqueza material, o de ciertos talentos y habilidades especiales (Poulantzas, 1976; Khan, 2012; Marx, 1978; Friedrich, 1950); ii) la independencia o interrelación entre las posiciones de prestigio de distintas esferas sociales (Aron, 1966; Mills, 1957; Domhoff y Ballard, 1968); iii) el fundamento que sostiene la ocupación de una posición superior, resaltando la disyuntiva entre adscripción y logro (Keller, 1963; Hartmann, 2008); iv) la potencialidad de reproducción de esa posición o de un cambio social que modifique la cúpula dirigente, incluyendo dinámicas grupales de circulación, reemplazo o cooptación (Pareto, 2008; Bourdieu, 2011; Bernecker y Zoller, 2007; Münkler, 2006); v) la influencia de quienes ocupan cargos de prestigio sobre el resto de la comunidad, en términos del uso del poder (Acemoglu y Robinson, 2012; Winters, 2011); y vi) las diferencias de comportamiento entre este grupo y otros segmentos sociales (Di Caprio, 2014). El presente trabajo aborda estas discusiones desde el concepto de élite.

El concepto de *élite* adquirió relevancia en la reflexión sociopolítica en el tránsito al siglo XX, en el contexto de la reestructuración del poder de la burguesía frente a la irrupción del proyecto democrático y al ascenso creciente de nuevas capas sociales con pretensiones de participación (Krais, 2003: 36).¹ Desde enton-

1. El concepto de *élite* muestra en este punto de partida una diferencia con el de *clase*. En la interpretación de Poulantzas (1976: 198-199), las teorías de élite, algunas teorías de clase

ces ha suscitado múltiples debates teóricos y empíricos, constituyendo una clave analítica relacionada con la conducción de las sociedades y las relaciones de tensión, imitación o cooperación con el resto de los ciudadanos. En este sentido, al igual que los otros tópicos para referir a estos fenómenos, no es un concepto neutral ni unívoco, tiene una fuerza ideológica particular (Bottomore, 1993) y además varía y se diversifica con los cambios experimentados por cada sociedad y sus contextos particulares (PNUD, 2013).

Enfoques y definiciones divergentes

Uno de los grandes consensos que subyace a las definiciones de élite se encuentra en su comprensión como una minoría que tiene poder (Mosca, 1980). El mayor desafío que experimenta esta visión es la idea de que, producto de la creciente diferenciación funcional y una cada vez mayor división del trabajo, no existe una sola élite, sino más bien distintos grupos que controlan diferentes recursos (Mills, 1957; Bottomore, 1993; PNUD, 2015; Khan, 2012). Sin embargo, varios estudios encuentran en distintas realidades nacionales la persistencia de una cierta cohesión grupal entre las élites, pese a su diversidad funcional (Gilens y Page, 2014; Ossandón, 2013).² Del mismo modo, debido a la globalización se ha empezado a hablar de una *superclass* (Rothkopf, 2008) o de una élite globalizada (Khan, 2012).

La literatura deja ver dos líneas de análisis para identificar a la élite, una relacionada con las posiciones que ocupan los individuos en las diferentes áreas de la sociedad y otra que considera que su poder de influencia proviene de su reputación social. Ambos enfoques no son excluyentes en las definiciones de la élite.

no marxistas y los planteamientos de Weber reconocen la existencia de clases sociales, pero como parte de un sistema de estratificación más amplio en el que también se consideran otros grupos paralelos y externos a las clases, los que pueden eventualmente tener un rol más importante que ellas. Contrariamente, el marxismo replica que la división de la sociedad en clases es pertinente para todos los niveles de análisis, tanto en términos teóricos, como metodológicos y de la realidad social. De esta manera, la categoría de clase constituiría el marco de referencia para cualquier estratificación social.

2. Estos dos argumentos —la existencia de distintos grupos controlando diferentes accesos en lugar de una sola élite, y la vinculación de facto entre esos distintos grupos dado que los integrantes de sus respectivas cúpulas forman parte de un mismo grupo económico— son criticados por autores contrarios a las teorías de élite. Para sus críticos, esos argumentos no resuelven los posibles problemas del concepto de clase ni ofrecen una mejor alternativa. Véase, por ejemplo, Poulantzas (2007).

La concepción que sugiere la primacía de lo posicional puede advertirse en las investigaciones seminales sobre este concepto, en especial de Pareto, Mosca y Michels, quienes plantean que en toda sociedad existe una élite definida como un grupo minoritario de personas que poseen poder, el cual les permite controlar y dirigir la sociedad (Pareto, 2008; Rovira, 2011; PNUD, 2013). Lo posicional se observa en la comprensión de la élite como una clase política o gobernante, compuesta por quienes ocupan los puestos en los que se toman las decisiones políticas, pudiendo de esta manera dirigir a la no-élite o clase gobernada (Bottomore, 1993). Pareto profundiza en esta dirección al destacar el carácter funcional de la élite, en tanto representaría los individuos de mejor desempeño en cada rama de actividad (Bottomore, 1993), un aspecto también desarrollado por Keller (1963). Para Aron (1966: 204), la élite describe a todos los individuos que ocupan un lugar alto en la jerarquía en términos de riqueza o prestigio, siendo la clase política un grupo más estrecho que ejerce funciones de gobierno, y la clase dominante una categoría intermedia entre ambas, incluyendo a los privilegiados que sin ejercer actualmente funciones políticas influyen a quienes gobiernan y a quienes obedecen dada su autoridad moral o poder económico. Mills (1957), por su parte, utiliza un enfoque posicional para analizar empíricamente la sociedad norteamericana de los años cincuenta, concentrándose en las interconexiones entre las esferas política, económica y militar.

La segunda línea de análisis encuentra que, en muchos casos, la obtención de influencia por parte de una minoría de individuos no se basa en la ocupación de una posición de poder, sino en la reputación. Esto se traduce en definiciones de la élite que la caracterizan como una minoría que se diferencia de la mayoría por su prestigio, autoridad o por su representación del estatus económico y político (Waldmann, 2007; Pelfini, 2014). Algunos autores enfatizan que la posesión de algún atributo valorado positivamente por la sociedad generaría una diferencia sobre el resto, otorgando poder e influencia a un individuo, un aspecto anteriormente abordado por Mosca (Bottomore, 1993; Gallino, 2001; Mills, 1957).

En esta segunda línea de análisis hay variaciones respecto a qué lleva a un individuo a ser considerado élite. Se cuestiona si se trata de los individuos más capacitados en un área —lo que se analiza usualmente como mérito (Hayes, 2012; Silva, 2010; Joignant y Guell, 2011)— o si más bien dominan elementos como la posesión de recursos. Entre los autores contemporáneos, Khan centra su definición en este aspecto, al referir a la élite como «aquellos que tienen un control desproporcionado sobre un recurso o sobre el acceso a éste» (Khan, 2012: 362), lo que se destaca más allá de la posición o el mérito.

La interrogante sobre qué lleva a ser considerado élite forma parte de una discusión que la literatura ha seguido actualizando. Para el caso de América Latina y Chile existen numerosos trabajos que analizan, por ejemplo, la importancia de los tecnócratas, cuyo alto nivel de capacitación en un área les ha permitido formar parte de la élite. Este grupo se compone principalmente de abogados, sociólogos, ingenieros y economistas, adquiriendo preeminencia en las altas esferas políticas (Dezalay y Garth, 2002; Silva 2006; Markoff y Montecinos, 1993; Silva, 1992).

Para Silva (1992), los intelectuales han escrito la historia política, económica y social de Chile confiriendo centralidad absoluta a los partidos políticos, cuando en realidad ellos también han jugado un rol decisivo en las transformaciones nacionales. Aunque es posible reconocer ejemplos de aporte tecnocrático en los gobiernos de Alessandri y de la Concertación, el caso de los Chicago Boys muestra en su forma más nítida la incorporación de este grupo —en particular, los economistas— en el poder político (Markoff y Montecinos, 1993). Los tecnócratas exhibieron también su injerencia en el mundo empresarial en el tránsito del burgués terrateniente de los años sesenta al «nuevo empresario» de los años ochenta, figura representada por profesionales que antes del gobierno dictatorial se habrían dedicado a empresas o empleos públicos, pero que con el retiro del Estado y la privatización de las empresas se volcaron al emprendimiento de actividades independientes (Montero, 1996: 165).

Rol y función de la élite

Pareto, Mosca o Michels no mostraban una visión muy positiva sobre la democracia, lo que se unía a la afirmación de la desigualdad de capacidades intelectuales entre los hombres (Aron, 1966). Esto sustenta la creencia en la inevitabilidad de la élite, la que para Pareto (1996) se mantiene incluso en el gobierno de un régimen absolutamente democrático. Sin embargo, aun la aceptación de esta creencia no implica un consenso sobre qué rol y cuáles funciones desempeña la élite. Una distinción posible sugiere dos corrientes, una que otorga una relevancia más positiva a este grupo y otra más crítica del rol que pueden jugar en la sociedad.

Junto con atribuir un carácter natural a la existencia de la élite, la primera corriente sugiere una cierta superioridad moral. La élite es imprescindible y sus miembros son quienes deben renovar la moral y determinar los sistemas normativos que adoptan las sociedades (Burke, 2009; Keller, 1963). Estos autores, entre los que se cuentan Stammer, Aron y Freund, investigadores de la élite de los años cincuenta, suelen considerar a la élite como un grupo de notables, los mejores de

cada sociedad, lo que justificaría su idoneidad para asumir roles protagónicos, destacando sus juicios propios y una visión responsable y de largo plazo, garantizando la continuidad del orden social (Waldmann, 2007; Keller, 1963). Para Mills (1957), los conservadores conceden superioridad moral a la élite, defendiendo la idea de que podrían ser individuos pobres o ricos, ya que lo que los identifica como élite es la clase de individuos que son. Por último, al recaer en las élites imputaciones de responsabilidad e influencia en el devenir de los Estados, pueden ser sujeto de imitación o agresión popular (Joignant y Güell, 2011).

La segunda corriente argumenta que la élite utiliza su poder para influir en el desarrollo económico, político y social, pero priorizando el beneficio propio y no el común, pudiendo incluso negar sus privilegios a otros, olvidándose de las clases populares y obstaculizando cambios que no están a su favor (Khan, 2012; PNUD, 2015; Sweezy, 1968: 120-121). En esta visión, una influencia desproporcionada de la élite sugeriría un funcionamiento institucional poco autónomo, dificultando el logro de objetivos sociales esperados en democracia y, en un nivel más amplio, el desarrollo de los países (Acemoglu y Robinson, 2012; Winters, 2011). Esto implica concebir la relación entre estructura institucional y formación de las élites como un *two-sided play*, donde las instituciones seleccionan y forman a aquellos que llegan a las posiciones más altas y, a la vez, aquellos en el tope de la estructura institucional poseen grandes cuotas de poder para administrar estas mismas instituciones (Mills, 1957: 248).

Dinámicas de la élite

La descripción de las élites como minorías activas en circulación permanente, que incluye procesos de ascenso, declive y reclutamiento de nuevos miembros (Pelfini, 2014: 55) ha sido discutida desde las teorías clásicas —en particular por Pareto— a partir de la noción de «circulación de las élites» (Pareto, 1996). Esto implicaría que una élite puede ser sustituida por una contra-élite, o bien renovada por la inclusión de nuevos miembros destacados por sus talentos, o por provenir de otros grupos sociales (Pareto, 2008; Khan, 2012; Bottomore, 1993; Rovira, 2011).³

3. A la circulación de la élite se opone la idea de que este grupo es capaz de adaptarse a los cambios sociales, manteniéndose los mismos sujetos o grupos en el poder a pesar de transformaciones en la estructura social. Un ejemplo de esto sería la integración de nobles en los ministerios públicos cuando cayó el régimen feudal en Alemania (Waldmann, 2007; Michels, 1962).

Mosca no creía en una renovación constante, sino que planteaba la existencia de periodos donde la élite se abre e incorpora elementos nuevos, y otros donde se cierra y trata de mantener sus privilegios (Joignant, 2009). Por su parte, Michels enfatizaba que las dinámicas organizacionales inevitablemente terminan en la conducción por parte de una minoría dirigente, dando lugar a la denominada «ley de hierro de la oligarquía» (Michels, 1962), resaltando la capacidad de la élite de dominar las estructuras de poder de las organizaciones, en detrimento de un funcionamiento basado en un sistema de democracia directa.⁴

Estos procesos no son totalmente excluyentes, ya que la élite puede cambiar en los momentos en que cae un régimen. En tales coyunturas, la élite puede adaptarse a los cambios sociales y tomar el poder, o bien pueden incorporarse nuevos miembros transformando el grupo lentamente (Khan, 2012). Así, es posible que en las sociedades se genere un quiebre radical que lleve al poder a un grupo totalmente nuevo, o que la circulación de la élite conviva con un grupo que tradicionalmente ha sido parte de ella.

Como esta revisión de literatura sugiere, existen numerosos enfoques y autores que a través de trabajos de análisis teórico, histórico o conceptual han contribuido notablemente a la caracterización de las élites, delineando los principales fundamentos, tensiones y diferencias conceptuales en este campo. De esta forma, la investigación empírica puede complementar estos esfuerzos y aportar nuevos elementos para la construcción del objeto de estudio, esto es, la comprensión de qué es lo que define a los grupos superiores en la sociedad, y cuáles son los mecanismos que explican su ascenso y reproducción.

Élites económicas

La relevancia de la élite económica fue planteada implícita o explícitamente por las ciencias sociales desde sus inicios. En las distintas etapas en que la investiga-

4. A juicio de Raymond Aron, la idea de la «ley de hierro de la oligarquía» deja varios dilemas sin resolver. Si bien es plausible que exista siempre una minoría que gobierne, pueden presentarse grandes diferencias en la composición de ese grupo, como también en sus métodos de reclutamiento, en las estrategias para consolidarse y acceder al poder y en el ejercicio de la autoridad. Es también fundamental clarificar cómo se relaciona la clase política con otros grupos privilegiados que detentan poder y prestigio (Aron, 1966: 204-205). Complementariamente, para Lasswell y Kaplan (1965: 202), el grado de democracia en una estructura social no depende de la existencia de una élite, sino de las relaciones entre élite y masa, enfatizando las formas de reclutamiento y de ejercicio del poder.

ción sobre élites ha adquirido dinamismo, se ha mostrado su enorme injerencia en las dinámicas de reproducción, cambio y conducción social, como también los mecanismos de distinción y clausura (Pareto, 2008; Bourdieu, 1999) que facilitan la acumulación de recursos y la conservación de una posición aventajada en el orden social (Piketty, 2014; Winters, 2011). Por estas razones, el estudio de las élites económicas resulta indispensable para comprender tanto la composición y el comportamiento de los grupos superiores, como las relaciones de poder que operan en la estructura social de los países.

Pese a esto, la investigación sobre élites políticas suele prevalecer sobre aquella dedicada a la élite económica. Dos razones que pueden justificar esta preponderancia son la mayor dificultad de acceso y un mayor desinterés de este grupo en participar en estudios. Contrariamente a la élite política, cuyos integrantes ostentan cargos de representación pública o pueden aspirar a tales posiciones —lo que en ambos casos requiere una mayor apertura a la ciudadanía y una mayor disposición a abordar distintos temas de interés nacional—, la élite económica puede presentarse ante la ciudadanía y ejercer influencia social utilizando distintas modalidades. Asimismo, mientras la investigación sobre élites políticas puede, por ejemplo, beneficiarse de los datos de contacto públicos de los representantes en el Parlamento, y de cargos clave en el Gobierno y en partidos políticos, el acceso a la élite económica está lleno de impedimentos y se basa en información de contacto que no necesariamente es de acceso público, requiriendo usualmente un trato previo con intermediarios y una justificación específica que explique lo que se requiere y convenza al sujeto contactado de acceder a tal invitación.

Durante los últimos años, y luego de un período en que la desigualdad ocupó un lugar marginal en el debate académico (Atkinson, 1997), el estudio de las élites económicas ha tomado nueva fuerza, contribuyendo a la comprensión sobre un rasgo saliente en el aumento de la desigualdad en los capitalismos avanzados, a saber, la gran concentración de ingreso en la parte superior de la distribución (Alvaredo, Atkinson, Piketty y Saez, 2013). Aunque en América Latina la desigualdad de ingreso tiene una historia más extensa, la ampliación del debate en países de ingreso alto ha intensificado la discusión regional y las comparaciones entre continentes y modelos de desarrollo. La particular estructura del sistema capitalista latinoamericano tiene entre sus características la persistente producción de altos niveles de desigualdad, con una gran concentración del capital en grupos económicos de gran tamaño (Schneider, 2013). Este patrón, de raíces históricas profundas (Rodríguez Weber, 2017) está asociado con un amplio despliegue de poder estructural e instrumental de las élites frente a los Estados (Fairfield, 2015).

Esto justifica la necesidad de producir nueva evidencia sobre la élite económica, como un complemento al conocimiento sobre élites políticas, y como estrategia para indagar en las interconexiones entre estas esferas y otras de relevancia social.

Si bien la élite económica chilena comparte algunos rasgos con otras élites latinoamericanas, posee también ciertas particularidades, configurando un caso de interés para las ciencias sociales. La literatura muestra que se trata de un grupo extremadamente liberal en lo económico (PNUD, 2004, 2015), que percibe el mayor porcentaje de recursos entre países en que se ha estudiado la concentración de ingreso en la región (López, Figueroa, y Gutiérrez, 2013; Fairfield y Jorratt, 2015), y que se encuentra muy cohesionado, en especial a través de gremios empresariales, canalizando efectivamente sus intereses en distintas reformas y negociaciones con el sector público (Silva, 2002; Nápoli y Navia, 2012; Fairfield, 2010; Atria, 2015; Undurraga, 2013). Es también un grupo altamente clausurado en términos de movilidad social (Espinoza y Núñez, 2014; Torche, 2005), homogéneo y relativamente conservador en términos religiosos (Thumala, 2007) y concentrado geográficamente en un área bien delimitada de la capital (Rasse, 2015).

Los trabajos históricos han producido valiosos aportes para documentar cómo estos rasgos de la élite económica se han construido a lo largo de la historia de Chile. Esto comprende tanto su composición inicial —familias tradicionales y sus descendientes, quienes en la Colonia recibieron tierras para explotar por medio de actividades agropecuarias—, como también la integración de nuevos actores posteriormente —encomenderos, intelectuales y comerciantes extranjeros, sin dejar de ser un grupo minoritario con vínculos entre sus integrantes (De Ramón, 2003; Edwards, 1928)—, y las dinámicas para proteger sus intereses, en particular reforzando las alianzas con el poder político, constituyendo agrupaciones empresariales (De Ramón, 2003) y adaptándose a momentos como la cuestión social y las posibles pérdidas de consenso social sobre su mantención en el poder (Morris, 1967).

Un modelo para estudiar empíricamente a la élite económica

Considerando los múltiples enfoques y definiciones revisados, en esta sección se propone una taxonomía que facilita su indagación empírica. Para esto, los conceptos y tipos de élite reportados en la literatura fueron ordenados a partir de dos ejes centrales. Ellos permiten estructurar el análisis en respuesta a las dos discusiones antes mencionadas: una sobre el rol que juega la élite en la sociedad, y otra sobre la fuente desde la cual se origina ese poder.

Tabla 1. Taxonomía de la élite

		Origen del poder		
		Recursos	Mérito	Herencia/Adscripción
Rol en la sociedad	Posicional			
	Reputacional/Estatus			

Fuente: Elaboración propia

La tabla 1 presenta una matriz organizada en los dos ejes centrales ya descritos. Respecto al primer eje —rol de la élite— se definieron dos categorías, una posicional y una reputacional, las cuales permiten que el trabajo empírico se conecte e interprete en diálogo directo con la literatura. Respecto al segundo eje —origen del poder de la élite— se proponen tres grandes fuentes: disposición de recursos, características adscritas versus heredadas, y mérito. Aunque en trabajos previos se pueden distinguir elementos de ambas discusiones, pocos incluyen conjuntamente la distinción del rol que juega la élite en la sociedad, y el origen del poder que les permite tener tal condición. Por ejemplo, la definición de Khan (2012) se centra en el segundo eje, mientras que la definición de los clásicos le da más importancia al primero. Como se verá en la sección de resultados, esto resultó útil para obtener un análisis sustantivo sobre cuestiones específicas de las élites y su posicionamiento, y también para generar explicaciones más amplias, relacionadas con la influencia de la élite en la conducción y desarrollo social.

Hoffmann-Lange (2007) propone una operacionalización similar de los métodos de identificación de la élite, considerando el método reputacional, decisional y posicional. Cada uno de ellos se define por la combinación de posiciones formales, liderazgo o influencia, y la participación activa en la toma de decisiones. Coincidimos en que en los estudios de élite existen combinaciones de los distintos métodos, por lo que en esta taxonomía no se considera el método decisional, pues combina posiciones formales e influencia en la toma de decisiones, lo que se entiende como reputación. Por otro lado, se incluyeron los factores que originan la pertenencia a la élite y aquellos que ayudan a mantenerse en ella en el segundo eje, para así obtener un análisis más acabado de las definiciones y métodos que utilizan los diversos autores al estudiar este grupo.

Metodología

La metodología utilizada en la presente investigación fue de tipo cualitativa, a través de entrevistas en profundidad semiestructuradas, técnica que permite indagar en la pregunta de investigación, abordando también los ámbitos de interés de los participantes. La unidad de análisis fueron investigadores de la élite chilena. La muestra se definió a partir de la revisión de la literatura contemporánea sobre élites, escogiéndose en específico a autores que hubiesen publicado trabajos sobre el tema en las últimas dos décadas. La revisión de estos textos constituyó también un insumo clave para el diseño y análisis de las entrevistas.

El trabajo de campo se realizó entre octubre de 2015 y julio de 2016. Se entrevistó a doce investigadores, cuya afiliación institucional representa a siete universidades (chilenas o internacionales) y dos organizaciones no académicas. Los investigadores tenían que tener estudios que consideraran el análisis de élites chilenas, ya sea élites políticas, económicas, empresariales o en términos generales. De los doce investigadores entrevistados, diez de ellos son hombres y dos son mujeres. Las entrevistas fueron realizadas presencialmente en espacios laborales, particulares o públicos, y en tres casos virtualmente, al tratarse de investigadores residiendo fuera de Chile. Dado que algunos de los entrevistados prefirieron el anonimato de las citas, se definió un identificador para referir a cada uno de ellos. La duración promedio de las entrevistas fue de una hora.

Para las entrevistas se definió una pauta guía con elementos clave para abordar en todos los casos. Ésta se estructuró a partir de la pregunta de investigación en torno a tres grandes módulos: i) definición teórica de élite, ii) definición teórica de élite económica, y iii) selección de la muestra y aplicación empírica. Aunque los participantes han realizado estudios sobre distintas élites y con distintas metodologías, las entrevistas se concentraron en el análisis de la élite económica, al representar el grupo más complejo de caracterizar en términos socioeconómicos y de estudiar empíricamente.

El plan de análisis siguió una metodología de análisis de contenido, compuesta por siete etapas: i) definición de la pregunta de investigación, ii) selección del material, iii) construcción de un marco de codificación, iv) segmentación, v) codificación de prueba, vi) análisis principal, y vii) interpretación y presentación de los hallazgos (Schreier, 2014). Para el análisis de contenido se consideraron principalmente las entrevistas a los investigadores. La literatura revisada se incorporó en la interpretación de resultados. Para el marco de codificación se definieron doce categorías basadas en los objetivos y la pauta de entrevista, abarcando desde

«definición teórica de élite económica», hasta «estrategias de acceso utilizadas en la investigación». Para la segmentación se transcribieron y distribuyeron fragmentos de las entrevistas en las categorías del marco. En la etapa de codificación de prueba se eliminaron o agruparon categorías, enfocando el trabajo en los tres módulos descritos anteriormente. Finalmente, se analizó la totalidad del material, combinando aquello extraído de las entrevistas con sistematizaciones e interpretaciones de los(as) autores(as), de modo de vincular los relatos con un análisis más amplio sobre la investigación empírica de las élites.

Resultados

Definiciones de la élite y diferencias con otros conceptos

En la discusión sociológica del estudio del poder y el privilegio se han usado distintos conceptos, entre los cuales los entrevistados mencionan el de *clase alta*, *clase dominante*, *milieu* y *élite*. Mientras algunos investigadores dejan ver un uso combinado de estos conceptos, otros utilizan nociones más precisas, estableciendo diferencias claras entre ellos, sus límites y las justificaciones que remiten al uso de uno u otro. De las entrevistas se desprenden cuatro grandes temáticas imprescindibles para definir a la élite que resultan diferenciadoras entre los investigadores: el poder, el *habitus*, la conducción y la circulación.

Transversalmente, se observa entre los entrevistados la afirmación de la élite como un grupo minoritario y con grandes cuotas de poder. La mayoría, siguiendo la perspectiva de Mills en *The power elite*, sostiene una idea pluralista de élites (en el dominio económico, político, intelectual y militar, entre otros), aunque en la práctica se reconoce su imbricación, pudiendo entenderse en la realidad chilena como una sola élite. Entre los entrevistados se destaca, sin embargo, el uso del concepto de élite por sobre el de clase dominante. Esto, pues se le atribuye una connotación más amplia y neutral, estableciendo que no existe un único e idéntico grupo que prevalece en todas las esferas de la vida social, o al menos reconociendo la potencialidad de ciertas renovaciones en algunas esferas.

En segundo lugar, mientras algunos entrevistados señalan ciertas características o patrones culturales como un elemento constitutivo de la pertenencia a la élite, otros advierten que aquellos elementos exceden la idea de dicho concepto, entrando en el terreno de la clase social o dominante. Las diferencias surgen a partir del consenso de que las élites tienen un estilo de vida similar producto de los beneficios que poseen. Uno de los entrevistados analiza esta situación utilizando la noción de *milieu* y refiriendo a patrones de clasificación y consumo, lo

que permitiría indagar en la posición de clase de la élite. En esta óptica, la noción de clase conecta con la propiedad de los medios de producción, en tanto que la élite se asociaría a la construcción de un discurso hegemónico. Se separarían, así, los ámbitos en los cuales ambos tópicos pueden ser de utilidad, dejando fuera el *habitus* del concepto de *élite*.

Hablaría de élite según una cierta identidad de grupo, en cuanto a ser distinto, superior que la masa y de la normalidad social. Tiene algún grado de grupo selecto, con determinados atributos y tiene algún proyecto con interés particular. Pero sí, en la medida que es élite, conduce, o sea tiene algún proyecto para el conjunto de la sociedad (Investigador 4).

Un elemento que suscita consenso en la definición de élite es la existencia de poder de conducción en alguna esfera relevante de la vida social. Algunos entrevistados destacan, como condición adicional, la construcción de una cierta hegemonía ideológica, con una intención deliberada de obtener legitimación y estabilidad. Para estos investigadores, la élite plantea su proyecto individual como uno colectivo deseable y beneficioso para todos. Otro grupo, en tanto, atribuye a la élite una conciencia débil, pues no existiría un nivel de reflexividad y autocomprensión grupal tan alto para hablar de un proyecto hegemónico.

Un último aspecto de importancia para distinguir el concepto élite de otros que refieren a las capas superiores es el proceso de circulación. Éste aparece contrapuesto con la noción de clase dominante de Bourdieu, y su análisis de la persistencia de este grupo y sus estrategias de reproducción y clausura social (Bourdieu, 2011). Dicho marco analítico no permitiría explicar la existencia de quiebres en la conformación de las élites a lo largo de la historia, dificultando el estudio de grandes transformaciones sociales en América Latina, como las que se observaron tras la intervención militar en distintos países (Rovira, 2009). La noción de circulación sería entonces fundamental para explicar el cambio social, sin embargo, esto no se traduce para los investigadores en la adherencia a una ley de rotación permanente y automática, pues junto con ésta se aprecian grupos de poder estables. En consecuencia, el acceso a estos grupos parece factible casi exclusivamente a través de estrategias de cooptación:

Yo opto por esta definición de élite porque considero que la literatura histórica me da la posibilidad al menos de dejar espacio para entender el cambio social, pero sin tener la ingenuidad de que uno pueda creer en una ley de rotación absoluta de la élite (Investigador 12).

Definiciones de élite económica

En las últimas décadas, la élite económica sobresale en la medida que da cuenta de un poder económico de gran relevancia, dados los patrones de concentración observados en las sociedades contemporáneas (Savage y Williams, 2008). Sin embargo, la literatura revela que, junto con la importancia que se da a este grupo, persiste una notoria falta de precisión en su definición al momento de realizar investigación empírica. La tabla 2 sistematiza las principales dimensiones destacadas por los entrevistados, a saber: elementos transversales, elementos que coinciden con la taxonomía inicial y nuevos elementos. Aunque un mismo investigador puede haber definido a la élite considerando más de un elemento, los resultados se presentan como una distinción analítica, resaltando aquél de mayor importancia en cada testimonio.

Lógicamente, la posesión de riqueza aparece como el factor distintivo para caracterizar a la élite económica, lo que se traduce en un alto poder adquisitivo y/o de acceso a distintos recursos. Sin embargo, como se vio en la sección anterior, además de altos ingresos, la pertenencia a la élite viene dada también por el hecho de ser una minoría con capacidad de conducción.

La literatura reporta dos atributos centrales en la conducción social, expuestos en la tabla 2 como posicional y reputacional. Con distintos usos y matices, ambos aparecen entre los entrevistados al definir a la élite económica y sus posibilidades de influencia en el devenir económico nacional. El elemento posicional es empleado para caracterizar a aquellos individuos que ocupan cargos prestigiosos en grandes empresas, o bien que poseen un gran capital económico. El elemento reputacional, por su parte, tiene que ver con el reconocimiento de pares y la posesión de estatus social, lo que permitiría incidir en el desarrollo económico nacional aun sin necesidad de poseer una gran riqueza. Un ejemplo de esto serían los miembros de *think tanks* y su rol de productores de conocimiento o de propuestas de política pública de gran influencia.

Fui armando una estructura más mixta, con tres dimensiones: uno, que ocupara una posición de poder o autoridad; dos, que tuviera una conexión poderosa, es decir, una persona que tuviera una conexión familiar, conyugal con alguien que tuviera una posición de poder; tres, que tenga reconocimiento de pares (Investigador 2).

Como se deja ver en esta cita, este investigador ofrece una aproximación que contempla elementos posicionales y reputacionales. Sin embargo, incluye tam-

Tabla 2. Definiciones de élite económica según elemento central

Elemento transversal	Poder/Conducción	“Es la gente que puede tomar decisiones respecto de cuál es el modelo de desarrollo que va a seguir el país, o sea, son gente que tiene fortuna, pero que además puede influir en las decisiones sobre el modelo de desarrollo” (Investigador 7)
Elementos de la taxonomía inicial	Posicional/ Funcional	“Principalmente grupos económicos, que incluye tanto lo productivo, lo financiero, servicios, todo lo que tú consideres en el plano de quienes son los que mayor capacidad tienen para tomar las decisiones respecto a cómo se invierte el capital en el país” (Investigador 6) “Aquellos que tienen acceso a las posiciones de poder económico. Creo que por élite económica entendería gerentes de empresas, dueños del capital, sin duda, [y] directores de empresas” (Investigador 3)
	Reputacional/ Estatus	“Hay algo de reputación, quién es reconocido por el resto como líder del empresariado. No es necesariamente el que factura más, sino el que tiene un rol público, que mantiene presencia en los medios” (Investigador 4). “Después, con esa lista, con un grupo de expertos hacen una lista que es de reconocimiento de estatus; este sí, este no. Sí, hay una parte que tiene que ver con estatus” (Investigador 1)
Nuevos elementos	Cultural/Habitus	“Claro, confluyen en colegios, en organizaciones, en diversos tipos de organizaciones funcionales, económicas, familiares, existen grados de convergencia, así me gusta pensarlo a mí. Cierta afinidad electiva, como decía Weber” (Investigador 2) “Hay gente que tiene plata y no es parte de la élite, y es porque no han internalizado el habitus” (Investigador 7)
	Relacional	“Me cuesta pensar que la esposa o los hijos de un gerente general no sean parte de la élite, o [que] un subgerente de 40 años con una vasta red de contactos no sea parte de la élite” (Investigador 1).

Fuente: Elaboración propia a partir de las entrevistas y textos de los investigadores.

bién un elemento no precisado adecuadamente en la taxonomía, que sugiere una dimensión relacional. Esta dimensión, cercana al concepto de capital social de Bourdieu (1986), refiere a las relaciones sociales o familiares con individuos con poder económico, lo que facilita el acceso u otorga espacios de influencia efectiva sobre dicho poder.

Entrevisté a uno que es de familia [tradicional], y que trabaja y que no gana más de tres millones al mes, pero si tiene cualquier problema, llama por teléfono y tiene 50, 60 millones sin intereses (Investigador 1).

Hay familias que tienen presencia en los directorios de las principales empresas, o de los bancos, o que son accionistas de la Bolsa, o miembros del club de golf Los Leones, desde varias generaciones hacia atrás hasta el niño más pequeño, que ya está adentro (Investigador 2).

Algunos investigadores han profundizado en el elemento relacional entre élites estudiando la concentración de poder e influencia en las redes sociales de directorios a través de *brokers*, individuos que son directores de más de una empre-

sa o que vinculan dos grupos económicos o rubros que de otra manera estarían desconectados. Por ende, en la aproximación relacional prepondera el análisis de redes, entrelazamientos y conexiones sociales.

Un segundo elemento no anticipado que apareció en las definiciones es el cultural, el que la mayoría de los entrevistados asocia con la noción de *habitus* de Bourdieu. Con ello, se reconoce que hay factores tradicionales que inciden en la pertenencia a este grupo social, como los lugares de veraneo, los colegios de origen y de destino para los hijos, el lugar de residencia y la posesión de bienes materiales. La inclusión de este elemento muestra también que el uso del concepto de *élite* no se traduce automáticamente en la creencia en procesos continuos de circulación, pudiendo revelar los límites del cambio social y la reproducción de posiciones superiores.

Aproximaciones empíricas a la élite económica

Universo y muestra

Los investigadores participantes sugieren cuatro criterios para definir la muestra de sus estudios, que se corresponden con los elementos de posición, reputación, cultura y redes o relaciones sociales, descritos en la sección anterior. Los resultados se exponen en la tabla 3, ordenando los métodos de selección de la muestra y las estrategias de acceso a partir de las definiciones del universo de cada investigación. En la tabla se observa cómo se relacionan los elementos teóricos de las definiciones de la élite económica con los requerimientos para determinar la metodología, es decir, unidad de análisis, muestra y estrategias de acceso.

Entre los investigadores que utilizan definiciones basadas en el enfoque posicional, el universo se compone por quienes detentan altos cargos en las empresas más importantes o una posición elevada en la escala de riqueza. A partir de esto se observan tres métodos para definir la muestra: i) el método de posicionamiento, el cual se basa en identificar los cargos que poseen las mayores cuotas de poder dentro de las empresas más relevantes en una industria (aquellas con mayor capital o mayores ventas o utilidades). Con ello, se elabora una lista con nombres y apellidos, a los cuales posteriormente se intentará acceder para obtener información; ii) la realización de un corte en la escala de ingresos, como por ejemplo el 5% o el 1% superior; y iii) el análisis de redes de directorio de grandes empresas, lo que se logra a través de la construcción de bases de datos a partir de la información que tienen los bancos, los organismos públicos que centralizan información

Tabla 3. Resumen metodológico

Elemento considerado en la definición de élite	Definición del universo a estudiar	Método de selección de la muestra	Acceso	
Posicional	Altos cargos de las empresas más importantes para el país, o escala de ingresos	Método de posicionamiento	Formal (carta)	Contactos
Reputacional	Individuos reconocidos por sus pares, que pueden o no ocupar una posición formal en la estructura económica, pero que tienen capacidad de influencia en decisiones de interés nacional.	Listado con expertos en el área	Formal (carta), bola de nieve	
Relacional	Individuos que pueden acceder al poder económico a través de relaciones sociales con individuos o grupos específicos.	Definición de perfiles	Bola de nieve	
Habitus	Individuos que poseen ciertos patrones de conducta, consumo y creencias exclusivamente asociados a la pertenencia a la élite.	Definición de perfiles	Bola de nieve	

Fuente: Elaboración propia.

empresarial,⁵ o las memorias de los directorios. Algunos trabajos que emplean este tipo de información estudian actores como los *brokers*, y aspectos como la estructura de la red, los conglomerados (*clusters*) de conexiones en el sector privado o entre el privado y el público, o los agujeros estructurales.

Existe el sector minero, el sector inmobiliario, el sector financiero, etc. Dentro de estos sectores uno ve cuáles son los grandes individuos, y se empiezan a deducir. Uno elabora una tabla Excel con estas distintas categorías y al final se llega a personas con nombre y apellido (Investigador 5).

El universo de las definiciones que se basan en el enfoque reputacional está compuesto por individuos reconocidos por sus pares, que no tienen necesariamente una posición formal, pero que pueden influir en las decisiones que determinan el desarrollo económico. Para definir la muestra desde esta perspectiva se requiere contar con la colaboración de expertos en el área o rubro. Alternativamente, algunos investigadores utilizan rankings empresariales o preguntan al

5. En Chile, un rol importante en este sentido lo cumple la Superintendencia de Valores y Seguros (SVS), organismo que fiscaliza el cumplimiento de la ley por parte de las empresas que se transan en la Bolsa de Valores, y posee información pública de estas empresas, como los directorios y la cantidad de ventas.

mismo empresariado por individuos o cargos altamente valorados y reconocidos como influyentes.

Entre quienes priorizan una perspectiva relacional, el universo aparece definido por aquellas personas que pueden acceder al poder económico, tanto en términos de riqueza como de influencia en el desarrollo económico, producto de su capacidad de establecer relaciones sociales específicas. Por ende, en las muestras se observa una predominancia de los lazos conyugales y familiares con personas que tienen posiciones de poder económico.

Por último, el universo de las definiciones que se basan en un enfoque cultural, o de *habitus*, se refiere a límites de pertenencia. Esto significa que la muestra se define a través de patrones de conducta, consumo y creencias que caracterizarían a la élite. Los criterios observados para lograr esto son, por ejemplo, los colegios de procedencia, los lugares de residencia y veraneo, y la membresía en determinados clubes y organizaciones.

Tanto en el caso relacional como en el cultural se observa la utilización de metodologías de búsqueda de perfiles, procediendo la selección de la muestra a partir de la identificación de personas que cumplen con determinados criterios.

Estrategias de acceso a la élite económica

Para contactar a miembros de la élite y recoger información, los investigadores emplean dos fórmulas: la primera se basa en el envío de cartas o correos electrónicos, con invitaciones formales a las instituciones en las que trabajan los potenciales participantes; la segunda consiste en el acercamiento por medio de contactos personales del investigador. Todos los entrevistados, con excepción de uno, utilizaron la segunda estrategia, ya sea en conjunto con la primera o por sí sola. Incluso aquellas investigaciones que tenían un método de posicionamiento la utilizaron, al constatar la dificultad de obtener respuesta si es que la invitación no se acompaña de un contacto personal, especialmente cuando se busca acceso a posiciones de mayor poder. Esto pone en relieve la importancia de las redes de contacto, algo que también ha sido reportado para otros contextos nacionales (Reis y Moore, 2005). Algunos entrevistados subrayan también la relevancia del propio investigador para el acceso, es decir, su *background*.⁶

6. A partir de los entrevistados puede entenderse en este caso en referencia al lugar en el cual se estudió, el contexto y país en el que se está realizando la investigación y las conexiones con quienes se desea obtener información.

[Utilicé] una carta del decano de Ciencias Sociales explicando y apoyando el proyecto, y otra mía explicando el proyecto con el apoyo de la universidad [en la cual estudiaba en el extranjero]. Mi impresión es que la vinculación local era mucho más importante que el apoyo de afuera [...] Usualmente estas investigaciones se basan en la reputación del investigador y en el apoyo de las instituciones, pero en Chile lo que corta son las consecuencias que tiene la vinculación personal y de la familia, y los contactos sociales dentro de la élite (Investigador 9).

Uno muchas veces habla de bola de nieve para decir cualquier cosa, pero yo efectivamente necesitaba *insiders* [...] y eso era tremendamente difícil, porque nadie quiere exponer a otro a hablar de temas desagradables [...] Conseguí aproximadamente ocho *insiders*, entre contactos y amigos personales. Aquí evidentemente valen las propias redes sociales del investigador (Investigador 12).

Luego de la primera etapa, la mayoría de los entrevistados utilizó una estrategia de bola de nieve para ampliar la muestra, buscando que el mismo entrevistado sugiriera otros participantes. Es por esto que el éxito de la entrevista es fundamental para lograr un nuevo contacto. Esta metodología funciona para la búsqueda de perfiles, pero debe ser utilizada con cautela en la metodología de posicionamiento, pues debe acompañarse de métodos de reemplazo en caso de rechazo. Para los investigadores participantes en este estudio, esta metodología implica un mayor riesgo de sesgos de autoselección, lo que debe abordarse con especial atención para dar mayor representatividad a los resultados.

Limitaciones en la investigación de la élite

El reconocimiento de que los estudios sobre élites entrañan múltiples dificultades no es una particularidad del caso chileno, sino que constituye un diagnóstico válido en distintos contextos (Hoffmann-Lange, 2007). Los investigadores entrevistados especifican este diagnóstico concentrándose en seis dificultades:

1) El acceso, al constituir un grupo reducido y de contacto restringido, debido a múltiples barreras dadas por la protección de cargos e intermediarios, a lo que además se añade una disposición menor a cooperar con investigaciones sociales que la observada en otros grupos.

2) El tiempo, pues se trata de individuos con alta dedicación laboral, lo que redundaría en una menor disponibilidad para atender los requerimientos de investigación.

La distancia simbólica y socioeconómica entre el entrevistador y el entrevistado, que se expresa, primero, en desconfianza, porque podrían incluirse temas controversiales o poco gratificantes. Segundo, por lo que algunos investigadores denotan como una carencia de conceptos sin carga ideológica, que permitan al investigador abordar estos estudios sin generar una reacción negativa en los entrevistados. Debido a esto, muchos conceptos utilizados en estos trabajos gatillarían preconcepciones que limitan los contactos con este grupo y disminuyen la calidad de las entrevistas.

Yo creo que hay pocos conceptos sociológicos que aguanten lo más prístinamente posible la élite, o sea, no contaminarlo con tu ideología. Hay que tratar de ser lo más inocente posible a la hora de estudiarla, y no juzgarla, porque si no matas el estudio, porque lo amarras a tu propio pensamiento. En ese sentido es bueno dejar a la élite hablar por sí misma, que se explique (Investigador 2).

3) Tercero, porque se experimentaría una distancia jerárquica entre el entrevistador y el entrevistado. Los participantes plantean que el sociólogo acostumbra a entrevistar personas de posición social similar o más baja, lo que en este caso puede invertirse, pudiendo derivar en roles confundidos o intercambiados.

4) La profundidad y lenguaje del instrumento, lo que obliga a tomar recaudos especiales para evitar el rechazo del mismo por su superficialidad, por su nivel de complejidad, o por descuidos que pudieran restar seriedad o generar malinterpretaciones de los participantes.

5) La representatividad de la muestra, por los problemas derivados de las estrategias de acceso, formulados anteriormente.

6) El *background* del investigador, el cual puede no ser indiferente a los miembros de la élite participante en una investigación, generando sesgos positivos o negativos en el trabajo, al condicionar sus repuestas.

Desafíos metodológicos

Junto con identificar las limitaciones, los investigadores plantean desafíos metodológicos relacionados con el uso de nuevas técnicas de recolección de información para estudiar a la élite económica. En específico, destaca la propuesta de etnografías y la búsqueda de nuevos métodos para cruzar información.

Para lograr una etnografía es necesario un alto nivel de involucramiento efectivo con el grupo estudiado, lo que puede requerir un acercamiento a espacios formales e informales. Realizar etnografías a la élite constituye una oportuni-

dad de acceder a los comportamientos situados de los individuos, analizando las acciones e interacciones en las cuales éstos elaboran y expresan determinados marcos interpretativos (Ho, 2009; Khan y Jerolmack, 2013). Para algunos investigadores entrevistados, esto aparece como un gran desafío, pues se traduce en la necesidad de conocer en profundidad los temas de interés, de modo que ello redunde en mayores grados de confianza y facilidad para recoger información. Algunos de ellos lo ejemplifican refiriéndose al estudio de las mafias, terrorismo e investigaciones policiales.

Las entrevistas en sí no entregan mucha información, tienes que ser muy bueno para que así sea, por lo tanto, la única manera de obtener más información es estudiando el tema de quien estás enfrentando; por ejemplo, si te enfrentas a un salmonero, saber todo de los salmones (Investigador 10).

De esta manera, ciertas técnicas de recolección de datos que pueden diseñarse con menor dificultad para otros grupos sociales, tales como observaciones participantes o etnografías, implican para el estudio de la élite un desafío complejo que, incluso ante una posibilidad de acceso que incluya la buena disposición de los participantes, requiere altos niveles de preparación y estudio previo.

El segundo desafío refiere a los cruces de información, utilizando distintas fuentes y métodos de confirmación, requiriendo el uso de bibliografías alternativas, libros de directorios o aparición en la prensa, entre otros. Esto sugiere que técnicas como los grupos focales —de escasa factibilidad al tratarse de élites—, las encuestas o entrevistas semiestructuradas no siempre proveen la información requerida para estudiar este grupo, trazando el desafío de obtener material complementario para triangular información y con ello elaborar análisis e interpretaciones más robustas, estrategia que suele utilizarse en este tipo de estudios (Reis y Moore, 2005). Además, esto favorece la detección de contradicciones entre las narrativas de los participantes y sus acciones, un problema que puede existir en especial al realizar entrevistas (Khan y Jerolmack, 2013).

Discusión y conclusión

Este artículo contribuye al estudio de las élites, constatando que, aunque se trata de un tema reconocido ampliamente por su importancia para comprender una variedad de fenómenos, no ha recibido atención suficiente, en especial en términos de investigación empírica. Este tipo de estudios se muestra complejo, ya sea utilizando métodos cuantitativos o cualitativos, debido a los múltiples tipos de élites y

definiciones posibles, como también a las dificultades de contacto y accesibilidad, especialmente notorias al tratarse de grandes empresarios o individuos de altos ingresos (Hertz e Imber, 1995; Page, Bartels y Seawright, 2013; Thomas, 1995).

Este diagnóstico es abordado analizando la investigación empírica de la élite chilena, examinando de qué formas concretas este grupo ha sido estudiado, i) explorando y comparando las distintas definiciones teóricas de élite que se han utilizado, en particular para investigar a la élite económica; ii) identificando y contrastando los distintos fundamentos y estrategias de delimitación de universo y selección de muestra; y iii) examinando las principales limitaciones metodológicas en el trabajo con élites. Con estos objetivos, se aporta a la reflexividad sobre la investigación sociológica en esta área, discutiendo sobre los conceptos, métodos y producción de evidencia que se han empleado para elaborar este tipo de trabajos. Para ello, se realizaron 12 entrevistas semi-estructuradas a investigadores que han estudiado en las últimas décadas a la élite, discutiendo sobre diferentes aspectos involucrados en el marco teórico y en el desarrollo empírico de sus estudios. Aunque se incluyó a investigadores que han trabajado con distintas élites, se prioriza el análisis de la élite económica, al tratarse del grupo más complejo en términos de delimitación del universo, accesibilidad y contacto de individuos.

Entre los principales resultados, se constatan distintas definiciones y usos del concepto de élite, lo que sugiere diferentes influencias teóricas y también distintas opciones metodológicas. Aunque los entrevistados justifican el uso del concepto de élite en detrimento de otros —como clase dominante, oligarquía o aristocracia—, exhiben múltiples diferencias al definir élite. Asimismo, otorgan distinto valor a los procesos y dinámicas sugeridas en la literatura, como la circulación, la cooptación o la inevitabilidad de las élites. Como premisa común se reconocen múltiples esferas de poder, como también la posibilidad de cambio social, aunque varios investigadores resaltan la importancia de factores asociados a la noción de *habitus* de Bourdieu, revelando los límites del cambio social y la reproducción de posiciones superiores.

Las definiciones de élite están estructuradas en base a distintos elementos —reputacionales, posicionales, culturales, relacionales—, lo que conduce a diseños de investigación diferentes, dependiendo de cómo éstos son relacionados y priorizados. Por ende, no da lo mismo cómo se defina la élite: las combinaciones de elementos incluidas en cada acepción se convertirán posteriormente en criterios divergentes para diseñar el trabajo empírico.

En relación al trabajo empírico, y a partir de los elementos considerados en la definición teórica de élite económica, los investigadores identifican un universo

de acuerdo con criterios y requerimientos de información diferentes. A veces se utilizan acumulaciones de criterios, por ejemplo, la combinación de posición y reputación, o la existencia de una posición relevante junto a la relación con ciertos individuos o grupos. A partir del universo se define la muestra, determinando al grupo requerido para levantar información cualitativa, o en el caso que se utilicen técnicas cuantitativas, para conformar nóminas de individuos que podrían ser considerados para responder encuestas. Para seleccionar la muestra, el método de posicionamiento, la definición de perfiles y la elaboración de listados con expertos en un área o grupo se identifican como las tres técnicas principales. Del mismo modo, el envío de cartas y la bola de nieve aparecen como los dos grandes métodos para el contacto individual. Sin embargo, existe consenso sobre la importancia de aprovechar los contactos y redes sociales propias, sugiriendo que el estudio empírico de la élite impone a los investigadores mayores exigencias que en otros temas y grupos para ganar acceso al objeto de estudio.

Dada la complejidad para acceder a la élite económica, los investigadores sugieren que los métodos antes descritos pueden producir sesgos de autoselección, de forma tal que quienes son finalmente incorporados son solo quienes tienen interés en participar. Este problema, común a todos los estudios sociales que requieren del consentimiento de los sujetos, es aquí particularmente agudo. El acceso no es la única dificultad: los entrevistados sugieren numerosas limitaciones metodológicas, entre las que destacan el tiempo, la distancia entre entrevistador y entrevistado, los cuidados para calibrar la profundidad y lenguaje del instrumento de recolección de información, la complejidad de lograr una muestra representativa, y el *background* del propio investigador. Todo esto conduce a distintos desafíos metodológicos, tanto para enfrentar estas limitaciones como para obtener información de más calidad o para incorporar técnicas alternativas. Sobre esto último, los entrevistados mencionan las etnografías y los métodos de triangulación y verificación de información como progresos deseables para el estudio de la élite. Ellos también forman parte del debate internacional en este ámbito (Khan, 2011; Khan y Jerolmack, 2013).

Hacia el futuro, el estudio de las élites se revela como un campo lleno de desafíos para la investigación empírica. Esto abarca no solo cuestiones metodológicas, sino también de contenido. Entre estas últimas, y tomando las sugerencias de los propios investigadores, pueden destacarse como líneas de investigación: i) las disputas intergeneracionales al interior de la élite; ii) las relaciones y diferencias entre las élites locales y regionales; iii) la conformación de élites transnacionales; iv) la sociología del trabajo aplicada a la élite económica, indagando las ocupaciones

y campos de especialización de los miembros de la élite, los conocimientos que están acumulando y las destrezas que están desarrollando; v) los *family offices*, es decir, aquellos que administran las riquezas de las familias y los asesores de élite en general, un tema que también interesa en la investigación internacional (Harrington, 2016); vi) análisis de género en la élite, tanto en el mundo empresarial como familiar; vii) estudios históricos de renovación y circulación de la élite; viii) la diferenciación ideológica dentro de la élite, incluyendo casos de élites de izquierda; y finalmente, ix) delitos económicos, lo que también ha destacado en la literatura internacional reciente (Soltés, 2016).

Referencias

- Acemoglu, Daron y James Robinson (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Nueva York: Crown.
- Alvaredo, Facundo, Anthony B. Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Saez (2013). «The Top 1 Percent in International and Historical Perspective». *Journal of Economic Perspectives*, 27 (3): 3-20.
- Aron, Raymond (1966). «Social Class, Political Class, Ruling Class». En Reinhard Bendix y Seymour Martin Lipset (eds.), *Class, Status and Power* (pp. 201-210). Nueva York: The Free Press.
- Atkinson, Anthony B. (1997). «Bringing Income Distribution in From the Cold». *The Economic Journal*, 107 (441): 297-321.
- Atria, Jorge (2014). «Tributación y desigualdad en Chile: características y perspectivas». En Jorge Atria (ed.), *Tributación en sociedad: impuestos y redistribución en el Chile del siglo XXI*. Santiago: Uqbar.
- . (2015). «La relación entre desigualdad e impuestos como fuente de conflicto social: El caso de Chile». En Mayarí Castillo y Claudia Maldonado (eds.), *Desigualdades. Tolerancia, legitimación y conflicto en las sociedades latinoamericanas*. Santiago: RIL.
- Bernecker, Walther y Rüdiger Zoller (2007). «¿Transformaciones políticas y sociales a través de élites? Algunas reflexiones sobre casos latinoamericanos.» En Peter Birle, Wilhelm Hofmeister, Günther Maihold y Barbara Potthast (eds.), *Élites en América Latina* (pp. 31-52). Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Bottomore, Tom (1993). *Élites y sociedad*. Madrid: Talasa.
- Bourdieu, Pierre. (1986). «The Forms of Capital». En Teoksessa Richardson (ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241-258). Nueva York: Greenwood Press.

- . (1999). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- . (2004). *Science of science and reflexivity*. Chicago: The University of Chicago Press.
- . (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant (1992). «The purpose of reflexive sociology.» En Pierre Bourdieu y Loïc J. D. Wacquant (eds.), *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bull, Benedicte (2015). «Elites, classes and environmental governance: conceptual and theoretical challenges.» En Benedicte Bull y Mariel Cristina Aguilar-Stoen (eds.), *Environmental Politics in Latin America. Elite dynamics, the left tide and sustainable development* (pp. 15-32). Londres y Nueva York: Routledge.
- Burke, Edmund (2009). *Reflections on the Revolution in France*. Nueva York: Oxford University Press.
- De Ramón, Armando (2003). *Historia de Chile: desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*. Santiago: Catalonia.
- Dezalay, Yves y Bryant G. Garth (2002). *The internationalization of palace wars: Lawyers, economists, and the contest to transform Latin American states*. Chicago: The University of Chicago Press.
- DiCaprio, Alisa (2014). «Introduction: The role of elites in economic development.» En Alice H. Amsden, Alisa DiCaprio y James A. Robinson (eds.), *The Role of Elites in Economic Development* (pp. 1-18). Oxford: Oxford University Press.
- Domhoff, G. William y Hoyt B. Ballard (1968). *C. Wright Mills and The Power Elite*. Boston: Beacon Press.
- Dubet, François (2011). *Repensar la Justicia Social: contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Edwards, Alberto (1928). *La fronda aristocrática en Chile*. Santiago: Imprenta Nacional.
- Espinoza, Vicente y Javier Núñez (2014). «Movilidad ocupacional en Chile 2001-2009. ¿Desigualdad de ingresos con igualdad de oportunidades?» *Revista Internacional de Sociología*, 72 (1): 57-82. DOI: 10.3989/ris.2011.11.08.
- Fairfield, Tasha (2010). «Business Power and Tax Reform: Taxing Income and Profits in Chile and Argentina». *Latin American Politics and Society*, 52 (2): 37-71. DOI: 10.1111/j.1548-2456.2010.00081.x.
- . (2015). *Private Wealth and Public Revenue in Latin America: Business Power and Tax Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Fairfield, Tasha y Michel Jorratt (2015). «Top income shares, business profits, and

- effective tax rates in contemporary Chile.» *Review of Income and Wealth*, 62 (1): 120-144. DOI: 10.1111/roiw.12196.
- Friedrich, Carl J. (1950). *Constitutional Government and Democracy: Theory and Practice in Europe and America*. Boston: Ginn and Company.
- Gallino, Luciano (2001). *Diccionario de sociología*. España: Siglo XXI.
- Gilens, Martin y Benjamin I. Page (2014). «Testing theories of American politics: Elites, interest groups, and average citizens». *Perspectives on Politics*, 12 (3): 564-581. DOI: 10.1017/S1537592714001595.
- Harrington, Brooke (2016). *Capital without Borders*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hartmann, Michael (2008). *Elitesoziologie: eine Einführung*. Frankfurt: Campus.
- Hayes, Chris (2012). *Twilight of the elites: America after meritocracy*. Nueva York: Crown.
- Hertz, Rosanna y Jonathan B. Imber (1995). «Introduction». En Rosanna Hertz y Jonathan B. Imber (eds.), *Studying elites using qualitative methods*. Massachusetts: Sage.
- Ho, Karen (2009). *Liquidated: An ethnography of Wall Street*. Durham: Duke University Press.
- Hoffmann-Lange, Ursula (2007). «Methods of Elite Research». En Russell J. Dalton y Hans-Dieter Klingemann (eds.), *Oxford Handbook of Political Behavior* (pp. 910-927). Oxford University Press,.
- Joignant, Alfredo (2009). «El estudio de las élites: Un estado del arte». Serie de Políticas Públicas UDP, Documentos de Trabajo. Disponible en <http://www.expansivaudp.cl/publicaciones/wpapers/>
- Joignant, Alfredo y Pedro Güell (2011). «Poder, dominación y jerarquía: elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)». En Alfredo Joignant y Pedro Güell (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)* (pp. 11-21). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Khan, Shamus (2011). *Privilege: The making of an adolescent elite at St. Paul's School*. Princeton: Princeton University Press.
- . (2012). «The sociology of Elites». *Annual Review of Sociology*, 38: 361-377. DOI: 10.1146/annurev-soc-071811-145542.
- Khan, Shamus y Colin Jerolmack (2013). «Saying meritocracy and doing privilege». *The Sociological Quarterly*, 54 (1): 9-19. DOI: 10.1111/tsq.12008.
- Keller, Suzanne (1963). *Beyond the ruling class: Strategic elites in modern society*. Nueva York: Random House.

- Krais, Beate (2003). «Begriffliche und theoretische Zugänge zu den 'oberen Rängen' der Gesellschaft». En Stefan Hradil y Peter Imbusch (eds.), *Oberschichten-Eliten-Herrschende Klassen* (pp. 35-54). Leske, Budrich, Opladen.
- Lasswell, Harold y Abraham Kaplan (1965). *Power and Society: A framework for political inquiry*. Londres: Yale University Press.
- López, Ramón, Eugenio Figueroa y Pablo Gutiérrez (2013). «La 'parte del león': Nuevas estimaciones de la participación de los súper ricos en el ingreso de Chile». Documentos de trabajo, 379. Disponible en <http://bit.ly/2pDZAoW>.
- Markoff, John y Verónica Montecinos (1993). «The ubiquitous rise of economists». *Journal of Public Policy*, 13: 37-68. DOI: 10.1017/S0143814X00000933.
- Marx, Karl (1978). *Capital*. México: Siglo XXI.
- Michels, Robert (1962). *Political Parties: A Sociological Study of the Organizational Tendencies in Modern Democracies*. Nueva York: Free Press.
- Mills, Charles Wright (1957). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montero, Cecilia (1996). «Los empresarios en el desarrollo chileno». *Ensaio FEE Porto Alegre*, 17 (2): 152-181.
- Morris, James O. (1967). *Las élites, los intelectuales y el consenso: Estudio de la cuestión social y del sistema de relaciones industriales de Chile*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Mosca, Gaetano (1980). «La clase política». *Revista de Administración Pública*, 42: 87-101.
- Münkler, Herfried (2006). «Vom gesellschaftlichen Nutzen und Schaden der Eliten». En Herfried Münkler, Grit Straßenberger y Matthias Bohlender (eds.), *Deutschlands Eliten im Wandel* (pp. 25-46). Frankfurt: Campus.
- Nápoli, Enzo y Patricio Navia (2012). «La segunda es la vencida: El caso del royalty de 2004 y del impuesto específico a la gran minería de 2005 en Chile». *Gestión y Política Pública*, 21 (1): 141-183. Disponible en <http://www.scielo.org.mx/pdf/gpp/v21n1/v21n1a5.pdf>.
- Ossandón, José (2013). «Hacia una cartografía de la élite corporativa en Chile». En José Ossandón y Eugenio Tironi (eds.), *Adaptación. La empresa chilena después de Friedman* (pp. 29-54). Santiago: Universidad Diego Portales.
- Page, Benjamin I., Larry M. Bartels y Jason Seawright (2013). «Democracy and the policy preferences of wealthy Americans». *Perspectives on Politics*, 11 (1): 51-73. DOI: 10.1017/S153759271200360X.
- Pareto, Vilfredo (1996). *Manual de Economía Política*. São Paulo: Editora Nova Cultural.

- . (2008). *The Rise and Fall of Elites: An Application of Theoretical Sociology*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Pelfini, Alejandro (2014). «The role of elites in emerging societies, or how established elites deal with an emerging society: the case of business elites in contemporary Chile». *Transcience*, 5: 53-59. Disponible en <http://bit.ly/2C8xxRs>.
- Piketty, Thomas (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- PNUD, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2004). *Informe de Desarrollo Humano: El poder: ¿para qué y para quién?* Santiago: PNUD.
- . (2013). *Desigualdad de ingresos y pobreza en Chile 1990 a 2013*. Santiago: PNUD.
- . (2015). *Informe de Desarrollo Humano: Los tiempos de la politización*. Santiago: PNUD.
- Poulantzas, Nicos (1976). *Classes in contemporary capitalism*. London: NLB.
- . (2007). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- Rasse, Alejandra (2015). «Juntos pero no revueltos. Procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico.» *Eure*, 41 (122): 125-143. DOI: 10.4067/S0250-71612015000100006.
- Reis, Elisa y Mick Moore (2005). «Elites, perceptions and poverties». En Elisa Reis y Mick Moore, *Elite perceptions of poverty and inequality* (pp. 1-25). London: CROP/Zed Books,.
- Rodríguez Weber, Javier E. (2017). *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Rosanvallon, Pierre (2012). *La sociedad de los iguales*. Barcelona: RBA.
- Rothkopf, David (2008). *Superclass. The global power elite and the world they are making*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Rovira, Cristóbal (2009). *Kampf der Eliten: das Ringen um gesellschaftliche Führung in Lateinamerika, 1810-1982*. Frankfurt: Campus Verlag.
- . (2011). «Hacia una sociología histórica sobre las élites en América Latina: un diálogo crítico con la teoría de Pierre Bourdieu». En Alfredo Joignant y Pedro Güell (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de la sociología de las élites en Chile (1990-2010)* (pp. 271-291). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Savage, Mike y Karel Williams (2008). «Elites: remembered in capitalism and forgotten by social sciences». *The Sociological Review*, 56 (s1): 1-24. DOI: 10.1111/j.1467-954X.2008.00759.x.

- Schneider, Ben R. (2013). *Hierarchical Capitalism in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . (2014). «Studying Political Economy in Latin America: Gaps and Methods». *Latin American Politics and Society*, 56 (1): 20-22. DOI: 10.1111/j.1548-2456.2014.00219.x.
- Schreier, Margrit (2014). «Qualitative content analysis». En Uwe Flick (ed.), *Sage Handbook of Qualitative Data Analysis* (pp. 170-183). Londres: Sage.
- Silva, Eduardo (2002). «Capital and the Lagos presidency: business as usual?» *Bulletin of Latin American Research*, 21 (3): 339-357. DOI: 10.1111/1470-9856.00047.
- Silva, Patricio (1992). «Intelectuales, tecnócratas y cambio social en Chile: pasado, presente y perspectivas futuras». *Revista Mexicana de Sociología*, 54 (1): 139-166.
- . (2006). «Los tecnócratas y la política en Chile: Pasado y presente». *Revista de Ciencia Política*, 26 (2): 175-190.
- . (2010). *En el nombre de la razón. Tecnócratas y política en Chile*. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Soltes, Eugene (2016). *Why They Do It: Inside the Mind of the White-Collar Criminal*. Nueva York: PublicAffairs.
- Sweezy, Paul M. (1968). «Power Elite or Ruling Class». En G. William Domhoff y Hoyt B. Ballard (eds.), *C. Wright Mills and The Power Elite* (pp. 115-132). Boston: Beacon Press.
- Tanzi, Vito (2014). «The challenges of taxing the big». *Revista de Economía Mundial*, 37: 23-40. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/866/86632964002.pdf>.
- Thomas, Robert J. (1995). «Interviewing important people in big companies.» En Rosanna Hertz y Jonathan B Imber (eds.), *Studying elites using qualitative methods* (pp. 3-17). Massachusetts: Sage.
- Thumala, M. Angélica (2007). *Riqueza y piedad: El catolicismo de la élite económica chilena*. Santiago: Debate.
- Torche, Florencia (2005). «Unequal but fluid: social mobility in Chile in comparative perspective». *American Sociological Review*, 70 (3): 422-450. DOI: 10.1177/000312240507000304.
- Undurraga, Tomás (2013). «Instrucción, indulgencia y justificación: los circuitos culturales del capitalismo chileno». En José Ossandón y Eugenio Tironi (eds.), *Adaptación. La empresa chilena después de Friedman* (pp. 135-166). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Waldmann, Peter (2007). «Algunas observaciones y reflexiones críticas sobre el concepto de élite(s)». En Peter Birle, Wilhelm Hofmeister, Günther Mai-

hold y Barbara Potthast (eds.), *Élites en América Latina* (pp. 9-30). Madrid: Iberoamericana-Vervuert.

Winters, Jeffrey (2011). *Oligarchy*. Nueva York: Cambridge University Press.

Zucman, Gabriel (2015). *The Hidden Wealth of Nations: The Scourge of Tax Havens*. Chicago: University of Chicago Press.

Reconocimientos

Este artículo se elaboró en el marco de los proyectos Fondecyt núm. 3160705 (Jorge Atria) y Fondecyt núm. 1160921 (Juan Carlos Castillo y Jorge Atria), financiados por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile. Ambos autores agradecen también el apoyo del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (Conicyt/Fondap núm. 15130009).

Sobre el autores

JORGE ATRIA es doctor en Sociología por la Freie Universität Berlin (Alemania), profesor asistente adjunto del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, e investigador adjunto del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES). Su correo electrónico es jaatria@uc.cl.

JOSEFINA AMENÁBAR es socióloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile y asistente de investigación del Centro de Desarrollo de Liderazgo Educativo de la Universidad Diego Portales. Su correo electrónico es josefina.amenabarg@gmail.com.

JAVIERA SÁNCHEZ es socióloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora del Liceo Amador Neghme. Su correo electrónico es jsanchez3@uc.cl.

JUAN CARLOS CASTILLO es doctor en Sociología por la Universidad de Humboldt (Alemania), profesor asistente del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y subdirector del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES). Su correo electrónico es jcastillov@uc.cl.

MATÍAS COCIÑA es candidato a doctor en Sociología por la University of Wisconsin, Madison (Estados Unidos) y coordinador de la Agenda de Desigualdad del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Chile. Su correo electrónico es matias.cocina@undp.org.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**Significaciones de la democracia en los mensajes
presidenciales chilenos: 1990-2014**

*Significations of democracy in presidential messages.
Chile, 1990-2014*

Carlos DURÁN MIGLIARDI

Universidad de Los Lagos, Chile

RESUMEN Este artículo se propone describir las significaciones que asume la democracia en el primero de los mensajes ante el Congreso Pleno emitido por cada uno de los presidentes de Chile durante el periodo 1990-2014. Junto con relevar el lugar del discurso en las dinámicas políticas, se pretende dar cuenta de las relaciones de continuidad y ruptura en torno a las significaciones hegemónicas que, en relación a este significante clave del lenguaje político, han circulado en el campo político chileno desde el retorno a la democracia en 1990.

PALABRAS CLAVE Política, mensaje presidencial, discurso, democracia, Chile.

ABSTRACT The object of this article is to observe the significations assumed by democracy in the inaugural speech given by every president of Chile to Congress in plenary session, during the period 1990-2014. It is intended to highlight the place of discourse in political dynamics; and also to describe the relations of continuity and rupture in the hegemonic meanings that have circulated – as attributes of this key signifier of political language – in the Chilean political field since the restoration of democracy in 1990.

KEYWORDS Politics, Presidential speech, discourse, democracy, Chile.

Introducción

Este trabajo se propone observar las significaciones de la democracia presentes en los mensajes de apertura del año legislativo emitidos por los mandatarios en Chile desde la normalización democrática en 1990 y hasta el período del segundo gobierno de la presidenta Michelle Bachelet (2017). Para cumplir con este propósito realizamos un análisis del primero de los mensajes emitidos ante el Congreso Pleno por los presidentes Patricio Aylwin (1990), Eduardo Frei (1994), Ricardo Lagos (2000), Michelle Bachelet (2006), Sebastián Piñera (2010) y por Michelle Bachelet en su segundo periodo (2014), todos jefes de Estado y gobierno durante el ciclo que cubre este estudio.¹

Junto con relevar el lugar de las operaciones discursivas en las dinámicas políticas, nuestro objetivo es dar cuenta de las relaciones de continuidad y ruptura en las significaciones que, en relación a la democracia, han circulado en el campo político chileno desde el fin de la dictadura militar en 1990.

El artículo se organiza de la siguiente forma. En la primera parte, junto con delimitar nuestra unidad de observación —el discurso presidencial—, argumentamos sobre su relevancia para la comprensión de los procesos de significación política y explicitamos nuestro objetivo de observancia de las continuidades y rupturas en las significaciones acerca de la democracia. En la segunda parte exponemos la estrategia metodológica implementada para, en la tercera parte, describir los resultados del estudio, distinguiendo entre: a) el lugar que el significante *democracia* ocupa en cada uno de los mensajes analizados; b) las significaciones y conexiones léxicas posibles de observar en cada una de las estrategias nominativas observadas; y c) los usos del pasado histórico en la construcción de la idea democrática de cada mandatario.

El artículo culmina ofreciendo algunas conclusiones relativas a la predominancia, en los mensajes abordados, de una concepción consociativa de la democracia, lo que daría cuenta parcial de la persistencia, en el proceso político chileno, de una gramática política sustancialmente heredada de su contexto transicional.

1. Los Mensajes presidenciales analizados y citados en este artículo están disponibles en el sitio web de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, en una sección especialmente dedicada al tema y que puede ser consultada en <http://bit.ly/2yloh9S>. Citaremos estos mensajes usando las iniciales del mandatario correspondiente (Patricio Aylwin, PA; Eduardo Frei, EF; Ricardo Lagos, RL; Sebastián Piñera, SP; y Michelle Bachelet, MB₁ y MB₂) seguidas del número de página del documento.

Discurso presidencial y lucha por la significación

Los discursos presidenciales constituyen una de las tantas expresiones en que se materializa el discurso político, entendido para los efectos de este trabajo como una de las vías a través de las cuales se expresa la disputa por el poder y la hegemonía² en un contexto socialmente organizado. Un discurso político lo entendemos como un dispositivo que, inscrito en un determinado contexto, opera como productor de sentido y marcos interpretativos conducentes a la reproducción y/o alteración de las condiciones hegemónicas que definen la interacción política (Laclau, 2005; Van Dijk, 2009; Molero, 2003). El discurso político, así, constituye una de las manifestaciones privilegiadas de la disputa hegemónica que caracteriza la dinámica de lo político.

Ahora bien, los discursos presidenciales constituyen una expresión específica del discurso político, una expresión especialmente relevante, toda vez que opera desde un lugar de enunciación en el que una parte del campo de disputa política ocupa parcialmente el lugar de representación de la totalidad social, llámese ésta «nación», «patria» o «sociedad». Es decir, corresponde a una modalidad de enunciación discursiva que obtiene su singularidad en el hecho de que la expresión de «una parte» (un líder político de un sector específico) se realiza desde una posición de «totalidad» (la Presidencia de la República). Y ello adquiere una especial claridad en el caso de los «mensajes presidenciales», forma específica del discurso político-presidencial en la que centramos nuestra atención en este trabajo.

Esta relevancia del lugar de enunciación presidencial se ha expresado en una abundante producción investigativa. Solo por mencionar algunas investigacio-

2. Desarrollado fundamentalmente desde la tradición marxista (Laclau y Mouffe, 2004), el concepto de hegemonía alude, según la definición realizada por el teórico político Antonio Gramsci (1981), a la «conducción intelectual, moral y política» de una sociedad. Desarrollos posteriores han ampliado el uso de este concepto haciéndolo trascendente a su originario sentido clasista. Para los efectos de este trabajo, entenderemos por hegemonía «el logro de un liderazgo intelectual, moral y político, a través de la expansión de un discurso que fija un significado parcial alrededor de puntos nodales [...] envuelve la expansión de un particular discurso de normas, valores, puntos de vista y percepciones, a través de redescpciones persuasivas del mundo» (Giaccaglia, 2002: 155). Observar las distintas significaciones que va adquiriendo el concepto de *democracia* permite aproximarnos a la forma en que, en un contexto específico como el acá abordado, se despliega la disputa hegemónica que caracteriza a todo espacio de interacción política.

nes generadas en América Latina que han asumido la perspectiva del análisis del discurso, destaca en primer lugar el estudio de Verón y Sigal (2010) respecto al fenómeno discursivo del peronismo, estudio que marcó un hito en la consideración del discurso presidencial como objeto relevante de investigación. En la misma línea investigativa se encuentra el estudio de Montero (2007a) acerca de la presencia, en el discurso kirchnerista, de la evocación discursiva de la militancia «setentista»; o la investigación de Armony (2005) relativa a la configuración léxica del discurso del Presidente Kirchner. Desde la perspectiva del análisis semántico concentrado en el uso de los marcadores en el discurso presidencial, cabe destacar igualmente el interesante estudio de Montero (2007b) centrado en los discursos presidenciales de la Argentina kirchnerista.

Para el caso chileno, una investigación interesante de considerar corresponde a la realizada por Saavedra y Farías (2014) en torno a la presencia de la doctrina neoliberal en los discursos asociados al tópico de la pobreza y las políticas sociales enunciados por Pinochet durante sus últimos años de gobierno, o el trabajo de Rovira (2016) acerca de la forma de construcción del significante «pobreza» en los discursos presidenciales del período de gobierno de la Concertación (1990-2010). Otro estudio digno de señalar corresponde a la interesante indagación que Soto (2016) realiza en torno a la presencia del significante «desigualdad» en los discursos presidenciales y los programas de gobierno en Chile durante el período 1990-2014.

En lo que refiere específicamente a los mensajes presidenciales, forma de enunciación presidencial acerca de la cual nos referiremos más adelante, existe de igual forma una producción investigativa abundante. En este sentido, destaca el estudio de Jara (2006) que abordó casi un siglo de mensajes presidenciales en Costa Rica, concentrándose en las relaciones de continuidad y ruptura de la estructura formal presente en ellos. Idéntica estrategia a la utilizada por Salgado (2003) para su análisis de los mensajes presidenciales en el México postrevolucionario de la mitad del siglo XX. Para investigaciones conformadas desde el análisis crítico del discurso, destaca el estudio de Urbina Gaitán (2012) referido a la presencia del neoliberalismo en los discursos presidenciales costarricenses de las últimas dos décadas. Desde una perspectiva comparativa, por último, cabe mencionar el estudio de López (2013) referido a la construcción discursiva del «líder» en los mensajes presidenciales de Ricardo Lagos y Sebastián Piñera en Chile.

Como podemos ver, la presencia de investigaciones que abordan el lugar de enunciación presidencial desde la perspectiva del análisis del discurso es abun-

dante, lo cual da cuenta de la presencia de una perspectiva validada y productiva en lo que respecta a la comprensión de los procesos de significación política.³

Ahora bien, y en lo que respecta a la unidad de análisis que específicamente abordamos en este estudio, cabe indicar que, realizados en Chile desde casi inicios de la República, los mensajes presidenciales consisten en una alocución del Jefe del poder Ejecutivo en la que —en el contexto de apertura del año legislativo— rinde cuentas al Congreso Pleno sobre el «estado administrativo y político de la nación», al mismo tiempo que explicita las prioridades de su agenda y las ideas fuerza que guían su trabajo gubernativo. Cada mensaje, así, constituye una instancia ritual que expresa a la vez que interviene en el estado contingente en que se encuentra configurado el campo político: configuraciones hegemónicas, contenidos programáticos, relaciones de oposición y articulación, se ven expresados en estos eventos que, naturalmente, asumimos como parte del juego más amplio de significaciones que caracteriza la interacción política.

En el caso específico del primero de los mensajes emitidos por cada Jefe de Estado,⁴ es posible observar como aspecto característico la exposición de los principios bajo los cuales se sustenta el período que inicia, al igual como sus objetivos y metas. En el caso chileno al menos, este primer discurso opera como uno de los actos performáticos que contienen de modo más rotundo el sentido que cada autoridad pretende otorgar a su período presidencial. Por ello es que han de ser entendidos no solo como intervenciones coyunturales vinculadas a los avatares políticos y a circunstancias específicas, sino que además como indicadores de las definiciones, valoraciones y actitudes de cada uno de los gobernantes y sus respectivos proyectos políticos. Constituyen, en este sentido, una expresión que sintetiza un determinado estado en la disputa política por la significación, en la cual el Jefe de Estado y

3. Proveniente originalmente del campo de estudios de la lingüística, el concepto de *significación* se refiere al proceso de producción de sentido por medio de la articulación entre «significante» y «significado» (Saussure, 1998). En otras palabras, alude al proceso de producción de lo que entendemos como «signo». Para efectos de este artículo, utilizamos este concepto colocando énfasis en el carácter contingente e inestable que, especialmente en el campo de la interacción política, asumen los procesos de significación (Laclau, 1996), en general, y el proceso de significación de la democracia en lo específico.

4. Desde 1990, el período constitucional de cada Presidente de Chile inicia el 11 de marzo, y cada Mensaje es pronunciado el día 21 de mayo. El primero de los mensajes presidenciales, por consecuencia, es enunciado a solo un par de meses de haber recibido su investidura, lo que le otorga una especial relevancia en el debate político-público.

de Gobierno utiliza su lugar de agencia para avanzar —con éxito variable— en la instalación de su discurso. En otras palabras: constituye un hito clave en la conformación/modificación/alteración de la gramática al interior de la cual se despliega la interacción política, a lo menos en lo que refiere a su dimensión institucional.

Dada su naturaleza, los mensajes presidenciales aquí abordados coinciden en un conjunto de atributos que los identifican, a saber:

- En términos formales, todos ellos expresan un tipo particular de práctica discursiva (Orlandi, 2012; Foucault, 2006; Boticelli, 2011) caracterizada por la adscripción a un conjunto de reglas, contextos y lugares de enunciación equivalentes: enunciados comunicativos generados en un contexto acotado de solemnidad en el cual el enunciador es exclusivo y excluyente, generadores de una alta repercusión mediática y cuyos destinatarios son tanto el Congreso Pleno como la ciudadanía en general.
- Todos ellos se organizan, además, en torno a la estructura propia del discurso político, esto es, actos comunicativos cuyo objetivo es la alteración o conservación de la configuración hegemónica de un determinado campo político comprendido como un espacio de fuerzas en tensión.
- Por último, estos mensajes coinciden en configurarse en torno a un doble ejercicio de diagnóstico y proyección: mientras por una parte describen las condiciones en las que reciben el «estado de la nación» (distinguiendo entre sus debilidades y fortalezas), cada mensaje construye una imagen del «futuro esperado» una vez concluido el período presidencial respectivo, lo que les otorga una densidad discursiva especialmente útil para abordajes analíticos, como el que acá proponemos.

Señalados estos atributos que definen nuestra unidad de análisis, resta por definir el objetivo sustantivo que nos hemos propuesto en este artículo. Tal como lo hemos señalado más arriba, nuestra atención se centra en la categoría *democracia*, un término por naturaleza relevante pero que, en el caso chileno, asume especial importancia en un contexto sociopolítico que se inicia justamente con el fin de un largo período autoritario. ¿De qué manera es definida la democracia por parte de la máxima autoridad política? ¿Cuáles son los valores a los que se encuentra asociada? ¿Qué lugar ocupa la democracia en cada mensaje, y de qué manera su significación fue variando o persistiendo a lo largo del tiempo?

Asumiendo que en el campo político no existe un concepto unívoco, pleno ni estable acerca de la democracia, sostenemos que su significación corresponde

más bien al resultado de una disputa permanente por la definición de sus contornos (Lechner, 1984). Los atributos, contornos y relaciones de oposición que definen en un determinado contexto sociopolítico a la democracia los entendemos como el resultado de una interacción que, naturalmente, opera sobre condiciones dadas por el propio contexto y la contingencia: la distinción entre democracia y no democracia, al igual como la determinación de sus atributos, aquello que le es propio y respecto a lo cual se distancia y opone, son por consecuencia resultado de un campo oposicional al interior del cual una de sus referencias principales lo constituye precisamente la autoridad presidencial.⁵

Observar desde el *locus* presidencial la trayectoria de las significaciones acerca de la democracia en un lapso temporal superior a dos décadas (desde el fin de la dictadura militar en 1990 hasta el año 2014, fecha del último discurso acá abordado), constituye en este sentido una manera de aproximarnos a las mutaciones y continuidades que han caracterizado la deriva del campo político chileno durante dicho período: ¿de qué modo influyó, en la trayectoria de las significaciones acerca de la democracia, el desplazamiento de la hegemonía del Partido Demócrata Cristiano (Aylwin y Frei) hacia el flanco izquierdo de la Concertación democrática (Lagos, Bachelet)? ¿Implicó el advenimiento de la derecha al gobierno el año 2010 una modificación sustantiva en las definiciones acerca de la democracia? ¿Constituyó el fin del ciclo de gobiernos de la Concertación y el surgimiento de la Nueva Mayoría (Bachelet, 2014) una modificación sustantiva de las significaciones democráticas inauguradas en 1990 o, por el contrario, expresan una relación más bien de continuidad?⁶

En este artículo, en definitiva, buscamos responder a las preguntas arriba expuestas centrando la atención en las significaciones y lugares que asume la demo-

5. Respecto al concepto *democracia*, existe una amplia literatura que discute acerca de sus contornos categoriales. Sin embargo, no es el objetivo de este trabajo hacer referencia a este debate, toda vez que optamos por centrar nuestra atención en los actos de nominación política del significante *democracia* y no en su definición conceptual. No pretendemos, en este sentido, discutir la pertinencia conceptual o la adecuación categorial de las significaciones abordadas, sino que más bien exponer la forma en que la idea democrática se encuentra expresada en los mensajes presidenciales analizados.

6. En este artículo se optó por omitir el tratamiento explícito de las variaciones contextuales del proceso político chileno desde 1990 hasta 2014. Para un abordaje aproximativo de dichas variaciones, véase Boeninger (1997), Garretón (2012), Hunneus (2014), Sehnbruch y Siavelis (2010) y Tironi (2010).

cracia, observando especialmente las relaciones de continuidad y ruptura posibles de ser verificadas en cada uno de los mensajes presidenciales analizados, de modo tal de aportar a la comprensión de la forma en que la política, en distintos contextos, opera como un campo en permanente resignificación del conjunto que conforma su léxico.

Metodología

Este artículo fue elaborado desde la perspectiva del análisis del discurso político, asumido para estos efectos como una estrategia teórico-analítica de abordaje textual que pretende dar cuenta de la forma en que diversos eventos comunicativos permiten la producción, circulación y mutación del sentido de lo social (Renkema, 1999; Van Dijk, 2009; Laclau, 2005; Santander, 2011; Armony, 2005).

En este trabajo asumimos la noción de discurso sobre la base del reconocimiento de la naturaleza performativa del lenguaje, esto es, de su comprensión no como representación de una realidad supuestamente externa a éste, sino que más bien como un acto de producción de aquella realidad que significa. El lenguaje, en este sentido, no lo asumimos como una «significación segunda y derivada» (Laclau y Mouffe, 2004: 134) referida a una supuesta objetividad exterior, sino que más bien como la forma privilegiada de fijación del sentido que, en un contexto determinado y dadas ciertas condiciones, asume lo social (Laclau, 2002).

El lenguaje, entonces, adquiere de acuerdo a nuestra aproximación un carácter que trasciende a la clásica oposición binaria entre sujeto y objeto. Y ello implica, por consecuencia, una opción dirigida hacia la puesta en tensión de las igualmente clásicas oposiciones entre conocimiento y opinión, entre denotación y connotación, o entre verdad y falsedad (Santander, 2011). Abordar la forma en que se enuncia discursivamente el «objeto democracia», por consecuencia, implica un ejercicio de aproximación a la forma misma que dicho objeto adquiere en un determinado contexto social.

Asumido lo arriba expuesto, la categoría de discurso la comprendemos específicamente como un conjunto de enunciados comunicativos (Martí, 2003) compuestos por elementos que se encuentran contingentemente articulados entre sí, al punto de conformar una totalidad parcial de sentido (Renkema, 1999; Van Dijk, 2009; Vasilachis, 2013; Laclau, 2005). Una totalidad de sentido que, sin embargo, no necesariamente se configura coherentemente, ni se constituye en los términos de una agrupación lógica, ni responde a intereses supuestamente objetivos. Observamos un discurso, en definitiva, cuando diversos elementos y/o enunciados

(juicios, descripciones, evaluaciones, diagnósticos, valoraciones) participan en la configuración de una totalidad de sentido referida a algún objeto por él construido, objeto que en nuestro caso corresponde al significante «democracia».

Todo discurso, por consecuencia, constituye una totalidad de sentido que, al interior de un determinado campo, se relaciona en términos de oposición y/o vecindad con otros discursos. Es así como, por ejemplo, en el ámbito de los debates públicos en cuanto al tópico democrático es posible evidenciar la existencia de discursos institucionales, consociativos, participativos, críticos, elitistas o tecnocráticos, todos los cuales se caracterizan por la presencia de una determinada y diferencial modalidad de articulación entre los elementos que lo componen. Cada uno de los discursos, así, se caracterizará por desplegar distintas formas de enunciación frente a ejes tales como la definición de su especificidad, la forma en que se relaciona con otras esferas de la vida social, sus alcances y límites, los valores en los que se sostiene o la forma en que es interpretado históricamente.

Tal es la búsqueda que nos hemos propuesto en este artículo, concentrado específicamente en mensajes ante el Congreso Pleno elaborados por los Jefes de Estado chilenos durante el período 1990-2014. Hemos optado, en atención a la relevancia arriba justificada de estos mensajes, por centrar en esta unidad de análisis nuestra indagación acerca de los sentidos referidos en torno a la democracia.⁷

7. El abordaje de los discursos presidenciales como objeto para el análisis de los procesos de significación política no se encuentra exento de críticas. Haciendo referencia a algunas de ellas, Armony (2005: 34) indica tres objeciones que suelen señalarse para objetar su validez: «La primera suele ser formulada así: no es el Presidente quien redacta sus alocuciones oficiales; por ende, lo que se analiza no sería más que la palabra de alguien de su entorno. La segunda reticencia remite al carácter oportunista, inauténtico y demagógico del discurso de la política [...]. La tercera reticencia se apoya también en una relativización de la palabra presidencial, pero subrayando su función puramente retórica. El discurso es visto entonces como un encadenamiento de fórmulas vacías, convenciones y lugares comunes». Tales críticas, no obstante, son perfectamente abordables, y nos permiten justamente especificar la potencia que, según nuestro juicio, contiene el análisis de los discursos presidenciales. Y es que, en efecto: 1) un discurso presidencial difícilmente corresponde a la expresión unilateral de la voluntad y las valoraciones de un sujeto en específico, sino que más bien constituye la expresión de una posición discursiva capaz de evidenciar un *locus* ampliamente trascendente al de un individuo en particular; 2) más que interesarnos por la «veracidad» de lo enunciado, un discurso presidencial interesa por las pretensiones hegemónicas que despliega, las que al mismo tiempo indican la forma en que el propio discurso interpreta el entorno sobre el cual interviene; y 3) todo dis-

Considerando los aspectos arriba indicados es que optamos por llevar a cabo una estrategia analítica fundada en los principios del análisis sociolingüístico del discurso, estrategia que, sumariamente y en palabras de Vasilachis (2013: 68), se caracteriza por perseguir los siguientes objetivos:

Examinar lingüísticamente los recursos y estrategias empleados en los textos [...] para imponer, sostener, justificar, proponer un determinado modelo interpretativo de la realidad social. [Busca] no solo analizar los textos en sus formas lingüísticas sino, especialmente, determinar cómo y para qué el hablante las selecciona en relación al tipo de sociedad que promueve.⁸

Considerado ello es que, para cada uno de los mensajes acá abordados, desarrollamos una estrategia analítica que operó con la siguiente lógica procesual:

a) Reconstrucción del campo semántico: análisis de la forma en que el conjunto de significaciones presentes en cada mensaje se articula y jerarquiza, de lo cual es posible extraer la idea fuerza en torno a la cual éstos se organizan.

b) Determinación del lugar de la democracia: ubicación específica que asume el significante democrático en cada mensaje (axial, secundaria, subordinada, funcional).

c) Explicitación de las significaciones acerca de la democracia: modo en que es significada la democracia en cada mensaje, atendiendo especialmente a sus conexiones léxicas, sus implicaturas, los valores asociados y las relaciones de oposición con otros significantes.

Ahora bien, cabe consignar que, como resultado emergente del análisis de los mensajes referidos, se observó la recurrencia de alusiones al pasado que acompañaban a las respectivas definiciones y evaluaciones acerca de la democracia. En ellas, destacan implicaturas y alusiones a figuras y eventos arquetípicos de la historia de Chile que, de acuerdo a nuestra lectura, juegan un rol relevante en la significación que cada enunciador esperaba configurar respecto a la democracia, por lo que fueron incorporadas en los resultados que más adelante se exponen.

curso, en su dimensión performativa, contiene una naturaleza retórica ineludible que ha de ser entendida como un componente central y no accesorio.

8. La opción por la estrategia referida justifica la no utilización de estrategias de corte cuantitativo, como las del análisis de frecuencia léxica (Armony, 2005) que busca ponderar cuantitativamente el uso de determinados conceptos y que, para nuestros objetivos, nos impide distinguir adecuadamente entre la significación que dichos conceptos adquieren al interior de uno u otro marco semántico.

Resultados

A continuación, organizamos la presentación de los resultados de este trabajo exponiendo: 1) los lugares en que es ubicado el significante *democracia* en los campos semánticos que configuran cada mensaje; 2) las operaciones semánticas que aportan a la fijación de su sentido; y 3) los usos de la historia como recurso para su significación.

Los lugares de la democracia

Ubicado según su propio diagnóstico en un tiempo de «restauración democrática», Aylwin especificó —en el primer Mensaje tras el retorno a la democracia— cinco áreas en las que se concentraría su gobierno: 1) verdad y justicia en materia de derechos humanos; 2) democratización de las instituciones; 3) promoción de la justicia social; 4) impulso al crecimiento, el desarrollo y la modernización; y 5) reinserción internacional, siendo la democracia el significante aglutinador del conjunto de definiciones, valores y objetivos señalados para cada una de estas áreas.

El crecimiento, la modernización o la reinserción de Chile en el concierto internacional se vislumbraban como tareas subordinadas al objetivo mayor de la restauración democrática, medida definitiva del éxito de su administración:

He dicho reiteradamente que quiero ser el Presidente de todos los chilenos. Mi mayor anhelo como gobernante es entregar, a quien el pueblo elija para sucederme, una patria unida en democracia. Para alcanzar esa meta, entiendo que mi misión es promover el reencuentro de Chile con sus tradiciones de tolerancia y libertad, de respeto al derecho y de rechazo a las arbitrariedades y a la opresión (PA, 20).⁹

Cuestión distinta es lo que se observa en el Mensaje de Frei, centrado fuertemente en el ámbito de la gestión económica. En éste, la agenda democratizadora se visibiliza como una condición —entre otras ubicadas en igual posición jerár-

9. La frase «quiero ser el Presidente de todos los chilenos» asume en este Mensaje una especial significación, dado su inequívoco tono evocativo respecto a una frase atribuida al Presidente Allende —«Yo no soy el Presidente de todos los chilenos»—, que, a juicio de la derecha política y de la propia Democracia Cristiana, constituyó una manifestación ilustrativa de la naturaleza excluyente del gobierno de la Unidad Popular. Sobre el contexto de emisión de dicha frase de Allende, véase Amorós (2003).

quica— para el logro del objetivo central de su mandato, vinculado al imperativo del desarrollo económico. Y es que, de acuerdo al mismo Frei, el «fértil ciclo de crecimiento con equidad» desplegado por su antecesor habría generado las condiciones para hacer frente a una verdadera «oportunidad histórica». En sus palabras:

Vengo a afirmar que Chile tiene una gran oportunidad histórica [...] Vengo a dar cuenta de qué manera el Gobierno espera concretarla en lo inmediato y en el futuro próximo [...] Nuestros grandes ensayistas e historiadores nos enseñan que Chile tuvo en el pasado otras similares. Una de ellas es muy conocida, y al no prosperar significó una larga historia de frustraciones nacionales. [...] Una oportunidad no es un milagro en razón de cierto esquema teórico o de la magia o la fuerza de algún caudillo. Es el fruto de la tarea de todo un pueblo, que a veces no cristaliza por las querellas de sus dirigentes o porque la envergadura de los propósitos no está a la altura de las circunstancias. [...] Mi convicción más profunda es que una poderosa constelación de factores nacionales e internacionales abre ante nosotros una gran oportunidad (EF, 13).¹⁰

A partir de la definición de la referida «oportunidad», el discurso de Frei derivó en una especificación de las condiciones que debieran cumplirse para su aprovechamiento. Específicamente, las áreas en las cuales se indica la concentración del esfuerzo gubernamental corresponden a: 1) la consolidación del desarrollo económico; 2) la erradicación de la extrema pobreza; 3) la modernización de las relaciones laborales; 4) la eficiencia de los sistemas de salud y educacional; y 5) la inserción internacional del país. Y para que ello sea posible, finalmente Frei

10. Interesante resulta observar cómo el significado exacto de la oportunidad a la cual Frei hace referencia no es definido explícitamente. La alusión indirecta a la conocida obra del economista chileno Aníbal Pinto (*Chile. Un caso de desarrollo frustrado*) y la dirección posterior que asume su discurso, permiten inferir que la referida oportunidad es el desarrollo económico y la conversión de Chile en una nación desarrollada. Esta ambigüedad es destacada, como síntoma de lo que fue su gobierno, en un análisis que Garretón (2003: 51) ofrece respecto a éste, su primer Mensaje presidencial: «La definición de la ‘nueva oportunidad histórica’ presente en el Primer Mensaje Presidencial al Congreso [...] fue o demasiado abstracta o demasiado descriptiva de políticas concretas, pero tampoco clarificó en el gobierno una orientación general que a la vez diera perspectiva y sirviera como línea o marco general de trabajo».

enumera el conjunto de exigencias que debieran cumplirse durante su gobierno, dentro de las cuales aparece, recién, la consolidación democrática.

De este modo es cómo, en definitiva, la democracia se ubica en este Mensaje en una posición subordinada respecto al objetivo del desarrollo (económico), asumiéndola como una condición para la plena inserción en el escenario económico global y para la producción de una gobernabilidad que favorezca la inversión y el crecimiento.

En cuanto al Mensaje de Lagos, es posible observar una relación de continuidad en cuanto a la centralidad del objetivo del desarrollo, solo que esta vez complementado con el imperativo de la integración sociocultural y, por consecuencia, alejado de su simbiosis con el crecimiento económico, característica del discurso de su antecesor: «En menos de una década —anunciaba Lagos— cumpliremos 200 años como nación libre [...] Propongo una gran tarea común para esa fecha: llevar a Chile al máximo de sus posibilidades para tener en el 2010 un país plenamente desarrollado e integrado» (RL, 12).

Consecuentemente a esta resignificación del concepto de desarrollo y de su articulación con el imperativo de la integración y la modernización cultural, en este discurso se observa una operación de desplazamiento del sentido de la democracia, el que se instala ahora como un significado asociado no solo al aspecto político-institucional —como en el caso de sus antecesores—, sino que también al ámbito de la interacción social y cultural.

La llegada al gobierno de la Presidenta Bachelet en 2006 profundiza el despliegue de una agenda interesada en trascender a los temas político-institucionales y económicos que caracterizaron los mensajes de Aylwin y de Frei, respectivamente. Al igual como en el Mensaje de Lagos, nuevos temas —la igualdad de género, la inclusión social, la participación y la calidad de vida— adquieren una fuerte preeminencia en una intervención en la que se incorpora con especial fuerza la idea de un cambio en el estilo gubernamental, sintetizado en la fórmula del «gobierno ciudadano»:

Se asoma también el tiempo de los ciudadanos. Un Chile de todos. Un Chile más integrador y más integrado. Una sociedad más inclusiva, que no discrimina y que no olvida a quienes se quedan atrás. Estoy aquí como mujer, representando la derrota a la exclusión de que fuimos objeto tanto tiempo. Hoy es la hora de incluir en nuestro desarrollo a aquellos ciudadanos y ciudadanas que sufren otro tipo de exclusiones. A eso nos dedicaremos. Porque éste es el gobierno de los ciudadanos y para los ciudadanos (MB1, 9-11).

Asociada con esta idea del «gobierno ciudadano», la democracia es articulada —aunque de modo inespecífico— con el horizonte de la integración social, al mismo tiempo que asociada con un estilo de gobierno que debiera verse reflejado transversalmente en el contenido y dinámica de las cuatro reformas propuestas por este gobierno (en el ámbito de las pensiones, la educación, la innovación para el desarrollo y la vivienda). Un estilo caracterizado por la sensibilidad social, el rechazo a la tecnocratización de las decisiones, la transparencia y el incentivo a la participación.

En el año 2010, la asunción al poder ejecutivo por la vía electoral de la derecha —tras más de medio siglo de su último triunfo presidencial en 1958— volvió a otorgarle al Mensaje presidencial una especial relevancia. El Presidente Piñera, en un discurso marcado por fuertes connotaciones épicas en las que se imbrican las alusiones religiosas y la retórica tecnocrática, instalaba la idea de un cambio en la «forma de gobernar». Un cambio que, en lo fundamental, tendría la tarea de volver a dinamizar al Estado chileno, contribuyendo de tal modo al objetivo central de su administración, consistente en colocar a Chile «en el umbral del desarrollo y la superación de la pobreza»:

Requerimos de una nueva forma de gobernar. Para que las chilenas y chilenos se beneficien de los resultados, y no solo se ilusionen con las buenas intenciones. Un gobierno que no se quede en los discursos y palabras, sino en las metas y logros. Un gobierno honesto, transparente y que hable siempre con la verdad. Un gobierno que actúe con eficacia y sentido de urgencia. Un gobierno que trabaje sin descanso por la gente y, muy especialmente, por la clase media y los más vulnerables. Un gobierno que se atreva a mirar más allá del horizonte e intente desplazar los límites de lo posible.

Un gobierno con los ojos puestos en el cielo, que es la esperanza, y los pies firmes en la tierra, que es el realismo. Un gobierno, en fin, que esté a la altura de las necesidades y sueños de los chilenos y de los desafíos de este siglo XXI, nuestro siglo, el siglo de las oportunidades (SP, 393-403).

Como se observa, el listado de alusiones de lo que vendría a ser esta «nueva forma de gobernar» expresa una evidente voluntad de distanciamiento respecto a la tradición de gobiernos concertacionistas, en relación a los cuales el nuevo gobierno se presenta como enérgico, realizador, eficiente y «a la altura» de las demandas de los chilenos. Replicando y amplificando la invocación a la eficiencia propia del ya descrito discurso de Frei, Piñera centra su alocución en la des-

cripción detallada de siete ejes programáticos de su gobierno, uno de los cuales corresponde precisamente al del «perfeccionamiento democrático». Junto a ello, enumera catorce áreas de gestión y detalla —de un modo inédito en relación a los discursos presidenciales precedentes— los objetivos específicos a alcanzar en cada una de estas áreas, en un tono propio del lenguaje gerencial característico de la referida «nueva forma de gobernar»: un lenguaje directo, con ofertas medibles y verificables.

Tal y como se profundizará más adelante, el objetivo del perfeccionamiento democrático se presenta, en coherencia con las otras áreas abordadas, como una meta a lograr como resultado de la implementación de un conjunto de medidas y reformas claramente identificables. La democracia, así, emerge como parte del conjunto de tareas a cumplir por su gobierno, ubicándose en un lugar delimitado e incontaminado respecto a las otras esferas de acción declaradas en el Mensaje.

Tras el gobierno de Sebastián Piñera, y bajo el telón de fondo de una fuerte crisis sociopolítica marcada por el protagonismo de las movilizaciones sociales, el retorno al gobierno de Michelle Bachelet operó en función del doble pilar de una fuerte adhesión a su figura y de la generación de una oferta transformadora por parte del nuevo conglomerado político —la Nueva Mayoría— que surgió tras el fin de la Concertación. En su discurso del 21 de mayo, y a contrapelo de todos los mensajes hasta acá abordados, Bachelet centró su diagnóstico en la existencia de un malestar ciudadano, «un gran descontento por los problemas profundos que no hemos sido capaces de resolver como país» (MB2, 14) que obligaría a la producción de una agenda transformadora:

Y no hay duda que hemos tenido un importante crecimiento económico, desarrollo de la infraestructura, en conectividad y en una serie de áreas que nos hacen ser vistos como un país líder en la región. Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que no hemos logrado superar las grandes desigualdades que nos afectan, ni terminar con los privilegios y abusos en distintos ámbitos de nuestra vida y de la marcha del país. Y hoy la ciudadanía nos reclama que nos pongamos en acción y resolvamos los problemas, y que lo hagamos a través de cambios que nos permitan enfrentar los desafíos de este nuevo Chile. [...] Por eso que planteamos al país un programa de Gobierno transformador (MB2, 15-18).

La oferta de cambios promovida por Bachelet cubría un amplio espectro. Sin embargo, el largo número de cambios comprometidos oficia como suplemento de

lo que, en el Mensaje, emerge como el núcleo principal de su gobierno compuesto por la tríada constitucional, educacional y tributaria.

La agenda democratizadora, así, aparece en el discurso de Bachelet como uno de los tres pilares de su propuesta programática. Junto con la reforma tributaria y educacional, la tarea de perfeccionar la democracia chilena por medio de un nuevo orden constitucional se ubica en un lugar relevante, como parte de un Mensaje centrado en la búsqueda por procesar políticamente lo que, de modo implícito, es diagnosticado como una crisis de legitimación del sistema socio-político chileno.

Los sentidos de la democracia

En todos los mensajes acá observados es posible poner en evidencia el recurso a la diagnosis como vehículo para la significación normativa de la democracia. En ellos, la descripción del «estado actual de la democracia» tributa a las respectivas definiciones acerca de su «deber ser», evidenciando la inherente opacidad que caracteriza a la distinción entre el plano de la denotación y la connotación (Santander, 2011). Obsérvese en este sentido la siguiente reflexión de Aylwin en relación al estado de la democracia recién inaugurada en 1990:

Al clima de confrontación, descalificaciones, odios y violencia que prevaleció por tanto tiempo, ha sucedido un ambiente de paz, respeto a las personas, debate civilizado y búsqueda de acuerdos. Contrariando al pesimismo de errados agoreros [...], los chilenos estamos demostrando que somos capaces de vivir en libertad y que no necesitamos del imperio de la fuerza ni de constantes amenazas para mantener el orden y para trabajar. Ciertamente es que siguen produciéndose algunos hechos de violencia que enturbian este ambiente de paz. Pero no es menos cierto que esos hechos [...] provocan cada día mayor repudio en todos los sectores de la población [...] Nadie puede seriamente negar que Chile está viviendo una etapa promisoriosa de reencuentro nacional. La lógica de guerra que dividía a los chilenos en amigos y enemigos ha sido superada por la lógica de la paz, en que todos nos reconocemos como compatriotas, cualesquiera que sean nuestras diferencias (PA, 5-9).

Una etapa de «reencuentro nacional» es lo que caracterizaría a un país decidido a superar las «heridas del pasado», a contrapelo de los grupos minoritarios que (desde la extrema izquierda) insisten en el recurso a la fuerza, y contrariando los anuncios (desde la derecha y las Fuerzas Armadas) que anticipaban «caos» y «desorden» una vez retornada la democracia. El presente, así, se mues-

tra auspicioso, dada la capacidad de «los chilenos» de disponerse a la unidad y el reencuentro.

Este diagnóstico se articula con una comprensión de la democracia en tanto sistema institucional que garantiza libertades públicas y en el que todos los actores se someten a la norma jurídica. Un sistema que, además, alcanza su madurez a condición de ser capaz de operar sobre la base de un consenso asumido en su doble acepción de base y horizonte de la acción política:

La democracia supone, como cimiento indispensable, el consenso general sobre las reglas fundamentales de la convivencia colectiva. Puesto que en ella «la autoridad se funda en la voluntad de aquellos a quienes obliga», única manera racional de conciliar autoridad con libertad, el régimen democrático será más sólido y estable mientras mayor sea el grado de consentimiento que suscite en la comunidad nacional (PA, 13).

La traducción efectiva de esta articulación entre democracia y consenso permite la validación de una de sus consecuencias lógicas: el privilegio del gradualismo en contraposición al voluntarismo:

Siempre en el propósito de perfeccionar nuestro sistema democrático, creemos necesario, en sucesivas etapas, abordar ciertas reformas constitucionales o legales que mejoren la representatividad y la eficacia de algunas instituciones del Estado, actuando sobre la base de los consensos ya expresados o de los que en el futuro se vayan produciendo (PA, 123).

Como puede observarse, el acuerdo en torno a «reglas fundamentales» constituye en el Mensaje de Aylwin la condición esencial del orden democrático, condición que debiera ser capaz de neutralizar el peligro de las tendencias «centrífugas» y de la conflictividad política. Y ello, en un marco en que la racionalidad, la responsabilidad y el sentido moral de los actores logra anteponerse a «las pasiones» y «los prejuicios» (PA, 23).

En los diagnósticos ofrecidos por los presidentes Frei y Lagos, es posible observar una fuerte continuidad en relación a la valoración del sentido de unidad y consenso que debiera caracterizar a todo orden democrático:

El espíritu de búsqueda de acuerdos ha sido uno de los grandes logros de nuestra convivencia en los últimos años. Por ello, no puede ser concebido como una mera tregua o como un recurso para paralizar la actividad oposi-

tora [...] Hoy enfrentamos exigencias de orden moral y político que no podemos soslayar si queremos realmente la construcción de una patria en que todos los chilenos puedan participar, crecer y hacer oír su voz. Me refiero a consolidar nuestro sistema democrático, a fortalecer el espíritu de consenso y a difundir entre nosotros una verdadera cultura de la responsabilidad (EF, 125-263).

En el pasado hemos sufrido inmensos dolores como Nación, que comienzan a superarse lentamente. Secamos nuestras lágrimas [...], tratamos de enfrentarnos con la verdad, aunque por momentos el sufrimiento fue muy fuerte. Hemos aprendido a respetarnos. Y hemos tenido la sabiduría [...] para obtener del dolor un propósito común de paz social, progreso económico y estabilidad política (RL, 205-206).

En el Mensaje de Piñera, esta comprensión consociativa de la democracia se manifiesta prístinamente, suplementada en este caso con un marcado tono religioso:

Debemos recordar que no hay caminos hacia la unidad. La unidad es el camino. En la unidad está la raíz de nuestra fuerza, y en la división, el germen de nuestra debilidad. Para enfrentar estos tiempos, necesitamos más que nunca la unidad entre gobierno y oposición, entre sector público y privado, entre trabajadores y empresarios y entre el Estado y sociedad civil. Unidad que no significa confundir roles ni renunciar a valores, principios o convicciones. Significa simplemente no olvidar que, más allá de nuestras legítimas diferencias, existe una causa y misión más noble que nos une: hacer grande a Chile y facilitar los caminos hacia una sociedad de oportunidades, seguridades y valores, que nos facilite la búsqueda de la felicidad. Y nunca olvidar que compartimos un profundo amor por Chile y somos hijos del mismo Dios (SP, 29-30).

Ahora bien, y no obstante la ya referida continuidad con sus predecesores, el Mensaje presidencial de Lagos introdujo algunos desplazamientos relevantes en cuanto al diagnóstico y significación de la democracia chilena, uno de los cuales refiere a su ubicación en un tiempo de normalidad en que las instituciones políticas debieran proceder sin los límites propios del tiempo transicional. Ello queda de manifiesto cuando, sin referir directamente al exdictador Pinochet, sometido por esos días a una fuerte presión mediática y judicial, el Presidente socialista declaraba:

Yo comprendo las aprensiones que deben sentir algunos sectores por ciertas investigaciones o resoluciones judiciales en curso. Pero quiero decir hoy, con meridiana claridad, que mi gobierno no interferirá en las decisiones de los Tribunales de Justicia, porque ello atentaría contra las bases de la República. El fin de la transición comienza por aceptar este principio y no por vulnerarlo. El fin de la transición comienza por acatar los fallos de los tribunales (RL, 111).

Como se observa, esta declaración de independencia y soberanía del poder judicial expresa un diagnóstico de ingreso a una etapa de consolidación democrática que generaría las condiciones para el regular funcionamiento de sus instituciones, condición que, se puede deducir, no habría sido cabalmente satisfecha durante los gobiernos anteriores. Ello permitiría a Lagos agenciarse como un líder que comprende los retos de la democracia del futuro y que se encuentra más allá de las querellas características del período transicional.

La producción de una «agenda de futuro» para la adecuación de la democracia al nuevo escenario económico, cultural y tecnológico global, así, ocupa un lugar relevante en el discurso de Lagos, permitiéndole desplazar el clivaje entre «defensores de la institucionalidad» y «reformistas» —característico del debate político de los noventa— por una oposición entre quienes defenderían una interpretación anquilosada del orden constitucional y quienes se encontrarían del lado «del sentido común y la modernidad». Una oposición que, en relación al debate en torno a las reformas vinculadas a la superación de los así llamados «enclaves autoritarios» (Siavelis, 2009; Garretón, 1991), Lagos expresaba del siguiente modo:

Quisiera invitarlos a [...] incorporar estas nuevas dimensiones a nuestro orden constitucional. Cuando entramos a la sociedad del conocimiento que pone a nuestra disposición una tecnología que permite formas inéditas de participación ciudadana y una interacción más directa entre representantes y representados, cuando la más modesta de las leyes, en cada uno de los avances que se haga en el Parlamento, puede estar en internet y en la casa de cada uno de los ciudadanos que tengan interés en ello y puedan hacer sus propias propuestas, cómo entonces abordamos y ponemos al día nuestra Constitución a estos nuevos desafíos que se abren [...] No quisiera que nos quedáramos discutiendo estos temas, que tienen que ver más con lo que ocurrió ayer que con los que miramos al futuro (RL, 179-181).

Una disposición similar a la desarrollada por Lagos se refleja en el primer Mensaje de Bachelet en el año 2006, un mensaje marcado por el diagnóstico de

una sociedad en proceso de cambio que, consecuentemente, reclamaría una ampliación de la agenda democratizadora hacia la incorporación de nuevos temas y desafíos:

El país ha vivido grandes cambios en los últimos años. Hemos recuperado el clima de libertades que por tantos años caracterizó a nuestra República. Hemos construido una sociedad más abierta, diversa y tolerante [...] Se asoma también el tiempo de los ciudadanos. Un Chile de todos. Un Chile más integrador y más integrado (MB1, 6-9).

En un discurso que insiste permanentemente en el sentido inclusivo que ha de tener un régimen democrático, y que replica las alusiones críticas a la tecnocratización de la política presentes ya en el Mensaje de su predecesor. Bachelet construye su Mensaje en torno a la adición de la participación ciudadana como un componente axial de la democracia:

Quiero ciudadanos críticos, conscientes, que planteen sus ideas y sus reivindicaciones. [...] Me propongo también renovar el modo como se ejerce el poder desde el Gobierno. Para asesorarme en el diseño de algunas reformas clave, he nombrado consejos asesores con profesionales y representantes del más alto nivel y de amplios sectores. La labor de este tipo de consejos es muy importante. Constituye una innovación en cómo hemos hecho las políticas públicas. Es un método, el del diálogo social, muy usado en democracias muy desarrolladas.

¡Cuánto más fácil habría sido, y más rápido tal vez, encargar a un puñado de técnicos de un solo color redactar un proyecto de ley en un par de días! Pero hemos querido hacerlo de este otro modo, incluyendo todas las visiones, con la más amplia participación ciudadana. Así despejamos mitos y consensuamos los diagnósticos (MB1, 13-15)

De este modo, aquello que se había insinuado en el Mensaje de Lagos —la ampliación del significante democrático hacia un sentido trascendente a su pura expresión institucional— deriva en el Mensaje de Bachelet en una fuerte asociación entre la profundización democrática y la ampliación de los espacios de interacción entre el campo político-institucional y la ciudadanía.

En su primer Mensaje al Congreso Pleno, y pese a asumir la solidez democrática como un activo de la sociedad chilena, el Presidente Piñera no se privó de desarrollar una evaluación crítica respecto al estado de la democracia chilena, la

que de acuerdo a su criterio estaría «perdiendo fuerza y vigor y sufre los embates de enfermedades que la debilitan» (SP, 242). Entre los síntomas de este debilitamiento se contarían, a juicio de Piñera, el distanciamiento ciudadano frente a la política, el consecuente envejecimiento del padrón electoral y el fortalecimiento de las evaluaciones negativas frente a las instituciones democráticas.

Afín al estilo ejecutivo que lo caracteriza, este diagnóstico iba acompañado de un minucioso listado de medidas conducentes al objetivo de «construir una democracia más vital, cercana, transparente y participativa» (SP, 246), medidas que iban desde la implementación del sistema de inscripción automática y el voto voluntario hasta el establecimiento de primarias voluntarias y vinculantes para cargos de elección popular, entre otras.

Como se observa, la producción de una agenda de reformas conducentes al perfeccionamiento democrático se muestra en el Mensaje de Piñera como disonante respecto a los mensajes precedentes. Y es que, si en los anteriores mensajes el perfeccionamiento democrático era una función inversa a la herencia autoritaria, Piñera desarticula esta relación para describir los déficits democráticos como un efecto de la larga hegemonía concertacionista, más que del pasado autoritario.

Pese a la disonancia arriba expuesta, es posible observar sin embargo una fuerte relación de continuidad entre las significaciones de la democracia expuestas en el Mensaje de Piñera respecto a los mensajes precedentes, cuestión que no ocurre con el Mensaje de Bachelet del año 2014, en donde algunas de las definiciones axiales que acompañaron las significaciones acerca de la democracia durante todo el período fueron objeto de desplazamientos dignos de destacar.

En primer lugar, y en referencia a la lectura acerca del malestar diagnosticado como parte del contexto sociopolítico en el que Bachelet retorna al gobierno, su Mensaje destaca su interpretación como componente del desarrollo democrático nacional más que síntoma de un desarrollo deficitario del sistema democrático. Lejos de ser un «problema», la movilización de los ciudadanos en torno a sus demandas es destacada como expresión de una democracia desarrollada, madura y ágil, capaz de trascender a los «estrechos espacios» de la institucionalidad estatal.

En segundo lugar, en el Mensaje de Bachelet se incorpora una —hasta ese momento— inédita articulación entre democracia, decisión y mayoría. Si en todos los discursos anteriores —con especial énfasis en los mensajes de Aylwin, Frei y Lagos— el imperativo de la gobernabilidad democrática aparecía como directamente asociado a la producción de consensos y acuerdos transversales, en esta intervención se visibiliza un reconocimiento de los límites de esta forma de comprensión de la interacción democrática:

Todos somos necesarios en el diálogo honesto sobre las transformaciones. Y cuando yo digo honesto, quiero decir sin prejuicios ni temores infundados. Pero ese diálogo tiene que arribar a decisiones, y las decisiones deben reflejar a las mayorías. Eso está en el corazón de la democracia (MB2, 26).

Así, estos dos desplazamientos en la significación de la democracia permiten observar en el segundo Mensaje de Bachelet una parcial disonancia respecto a las significaciones hegemónicas presentes en el período abordado, las que se caracterizaron por el énfasis en la estabilidad, la producción de consensos y la ausencia de antagonismos como componentes centrales de la democracia. Sin que pueda interpretarse como una ruptura definitiva respecto a los imaginarios dominantes en la élite política, la presencia en su Mensaje del reconocimiento de la dimensión agonal de la democracia y del valor que las mayorías cumplen en los procesos de decisiones implicaron, sin dudas, una modificación relevante de los ejes nominativos que dominaron las significaciones acerca de la democracia durante el período analizado.

Los usos de la historia

La apelación al pasado constituye en todos los mensajes aquí observados un dispositivo claramente identificable. El recurso a la Historia se deja ver por medio de asociaciones explícitas y de implicaturas que abonan las definiciones que buscan representarse, presuposiciones que invocan a un saber supuestamente compartido entre el hablante y el público y un uso retórico de figuras o hechos históricos arquetípicos que aportan al fortalecimiento de las ideas-fuerza que se desea expresar. Consecuente con ello, los mensajes coinciden en organizarse a partir de la definición del presente como un momento dramático en el cual se juega una oportunidad o tarea pendiente, que es necesario y urgente encarar. En esta configuración del presente como una verdadera bisagra que hará posible la distinción entre «un antes y un después», el futuro asoma como una posibilidad cuya materialización depende del cumplimiento de un conjunto de acciones a las que el gobierno respectivo se autoconvoca.

Cada gobernante, en definitiva, se instala en una deriva histórica en la que las acciones que se propone generar resultan indispensables para lograr el «salto decisivo» hacia la consolidación democrática (Aylwin), el desarrollo económico (Frei y Piñera), la modernización sociocultural (Lagos), la inclusión ciudadana o el fin de la desigualdad (Bachelet en sus dos periodos). Y para ello, el pasado es

significado como fuente de oportunidades al mismo tiempo que un obstáculo y, en todos los casos, como marco de experiencia para ratificar lo productivo y rectificar las barreras que de éste se desprenden (Santiso, 2001).

Esta función del pasado como fuente de experiencia e instrumento de persuasión relativo a la legitimidad de las políticas gubernamentales (León y Romero, 2008) es claramente verificable en relación específica a la forma en que se significa la democracia. ¿Qué ha sido la democracia en el pasado? ¿Cuáles de sus componentes son dignos de replicar y cuáles constituyen un obstáculo para el fortalecimiento de la idea democrática? En cada uno de los mensajes acá abordados se ensayan respuestas a estas interrogantes, articulando de esta forma cada lectura del pasado con las significaciones pretendidas respecto a la «democracia actual» y a la democracia deseada.

Si bien es cierto que, tal y como veremos, la alusión a la tradición democrática chilena constituye una constante en la mayoría de los discursos presidenciales observados, la estrategia de recuperación de dicha tradición en el Mensaje del Presidente Aylwin resultó especialmente relevante. Aquí, emerge recurrentemente la articulación entre el pasado y la agenda democratizadora. El pasado democrático, así, es significado como un patrimonio que permite dimensionar la tarea restauradora como una épica más de reencuentro con una tradición que de refundación de un nuevo presente. Un país reconocido internacionalmente por su solidez democrática, con instituciones maduras y con una larga historia de estabilidad política, se presenta en su Mensaje como un activo histórico que permite ilustrar el sentido de aquello que se desea reponer:

A lo largo de su historia, Chile se ganó un lugar de prestigio y de ascendiente en la comunidad internacional, de extraordinaria relevancia con relación a las dimensiones y ubicación geográfica de nuestro país. Ello fue fruto, principalmente, de la solidez y estabilidad de sus instituciones políticas democráticas, que eran señaladas como ejemplo entre las naciones del mundo en desarrollo y apreciadas con admiración aun en las sociedades de mayor madurez política (PA, 315-316).

Cuatro años más tarde, el Presidente Frei reitera esta inscripción del presente en un pasado democrático escenificado en el acto republicano de la rendición presidencial al Congreso: «Desde diciembre de 1810, en esta institución se han forjado nuestras leyes, se han debatido con pasión nuestras ideas, se ha afirmado el pluralismo de nuestra sociedad y se ha construido nuestra vida democrática»

(EF, 4). El pasado, así, vuelve a aparecer como una tradición en la cual «todos los chilenos» se encuentran, más allá de sus diferencias y sus enfrentamientos.

Pero la producción de una imagen del pasado democrático «ejemplar» y «digna de orgullo» contrasta en estos discursos, al igual como en la alocución del Presidente Lagos, con una porción de ese pasado en que la convivencia armónica fue reemplazada por la división y el conflicto. Al pasado ejemplar, así, se le adiciona la memoria de un pasado no deseado: una tradición democrática definida por la convivencia pacífica entre los chilenos en oposición al pasado dictatorial, consecuencia de un contexto previo que, de acuerdo a estos relatos, habría generado las condiciones para la interrupción de la vida democrática:

La dura experiencia de tantos años de confrontación y sufrimiento nos ha enseñado a superar caducos prejuicios e intransigencias ideológicas, a respetar explicables discrepancias, a procurar comprendernos mutuamente y a admitir que la natural diversidad no es ni puede ser obstáculo insuperable a nuestra unidad esencial como chilenos (PA, 10).¹¹

Gracias a esta herencia común, ustedes no están hoy ante un Presidente que afirma que con él comienza todo de nuevo en Chile. Es gracias a esta herencia común que puedo decir, con satisfacción, que no recibo un país en ruinas, marcado por el estancamiento económico, el dogmatismo político o el desorden social (EF, 9).

Las actuales generaciones de chilenos y chilenas han sido testigos de cómo ese legado de los padres de la patria fue amenazado por la confrontación entre posiciones excluyentes, que pretendían ser representativas de la Nación en su conjunto. La desunión llevó a grados extremos el antagonismo y la desconfianza entre los chilenos. Se produjo entonces la mayor tragedia política del siglo XX. Por eso ha sido tan difícil y al mismo tiempo tan valioso todo lo que hemos avanzado para superar esas experiencias tan dolorosas (RL, 8).

11. Cabe indicar que, en las referencias presentes en el Mensaje de Aylwin, el rol iluminador del pasado histórico es considerado solo hasta el punto en que ello no se convierta en obstáculo para la necesaria puesta de la mirada en el «futuro plenamente democrático» que aguarda: «Pienso que, si queremos reforzar la unidad nacional, debemos todos poner los ojos en el futuro común que nos une, más que en el pasado que nos divide. Dejemos a la historia que juzgue lo ocurrido y pongamos nuestro afán en los quehaceres que la patria ahora nos reclama para forjar el porvenir» (PA, 25).

De este modo, el pasado de confrontación y antagonismos genera un auténtico rol propedéutico: mientras el pasado mitificado de la estabilidad y el orden opera como figura arquetípica que nos recuerda aquello que «podemos ser», el pasado histórico de confrontación es actualizado como recordatorio de las causas que explican el alejamiento de la valorada tradición democrática del país.¹²

En el caso del Presidente Lagos, y a diferencia de la alusión puramente genérica a las virtudes y desventuras del pasado democrático que caracterizaron los mensajes de Aylwin y Frei, su Mensaje complementa la mirada histórica de sus predecesores con un balance procesado desde su particular identidad política. Desde su histórica posición de primer gobernante socialista tras Salvador Allende, Lagos observa las virtudes y responsabilidades propias de la izquierda chilena en lo que a la deriva democrática nacional refiere:

La ampliación del sufragio, la extensión de la educación, la creación de las bases de la industria nacional, el fin del latifundio, son algunas de las grandes transformaciones económico-sociales del siglo pasado, del siglo XX que termina, que no habrían sido posibles sin el empuje y la visión de estas fuerzas políticas. No ocultamos que en este empeño hemos cometido errores. Pecamos a veces de voluntarismo, o generamos tensiones que dividieron a los chilenos (RL, 20-21).

Junto con reconocer en «los gobiernos de la Concertación» el principal mérito en el cumplimiento de la tarea de reconstrucción democrática, Lagos entiende que su condición de socialista lo liga inexorablemente al contexto de crisis de la democracia. Y es probablemente por ello que en su Mensaje se dio tiempo para subrayar que su gobierno sería uno de reformas que obviarán aquellos recursos que, en el pasado, condujeron a la confrontación y la crisis: «La nueva época que vamos a inaugurar se basa en el principio de la cooperación y la solidaridad. Hay que renunciar al uso de la amenaza o la violencia [...] que tanto perjudicó los procesos de transformación que se intentaron en el pasado» (RL, 36).

12. Durante 1991, el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación incorporaría un apartado de contextualización histórica redactado por el historiador y ex Ministro de Educación de Pinochet, Gonzalo Vial. En dicho apartado, se ofrece un «marco histórico» de comprensión de las causas de la crisis de la democracia chilena que, en lo fundamental, es coincidente con el diagnóstico expuesto en estos mensajes.

En el Mensaje de la Presidenta Bachelet en 2006 es posible observar un desplazamiento respecto a los usos del pasado vistos hasta acá. Coincidente con su declarado tono reformista, e ilustrando un contexto sociopolítico en que la agenda postransicional parece haber quedado parcialmente superada como resultado de las reformas constitucionales implementadas en las postrimerías del gobierno de Lagos, en este discurso se hacen referencias solo oblicuas al pasado democrático reciente. Expresión de una voluntad por distanciarse del tono republicano de sus predecesores o síntoma de un contexto sociopolítico signado por el malestar y la desidentificación con la democracia, lo cierto es que, en este discurso, el uso del pasado destaca más por sus omisiones que por sus referencias explícitas, observándose en este sentido una casi total ausencia de la articulación entre memoria del pasado reciente y la necesidad de producción de consensos y unidad que, como hemos visto, fue especialmente relevante en sus tres antecesores.

Referir al contexto democrático interrumpido en 1973, por un lado, y al pasado reciente de reconstrucción democrática identificado fundamentalmente con la obra de los gobiernos de la Concertación, por el otro, constituyó para el Presidente Piñera un verdadero dilema: ¿Cómo referir al pasado sin revitalizar el clivaje democracia/autoritarismo? ¿De qué modo evitar la identificación de su gobierno con la —ya por ese entonces— fuertemente desacreditada herencia dictatorial? ¿Y cómo lograr desinscribirse de dicha tradición sin afectar con ello la unidad de una coalición habitada por activos defensores del legado pinochetista?

La estrategia de Piñera para hacer frente a estos dilemas operó en términos de una triple operación de desplazamiento, ampliación y elusión del sentido histórico de la democracia dirigida a la ruptura de la relación de continuidad generada entre «la tradición democrática chilena», «la lucha por la democracia» y «los gobiernos de la Concertación». En primer lugar, Piñera desplazó la alusión a la tradición, encarnándola ahora en las figuras arquetípicas de los «padres fundadores de la nación» y trasladando, de tal forma, el *ethos* nacional desde la apelación —típicamente concertacionista— a la tradición democrática (propia del siglo XX) hacia la identificación (decimonónica) con un sentido republicano que hunde sus raíces en los lejanos orígenes del Estado independiente:

Quisiera honrar a los padres fundadores de la Patria. Aquellos que hace doscientos años decidieron iniciar la hermosa y desafiante aventura de la libertad y la independencia. Me refiero a Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez y a todos quienes dieron su vida en defensa de nuestra Patria y de nuestra República. Gracias a ellos, los chilenos somos hoy

ciudadanos libres e iguales, vivimos en democracia y estamos regidos por la soberanía del pueblo, instituciones sólidas y un estado de derecho (SP, 14).

Sobre el pasado reciente y la recuperación de la democracia, las alusiones de Piñera se dirigen por el camino de la imputación del mérito de la «recuperación de la democracia» a la ambigua e inclusiva figura de «los chilenos». De modo contrario a las alusiones de Bachelet o de Lagos a las luchas democráticas de la oposición a la dictadura y a la acción democratizadora de los gobiernos concertacionistas, Piñera distribuye «equitativamente» los méritos en el logro de la consolidación democrática:

A fines de la década de los ochenta los chilenos reconquistamos nuestra democracia con mucho coraje y sabiduría. Normalmente las transiciones de gobiernos militares a gobiernos democráticos se hacen en medio del caos político, la crisis económica y la violencia social. No fue el caso de Chile. Supimos diseñar e implementar una transición pacífica, inteligente y en muchos aspectos ejemplar (SP, 241).

La tercera y última de las referencias al pasado que aparece en este Mensaje termina por homologar el legado democratizador de los gobiernos precedentes con la labor modernizadora de la dictadura. Sin hacer una mención explícita al régimen militar, la «apertura económica» generada durante la década de los ochenta y la «reinserción internacional» de Chile activada a partir de los noventa son enarbolados en este Mensaje como antecedentes que permiten explicar la «estabilidad democrática» característica del Chile actual:

Gracias a una innovadora y audaz apertura económica, iniciada hace casi tres décadas, y a los fundamentales avances en materia de reinserción de Chile bajo los gobiernos de la Concertación, nuestro país goza hoy de un muy merecido prestigio internacional, por su estabilidad democrática, su solidez institucional y su paz social (SP, 369).

Ahora bien, en el caso del mensaje de Bachelet en 2014 —y a diferencia de los mensajes precedentes— es posible observar una presencia marginal del recurso a la historia. No sin reconocer el legado de «estabilidad democrática» generado por los gobiernos que le precedieron, en su Mensaje Bachelet define a su gobierno como uno convocado a la generación de transformaciones conducentes a la disminución de los niveles de desigualdad mantenidos tras más de dos décadas

de acontecido el retorno a la democracia. La tradición democrática del país, así, pierde relevancia ante lo que se enuncia como un «nuevo ciclo» en la vida democrática nacional:

Chile vive un nuevo ciclo social y político, y el país tiene la fuerza para enfrentar los lastres del desarrollo, principalmente la desigualdad, y construir las bases de un futuro de progreso, tanto en las grandes cifras como en los pequeños detalles de nuestra vida cotidiana (MB2, 27).

Esta voluntad por instalarse discursivamente como un gobierno de reformas es lo que probablemente permite explicar la notoria ausencia de referencias a la «tradición democrática» chilena y la consecuentemente escasa identificación con las figuras prototípicas del pasado reciente. Las alusiones al pasado democrático, fuertemente presentes en los mensajes anteriormente abordados, se diluyen así ante la declarada urgencia de las transformaciones que inspirarían a este el segundo gobierno de Bachelet.

Conclusiones

En este artículo hemos centrado la atención en el lugar de enunciación presidencial del Chile posdictatorial, observando las formas predominantes de comprensión del significado, alcances y límites de la democracia posibles de extraer de la observación de los mensajes realizados por cada mandatario al Congreso Pleno durante su primer año de gobierno.

Tal como hemos señalado a lo largo de este trabajo, el concepto de democracia va adquiriendo, en los mensajes abordados, sentidos distintos en función tanto de las variaciones contextuales como de los objetivos programáticos que cada uno de los gobernantes asume. Entre estas variaciones, es posible destacar: 1) desplazamientos del lugar que asume la democracia (los que fluctúan desde una ubicación preminente en el Mensaje de Aylwin hasta lugares periféricos y acotados como en los casos de Frei y Piñera; 2) énfasis en la dimensión institucional de la democracia (Aylwin, Frei, Piñera) que contrastan con su ampliación hacia la esfera sociocultural (Lagos, Bachelet); y 3) una progresiva emergencia de la dimensión participativa de la democracia (Lagos, Bachelet, Piñera) como suplemento al inicial privilegio de su expresión representativa y elitista (Aylwin y Frei).

Sin embargo, y pese a estas evidentes variaciones, es posible observar una fuerte relación de continuidad en la determinación que cada mensaje expresa respecto al sentido y alcances de la democracia. Y es que, ya desde el primer Mensaje de

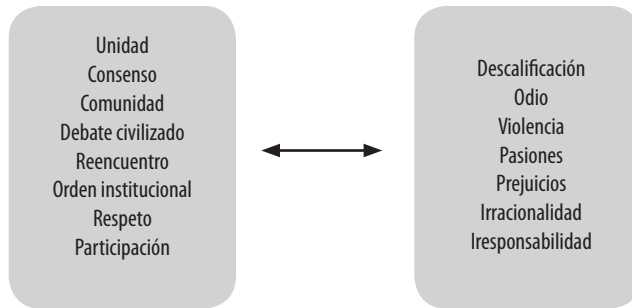


Diagrama 1. Asociaciones léxicas del significante democracia

Aylwin en el año 1990, ésta ha sido nominada desde una disposición caracterizada por evadir su condición adversarial y relevar, consecuentemente, el valor axial de la estabilidad como fundamento y horizonte de la interacción democrática. Esta disposición es la que permite comprender el modo en que, a la hora de exponer situaciones de conflicto (Aylwin, Lagos) o de reconocer la existencia de «malestares ciudadanos» (Piñera, Bachelet), los mensajes tienden a la omisión de su sentido antagónico y a la no explicitación de las posiciones y actantes existentes al interior del campo de disputa democrática. Una forma de significación y diagnóstico que, en definitiva, se identifica con una retórica vinculada a un «nosotros inclusivo» que neutraliza las operaciones, propias del lenguaje político, de producción de fronteras antagónicas y/o de exclusión de un «otro» que, por oposición, contribuye a la configuración de la identidad política propia (Laclau, 2005).¹³

Determinadas fuertemente por el contexto transicional desde el cual emergen, estas significaciones de la democracia se encuentran por consecuencia definidas por la primacía de una concepción consociativa de la democracia, tal y como se expresa en el diagrama 1. Una concepción que, en los usos de la historia descritos en este trabajo, se traduce en la construcción de una retórica que invoca la existencia de una —mitologizada— tradición democrática de entendimiento enraizada en la cultura nacional.

Al observar los mensajes que formaron parte de este trabajo, es posible afirmar en definitiva la existencia de una visión ampliamente compartida respecto a los alcances y límites del significante democrático, visión que, como hemos sostenido, alcanza un grado parcial de fisura recién en el último de los discursos anali-

13. Para una descripción del lenguaje político adversarial representado en los discursos presidenciales de Venezuela y Argentina, véase León y Romero (2008) y Biglieri y Perelló (2007).

zados, correspondiente al Mensaje presidencial de Bachelet del año 2014. Si este distanciamiento parcial respecto a las formas sedimentadas de nominación de la democracia acá descritas ha de ser entendido como puramente contingente o, por el contrario, como un síntoma de la emergencia de una nueva gramática política, será objeto de nuevas aproximaciones y abordajes que trascienden a los objetivos de este trabajo.

Referencias

- Amorós, Mario (2003). *Allende. La biografía*. Barcelona: Ediciones B.
- Armony, Víctor (2005). «Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la producción social de sentido a través del análisis del discurso presidencial». *Revista Argentina de Sociología*, 3 (4): 32-54.
- Biglieri, Paula y Gloria Perelló (2007). *En el nombre del pueblo: La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires: UNSAM.
- Boeninger, Edgardo (1997). *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Santiago: Andrés Bello.
- Boticelli, Sebastián (2011). «Prácticas discursivas. El abordaje del discurso en el pensamiento de Michel Foucault». *Instantes y Azares: Escrituras Nietzscheanas*, 11: 111-126.
- Foucault, Michel (2006). *Arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Garretón, Manuel Antonio (1991). «La redemocratización política en Chile: Transición, inauguración y evolución». *Estudios Públicos*, 42, 101-133.
- . (2003). «La (in)conducción política del segundo gobierno democrático». En Óscar Muñoz y Carolina Stefoni (coords.), *El período del Presidente Frei Ruiz Tagle*. Santiago: Universitaria.
- . (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la concertación en Chile, 1990-2010*. Santiago: Clacso, Arcis.
- Giacaglia, Mirta (2002). «Hegemonía. Concepto clave para pensar la política». *Tópicos*, 10: 151-159.
- Gramsci, Antonio (1981). *Cuadernos desde la cárcel*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Hunneus, Carlos (2014). *La democracia semi-soberana. Chile después de Pinochet*. Santiago: Taurus.
- Jara, Carla (2006). «Discurso presidencial costarricense: estructura formal y tópica del último mensaje ante los diputados (1902-2002)». *Filología y Lingüística*, 32: 141-183.

- Laclau, Ernesto (1996). «¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?». En *Emancipación y diferencia* (pp. 69-86). Buenos Aires: Ariel.
- . (2002). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, Norbert (1984). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: Ainavillo.
- León, Florelba y María Romero (2008). «Construcción lingüística y discursiva de Bolívar y Zamora en los mensajes presidenciales venezolanos». *Opción*, 24 (57): 93-113.
- López, Ignacio (2013). «Análisis del Primer Mensaje a la Nación de los Presidentes Lagos y Piñera». *Cuadernos.info*, 32: 125-134.
- Martí, Manuel (2003). *Construcción e interpretación de discursos y enunciados. Los marcadores*. Madrid: Edinumen.
- Molero, Lourdes (2003). «El enfoque semántico-pragmático en el análisis del discurso. Visión teórica actual». *Lingua americana*, 7 (12): 5-28.
- Montero, Ana Soledad (2007a). «Política y convicción. Memorias discursivas de la militancia setentista en el discurso presidencial argentino». *Revista Latinoamericana de Análisis del Discurso*, 7 (2): 91-113.
- Montero, Ana Soledad (2007b). «¡Claro que estoy en campaña! Exclamación, oposición y verdad en el discurso presidencial (Argentina, 2003-2006). Análisis semántico-argumentativo del marcador *claro que*». *Oralia. Análisis del Discurso Oral*, 10.
- Orlandi, Eni (2012). *Análisis de discurso. Principios y procedimientos*. Santiago: Lom.
- Renkema, Jon (2009). *Introducción a los análisis del discurso*. Barcelona: Gedisa.
- Rovira, Rayén (2016). «La pobreza en Chile y su superación como problema de estado: Un análisis de los discursos presidenciales de la concertación». *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 30: 27-51.
- Saavedra, Juan y Fernando Farías (2014). «Construcción neoliberal de la política social chilena en el discurso de Pinochet». *Katál*, 17 (1): 22-30.
- Salgado, Eva (2003). *El discurso del poder. Informes presidenciales en México (1917-1946)*. México: Ciesas.
- Santander, Pedro (2011). «Por qué y cómo hacer análisis de discurso». *Cinta de Moebio*, 41: 207-224.

- Santiso, José (2001). «La democracia como horizonte de espera y campos de experiencia: El ejemplo chileno». *Revista de Ciencia Política*, 21 (2): 69-100.
- Saussure, Ferdinand de (1998). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza.
- Sehnbruch, Kirsten y Peter Siavelis (2014). *El balance. Política y políticas de la Concertación. 1990-2010*. Santiago: Catalonia.
- Siavelis, Peter (2009). «Enclaves de la transición y democracia chilena». *Revista de Ciencia Política*, 29 (1): 3-21.
- Soto, Ignacio (2016). «¿Cómo y cuándo se habló de desigualdad? Un análisis de los programas de gobierno y discursos presidenciales en Chile, 1989-2015». Serie Documentos de Trabajo PNUD, Desigualdad núm. 2016/02, Santiago, PNUD.
- Tironi, Eugenio (2010). *Radiografía de una derrota. O cómo Chile cambió sin que la Concertación se diera cuenta*. Santiago: Ubqar.
- Urbina Gaitán, Chester (2012). «Neoliberalismo y discursos presidenciales en Costa Rica 1998-2002». *Revista de Ciencias Sociales*, 125-131.
- Van Dijk, Teun (2009). *Discurso y poder*. Barcelona: Gedisa.
- Vasilachis, Irene (2013). *Discurso científico, político, jurídico y de resistencia*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, Eliseo y Silvia Segal (2010). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.

Reconocimientos

Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación Fondecyt 11140380 «El campo político-discursivo chileno en un contexto de dislocación: Continuidades y transformaciones (1997-2014)», ejecutado entre noviembre de 2014 y noviembre 2017, y cuyo investigador responsable es Carlos Durán Migliardi.

Sobre el autor

CARLOS DURÁN MIGLIARDI es historiador y sociólogo, doctor en Investigación en Ciencias Sociales por la Flacso México. Actualmente se desempeña como investigador asociado del Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas (CEDER) de la Universidad de Los Lagos, Sede Santiago. Su correo electrónico es carlos.duran@ulagos.cl.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Impacto de composición familiar en los niveles de pobreza de Perú

Impact of family composition on poverty levels in Peru

Rodolfo CASTRO SALINAS

Universidad Católica San Pablo, Perú

Renzo RIVERA

Universidad Católica San Pablo, Perú

Rosa SEPERAK

Universidad Católica San Pablo, Perú

RESUMEN El presente estudio utiliza los datos de la última versión de la Encuesta Nacional de Hogares (Enaho) —una encuesta anual y representativa de la población de Perú— para determinar en qué medida la composición y estructura familiar puede predecir o evitar que los miembros del hogar sobrepasen la línea de pobreza. Los resultados obtenidos, a través de un modelo de regresión logística, indican que las familias constituidas por padres que mantienen una unión libre o convivencia con hijos menores de edad, los hogares con número extenso de miembros y la mala calidad de empleo del jefe de familia son aspectos que incrementan la posibilidad de que el hogar sea pobre. Por otro lado, las variables consideradas y relacionadas a menores probabilidades de escenarios de pobreza son: contar con dos o más perceptores de ingresos en el hogar, vivir en un área urbana, tener un mejor grado de instrucción, tenencia de activos y la jefatura femenina del hogar; todos ellos aspectos que tienen la capacidad de mitigar los efectos de la pobreza.

PALABRAS CLAVE Pobreza, familia, ingresos, economía, desarrollo.

ABSTRACT The present study uses data from the latest version of the National Households' Survey, an annual representative survey carried out in Peru, to determine whether family composition and structure can predict household members falling below the poverty line, or protect them from doing so. The results obtained from a multiple regression study indicate that families consisting of parents who live in a free domestic partnership with underage children, households with large numbers of members, and poor quality employment of the head of the family are all factors that can increase the possibility of being poor. On the other hand, the variables related to lower probabilities of poverty are: having two or more income earners in the household, living in an urban area, having a better education, and a female head of the household; all these factors protect families and reduce the effects of poverty.

KEYWORDS Poverty, family, income, economy, development.

Introducción

La pobreza es uno de los indicadores más utilizados para medir el bienestar de las sociedades y es considerada en el recinto académico como un complejo fenómeno multidimensional que afecta al ser humano en sus diferentes ámbitos de desarrollo (Galindo, 2011; Ariza y Oliveira, 2007; Brooks-Gunn y Duncan, 1997). La heterogeneidad de variables que comprometen este fenómeno ha dado lugar a que se vea analizado desde diferentes tópicos, enfoques y aproximaciones; entre ellos el sociológico (Correa, 2006), antropológico (Bauman, 2014; Sen, 2000), político (Wiesenfeld y Sánchez, 2012; Spiegel, 2007), moral (Iglesias, 2006; Arcos, 2005), pedagógico (Yaschine, 2014) y económico (Casero, 2005; De Navas y Proctor, 2014).

Actualmente, se vienen observando disminuciones considerables en los niveles de pobreza a nivel mundial. Esta tendencia ha estado presente en los últimos 25 años: se ha pasado de un 37,1% en 1990 a un 9,6% de pobreza en el 2015 (Banco Mundial, 2016). De acuerdo al Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) del Perú, esta contracción también se ha presentado en este país, con una reducción de 11,8% en el periodo 2009-2015 (INEI, 2016c). Esta variación viene generando una importante disminución de las necesidades básicas insatisfechas, de un 34,6% a un 19,4%, siempre en el mismo periodo de tiempo (INEI, 2016d); pero se evidencia que aún persiste una amplia brecha entre la pobreza urbana (14,5%) y la pobreza rural (45,2%; INEI, 2016c).

Los actuales niveles de pobreza siguen siendo un tema prioritario de organis-

mos internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Su importancia y cifras, aún alarmantes, han motivado que la comunidad académica se siga interrogando sobre este fenómeno, generando un notable incremento de producción científica en las tres últimas décadas, en la que se han venido desarrollado metodologías y maneras novedosas de comprender la pobreza desde perspectivas y consideraciones distintas al tradicional enfoque económico (Yaschine, 2014; Wiesenfeld y Sánchez, 2012; Herrera, 2011; Correa, 2006; Sen, 2000).

En la misma línea, para la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), la pobreza no solo está relacionada exclusivamente con el ingreso económico, ya que hay otros factores no monetarios que permiten explicar el acceso efectivo a bienes y servicios fundamentales. También refiere que los pobres están privados no solo de recursos económicos, sino también de oportunidades de trabajo, protección social, educación de calidad, etcétera, circunstancias que no les permiten desarrollar todo su potencial físico y mental (Cepal, 2014). Asimismo, diversos estudios han demostrado por años que la presencia de aspectos como el grado de instrucción (Yaschine, 2014; Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011), la edad de los individuos (Spiegel, 2007), la disponibilidad y tipo de empleo (Stock, Corylon, Castellano y Gieve, 2014; Haskins y Sawhill, 2007), las condiciones del mercado (Sheahan, 2001), la estabilidad política (Wiesenfeld y Sánchez, 2012; Verdura, 2007), entre otros, se encuentran fuertemente asociados a la posibilidad de que un hogar se encuentre incapacitado en poder cubrir sus necesidades básicas fundamentales y consecuentemente sobrepase la línea de pobreza.

Los alcances respecto a los factores asociados al incremento de la pobreza recogen diferentes tópicos que involucran aspectos que comprometen un macro análisis; y si bien la teoría económica ha explicado contundentemente cómo la disminución de los niveles de pobreza se encuentra principalmente asociada al nivel de ingresos de los individuos (Banco Mundial, 2016), se sugiere por la evidencia citada un desarrollo que considere no solo componentes o aspectos cuantitativos; en tal sentido la literatura analizada agrupa cuatro importantes factores involucrados. El primero es el *individual*, que deduce como causa, la falta de motivación y habilidades en el individuo que lo predisponen a vivir en pobreza (Stock, Corylon, Castellanos y Gieve, 2014). Posteriormente, el factor *cultural* resalta que la pobreza en algunos grupos sociales se debe a patrones de comportamiento, estilos de vida, prioridades y valores que los conducen a vivir en estado de pobreza (Galindo y Méndez, 2011; Surkyng y Lesthaeghe, 2004). El factor *estructural* destaca que la pobreza también se debería en gran parte a las desigualdades sociales con respecto a la raza, el sexo, estrato social y poder; visualizadas en la educación y el trabajo,

oportunidades de mercado, crecimiento económico, niveles de salud e ingresos, grado de bienestar y acceso a recursos fundamentales (Haskins y Sawhill, 2007; Spiegel, 2007; Verdera, 2007). Por último, Cancian y Reed (2009) y Aguirre (2015) analizan cómo las variaciones en las estructuras y dinámica familiar vienen contribuyendo al incremento en los niveles de pobreza, colocando a *la familia* como un cuarto grupo-factor asociado a la prevalencia de pobreza.

Estos hallazgos y aproximaciones permiten ampliar el horizonte y vienen posibilitando una mejor comprensión del fenómeno; y si bien la literatura especializada sigue colocando a los factores estructurales —grado educativo, desigualdad social y nivel de ingresos— como la principal vertiente generadora de pobreza, la evidencia científica señala la necesidad de incorporar al análisis otras variables de probada relevancia, como la estructura y composición familiar. El impacto o aporte de la llamada célula fundamental de la sociedad en el bienestar y la economía de las naciones ha sido objeto de importantes estudios. Para Pliego (2012), las distintas composiciones familiares aportan de manera indistinta al bienestar de las sociedades, sus estudios basados en más de 350 investigaciones académicas concluyen que las personas casadas obtiene mejores y más altos niveles de bienestar en comparación a sus pares que mantienen una unión libre o convivencia; Bianchi y Casper (2000) incorporan al análisis lo que acontece en los hogares monoparentales, mostrando resultados que colocan siempre por encima de estas estructuras las encabezados por padres casados. Asimismo, Gary Becker —Premio Nobel de Economía— postula a la familia como la columna vertebral de la economía de las naciones al atribuirle la responsabilidad primaria en la generación de conocimiento, aprendizaje de destrezas y habilidades que le posibilitarán a la persona insertarse eficiente y adecuadamente en el tejido laboral de las sociedades; a tales atributos adquiridos los denominó capital humano y hoy en día ninguna discusión económica-académica puede no considerar a la institución en mención o negar su influjo en el desarrollo económico de los países. Los aportes académicos de Castro, Riesco y Arela (2016), Arteaga, Sepúlveda y Aranda (2012), Wodtke, Elvert y Harding (2012), Herrera, Salinas y Valenzuela (2011), Ullman, Rico y Maldonado (2011), Muñoz (2004) y Kliskberg (2004) demuestran el constante interés de la comunidad científica al considerar la estructura y composición familiar en el análisis de la pobreza.

La evidencia muestra que las estructuras biparentales tienen mayores posibilidades de constituir hogares con doble ingreso, generando ahorros y economías de escalas; pero el aporte de los hogares formados por parejas casadas generarían comportamientos más solidarios en comparación a las uniones libres (Pliego,

2012; Rindfuss y VandenHeuvel, 1990). Con respecto a escenarios donde la mujer por periodos de tiempo deja de trabajar o lo hace en jornadas parciales por el nacimiento de un hijo, el matrimonio reduce la posibilidad de la pobreza femenina. Dicho comportamiento se presenta con menor frecuencia cuando la pareja tiene un hijo y vive en unión libre (Rector, Johnson y Fagan, 2008). Asimismo, el matrimonio fomenta en mayor medida la generación de redes y estructuras de apoyo, importantes en momentos de desempleo, enfermedades, crisis o penurias (Amato y Maynard, 2007). Y al momento de analizar los hogares monoparentales, estos se encontrarían en clara desventaja económica en comparación a los hogares biparentales; incluso la diferencia se hace más holgada al momento de contrastarlos con núcleos constituidos por padres casados.

Diversos informes y estudios señalan que la estructura tradicional de la familia, compuesta por dos padres e hijos biológicos se ha diversificado a nivel mundial. La pluralidad de nuevos arreglos sociales se ha incrementado en las últimas décadas, dando lugar a diferentes modelos o tipos de familias (Arteaga y otros, 2012; Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011; Pugliese, 2009; Ariza y Oliveira, 2007). El Perú es uno de los países de la región que ha atravesado uno de los más acelerados cambios a nivel de estructura familiar; los informes anuales de la Encuesta Nacional Demográfica y de Salud Familiar (Endes) vienen mostrando la evolución de esta importante transformación sociodemográfica, la que denota el crecimiento de las uniones libres frente al matrimonio. En 1986, la estructura familiar claramente predominante la constituían los matrimonios, con un 40,1%, y los convivientes eran solo el 17,9%. Sin embargo, en menos de tres décadas el escenario cambió drásticamente y los resultados del 2015 indican una variación sustancial: la convivencia pasó a ser la estructura familiar mayoritaria representando el 34,5% y el matrimonio el 22,2% (INEI, 2016a).

Asimismo, los datos recogidos por el INEI señalan que los hogares biparentales en Perú han disminuido del 74,8% en 1996 al 70,96% en el 2014, mientras que los hogares monoparentales ascendieron de 17,5% en 1996 a 23,8% en el 2014. Esta variación denota un incremento muy importante de hogares constituidos por un solo progenitor. En la actualidad, uno de cuatro niños en Perú vive con un solo padre y, según los datos del INEI (2015), el mayor porcentaje de estas familias está constituida por la madre de familia y sus hijos, colocando a estas estructuras en clara situación de vulnerabilidad y con alta posibilidad de sobrepasar la línea de la pobreza debido, principalmente, a las menores probabilidades de concluir estudios superiores y reducidas oportunidades laborales (Sigle-Rushton y McLanahan, 2002).

Publicaciones recientes de la Cepal (2015) y del INEI (2015) indican cómo la reducción del número de hijos y su mayor espaciamento es también una de las variaciones más representativas en los nuevos tipos de arreglos sociales o estructuras familiares. Según los datos comparativos, entre los años 2002 y 2014 en 18 países de América Latina se registraron aumentos de hogares biparentales sin hijos de un 4,5% a un 8,5%; y un incremento de hogares monoparentales desde el 8,8% al 11,8%, con un promedio de 3,7 miembros por hogar (Cepal, 2015).

Finalmente, el Perú viene atravesando desde las dos últimas décadas importantes y sostenidas cifras macroeconómicas, con una variación porcentual positiva del Producto Bruto Interno (PBI) de 4,71% en el periodo 1997-2015 (INEI, 2016d), situación que explica principalmente los niveles de contracción de pobreza en la última década; y a pesar de ser uno de los más robustos de la región, es al mismo tiempo muy precario e insuficiente. Las buenas cifras no terminan por traducirse en servicios fundamentales que permitan a las familias peruanas cubrir al menos sus necesidades básicas. Resulta más que evidente que el crecimiento económico no genera *per se* una justa distribución de las riquezas. En tal sentido, el bienestar integral debe considerar también factores sociales, interpersonales y culturales. El actual nivel de pobreza es aún un indicador preocupante y signo lamentable de la enorme desigualdad social que se vive, y a pesar de haber tenido una importante disminución en comparación a los años noventa, donde la pobreza flagelaba a casi la mitad de la población (48%), queda de manifiesto que aún es una urgencia y prioridad a nivel de política pública. Los hallazgos presentados revelan una importante y significativa variación a nivel de estructuras familiares y composición de hogares. Queda por conocer en qué medida estas variaciones sociodemográficas pueden afectar la posibilidad de que la familia peruana sobrepase la línea de pobreza.

Metodología

La presente investigación obedece a un diseño transversal por encuestas (Shaughnessy y otros, 2012). Se ha utilizado como fuente de información la Encuesta Nacional de Hogares Enaho (INEI, 2016b) sobre condiciones de vida y pobreza, concretamente los datos presentes en los siguientes módulos: características de la vivienda y del hogar, características de los miembros del hogar, presencia de núcleos familiares en el hogar, educación, salud, empleo, equipamiento del hogar, participación ciudadana y el módulo de sumarias.

La muestra de la Enaho es del tipo probabilística, de áreas, estratificada, multietápica e independiente en cada departamento de estudio. Involucró a 33.430 viviendas (20.260 en el área urbana y 13.170 en el área rural), agrupadas en 5.019 conglomerados (3.376 en el área urbana y 1.643 en el área rural). Se tomó en cuenta para el procesamiento de datos a los hogares cuyos jefes de hogar tenían edades comprendidas entre los 18 y 65 años, teniendo en cuenta que se analizó a la población adulta económicamente activa. Asimismo, no se tomó en cuenta a los hogares cuyos jefes eran viudos, divorciados, separados, solteros que no tenían hijos o no vivían con ellos, dado que nuestro objetivo fue analizar a la familia, la cual es entendida como un grupo de personas unidas por un vínculo sentimental o paterno/materno filial.

La variable dependiente es la pobreza, la cual es medida por el INEI desde un enfoque monetario absoluto y objetivo. Según esta noción, se considera pobre a todas las personas residentes en hogares particulares, cuyo gasto per cápita valorizado monetariamente es insuficiente para adquirir la canasta básica de consumo de alimentos y no alimentos (vivienda, educación, vestido, salud, transporte, etcétera). Estos gastos del hogar incluyen no solo las compras, sino también el autoconsumo, el autosuministro, el pago en especies, las transferencias de otros hogares y las donaciones públicas (INEI, 2016c). Para el cálculo de hogares pobres se utiliza el módulo de sumaria de la Enaho a partir del año 2004, el algoritmo para definir al hogar como pobre o no pobre es el que muestra la figura 1 (Pérez-Campos y Rodríguez-Saldarriaga, 2015).

Teniendo en cuenta que los factores estructurales son lo que más peso tienen en la predicción de la pobreza, se incluyó en el análisis a la educación del jefe del hogar, así como la condición laboral del jefe de hogar medida por la calidad de su empleo, es decir, si éste genera ingresos menores a dos veces la línea de pobreza; además, si el jefe de hogar tiene dos empleos y el número de perceptores de ingresos en el hogar. También se incluyó a la posesión de activos en el hogar, como son los activos empresariales y telefonía fija o celular que permita a los miembros del

$$Y_i = \begin{cases} 1 & G_i < L_p \\ 0 & G_i \geq L_p \end{cases}$$

Donde i es el hogar en cuestión, G_i es el gasto del hogar y L_p es la línea de pobreza. Nota: Se tiene en cuenta el gasto de todos los que son perceptores en el hogar.

Figura 1

hogar estar conectados, así como ser dueños de su vivienda. Otro punto importante a considerar desde el punto del análisis de género es la presencia de jefas de hogar mujeres. Asimismo, se ha tomado en cuenta la ubicación geográfica de los hogares. También se tomó en cuenta si los miembros del hogar participan dentro de las asociaciones o grupos de su comunidad.

Dentro de la variable familia, hemos considerado a los hogares biparentales (casados o convivientes) y monoparentales que tienen al menos un hijo menor de 18 años, teniendo en cuenta que el tipo de composición familiar ha mostrado tener una influencia significativa en la predicción de la pobreza (Rector, Johnson y Fagan, 2008; Pliego, 2012). Asimismo, se ha incluido en el análisis a los hogares numerosos, medidos a través del número de integrantes del núcleo familiar.

Teniendo en cuenta que las variables de estudio son mayormente cualitativas y que la variable de interés pobreza se ha dicotomizado (1 = pobres; 0 = no pobres), utilizamos un modelo de probabilidad no lineal, en concreto, la regresión logística múltiple. Los datos han sido procesados usando el software estadístico SPSS 24.0 (IBM, 2016).

Resultados

Respecto a las variables ligadas a la estructura y composición familiar, el modelo de regresión logística nos indica que los hogares de padres que conviven y tienen al menos un hijo menor de 18 años tienen 1,2 veces más posibilidades de ser pobres en comparación con los hogares de parejas casadas con al menos un hijo menor de edad. Por otro lado, provenir de una familia monoparental que tenga al menos un hijo menor de 18 años no incrementa ni disminuye significativamente la probabilidad de que sus miembros sean pobres (OR = 1.130; $p = 0,123$)

También encontramos que la cantidad de miembros en el hogar incrementa significativamente la probabilidad de ser pobres, ya que el incremento de sus miembros, mayormente hijos menores, genera que el hogar tenga 1,57 más probabilidades de caer en pobreza. En contraparte, se encontró que si la cantidad de miembros del hogar que percibe ingresos aumenta, las posibilidades de ser pobre se reducen en un 15%.

No hallamos que el sexo del jefe del hogar influya en la probabilidad de ser pobre o no (OR = 1.168; $p = 0,157$). Asimismo, siguiendo la tendencia de lo que los informes del INEI y la Cepal indican en Latinoamérica, los hogares que provienen de zonas rurales tienen una probabilidad 1,54 veces mayor de ser pobres en contraposición de hogares urbanos.

Tabla 1. Modelo de regresión logística sobre los predictores de la pobreza

	95% C.I. para Odd Ratio		
	Odd Ratio	Inferior	Superior
Hogares de casados con hijos menores de 18 años (variable de referencia)			
Hogares monoparentales con hijos menores de 18 años	1,130 ^{NS}	,968	1,320
Hogares de convivientes con hijos menores de 18 años	1,222*	1,024	1,527
Cantidad de miembros del hogar	1,579**	1,510	1,651
Cantidad de perceptores de ingresos en el hogar	0,859**	0,801	0,921
Jefe de hogar mujer	1,168 NS	0,942	1,450
Área rural	1,541**	1,343	1,769
Jefe de hogar sin estudios (variable de referencia)			
Jefe de hogar con primaria o secundaria	0,696*	0,498	0,973
Jefe de hogar con educación técnica	0,344**	0,228	0,517
Jefe de hogar con educación universitaria	0,115**	0,068	0,193
Mala calidad de empleo del jefe de hogar	2,631**	2,290	3,023
Jefe de hogar con dos trabajos	0,688 ^{NS}	0,275	1,720
Posesión de activos empresariales en el hogar	0,823**	0,724	0,898
Tenencia de teléfono fijo o celular en el hogar	0,464**	0,381	0,566
Propiedad de la vivienda	0,552**	0,475	0,642
Participación ciudadana de los miembros del hogar	0,977 ^{NS}	0,846	1,128
Constante	0,140**		

Casos incluidos en el análisis 9023 hogares. R² = 0,311. ** Significativo al nivel de 0,01; * Significativo al nivel de 0,05; ^{NS} No significativo. (Elaboración propia en base a INEI-Enaho, 2015)

La educación de los jefes de hogar juega un papel muy importante en evitar traspasar la línea de pobreza. Hallamos que en contraste a los jefes de hogar que no tienen educación, los jefes de hogar con educación primaria o secundaria tienen 31% menos posibilidades de pobreza, los jefes de hogar con instrucción técnica un 66% menos posibilidades de ser pobres y los que han ido a la universidad tienen un 89% menos posibilidades de ser pobres.

El hecho de que el jefe de hogar trabaje no asegura necesariamente la no pobreza de su hogar. Al respecto, se encontró que un jefe de hogar con un empleo de mala calidad tiene 2,63 veces más posibilidades de ser pobre. Por otro lado, el hecho de que el jefe de hogar tenga dos trabajos no influye sobre la probabilidad de pobreza en el hogar (OR = 0,688; $p = 0,423$). Pero no todo depende del trabajo del

jefe del hogar, ya que si la familia usa los electrodomésticos, muebles y otras posesiones para generar dinero montando algún negocio sus probabilidades de ser pobres se reducen en un 18%. Además, cuando la familia tiene un hogar propio, es decir, con título de propiedad, tiene un 45% menos posibilidades de ser pobre, pues puede gestionar créditos a través de hipotecas, en contraste de hogares que viven en casas alquiladas o en anticresis.

Tener teléfono, ya sea fijo o celular, está ligado a una reducción de la pobreza de un 34%, pues se trata de un bien suntuario que indicaría que los miembros del hogar ya han cubierto sus necesidades básicas. Por último, el hecho que al menos un miembro del hogar participe en alguna asociación profesional o ciudadana —club de madres, etcétera— no influye en la probabilidad de ser más o menos pobre (OR = 0,977; $p = 0,749$).

Discusión

En el presente estudio, nos planteamos como objetivo determinar en qué medida aspectos propios de la estructura y composición familiar pueden predecir la posibilidad de que una familia peruana sea pobre o no. En ese sentido, encontramos evidencia estadística significativa que muestra que el comportamiento en el interior de la familia y en torno a ella pueden predecir y/o evitar que sus miembros sobrepasen la línea de pobreza, lo que los llevaría, en un ambiente de vulnerabilidad, a una alta posibilidad de no lograr cubrir sus necesidades básicas y no alcanzar un nivel mínimo de bienestar, todos ellos aspectos íntimamente asociados al cumplimiento de sus derechos fundamentales.

Los resultados nos señalan que los hogares peruanos constituidos por parejas que viven en unión libre o convivencia y que tiene hijos menores de 18 años tienen más posibilidades de sobrepasar la línea de pobreza en comparación a hogares unidos en matrimonio, siempre con hijos menores de edad. El mayor bienestar según el tipo de familia ha sido un tema ampliamente desarrollado por varios académicos y los resultados del presente estudio coinciden con esta tendencia, representada principalmente por Pliego (2012), quien concluye que la justicia social en la vida familiar es una causa importante en la dinámica de bienestar, y se encontraría en grado de propiciar un escenario favorable a principios de igualdad de derechos, siendo este tipo de estructuras las que «desarrolla con más facilidad un vínculo especial de solidaridad, donde las personas comprometen aspectos importantes de sus vidas» (Pliego, 2012: 41).

La literatura nos muestra a Estados Unidos como una de las sociedades donde más se ha estudiado este fenómeno. Los resultados de la Encuesta sobre la Situación actual de la Población (Bureau of the Census for the Bureau of Labor Statistics, 2009) indican que la composición familiar se encuentra fuertemente asociada a la distribución de pobreza; trabajos como los desarrollados por Duncan y Ziol-Guest (2010), Albrecht (2007), Hoynes, Page y Huff Stevens (2006) y Manning y Lamb (2003) demuestran esta desigual distribución de pobreza y se asemejan a los obtenidos en la presente investigación.

Los informes del *The World Values Survey* (2013) y el *The World Family Map* (2014) sitúan al Perú como el segundo país de la región —superado por Colombia— donde la población vive preferentemente en unión libre en lugar del matrimonio. Si bien esta tendencia conlleva cambios culturales con repercusiones socioestructurales no menores, sus implicancias económicas son aún prematuras; en tal sentido Longman y colaboradores (2012) ofrecen una teoría consistente que muestra cómo las tendencias familiares contemporáneas perjudican a la economía. En tal modelo habría que considerar los ya mencionados factores estructurales (Haskins y Sawhill, 2007). La magnitud del impacto del fenómeno en cuestión es un tema aún difícil de determinar, lo que explicaría la aparente paradoja de que a pesar del cambio en la estructura familiar —incremento de unión libre y disminución del matrimonio—, la contracción de la pobreza aún persiste. A este fenómeno habría que agregar el peso real explicativo de las variables asociadas a la composición familiar con el estado de pobreza.

Adicionalmente, diversos autores muestran a los hogares biparentales como estructuras con mejores condiciones económicas en comparación a otros arreglos familiares, como los hogares monoparentales. Una de las principales razones sería el doble ingreso generado por la pareja, colocando a los hogares con un solo progenitor en clara desventaja económica. Esta situación se agrava con la maternidad extraconyugal que se produce principalmente en parejas jóvenes. En esa misma línea, Thomas y Sawhill (2005) aluden a que el ascenso de la pobreza infantil se debe en buena medida al incremento de hogares monoparentales. Los estudios de Herrera y colaboradores (2011) en Chile, Rector, Johnson y Fagan (2008) en Estados Unidos, y Aguirre (2007) en Guatemala, encontraron resultados semejantes al considerar que a mayor cantidad de perceptores de ingresos en el hogar es menor la probabilidad de sobrellevar escenarios de pobreza. Sin embargo, los hallazgos del presente estudio difieren de este comportamiento, dado que los hogares monoparentales presentan un comportamiento semejante a los hogares constituidos por parejas unidas en matrimonio y son los convivientes los

que tienen una mayor probabilidad de ser pobres. Tal situación se podría explicar por el hecho de que los jefes de hogares monoparentales tienden a regresar a sus familias de origen; así lo determinó un análisis de frecuencia adicional que indicó que el 44,5% de los núcleos monoparentales viven en viviendas multifamiliares, las que son estructuras más proclives a la vivencia del efecto subsidiario de la familia del padre o madre, quienes ante la ausencia de la pareja de su hijo los acogen solidariamente en su hogar evitando consecuentemente que vivan episodios de pobreza.

Si bien es cierto, es notable el incremento en las democracias de mujeres que se incorporan y acceden a un trabajo remunerado, lamentablemente aún persiste una brecha salarial que denota una injusta distribución remunerativa con respecto a los hombres; a pesar de ello, las jefaturas de hogares con la mujer a la cabeza han crecido (INEI, 2016a) y se evidencia que cada vez es mayor el aporte económico femenino para la manutención de sus familias. El trabajo remunerado de la mujer enmarcado en una relación de pareja estable se mostraría como el tipo de estructura familiar más indicado para proteger a sus miembros de eventuales escenarios de pobreza.

Por otro lado, existe una probada relación inversa entre cantidad de miembros no perceptores de ingresos en el hogar y niveles de pobreza. La literatura nos muestra que la tasa de pobreza en las familias numerosas es mayor en comparación a las familias con uno o dos hijos, dicho comportamiento se agudiza si el cálculo para los niveles de pobreza se realiza mediante factores per cápita. Los resultados encontrados colocan a los hogares extensos en mayor riesgo de caer por debajo de la línea de pobreza; tal comportamiento se podría deber principalmente a la limitada participación de ambos cónyuges en actividades remunerativas. Es probado que el nacimiento de niños en el hogar conlleva una nueva distribución de las funciones de los progenitores, en las que mayormente la madre asume responsabilidades asociadas a la crianza de los hijos pequeños (Orbetta, 2006). Adicionalmente a la disminución del ingreso familiar, este tipo de hogares ve incrementado su nivel de gasto —relación directa entre gasto y número de miembros del hogar—, y junto a ello tienen menos posibilidades de mantener ahorros que les permita reponerse ante alguna adversidad con implicancias económicas. Sin embargo, Aguirre (2007) introduce una aproximación novedosa al indicar que no es el número de hijos la variable que condicionaría que los miembros de una familia sean pobres, sino las características estructurales del hogar y, con ello, el acceso a una educación básica, al sistema sanitario mínimo y a otros servicios que posibiliten a los niños un mayor acceso a una adecuada calidad de vida; propues-

ta que podría inspirar posteriores investigaciones que deseen profundizar en los efectos de las familias extensas en el bienestar económico.

Evidentemente, el análisis expuesto ofrece un ángulo de la realidad que obedece al objeto de la investigación. En tal sentido, resulta claro que el enfoque economicista no agota la totalidad de la realidad y sería más que sugerente explorar el impacto generado por la dinámica familiar constituida por familias numerosas desde una perspectiva educativa, sociológica y psicológica; desarrollada ya por académicos como Wilcox (2016), Fagan, Kitt, y Potrykus (2011), Lecaillon (2007) o Burgos (2004), por citar algunos.

Los resultados del modelo logarítmico propuesto confirman también las principales conclusiones de la literatura especializada, que considera que el grado de instrucción posibilita un mejor nivel económico y una menor probabilidad de sobrepasar la línea de pobreza. Los resultados señalan que por cada grado de instrucción adicional del jefe de hogar se reduce significativamente las posibilidades de que los miembros del hogar sobrepasen la línea de pobreza. Dicha tendencia ha sido ampliamente analizada en Perú por Correa (2006). Una de las principales razones que explican tal comportamiento es la fuerte relación entre nivel educativo y posibilidad de acceder a un trabajo mejor remunerado. Hallazgos afines fueron encontrados por Muñoz (2004), Aguirre (2007) y Arteaga, Sepúlveda y Aranda (2012), quienes coincidieron en calificar a la educación como una importante inversión capaz de procurar una mejor calidad de vida y con la posibilidad de atenuar la presencia de pobreza. Semejante congruencia se estaría presentando también en el análisis según la zona de residencia, ubicando a los habitantes de áreas rurales con peores oportunidades de desarrollo y menores niveles estructurales de bienestar en comparación a las personas que viven en zonas urbanas. Los informes periódicos de la Encuesta Nacional de Hogares del INEI (2016b) confirman esta tendencia que considera que la pobreza en el Perú es un fenómeno predominantemente rural; y tal tendencia estaría fuertemente asociada a limitadas fuentes de ingresos, alta presencia indígena, territorio accidentado, deficiente infraestructura, restringidos servicios y escasa presencia gubernamental. En tal sentido, Verdura (2007) considera la necesidad de urgentes políticas de redistribución económico-social para mitigar los altos índices de pobreza ante la extrema desigualdad urbano-rural. Dicha desavenencia, Sheahan (2001) la calificó como un fracaso a nivel de política social por no haber incorporado en las zonas rurales acceso a educación, salud e infraestructura, así como por no haber invertido en una adecuada diversificación de actividades económicas.

Con respecto a la calidad del empleo del jefe de hogar, los resultados se aseme-

jan a los estudios realizados por Galindo y Méndez (2011), Cancian y Reed (2009) y Aguirre (2007). Estos estudios indican que no sólo es importante que el jefe del hogar tenga un trabajo, sino que éste le permita alcanzar un nivel de ingreso suficiente para cubrir las necesidades básicas de su entorno familiar. La demostración empírica señala que cuando la calidad del empleo es mala, los ingresos son bajos.

Finalmente, los resultados de la presente investigación coinciden con la literatura revisada al considerar que las composiciones familiares numerosas y aquellas con menor cantidad de perceptores de ingresos tienen mayor probabilidad de que sus integrantes caigan en niveles de pobreza. Se sugiere que las políticas públicas promueven la inserción e incorporación de la mujer-madre en la dinámica laboral dada la probada relación expuesta entre número de aportantes en el hogar y bienestar económico de sus miembros. Esta realidad abarca una variedad de países con diversos niveles de desarrollo. Se trata, en el fondo, de una demanda global que requiere una pronta y activa colaboración de los distintos actores sociales involucrados en el bienestar de las naciones. También se alude a la necesidad de que la familia con más de dos hijos debiera ser objeto de política pública-social en el marco de la erradicación de la pobreza, dado su deterioro estructural que podría generar condiciones complejas y difíciles de remontar. Los gobiernos también deberían centrar su atención en la adolescencia, al tratarse de una etapa altamente sensible en la transferencia generacional de pobreza. En tal sentido, Rector (2008) calcula que el crecer en una familia estable reduce hasta un 80% las posibilidades que los adolescentes vivan en pobreza.

Asimismo, la probabilidad de que una mujer viva momentos de pobreza asociados a escenarios de desintegración familiar y/o rompimiento de relación con su pareja se ve considerablemente contrarrestada por un fenómeno que ocurre en algunas regiones de América latina —como el Perú—, donde la familia extendida de la mujer puede acoger a su hija y prole, generando un mecanismo de protección intergeneracional de la pobreza, y reforzando de esta manera los hallazgos encontrados en el presente estudio que muestran que el comportamiento y dinámica familiar afectan los niveles de pobreza de una realidad como la peruana.

El presente estudio aporta resultados relevantes en la comprensión del fenómeno de la pobreza en los hogares peruanos. Los hallazgos evidencian la necesidad de una aproximación multidisciplinaria que contemple la estructura y composición familiar. A pesar de las limitaciones en cuanto al instrumento utilizado, restricciones de variables y escasa literatura científica en la región, la presente investigación representa un importante aporte teórico, metodológico y conceptual en la comprensión y diagnóstico de la pobreza en Perú. El estudio ofrece un

novedoso análisis al incluir factores mayormente no considerados en el análisis de la pobreza en un país con limitada investigación científica sobre estos aspectos, más allá de los análisis cuantitativos al momento de entender la complejidad del fenómeno en cuestión. En suma, los hallazgos revelan cómo la pobreza esta diseminada de manera indistinta en los hogares peruanos. Aun así, las relaciones familiares biparentales y estables se muestran como una importante palanca económica protectora de pobreza con la capacidad de mitigar sus efectos.

Referencias

- Albrecht, Don (2007). «The Benefits and Costs of Inequality for the Advantaged and Disadvantaged». *Social Science Quarterly*, 88(2): 382-403. DOI: 10.1111/j.1540-6237.2007.00463.x.
- Aguirre, María (2007). *Determinantes del Crecimiento Económico, Población y Familia: El Caso Guatemala*. Guatemala: Centro de investigación de la sociación Familia Desarrollo Población.
- Aguirre, María (2015). *El Impacto de la Familia en la Economía. Una Propuesta para Lograr un Desarrollo Sostenible*. Guatemala: FADEP. Disponible en <https://sophia-aguirre.squarespace.com/>.
- Amato, Paul y Rebecca Maynard (2007). «Decreasing Nonmarital Births and Strengthening Marriage to Whom it May Concern: Reduce Poverty». *The Future of Children*, 17(2): 117-141. Disponible en <http://bit.ly/2BPoRhV>.
- Arcos, Federico (2005). «Ética y pobreza mundial: fundamento y límites de una respuesta centrada en los deberes de humanidad». *Anuario de Filosofía del Derecho*, 32: 149-178. Disponible en <http://bit.ly/2E92mpN>.
- Ariza, Marina y Orlandina Oliveira, (2007). «Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa». *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22 (1): 9-42. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/312/31222102.pdf>.
- Banco Mundial (2016). *Development Goals in an Era of Demographic Change*. Global Monitoring Report 2015/2016. Washington DC: Banco Mundial.
- Bauman, Zygmunt (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona: Paidós.
- Bianchi, Suzanne y Lynne Casper (2000). «American Families». *Population Reference Bureau*, 55 (4): 1-43.
- Brooks-Gunn, Jeanne y Greg Duncan (1997). «The Effects of Poverty on Children». *The Future of Children Children and Poverty*, 7(2): 55-71. Disponible en <http://bit.ly/2pNwQud>.

- Bureau of the Census for the Bureau of Labor Statistics (2009). Current Population Survey, 2009 Annual Social and Economic (ASEC). Washington: U.S. Census Bureau. Disponible en <https://www.census.gov/programs-surveys/cps.html>.
- Burgos, Juan Manuel (2004). *Diagnóstico sobre la familia*. Madrid: Biblioteca Palabra.
- Cancian, Maria y Deborah Reed (2009). «Family Structure, Childbearing, and Parental Employment: Implications for the Level and Trend in Poverty». *Focus*, 26 (2): 21-26.
- Castro, Rodolfo, Gustavo Riesco y Ronald Arela (2016). «¿Familia y bienestar? Explorando las relaciones entre estructura familiar y satisfacción con la vida personal de las familias». *Boletín Academia Paulista de Psicología*, 36(90): 86-104. Disponible en www.redalyc.org/pdf/946/94649375007.pdf.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2014). *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en <http://bit.ly/2BOIFSS>.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2015). *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Disponible en <http://bit.ly/2BNHum5>.
- Correa Reucher (2006). *Efectos de la educación y el empleo en la dinámica de la pobreza en los hogares del Perú: 2001-2005*. (Tesis de Doctorado). Lima: Universidad Inca Garcilazo de la Vega.
- De Navas, Carmen y Bernadette Proctor (2014). *Income and Poverty in United States: 2014*. Washington, DC: U.S. Census Bureau, Current Population Reports.
- Duncan, Greg y Kathleen Ziol-Guest(2010). «Early-Childhood Poverty and Adult Attainment, Behavior, and Health». *Child Development*, 81 (1): 306-325. DOI: 10.1111/j.1467-8624.2009.01396.x.
- Fagan, Patrick, Andrew Kitt y Henry Potrykus (2011). *Marriage and Economic Well-Being: The Economy of the Family Rises or Falls with Marriage*. USA: Marriage and Religion Research Institute.
- Fondo Monetario Internacional (2016). *Informe sobre la estabilidad financiera mundial de octubre de 2016*. Reino Unido: Fondo Monetario Internacional.
- Galindo, Miguel Angel y Maria Teresa Méndez (2011). «Factores que estimulan el emprendimiento y el crecimiento económico». *Papeles de Europa*, 22: 131-141. Disponible en <http://bit.ly/2lcmTSi>.
- Haskins, Ron y Isabel Sawhill (2007). *The Next Generation of Antipoverty Policies*. Princeton, NJ: Woodrow Wilson School of Public and International

- Affairs at Princeton University. Brookings Institution. Disponible en <http://bit.ly/2zHQcAN>.
- Herrera, Soledad, Viviana Salinas y Eduardo Valenzuela (2011). «Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructuras familiares y bienestar». *Revista del Instituto de Sociología y el Centro de Políticas Públicas de la Universidad de Chile*, 44: 1-19. Disponible en <http://bit.ly/2BMVPzd>.
- Hoynes, Hilary, Marianne Page y Ann Huff Stevens (2006). «Poverty in America: Trends and Explanations». *Journal of Economic Perspectives*, 20 (1): 47-68. Disponible en <http://bit.ly/2CgDfCZ>.
- IBM Corp (2016). *IBM SPSS Statistics for Windows, Version 24.0*. Armonk, NY: IBM Corp.
- Iglesias, Marisa (2006). Desafío moral de la pobreza: Deberes individuales y estándares de humanidad. En A. García (coord.), *Racionalidad y derecho* (pp. 219-264). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2011). *Encuesta Demográfica y de Salud Familiar, ENDES 2011*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <https://dhsprogram.com/pubs/pdf/FR269/FR269.pdf>.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2015). *Evolución de la pobreza monetaria 2009-2014*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <http://bit.ly/2lnBV6S>.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2016a). *Encuesta Demográfica y de Salud Familiar, ENDES 2015*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <http://bit.ly/2E7ilVo>.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2016b). *Encuesta Nacional de Hogares sobre condiciones de vida y pobreza, ENAHO-2015*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <http://bit.ly/2zIa9r2>.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2016c). *Evolución de la pobreza monetaria 2009-2015. Informe técnico*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <http://bit.ly/2DrhnC2>.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2016d). *Perú: Síntesis Estadística 2016*. Lima: Centro de ediciones del INEI. Disponible en <http://bit.ly/2pSzbUA>.
- Kliksberg, Bernardo (2004). Evolución de la relación del niño, la niña y el adolescente con la Familia. Ponencia en el XIX Congreso Panamericano del Niño: La familia en América Latina realidades, interrogantes y perspectivas, organizado por el Instituto Interamericano del niño, 7-29 de octubre, D.F. México.

- Longman, Phillip, Paul Corcuera, Laurie Derose, Marga Gonzalvo, Andrés Salazar, Claudia Tarud, y Antonio Torralba (2012). «La cuna vacía». En *Dividendo demográfico sostenible: ¿Qué tienen que ver el matrimonio y la fecundidad con la economía?* (pp. 9-27). Barcelona: Social Trend Institute.
- Manning, Wendy y Kathleen Lamb (2003). «Adolescent Well-Being in Cohabiting, Married, and Single-Parent Families». *Journal of Marriage and Family*, 65 (4): 876-893. Disponible en <http://bit.ly/2lfbvVX>.
- Mújica, Jorge Enrique (2008). Familia, Factor decisivo de una buena economía. Documento en formato html. Disponible en <http://bit.ly/2CgDjml>.
- Muñoz, Ismael (2004). «Pobreza, economía y familia en el Perú». *Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe España y Portugal*, 12: 53-54. Disponible en www.redalyc.org/articulo.oa?id=55501204.
- Orbetta, Aniceto (2006). *The More the Poorer: Why Large Family Size Cause Poverty*. USA: Philippine Institute for Development Studies. Disponible en <https://dirp3.pids.gov.ph/ris/pn/pidspno606.pdf>.
- Pérez, Pamela y Alfonso Rodríguez (2015). «El ejercicio de medir la pobreza en el Perú». En Hans Contreras Pulache (compilador), *Evidencia para una política de inversión en el talento*. Lima: Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo. Ministerio de Educación.
- Pliego, Fernando (2012). *Familias y bienestar en sociedades democráticas. El debate cultural del siglo XXI*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Pugliese, Leticia (2009). «Como enfrentar los cambios en las estructuras familiares. Experiencias, desafíos en curso, resultados, evaluación». *Comentarios de Seguridad Social*, 22: 135-140. Disponible en <http://bit.ly/2CiTOOT>.
- Rector, Robert, Kirk Johnson y Patrick Fagan (2008). «Increasing Marriage would Dramatically Reduce Child Poverty». En Russell Crane y Tim Heaton, *Handbook of Families and Poverty* (pp. 457-470). DOI: 10.4135/9781412976596.n27.
- Rindfuss, Ronald y Audrey VandenHeuvel (1990). «Cohabitation: A precursor to Marriage or an Alternative to Being Single?». *Population and Development Review*, 16(4): 703-726. Disponible en <http://bit.ly/2Zjebze>.
- Sen, Amartya (2000). *La pobreza como privación de capacidades, en desarrollo y libertad*. Buenos Aires: Planeta.
- Sepúlveda, Denisse, Catalina Arteaga y Verónica Aranda (2012). «Diversificación de las estructuras familiares: caracterización de las convivencias en Chile». *Revista de Sociología*, 27: 37-52.
- Shaughnessy, John, Eugene Zechmeister y Jeanne Zechmeister (2012). *Research Methods in Psychology* (9.ª ed.). Nueva York: McGraw-Hill.

- Sheahan, John (2001). *La economía peruana desde 1950. Buscando una sociedad mejor*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Sigle, Wendy y Sara McLanahan (2002). «The Living Arrangements of new Unmarried». *Demography*, 39 (3): 415-433. Disponible en <http://bit.ly/2pUSdtN>.
- Spiegel, Shari (2007). *Políticas macroeconómicas y de crecimiento*. Nueva York: ONU, DAES.
- Stock, Laura, Judy Corlyon, Cristina Castellanos y Matthew Gieve (2014). *Personal Relationships and Poverty an Evidence and Policy Review*. Londres: The Tavistock Institute. Disponible en <http://bit.ly/2C6jlvS>.
- Surkyn, Johan y Ron Lesthaeghe (2004). «Value Orientations and the Second Demographic Transition (SDT) in Northern, Western and Southern Europe: An update». *Demographic Research*, 3 (3): 45-86. DOI: 10.4054/DemRes.2004.S3.3.
- The World Family Map (2014). *Los cambios en la familia y su impacto en el bienestar de la niñez*. Lima: Universidad de Piura, Instituto de Ciencias para la Familia. Disponible en <http://bit.ly/2Ckn19Q>.
- The World Values Survey (2013). *Growing up democratic: Political Generations in Latin America*. Viena: Institute for Comparative Survey Research.
- Thomas, Adam y Isabel Sawhill (2005). «For Richer or poorer: Marriage as an Antipoverty Strategy». *Journal of Policy Analysis and Management*, 21: 587-599. Disponible en <http://bit.ly/2zHtAQB>.
- Ullmann, Heidi, Carlos Maldonado y María Nieves Rico (2010). *Evolución de las estructuras familiares en América Latina 1999-2010. Los retos de la pobreza, la vulnerabilidad y el cuidado*. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Disponible en https://www.unicef.org/lac/S2014182_es.pdf.
- Verdera, Francisco (2007). *La pobreza en el Perú: un análisis de sus causas y de las políticas para enfrentarla*. Lima: Clacso. Disponible en <http://bit.ly/2lnowsK>.
- Wiesenfeld, Esther y Euclides Sánchez (2012). «Participación, Pobreza y Políticas Públicas: 3P que Desafían la Psicología Ambiental Comunitaria (El caso de los Concejos Comunales de Venezuela)». *Psychosocial Intervention*, 21(3): 225-243. DOI: 10.5093/in2012a21.
- Wilcox, Bradford (2006). *El matrimonio importa. Veintiséis conclusiones de las ciencias sociales*. Barcelona: Social Trends Institute. Disponible en <http://bit.ly/2C5EAok>.
- Wodtke, Geoffrey, David Harding y Felix Elvert (2012). *Poor Families, Poor Neighborhoods: How Family Poverty Intensifies the Impact of Concentrated Disadvantage*. Michigan: Population Studies Center. Disponible en <https://www.psc.isr.umich.edu/pubs/pdf/rr12-776.pdf>.

Yaschine, Iliana (2014). «¿Alcanza la educación para salir de la pobreza? Análisis del proceso de estratificación ocupacional de jóvenes rurales en México». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 60(23): 377-406.

Sobre los autores

RODOLFO CASTRO SALINAS es magíster en Ciencias para el Matrimonio y la Familia, del Istituto Giovanni Paolo II de la Universidad Pontificia Lateranense de Roma, licenciado en Administración de Negocios, mención en Finanzas, de la Universidad Católica San Pablo. Actualmente es director del Instituto para el Matrimonio y la Familia, docente a tiempo completo de la Universidad Católica San Pablo y Presidente de la Red Latinoamérica de Institutos de Familia. Su correo electrónico es r.castro@ucsp.edu.pe.

RENZO RIVERA es psicólogo por la Universidad Nacional San Agustín. Actualmente es jefe de práctica en la Universidad Católica San Pablo. Su correo de contacto de rrivera@ucsp.edu.pe.

ROSA SEPERAK es magíster en Salud mental del niño, el adolescente y la familia por la Universidad Católica Santa María. Actualmente es asistente de cátedra en la Universidad Católica San Pablo y docente titular en la Universidad San Martín de Porres. Su correo electrónico es raseperak@ucsp.edu.pe.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**La pesca y la caza marina en el desierto
de Atacama: Luces conceptuales desde los
documentos escritos (siglos XVI-XIX)**

*Fishing and marine hunting in the Atacama Desert: Conceptual
perceptions from written documents (16th-19th centuries)*

Benjamín BALLESTER

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, Francia

RESUMEN El ser humano establece relaciones con los animales marinos de múltiples formas, y una de ellas es a través de su captura. En este artículo discutimos las constantes confusiones que se generan en la definición de las categorías de captura marina, especialmente de pesca, caza y recolección, y proponemos una clasificación que considera la captura como una relación interespecie entre humano y animal, atendiendo las múltiples perspectivas y agentes involucrados. La propuesta se ejemplifica a partir de un caso de estudio, la sociedad litoral del desierto de Atacama entre los siglos XVI y XIX a través de la información contenida en los documentos escritos. Finalmente, discutimos la aplicabilidad de la propuesta entre estas poblaciones, para afinar su definición conceptual y enriquecer el debate sobre las relaciones entre humanos y animales marinos en el litoral del desierto de Atacama, pero también fuera de la región.

PALABRAS CLAVE Perspectiva relacional, crónicas, relaciones interespecie, caza marina, pesca.

ABSTRACT Human beings establish multiple forms of relationship with marine animals, in some cases through their capture. We discuss the constant confusions generated by definitions of the categories of marine capture, especially fishing, hunting and gathering. We propose a classification that considers

capture as an interspecies relationship between human and animal, considering the multiple perspectives and agents involved. The proposal is exemplified by a case study of the littoral society of the Atacama Desert between the sixteenth and nineteenth centuries, through information contained in written documents. Finally, we discuss the applicability of the proposal to these populations, in order to conceptually refine the definition and enrich the debate about relationships between humans and marine animal in the Atacama Desert littoral, and also outside the region.

KEYWORDS Relational perspective, chronicles, interspecies relationships, marine hunting, fishing.

Introducción

Para el ser humano la captura de animales es una forma entre tantas de crear relaciones interespecie. Sin embargo, la poca atención hacia estas relaciones y la tendencia a quedarse solamente con una de las múltiples perspectivas que en ellas actúan, ha llevado a confusiones entre los investigadores sociales a la hora de definir las distintas formas de captura en torno a categorías analíticas. Clasificaciones como las de caza, pesca y recolección cargan constantemente con incertidumbres conceptuales generadas por su uso apresurado y regularmente poco reflexivo. Suelen ser de esas cosas que a veces sin querer damos por sentadas.

Me propongo aquí definir conceptualmente las categorías de relaciones entre humanos y animales en el ámbito de la captura marina para el litoral del desierto de Atacama, al norte de Chile, integrando las múltiples perspectivas en ellas involucradas. Un ejercicio con fines locales, pero ambiciones un poco mayores: demostrar el valor de la perspectiva relacional a la hora de definir categorías de esta índole. Tomamos como ejemplo y caso de estudio la sociedad litoral entre los siglos XVI y XIX, empleando la información registrada en los documentos etnohistóricos dejados por viajeros, mercaderes, funcionarios y eclesiásticos que circularon y se instalaron en la región: en general, la perspectiva del otro respecto de un modo de vida ajeno.

Limitados por los sesgos de cualquier descripción, siempre posiblemente tendenciosa e interesada, presentamos los relatos y comentarios sobre las distintas formas e instancias de captura de los animales marinos por estas comunidades litorales, para luego de su reflexión y ordenamiento poder redefinir las categorías

tan habitualmente empleadas de pesca y caza marina, desde las múltiples perspectivas y sus agentes implicados.

Aspectos conceptuales sobre la pesca y la caza marina

De acuerdo al antropólogo Gordon Hewes (1948), todas las formas de explotación de recursos marinos, desde la recolección de moluscos hasta la caza de cetáceos, se integran dentro de la gran categoría de *pesca* —*fishing*— simplemente por ser actos de captura en el agua. Esta perspectiva acerca del significado de la pesca es tal vez la de mayor aceptación entre las diferentes escuelas de investigación social (por ejemplo, Acheson, 1981; Andersen, 1978; Breton, 1981; Murdock 1967). Sin embargo, la idea de la universalidad de esta dicotomía entre el medio acuático versus el terrestre y el celestial, ha sido duramente criticada en los últimos años, asegurando que las partes del todo y sus criterios de delimitación dependen necesariamente de factores ontológicos propios de cada cultura, variando entre cada una de ellas (Descola, 1996, 2005; Helmreich, 2011; Ingold, 1994, 2000). ¿Cuáles son los límites del mar y qué lo divide del todo?

Para otros investigadores, la pesca tiene relación más bien con la actividad de capturar exclusivamente peces, utilizando como pilar clasificatorio el criterio taxonómico, dejando por tanto fuera al resto de las especies marinas (por ejemplo, Brandt, 1972; Erlandson, 2001; Kennelly y Broadhurst, 2002; Kroeber y Barrett, 1960; Morrill, 1967; Pitcher y Lam, 2015). Tal como en el caso anterior, este modelo se vuelve cuestionable cuando nos damos cuenta de que la categoría «pez» es en sí misma cultural y definida según las bases taxonómicas de nuestra ciencia, por lo tanto, varía de sociedad en sociedad, de cultura en cultura (Boster y Johnson, 1989; Brockmann, 2004; Firth, 1981; Hunn, 1975; Ingold, 1994; Morrill, 1967; Pálsson, 1989, 1990). ¿Qué es y qué no es un pez?

Estas confusiones en las miradas no son exclusivas del mundo académico, sino que también están arraigadas en nuestros usos más cotidianos y mundanos. En inglés, a los mariscos se les designa vulgarmente con el concepto de *shellfish*, que refiere a la idea literal de «peces con concha». Asimismo, las industrias de explotación de los productos marinos se definen regularmente como *fisheries*, aun cuando involucren una gama mucho más amplia de especies que los peces. Por otro lado, en la lengua francesa a los mariscos se les denomina corrientemente como *fruits de mer*, o «frutos del mar», emulando lexicalmente su cercanía al mundo de lo vegetal, seguramente porque son explotados mediante técnicas similares: la recolección manual. Vemos así como en un mismo mundo animal, el

de los mariscos (a nivel taxonómico, *mollusk* en inglés, *mollusque* en francés, y *molusco* en español), en un caso se vincula al campo de la pesca y en el otro al de la recolección, en uno al pez, y en el otro, al fruto.

Categorías como las de pesca y caza suelen usarse sin definirse previamente, alimentando constantes confusiones como las comentadas, heredadas de referencia en referencia, de publicación en publicación. Para comenzar situándome, explícito mi postura. Creo que categorías como las de pesca y caza deben definirse necesariamente desde las esferas sociales y culturales, no desde fuera, a partir del ambiente que le rodea, sea el medio (ecología) o las especies (taxonomía). Estas categorías analíticas debieran fundarse en la idea de que las relaciones que establecen los seres humanos con los animales marinos que capturan son extremadamente ricas y complejas en su naturaleza y forma, incluyendo diversas estrategias de vinculación, múltiples dispositivos tecnológicos y un sinnúmero de valores socioculturales, económicos, simbólicos y cognitivos (Acheson, 1981; Andersen, 1978; Morrill, 1967; Pálsson, 1990; Reinman, 1967; Sautchuk, 2005; Smith, 1977).

Desde esta perspectiva, propongo la existencia de tres formas generales para la captura de los animales marinos: recolección, pesca y caza. A primera vista parecen no entregar nada nuevo, ya que son las mismas que regularmente se utilizan en la antropología, la sociología y la arqueología (por ejemplo, Brandt, 1972; Erlandson, 2001; Lee y DeVore, 1968; Reinman, 1967). Sin embargo, mi aporte está en su definición explícita para superar las habituales madejas conceptuales, empleando una perspectiva teórica basada en criterios sociales que son aplicables a nuestra realidad de estudio, aunque no necesariamente a todas (Pálsson, 1989). Esta perspectiva concibe que en todo acto de captura existe una interrelación entre el humano y el animal mediada por una técnica (Firth, 1981). Una relación que es mutuamente construida según las posiciones de cada cual en el acto, quiéranlo o no, conscientes o inconscientes de ello.

Con esto aclaro que esta clasificación no se sustenta únicamente en la especie a capturar (por ejemplo, pez, mamífero o molusco; criterio taxonómico), tampoco exclusivamente en el dispositivo empleado (por ejemplo, arpón, corral, anzuelo o red; criterio artefactual), menos en el medio en que todo esto ocurre (por ejemplo, mar abierto, orilla, profundidad; criterio ecológico), sino más bien en una visión holística cuyo pilar es la relación que se genera entre el ser humano y el animal en el acto de apropiación (criterio relacional) (Firth, 1981; Haudricourt, 1962; Ingold, 2000). En ella ambos son considerados como categorías de actores dentro de una práctica que los liga, teniendo cada cual roles específicos en la escena de captura según su posición: pasivos-activos, acecho-sorpresa, vio-

lencia-calma, ruido-silencio, colectivo-individual, ataque-defensa, acción-espera, búsqueda-evasión. Durante esta performance colectiva los actores despliegan sus roles siguiendo un guion. Metafóricamente, es este guion el que servirá de base para definir las categorías relacionales.

La relación entre los actores siempre se articula gracias a mediadores técnicos, por lo general dispositivos o estrategias implicadas en la conexión. Si bien esta puede generarse sin un mediador artefactual, de todas formas existirán siempre gestos, movimientos, actitudes, rituales, creencias y conocimientos acerca de cómo debe establecerse el vínculo de captura, aspectos que necesariamente entran también en el ámbito de la técnica (Leroi-Gourhan, 1965, 1973; Mauss, 1935, 1948). Desde la magia al movimiento de la mano, junto a la posición, rapidez, sigilo y braveza con la que se llevan a cabo los actos involucrados en esta relación, todos ellos quedan dentro de lo que se puede definir como la técnica mediadora en la relación (Sautchuk, 2010/2011). Y no hablamos solamente de los gestos y movimientos del humano; también el animal posee los suyos para escabullirse, luchar y hasta contratacar. Me refiero al mutuo trato de uno respecto del otro en un acto común. En pocas palabras, la atmósfera y el contexto total que rodea al vínculo entre los agentes, con todos sus elementos asociados.

Dentro de este marco consideramos a la recolección como un acto donde la presa no impone resistencia en la captura, tomando un rol pasivo (Haudricourt, 1962; Lacombe, 2000; Waselkov, 1987). La *performance* de la recolección es un soliloquio de uno de los agentes frente al otro; este último impone sólo la resistencia natural propia de su modo de vida (figura 1). Es un acto similar al de la recolección de frutos de un árbol; de ahí la metáfora francófona de los mariscos como *fruits de mer*. Ejemplos habituales son el del gasterópodo pegado a la roca, para el cual a veces el marisqueador se vale de un desconchador especial para extraerlo de su hábitat, o la simple recolección manual y pedestre de bivalvos en la arena de una playa. La recolección es por lo general manual, aunque a veces se pueden utilizar también desconchadores, redes, chinguillos, contenedores y tanques de oxígenos

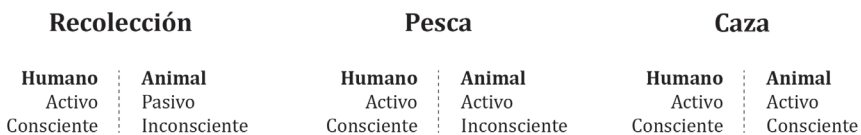


Figura 1. Esquema de relaciones en torno a formas de captura marina.

para sumergirse (Contreras, 2010). En esta práctica es común que actúen múltiples agentes, uno o varios humanos colectores, y grupos de animales colectados. La escena transcurre, por lo general, en ambientes calmos, aunque en el caso de los moluscos ubicados en la rompiente de la ola y otros submarinos que requieren de buceo, el contexto le impregna cierta atmósfera tormentosa y de suspenso.

Lo que habitualmente se define como «pesca con redes» es, desde nuestra perspectiva, una forma más de recolección debido a la pasividad de una categoría de agentes: aquellos que son capturados. Aquí el humano actúa en un monólogo frente a los animales, quienes no saben de su participación en la escena sino cuando ya están completamente aprisionados dentro de la red; tal como sucede con los chinguillos. Los «corrales de pesca» también entran dentro de esta categoría por su cercano parentesco con la redes. Sin embargo, aquí actúa protagónicamente un tercer agente del cual se vale el humano: la marea y sus movimientos naturales. El humano activo construye el corral conociendo el vaivén y ritmo de la marea, para que cuando descienda el agua los peces queden atrapados. En ambos casos, humanos activos y peces pasivos, aunque a diferencia de la recolección tradicional de orilla y por buceo, se utiliza una trampa.

Esta trampa es la que para algunos es motivo de que incluyan redes y corrales en la categoría de pesca, pero pecan de unilaterales y no consideran la actitud del animal en la escena. Mientras en la captura con redes y corrales los animales son pasivos, la pesca se define por la posición activa del animal, quien se autocaptura producto de una carnada (figura 1). La recolección es unilateral; la pesca bilateral. Mientras la recolección es un soliloquio, en la pesca hay un diálogo de al menos dos agentes. En la pesca, humano y animal son activos en la trama del vínculo. Esta diferencia de posiciones es la que separa ambas categorías generales de recolección y pesca, humanos siempre activos frente a animales pasivos en la primera, y activos, en la segunda. Son guiones distintos, aunque sin lugar a dudas con algunas similitudes.

La pesca se realiza ante la invisibilidad de uno de los agentes: la presa, sumergida dentro de la masa de agua (Firth, 1981; Pálsson, 1989). De ahí la necesidad de tentarla mediante la carnada, atrayéndola a la trampa para capturarla (figura 2). Hay un juego necesario y fundamental de atracción hacia la trampa orquestado por el humano, para que el animal sea quien finalmente se autocapture. El mejor ejemplo es la pesca con anzuelos, donde el dispositivo funciona según la lógica de atraer a la presa con un señuelo para que sea ella misma finalmente quien se autocapture, timada por la carnada. En este tipo de relación, el tiempo y los momentos de acción de cada agente son fundamentales. Primero, el humano actúa sigilosa-



Figura 2. Representación icónica del concepto de pesca realizada por el pionero de la fotografía submarina Bruce Mozert en los mares de Miami el año 1938. En todas sus obras las protagonistas siempre fueron mujeres posando al estilo *pin-up models* del pop-art norteamericano. Más allá del fuerte trasfondo de género tras sus composiciones —fueran una crítica a su época o un simple reflejo de ella—, en esta imagen particular se enfatiza la idea de la atracción y seducción, de la trampa y el engaño del anzuelo hacia la presa.

mente para colocar la trampa; sólo después el animal actúa inconscientemente de forma activa autocapturándose. El anzuelo posee una forma curva y un gancho en la punta; al ser mordido por el animal queda inserto y sujeto a su hocico, impidiendo su liberación. Existen anzuelos que por su propio diseño y manufactura ya pueden servir de señuelo, imitando la forma de un alimento, llevando colores vistosos o brillando plateado en la turbia agua del mar. Otros actúan con un cebo adicional insertando un trozo del alimento preferido de la presa para cubrir su letal sección penetrante, y así lograr que el animal engulla la carnada con su trampa. En ambos casos el dispositivo no funciona por sí mismo, requiere del trabajo humano que debe instalarlo en el lugar preciso, a la altura adecuada, en cierto momento del día y según las condiciones necesarias para cada tipo de animal. Es el humano quien planifica la trampa, en algunos casos dejándola horas o una noche



Figura 3. Una de las más famosas escenas de caza marina con arpón de la fotografía etnográfica. Tomada por Asahel Curtis (hermano del famoso Edward) en la costa noroeste de Norteamérica entre los Makah, ca. 1930.

completa en un mismo punto esperando el actuar del animal; en otras, debiendo estar contantemente agitándola, desplazándola, jugando con la carnada, imitando los movimientos de la presa de su presa. Una mezcla constante de tecnología material e inmaterial, de dispositivo artefactual junto a gestos, tiempos, movimientos, tratos, ritmos y saberes en torno a la pesca (Sautchuk, 2005, 2010/2011).

En la caza se establece una forma completamente distinta de relación con el animal. Es el humano quien adquiere el rol protagónico en el diálogo con un animal que, aunque activo, busca escabullirse, se defiende, se mueve y hasta puede en algunos casos contraatacar. El diálogo se funda en el antagonismo respecto de la captura. En la caza marina a veces hay escenas de persecución, uno tras otro, siguiendo rutas, con constantes vaivenes de movimientos, acercamientos y alejamientos (figura 3). Es un baile de acecho que el cazador orquesta a la siga de su presa por el mar. Siempre involucra en cierto grado la búsqueda de uno sobre el otro. Esta caza puede llevarse a cabo de distintas formas, desde la orilla, bajo el mar o sobre él. Puede involucrar diferentes dispositivos artefactuales, como arpones, rifles, lanzas y hasta garrotes, con la variable común del enfrentamiento, la agresión física de uno sobre el otro; uno al ataque, el otro defensivo. Esto distingue la caza de la pesca, la primera es por enfrentamiento, la segunda es por engaño; en la primera, dos agentes conscientes; en la segunda, sólo uno (figura 1);

en la primera, uno captura al otro que se escabulle; en la segunda, uno se autocaptura cayendo en una trampa.

Uno de los tipos de caza más comunes en los mares es el arponaje. Lo es por sus cualidades técnicas. El arpón es un medio que más que destinarse a dar muerte al animal, busca capturarlo (Leroi-Gourhan, 1973; Mason, 1902). En este sentido, se acerca más a un lazo que a un rifle, a un anzuelo que a una lanza. Y esto lo logra gracias a uno de sus principales atributos tecnológicos, la línea, una soga que firmemente amarrada al cabezal inserto en el animal permite al humano luchar con la presa, sea manualmente o con la ayuda de boyas (Ballester, 2017). Esta línea genera una forma de relación que lo emparenta al anzuelo en la lucha y en la contienda, aunque diferentes porque este último es una trampa fundada en el engaño, mientras que el primero es un acto de braveza donde dos agentes conscientes de enfrentan en el mar. Ya que el arpón no mata, generalmente sobre las embarcaciones portan otro artefacto para cometer esta tarea, un garrote, un machete, un cuchillo, un punzón o un puñal.

Documentos escritos sobre la captura de los animales marinos

Los cronistas del litoral desértico

«Y estos que habitan en los puertos y caletas de la mar son sus navíos con que navegan cerca de la tierra y salen a pescar». Con estas palabras, el cronista Gerónimo de Bibar (1966: 10) estampaba en la historia la primera referencia escrita sobre los grupos litorales del desierto de Atacama luego de su viaje por tierra en 1558 junto a Pedro de Valdivia durante la Conquista de los Reinos de Chile. La perspectiva marina no surgió sino años después con el arribo del navegante inglés Sir Francis Drake en 1579, cuando a los alrededores de la Provincia de Mormorena —luego Morro Moreno (figura 4)— se le acercó un conjunto de nativos en sus balsas de cuero de lobo marino para entablar un amistoso intercambio de pescado por un puñado de bagatelas europeas (Vaux, 1854).

Tanto desde la perspectiva europea terrestre como de la marina, los habitantes del litoral del desierto de Atacama fueron desde un comienzo descritos resaltando su cualidad de pescadores junto a sus peculiares embarcaciones. De ahí en adelante, los contactos y relaciones no hicieron más que estrecharse, aumentando sustancialmente el volumen de material etnográfico e histórico acerca de cómo vivían, sus costumbres, tradiciones, vestimentas, alimentación, organización social, vivienda y actividades productivas (Ballester y Gallardo, 2017; Ballester y

otros, 2010; Bittmann, 1983, 1984a; Larraín, 1974, 1978; Latcham, 1910). Si bien la mayor parte de los documentos fueron escritos por sujetos que no poseían una preparación estrictamente etnográfica, el enfoque, su mirada y la calidad de algunas de sus descripciones hacen que puedan considerarse como tales, ya que detallan rasgos relevantes y únicos de los colectivos humanos que presenciaron.

Lamentablemente, y en comparación a otras regiones americanas, dicha información es en general fragmentaria y somera, dominada por reseñas de paso. Durante la Colonia, el desierto no fue un lugar de interés, más allá de ciertos puntos llamativos por su riqueza minera, y los procesos evangelizadores, si bien efectivos, no alcanzaron la escala de otros parajes (Bittmann, 1977, 1984a; Casassas, 1974; Larraín, 1977). Esto produjo que los testimonios etnográficos de los primeros siglos de contacto fueran más bien de personas que transitaban por la zona, en especial navegantes y mercaderes en travesías comerciales, junto a algunos pocos informes imperiales (Bittmann, 1977; Castro, 2009; Casassas, 1992; Hidalgo, 1978, 1983; Hidalgo y Manríquez, 1992; Larraín, 1977, 1978). En la era republicana, el movimiento por el desierto fue mayor por la apertura de los mercados internacionales, ya sin la exclusividad del imperio español, pero también con la mirada puesta en los recursos y no tanto en las personas.

La mayor parte de las sistematizaciones etnohistóricas tienden a ser habitualmente demasiado generales. Los temas ejes de las investigaciones son pocos: destacan el problema étnico y el tipo de relaciones que estos grupos litorales entablaron con quienes vivían en el interior (Aldunate y otros, 2010; Bittmann, 1984b; Larraín, 1978/1979; Castro, 2009; Letelier, 2011). En este sentido planteo una búsqueda generalizada de los documentos escritos y gráficos, para presentar una selección de aquellos atinentes al problema de la captura de animales en el mar.

La pesca

Desde los primeros europeos que circularon por estas áridas tierras y extenso océano, el mar fue percibido y descrito como un lugar de riquezas. Fray Antonio Vásquez de Espinoza relata a comienzos de 1630:

Los indios de esta costa se visten de cueros de lobos marinos, y de ellos hazen sus barcas, o balsas sobre dos cueros llenos de viento, en que salen la mar afuera a pescar porque en aquella costa se haze grandissima pesca de congrios, tollos, lisas, dorados, armados, vagres, jureles, atunes, pulpos, y otros muchos géneros de pescado (1948: 618).

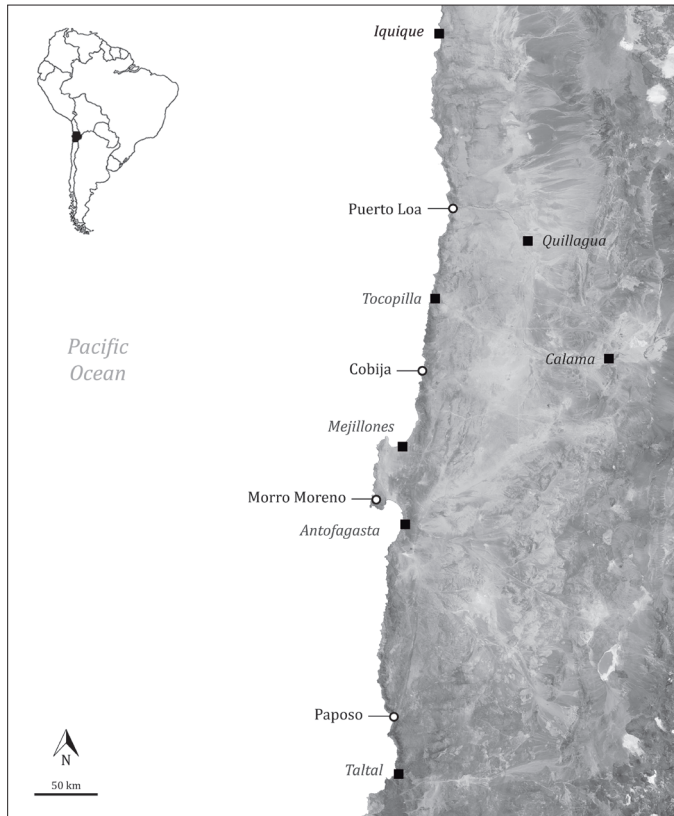


Figura 4. Mapa de la región.

El clérigo enfatiza delicadamente la diversidad de animales marinos, cada uno con su nombre y distinto del otro, así como uno de los mediadores técnicos más importantes para estas poblaciones: la balsa de cuero de lobo marino (figura 5). Se trata de un medio de navegación sumamente sofisticado y complejo en términos tecnológicos, mencionado en estas costas desde el siglo XVI hasta casi la mitad del siglo XX, sumado a la existencia de evidencia arqueológica de su utilización en tiempos prehispánicos, desde al menos el año 800 DC (Álvarez, 2013, Ballester y otros, 2010, 2015; Bittmann, 1978; Iribarren, 1955; Larraín, 1978/1979; Latcham, 1910, 1915; Looser, 1938; Lothrop, 1932; Niemeyer, 1965/1966; Núñez, 1986; Páez, 1985, 1986; Sayago, 1973). Los relatos escritos y el registro gráfico de esta particular embarcación tienden a caracterizarla como un medio tripulado por entre una y dos personas, prácticamente en todas las descripciones por hombres adultos, en completa ausencia de niños y mujeres, utilizada principalmente para viajes a lo largo del litoral con fines logísticos y productivos, especialmente la pesca y la caza



Figura 5. Representación de una balsa de cuero de lobo marino en las costas de Cobija en 1830 (D'Orbigny, 1945).

marina (Bibar, 1966; Bollaert, 1851, 1854, 1860; Boch, 2003; Feuillée, 1714; Frezier, 1717; Hall, 1827; Lesson, 1838; Lizárraga, 1999; Moerenhout, 1837; D'Orbigny, 1945; Philippi, 1860; Pretty, 1904; Shelvocke, 1757).

El naturalista Rodulfo Philippi (1860: 35) nos comenta a mediados del siglo XIX que los pescadores del área entre Taltal y Paposo (figura 4), para capturar el congrio (*Genypterus* sp.), un pez que «alcanza dos a tres pies y se halla sólo en alta mar, se pesca con anzuelo, atando muchos anzuelos en una varilla o un cabo». Esta estrategia de pesca de tecnología aditiva, donde en una misma línea se conjugan múltiples anzuelos, llamada espinel o *palangres* (Aubert, 1968), habitualmente se dejaba largo tiempo en un lugar del mar gracias a embarcaciones con el fin de capturar el mayor número de animales posible.

Sobre la misma zona de Paposo, el clérigo Rafael Valdivieso escribe una de las mejores descripciones acerca del uso de esta técnica de pesca durante los primeros meses de 1841:

Su ocupación favorita es la pesca del congrio, que abunda mucho allí, y es digno de notarse el modo como lo pescan. Este pescado es uno de aquellos que solamente pueden cogerse con anzuelo, y los pescadores de nuestras playas para hacer esta operación colocan el anzuelo en una cuerda, de modo que a costa de un incesante trabajo sólo van sacando el pez uno en pos del otro. Mas los paposinos tejen a propósito un trozal de cáñamo de poco grueso y

mucha consistencia, que llaman varilla y van poniendo en distancia de pie o pie y medio cada anzuelo hasta reunir setecientos u ochocientos: luego colocan guijarros de trecho en trecho para que se mantenga la varilla estirada en el fondo del mar, y en los dos extremos aseguran otras cuerdas que terminan en sus respectivas boyas para servir de señales que den a conocer el lugar donde están. Con este arbitrio, los pescadores sin más trabajo que tender la varilla al anochecer y recogerla al siguiente día, cogen una pesca abundantísima. En la primera ocasión que vi sacar uno de estos lances, conté hasta ciento noventa y tantos peces, y felicitando al pescador por su buena suerte, él me contestó con frialdad, que mientras no llegase a trescientos o cuatrocientos, apenas era regular; y posteriormente supe que esta misma era la opinión de todos. Desechando también el anzuelo de fierro por quebradizo y de poca duración en el agua, ellos lo trabajan en planchas de cobre. Las únicas embarcaciones que usan son balsas de piel de lobo, y como aquellos mares rara vez se alteran, hacen en ellas, sin temor alguno, viajes muy largos (en Matte, 1981: 58).

De acuerdo al fray Reginaldo de Lizárraga (1999: 378), a comienzo del siglo XVII las actividades de pesca con anzuelo también se llevaban a cabo desde la orilla de la playa y sin emplear embarcaciones, mediante líneas manuales con un solo anzuelo:

Los indios pescan graciosamente: unos con volantines arrojadizos, en los cuales empalman los anzuelos grandes, y en ellos el cebo, que sacan de las conchas, atado con un hilo; arrójanlo cuanto pueden en la mar, ellos en el rebaje de las olas á la rodilla, el volantín atado á la muñeca, y no parece si no que ven al pece que pica, y con la mano derecha dan un golpe en el volantín, y luego halan; pescan desta suerte lizas grandes, corvinas, y tollos, y lenguados. Vi una vez á un indio así pescar, el pece que picó debía ser grande, porque se llevaba al indio al tumbo de la ola; quiso Dios se rompiese el volantín; si no, corría riesgo de ahogarse; no tenía con qué cortar el volantín.

El Gobernador interino de la Villa de Potosí y funcionario real don Pedro Vicente Cañete y Domínguez (1974:86), narra también el uso de anzuelos simples con líneas de pesca en su informe de 1787 sobre el puerto de Cobija (figura 4): «apenas pescan el tollo y congrio aquellos infelices con sedal y anzuelo». Otro funcionario real, el comisionado José Agustín de Arze, repite frases similares ese mismo año (1786-1787) y para el mismo puerto, destacando nuevamente el papel del congrio y su pesca entre los lugareños: «no hai otra cosa en aquellos naturalez

que una suma miseria e indigencia, auxiliada con lo poco que reportan en la pesca del congrio a que están dedicados con sobrado trabajo» (Hidalgo, 1983: 140).

La caza marina

En el ámbito de la caza marina se combinaban distintas estrategias orientadas hacia diversas especies. Por un lado se encontraba la potera (figura 6), una quimera artefactual que limita entre el anzuelo y el arpón (Ballester y Clarot, 2014; Silva y Bahamondes, 1968). Confundido generalmente con el anzuelo por su forma, compuesto de un vástago que sirve de eje junto a tres barbas laterales que conforman un triángulo, no actúa por engaño a modo de trampa, sino más bien por penetración directa, como el arpón. El dispositivo se arroja desde una embarcación hacia grandes cardúmenes para luego recogerlo a toda velocidad intentando enganchar con sus barbas laterales el cuerpo de algún animal, funcionando por arrastre. A diferencia del anzuelo no es el pez que se autocaptura por su hocico, sino que es enganchado en cualquier parte de su cuerpo, tal como sucede con el arpón.

La mejor referencia escrita del uso de este tipo de estrategia de caza se la debemos al mercader francés Vincent Bauver, de comienzos del siglo XVIII, para la localidad de Cobija. Según su narración, los pescadores «utilizan estas especies de barcas para ir a pescar; cuando ven que el mar hierve de peces corren o más bien vuelan, llevando consigo un cordel largo en cuyo extremo hay tres anzuelos unidos en forma de triángulo sin cebo, que arrojan al mar y lo jalan rápidamente, y pronto tienen 1, 2 o 3 pescados» (Pernaud, 1990: 45-46).

El uso del arpón parece haber estado vinculado únicamente a actividades de caza en el mar, seguramente debido a las ventajas que este dispositivo otorga en la captura del animal gracias a su soga de retención y su potencial de control (Ballester, 2018). Los relatos describen su uso en la captura de peces y mamíferos marinos, con el factor común del mayor tamaño de las presas respecto a aquellos aprehendidos en la pesca.

Para los primeros años del siglo XVII, el ya mencionado fray Reginaldo de Lizárraga comenta:

Esta ciudad [Coquimbo] es abundante de pescado y muy bueno, péscanse algunos atunes; no andan en cuadrillas como en España, sino de uno en uno; sale el indio pescador en busca de él, dos y más leguas á la mar con su balsilla de cuero de lobos; lleva su arpón, físgale, dale soga hasta que se desangra; desangrado le saca á la costa (1999: 378).

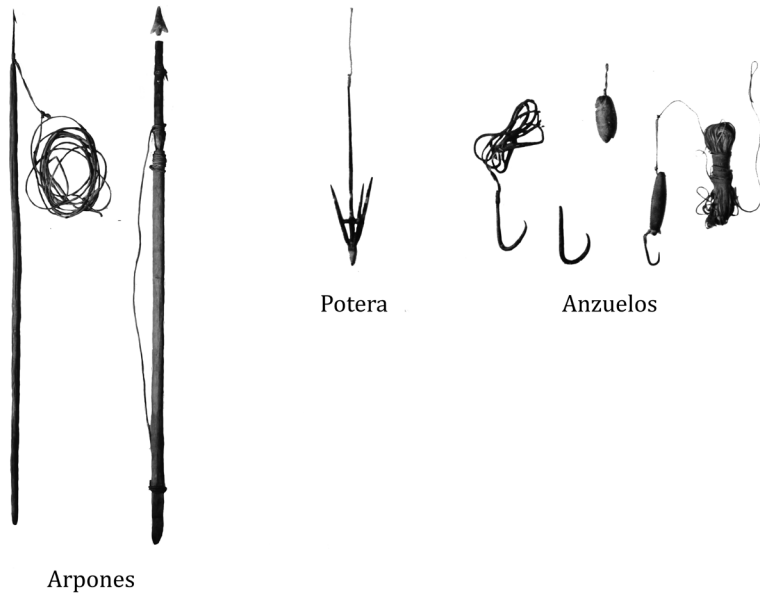


Figura 6. Piezas arqueológicas de época de contacto y tardías recuperadas por el arqueólogo norteamericano Junius Bird (1946) en la costa del desierto de Atacama.

Información escrita que es algunos años después confirmada por el cronista chileno y sacerdote jesuita Alonso de Ovalle (1646: 44), quien narra una escena similar de caza de peces de gran tamaño, como atunes y albacoras, en Coquimbo, como ejemplo de aquello que sucedía regularmente en las costas vecinas de la región:

Otro género de peces ay en aquel mar, particularmente en la costa de Coquimbo, que aunque no son tan grandes, lo son mucho, y de gran regalo, y son los atunes, y albacoras, que matan allí los indios con admirable destreza, y facilidad. Entran en el mar en unas balsas, que hacen de cuero de lobo marino bien cosido, y soplado como pelota de viento. Lleva bien dispuesta una fisga, que es a manera de un tridente, con lengüetas afiladas a gran cantidad y fuertes, y recio cordel; comienza el indio a bogar en el seguimiento del atún que ha visto, y en hallando la suya lo fisga, y clava arrojando su tridente, el atún luego que se ve herido, huye al mar adentro como un rayo; el pescador no le resiste; antes le va siguiendo, dándole sogas cuanta quiere, y sigue su rumbo por donde quiera que va, hasta que desangrado el pez, y faltándole las

fuerzas para seguir, va el indio recogiendo el cordel, y acercándose a la presa, que ella ya muerta, o para morir, la hecha con facilidad sobre su balsa, y vuelve al puerto victorioso a gozar de los despojos, y fruto de su trabajo.

Casi dos siglos después, el oficial de la marina y médico estadounidense William Ruschenberger anota sobre su diario un breve comentario acerca de cómo los pescadores de Cobija en 1832 se hacían de sus presas en el mar: « Otro pescador dejó su balsa en la orilla y sobre la arena tiró tres grandes peces que había atrapado con un arpón entre las rocas de la puntilla. Nos dijo que era la única forma de capturarlos » (1934: 165; la traducción es nuestra).¹

También en la primera mitad del siglo XIX, el naturalista francés Alcides D'Orbigny narra que estas balsas «las emplean, por lo general, para llegar a alta mar; allí espían a los peces, los siguen con mirada penetrante en el seno de las olas y eligen el momento favorable para arrojar con extrema destreza un pequeño arpón, que difícilmente no alcanza su objetivo» (1945: 936).

Volviendo al siglo XVI, otro clérigo español, Antonio Vásquez de Espinoza, nos hereda una de las referencias escritas más valiosas sobre la caza de cetáceos para este litoral:

Hay en aquella provincia cantidad de cobre, del cual hacen unas púas, o garrochuelas menores, que garrochones, estos los ponen en unas astas pequeñas de tal suerte dispuestas, y atadas con un látigo de cuero de lobo a la muñeca, van a tirar a las ballenas: las cuales de ordinario en aquella costa duermen de medio día para arriba, dos, o tres horas con gran reposo, y profundo sueño, sobre aguadas, y con una ala pequeña, que tienen sobre el corazón se cubren la cabeza para dormir por el sol. Entonces que la a asechado el indio cuando duerme, en que esta diestro, llega en su balsilla de lobo, en que va para valerse de ella sin que la pueda perder, y se llega donde la ballena duerme: y le da un arponazo debajo del ala, donde tiene el corazón, e instantáneamente se deja caer al agua, por escaparse del golpe de la ballena; que viéndose herida se embravece dando grandes bramidos, y golpes en el agua, que la arroja muy alta con la furia, y cólera que le causa el dolor, y luego tira bramando hacia la mar, basta que se siente cansada, y mortal; en el intertanto

1. Texto original: «Another fisherman drew his balsa ashore, and threw three fine large fish upon the sand, which he had caught among the rocks off the point, with a harpoon. He told us that was the only way of taking them».

el indio vuelve a cobrar su balsilla, y se viene a tierra a ojear, y atalayar adonde viene a morir a la costa, y así están en centinela, hasta que la ven parar; donde va luego toda aquella parcialidad, y parentela, que ha estado con cuidado a la mirar, juntos todos con los amigos, y vecinos para el convite, la abren por un costado, donde están comiendo unos dentro, y otros fuera seis y a ocho días basta que de hedor no pueden estar allí, en este tiempo hinchén todas sus vasijas (que las mas son de tripas de lobo marino) de lonjas de la ballena, que con el calor del sol, se derriten, y convierten en aceite, el aquel aceite es su bebida ordinaria; estas botas o tripas de lobo son algunas tan grandes que cabe en cada una largamente una arroba de aceite, y como los indios andan de ordinario en esta comida de su ballena dentro de ella, y se untan con aquella grasa, traen los cabellos rubios como el oro, o candelas, y como andan tostados del rigor del sol, que ay en aquella cálida región, es mucho de ver sus figuras, y acataduras, negras y los cabellos rubios (1948: 618-619).

Para la captura del lobo marino (*Otaria* sp.), las referencias escritas advierten dos estrategias distintas realizadas en ambientes disímiles y con medios técnicos diferentes. Para ciertos cronistas, como Gerónimo de Bibar en el siglo XVI y Alcides D'Orbigny en el siglo XIX, los lobos marinos se cazaban con embarcaciones y empleando un arpón similar a aquellos de las faenas de caza de atunes, albacoras y cetáceos.

En los días que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas. Tíranle un arpón de cobre y por la herida se desangran y muere (Bibar, 1966: 10).

Es con esas embarcaciones, llamadas balsas, que tanto de rodillas, tanto sentados en la delantera y remando por medio de una larga pértiga empleada de ambos lados alternativamente a la derecha o a la izquierda, van a las rocas lejanas a cazar lobos marinos, muy comunes en toda la costa (D'Orbigny, 1945: 936).

Otros cronistas de la misma época aseguran que la caza de estos otáridos se llevaba a cabo de una forma algo menos sofisticada, con garrotes o palos en los lugares donde estos animales descansan, sobre la playa o roqueríos: una práctica bien documentada en otras regiones litorales de Chile (Quiroz, 2007). El Padre Bernabé Cobo (1890) relata a mediados del siglo XVII que en estas costas cazaban los lobos marinos con golpes certeros de palo entre el hocico y la cabeza. Así

también a comienzos del siglo XIX, el mercader francés Julian Mellet (1959: 114) describió una escena de las mismas características en la costa de Paposo:

Igualmente en las orillas del mar vecino, se cazan lobos marinos que hay en gran número. Esta caza se hace por muchos hombres armados de gruesos garrotes con los cuales aturden desde luego a los lobos marinos; se les mata enseguida dándoles grandes golpes en los hocicos. A pesar de estas precauciones, esos animales saben defenderse muy bien y a menudo los cazadores son mordidos antes de atraparlos.

Sobre la pesca y la caza marina en las comunidades litorales entre los siglos XVI y XIX

Desde los documentos más tempranos (mediados del siglo XVI) hasta los más tardíos que utilizamos (segunda mitad del siglo XIX), se desprende que los grupos litorales crearon múltiples formas para relaciones con los animales marinos en su captura. Estas relaciones fueron posibles gracias a distintos tipos de mediadores técnicos, algunos de ellos aparatos y dispositivos creados por la misma sociedad litoral para establecer esta relación. Sin lugar a dudas, el más importante fue la balsa de cuero de lobo marino, descrita por casi todos los cronistas, viajeros y eclesiásticos que tuvieron contacto con estos grupos, pero también lo fueron sus anzuelos, espineles, arpones y poteras. Junto a lo material estaban los gestos, movimientos, tratos, ritmos y conocimientos que acompañaban y hacían posibles cada una de las distintas formas de relaciones entre humanos y animales, técnicas tan necesarias como aquellas artefactuales.

Ya en los relatos más tempranos se aprecia un amplio conocimiento sobre las especies marinas representadas en un bestiario diverso y heterogéneo, expresado en apelativos y nombres distintivos para cada especie. Sin lugar a duda, el más recurrente en los relatos es el congrio, protagonista indiscutido en los guiones de pesca. Del mundo de los peces le siguen el tollo, el atún y la albacora, exponentes del grupo de los animales de mayor talla. De los mamíferos, el más importante es el lobo marino, una suerte de quimera que vive parte de su vida en tierra y parte en el mar volviéndolo único entre sus pares del bestiario. Esta dualidad permite a los humanos relacionarse con él en la captura de dos formas distintas, en tierra y en mar, a pie o en balsa, con garrote o arpón. Ante un mismo animal, el humano puede establecer dos formas de relaciones, ambas dentro de la esfera de la caza.

Resulta interesante que en los documentos escritos se encuentren casi completamente ausentes las referencias sobre la utilización de redes de pesca, aun cuando existe evidencia arqueológica de su uso para tiempos prehispánicos (Boisset y otros, 1969) y que la pesca por arrastre con redes se haya practicado aun en las costas de Arica entre los pescadores tradicionales en el siglo XX (Valdivia, 1974). Esta falencia bien puede deberse a sesgos de percepción y retención de los mismos cronistas o que esta técnica no fuera tan interesante para su registro como las otras, aunque su recurrencia negativa por casi cuatro siglos en múltiples fuentes más bien parece ser causa de su baja o nula utilización.

La categoría de la pesca es mencionada desde los primeros comentarios europeos; concepto que traían consigo de su experiencia personal en las pesquerías del mediterráneo y el atlántico oriental, pero también del resto del globo gracias a su cada vez más recurrentes y habituales travesías. En sus relatos junto a la pesca siempre está el anzuelo. La forma no se detalla y queda constantemente a la interpretación del lector, como si todos supiéramos cuál es su forma. Sin embargo, podemos conocerla gracias a investigaciones arqueológicas de vestigios de época de contacto hispano-indígena (Ballester y otros, 2010; Bird, 1943; Hidalgo y Focacci, 1986). En este ámbito son interesantes las piezas descritas y representadas por el arqueólogo norteamericano Junius Bird (1946), manufacturadas a partir de mineral de cobre en forma de U, con uno de los extremos más alargados para amarrar el sedal y otro más corto terminado en punta, siguiendo la forma tradicional de los anzuelos (figura 6). Es interesante en este sentido el comentario del sacerdote Rafael Valdivieso acerca de la predilección del cobre por sobre el hierro introducido por el mercado europeo, prefiriendo una tecnología tradicional y de raíz histórica por sobre una reinención desde agentes externos. Este tipo de comportamientos enfatizan el carácter conservador de estas poblaciones litorales en su modo de vida, evidente también en su medio de navegación, utilizado por más de un milenio (aproximadamente desde el año 800 a 1920).

Se implementaron dos formas generales de relación entre humanos y animales marinos a través de la pesca (figura 7). Por un lado, la pesca individual en la que el humano portaba la línea en la mano lanzando el anzuelo con carnada hacia el mar, sea desde la playa o en roqueríos, según los documentos escritos sin utilización de balsas, siendo una actividad más bien de orilla. Esta técnica implica movimientos constantes del agente pescador, ires y venires sin perder la sensibilidad sobre el sedal, ya que será esta línea la que comunique cuando el pez muerda la trampa, siempre utilizando cebo de carnada, por lo general moluscos.

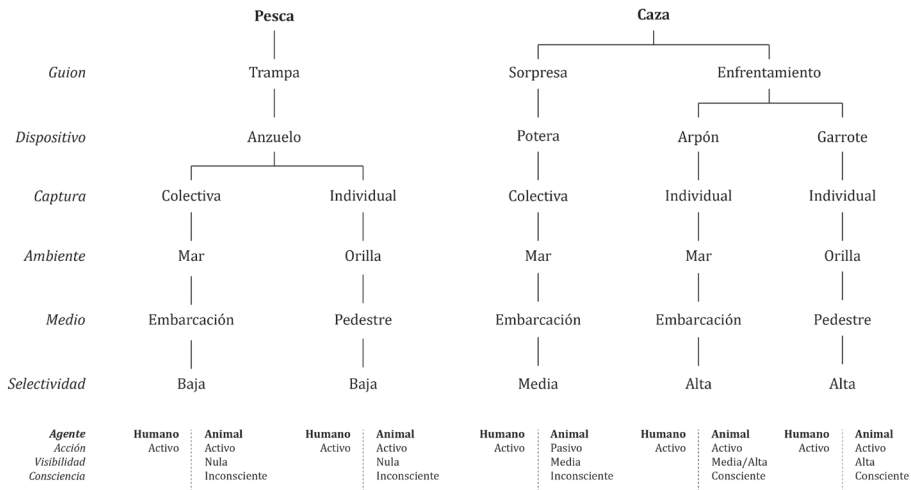


Figura 7. Esquema clasificadorio de las distintas formas de relaciones en el acto de captura marina del litoral del desierto de Atacama.

Por el otro lado estaba la pesca colectiva, con espineles. Una tecnología aditiva que reunía a veces cientos de anzuelos en un mismo aparejo que, con el uso de balsas, se colocaba en puntos específicos del mar por un período largo, a veces una noche completa. Aquí el tiempo del guion es fundamental y los actores se desenvuelven en distintos momentos de la secuencia (figura 8). Primero, el pescador que realiza todo el proceso de arreglar cualquier desperfecto del dispositivo, ordenarlo, cargarlo a la balsa, salir a la mar, buscar el lugar adecuado, ponerlo bien sujeto a las boyas y con sus lastres. Instalada la trampa se retira hacia su caleta, para que el otro conjunto de actores entren en escena, esta vez sin consciencia de ello, sin saberlo. A los peces la trampa se la instalan en su ambiente, y tratando de que sea también invisible para ellos, salvo las carnadas, único elemento que deben ver, oler y percibir. A diferencia de la pesca individual, donde el pescador sedal en mano da tirones cuando siente que pica para clavar más profundo el anzuelo, con el espinel el pescador nada hace para que el pez pique; es este último quien hace todo el trabajo. El ritmo y la secuencialidad de acción de los personajes en ambos tipos de pesca es distinto: la pesca individual es de acción sincrónica entre los agentes, coparticipando de la escena simultáneamente; mientras que en la pesca colectiva de espinel el guion transcurre según un encadenamiento de acciones: uno primero, el otro después, con entradas y salidas en escena.

En los espineles, la pesca funciona por probabilidades. Como nos relataba Rafael Valdivieso, de 700 u 800 anzuelos si la mitad lograban atrapar algo ya era

buena pesca. Es además de baja selección, ya que puede pescar cualquier pez, limitado por la relación de tamaños entre el anzuelo y su hocico, como del paladar del pez respecto de la carnada. Es una apuesta que hace el pescador. En la pesca individual con sedal en mano se va por uno, siempre por uno. Sacado a tierra se va por el siguiente.

Ambas técnicas funcionan también en ambientes relativamente disímiles. Una a la orilla, sea de playa o en las rocas, la otra en el mar (figura 7). Entre ambas varían las profundidades en juego, o lo que Agustín Llagostera (1982) ha denominado la dimensión batitudinal. En la rompiente de la ola habitan especies en general algo diferentes a aquellas de mar abierto; así también varían entre la orilla de playa arenosa de los escarpados roqueríos. Es por esto que las variables posición y emplazamiento son fundamentales en la pesca, tanto de sedal como de espinel, ya que en parte limitan el rango de especies que se busca atrapar. Según la locación, y por tanto el abanico de animales posibles, también varía el tipo de cebo empleado.

Dentro de la esfera de la caza, pero emparentado en diseño con el anzuelo, se haya la potera (figura 6). Como dijimos, parientes en forma, pero distantes en acción. La técnica de la potera es un tipo de caza por arrastre, no de persecución. Tampoco captura por trampa, sino por sorpresa (figura 7). Uno de los agentes es consciente y activo; el otro deambula en su ambiente natural inconsciente de su participación en la escena hasta el momento de ser atravesado por una púa a alta velocidad. La relación de los agentes es disímil en este sentido, pero también en sus proporciones: un humano versus un cardumen. La potera siempre se usa sobre colectivos para aumentar la posibilidad de captura por arrastre, apostando al azar. Se arroja como proyectil a lo lejos para luego recogerse rápidamente: un ritmo particular de la acción humana. Como en la pesca, los animales están invisibilizados por la masa de agua, pero revolotean de tal manera en cardumen que el humano conoce su posición, muchas veces ayudado por aves marinas que cazan también junto a la superficie. La variable batitudinal constituye un elemento distintivo importante, ya que la potera se arrastra cercana a la superficie del mar, mientras que el anzuelo funciona por lastre a mayores profundidades según el tipo de peso escogido.

La caza en alta mar con arpones es singular (figura 7). A diferencia de la pesca, necesariamente implica la vistosidad del animal para poder clavarle el arpón, sea de forma directa o lanzado (figura 3). Dentro del bestiario destaca un universo limitado de animales, aquellos que por alguna razón asoman parte de su cuerpo a la superficie, como albacoras, atunes, tiburones, tortugas, cetáceos y lobos marinos, haciéndolos visibles a la distancia. El caso de las albacoras es clásico, ya que

siempre exhibe sus aletas dorsal y caudal fuera del agua cuando está cazando: el principal rasgo visual que buscan los humanos cuando salen de caza para identificarla y seguirla (Farrington, 1953; Marron, 1954), el «*finning*» (Gudger, 1942) o «*rayado*» (Contreras, 2010). El agente cazador actúa en una secuencia de buscar, identificar y seguir, guiando la embarcación hacia el animal, necesariamente leyendo sus movimientos para de vez en cuando adelantarse en su posición futura (figura 8). Hay persecución, ataque, enfrentamiento, defensa y en ciertas ocasiones contraataque. Si se logra clavar al animal comienza un prolongado vaivén de tirar y aflojar, dar sogas y recoger, una contienda destinada a cansar al animal. Éste es el clímax de la escena entre ambos agentes. En conjunto se trata de dos agentes activos ubicados en posiciones disímiles y contrapuestas en el guion, ocupando roles antagónicos.

Relaciones interespecie

El conjunto de relatos históricos y nuestra inclusión en categorías sirven para demostrar que el pueblo litoral del desierto de Atacama creó formas definidas de relaciones con ciertos tipos particulares de animales. No era una cuestión al azar. Existían normas relacionales, patrones culturales de cómo establecer una relación y de qué manera había que desenvolverse dentro de cada una de ellas. Cómo actuaba el humano dependía de cómo actuaba cada animal, pero también a la inversa, el animal definía su comportamiento según el del humano, todo dentro de contextos ambientales cambiantes. Se trata de un guion coactuado por diferentes agentes, con distintos grados de protagonismos y enfrentados en cada instancia a situaciones dispares. Posturas, posiciones, tratos, consciencias, aparatos, ritmos, tiempos y movimientos se articulaban de distinta forma para cada tipo de relación, sea la caza o la pesca en sus diferentes variantes. Lo interesante es que, en términos generales, cada variante relacional mantenía una misma combinación de estos elementos, por muchas alternativas y posibilidades que existieran. Una arquitectura relacional compuesta de múltiples piezas materiales e inmateriales, que se ordenaban de una forma específica dentro de una estructura, repitiendo su manera de articulación a través del tiempo y los acontecimientos: guiones comunes de comportarse y ser ante cada relación para los distintos agentes.

En estos guiones los animales poseían agencias tal como los humanos (Hill, 2011, 2013), actuando activamente dentro de relaciones interespecie, en donde se articulaban conjuntamente, de diversas formas y a distintas escalas de complejidad, para la construcción y composición de la realidad social de la costa Pacífico

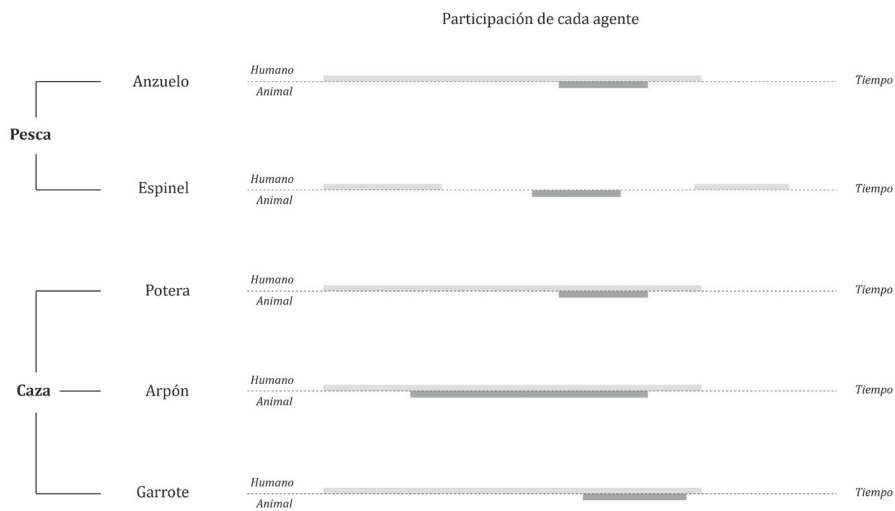


Figura 8. Esquema de tiempos y participaciones en las distintas formas de captura marina del litoral del desierto de Atacama.

del desierto de Atacama (Descola, 1996, 2005; Dooren y otros, 2016; Haraway, 2008; Mullin, 1999). Pero la multiagencia y coparticipación no significó ausencia de protagonismos o importancias disímiles dentro de la praxis; fueron finalmente los humanos quienes salían de caza y pesca, a capturar otros animales -aunque en la práctica dicha relación siempre podía invertirse.

Por una decisión temática, en este artículo solo nos concentramos en una de las tantas esferas donde estos guiones interespecie fueron construidos, el de la captura de una categoría de agentes sobre otras. En la práctica, estas instancias de encuentro y coactuación fueron mucho más diversas, complejas y a escala multidimensional (Descola, 2005; Descola y Pálsson, 1996; Ingold, 2000; Testart, 1987). Queda por delante la labor de modelar las relaciones interespecie litorales del desierto de Atacama desde sus múltiples aristas, instancias de encuentro, perspectivas, soportes materiales e inmateriales. Sin embargo, la consideración y estudio de las múltiples agencias en un contexto particular de relaciones —en este caso la captura— es la que da valor a la definición de nuestras categorías analíticas de pesca, caza y recolección, para intentar resolver las tradicionales y constantes confusiones, revoltijos y desconsideraciones en cuanto a sus significados. Evidentemente, la construcción de estas categorías aún enfrenta problemas y requiere de acomodos; pero, ¿cuándo no? No obstante, es el esfuerzo inicial por hacerlas explícitas y evidentes el que abre el cuestionamiento y el debate, el que crea

conciencia sobre las falencias y obliga al resto a dar futuros pasos en este mismo sentido. Ya no es algo invisible, ahora hay que hacerse cargo.

Referencias

- Acheson, James (1981). «Anthropology of Fishing». *Annual Review Anthropology*, 10: 275-316.
- Aldunate, Carlos, Victoria Castro y Varinia Varela (2010). «Los atacamas y el pescado de Cobija. En Homenaje al Maestro John Víctor Murra». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 42 (1): 341-247.
- Álvarez, Oriel (2013). *El último constructor de balsas de cuero de lobo*. Vallenar: Ediciones Medio día en Punto.
- Andersen, Raoul (1978). «The need for human sciences research in Atlantic Coast fisheries». *Journal of the Fisheries Research Board of Canada*, 35: 1.031-1.104.
- Aubert, Maurice (1968). *El Cultivo del Océano*. Barcelona: Editorial Labor S.A.
- Ballester, Benjamín (2017). «La Delgada Línea Roja: sogas de arpón de los últimos cazadores marinos del norte de Chile (1000-1500 DC)». *Revista Chilena de Antropología*, 35: 47-71. DOI: 10.5354/0719-1472.2017.46130.
- Ballester, Benjamín (2018). «Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile». *Estudios Atacameños*, en prensa.
- Ballester, Benjamín y Alejandro Clarot (2014). *La Gente de los Túmulos de Tierra*. Santiago: Marmot Impresores.
- Ballester, Benjamín y Francisco Gallardo (2017). «La versatilidad del parentesco en la reproducción social: El caso de los cazadores-pescadores marinos del desierto de Atacama (siglos XVI-XIX, norte de Chile)». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 47: 7-28. .
- Ballester, Benjamín, Alexander San Francisco y Francisco Gallardo (2010). «Modo de vida y economía doméstica de las comunidades cazadoras recolectoras costeras del Desierto de Atacama en tiempos coloniales y republicanos». *Taltalia*, 3: 21-32.
- Ballester, Benjamín, Francisco Gallardo y Patricio Aguilera (2015). «Representaciones que navegan más allá de sus aguas: una pintura estilo El Médano a más de 250 km de su sitio homónimo». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 45: 81-94.
- Bibar, Gerónimo (1966). *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

- Bird, Junius (1943). «Excavations in northern Chile». *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, 38 (4): 173-318.
- Bird, Junius (1946). «The cultural sequence of the north Chilean coast». En Julian Steward (editor), *Handbook of South American Indians*, vol. 2 (pp. 587-594). Washington: Smithsonian Institution.
- Bittmann, Bente (1977). «Cobija y alrededores en la época Colonial (1600-1750)». En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo 2 (pp. 327-356). Altos de Vilches: Sociedad Chilena de Arqueología.
- Bittmann, Bente (1978). «Fishermen, mummies and balsa rafts on the coast of northern Chile». *El Dorado*, 3 (3): 60-103.
- Bittmann, Bente (1983). «Cobija: panorama etnohistórico en relación a los informes del Dr. José Agustín de Arze». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 10: 147-153.
- Bittmann, Bente (1984a). «El Proyecto Cobija: investigaciones antropológicas en la costa del Desierto de Atacama». En *Actas Simposio de Arqueología Atacameña XLIV Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 99-146). Antofagasta: Universidad del Norte.
- . (1984b). «Interrelaciones étnicas establecidas a lo largo de la costa del norte de Chile y sur de Perú en el contexto de la colonia: Los camanchacas». *Estudios Atacameños*, 7: 327-334.
- Boch, Julie (2003). *Périple de Beauchesne á la Terre de Feu (1698-1701). Une expédition mandatée par Louis XIV*. Paris: Transboréal.
- Bollaert, William (1851). «Observations on the geography of Southern Perú, including Surrey of the Province of Tarapacá, and route to Chile by the coast of the Desert of Atacama». *Journal of the Royal Geographical Society of London*, 21: 99-130.
- . (1854). «Observations on the History of the Incas of Peru, on the Indians of South Peru, and on Some Indian Remains in the Province of Tarapacá». *Journal of the Ethnological Society of London*, 3: 132-164.
- . (1860). *Antiquarian, ethnological and other research in New Granada, Ecuador, Peru and Chile, With Observations of the PreIncarial, Incarial and other monuments of Peruvian Nations*. London: Trubner and Co.
- Boisset, Guacolda, Agustín Llagostera y Emilia Salas (1969). «Excavaciones arqueológicas en Caleta Abtao. Antofagasta». En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 75-152). La Serena: Dibam.
- Boster, James y Jeffrey Johnson (1989). «Form or Function: A Comparison of Ex-

- pert and Novice Judgments of Similarity among Fish». *American Anthropologist*, 91 (4): 866-889.
- Brandt, Andres von (1972). *Fish catching methods of the world*. London: Fishing News Books Ltd.
- Breton, Yves (1981). «L'anthropologie sociale et les sociétés de pêcheurs. Réflexions sur la naissance d'un sous-champ disciplinaire». *Anthropologie et Sociétés*, 5 (1): 7-27.
- Brockmann, Andreas (2004). *La pesca indígena en México*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cañete y Domínguez, Pedro (1974). «Del puerto de la Magdalena de Cobija. Se describe su situación y su comarca, con algunas reflexiones importantes sobre si conviene o no fomentarlo de cuenta de la real hacienda». *Norte Grande*, 1: 82-87.
- Casassas, José (1974). *La Región Atacameña en el Siglo XVII*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- . (1992). «Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca (al virrey del Perú Don Martín Enríquez) en que da cuenta de cosas de aquella villa y de las minas de los Lipes (año 1581)». *Estudios Atacameños*, 10: 30-34.
- Castro, Victoria (2009). *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*. Santiago: Universidad de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Cobo, Bernabé (1890). *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla: Imp. De E. Rasco.
- Contreras, Rodolfo (2010). «Recolección y pesca: Pasado y presente en la costa de Taltal». *Taltalia*, 3: 57-86.
- Descola, Philippe (1996). «Constructing natures: symbolic ecology and social practice». En Philippe Descola y Gísli Pálsson (editores), *Nature and Society. Anthropological perspectives* (pp. 82-102). Londres: Routledge.
- . (2005). *Par-delà nature et culture*. París: Éditions Gallimard.
- Descola, Philippe y Gísli Pálsson (1996). *Nature and Society. Anthropological perspectives*. Londres: Routledge.
- Dooren, Thon van, Eben Kirksey y Ursula Münster (2016). «Multispecies Studies. Cultivating Arts of Attentiveness». *Environmental Humanities*, 8 (1):1-23.
- Erlandson, Jon (2001). «The Archaeology of Aquatic Adaptations: Paradigms for a New Millennium». *Journal of Archaeological Research*, 9 (4): 287-350.
- Farrington, Kip (1953). *Fishing the Pacifics. Offshore and on*. Nueva York: Van Rees Press.
- Feuillée, Louis (1714). *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques, faites par l'ordre du Roy fur les Côtes Orientales de l'Amerique Meridio-*

- nale, et dans les Indes Occidentales, depuis l'année 1707 jufques en 1712.* París: Pierre Giffart.
- Firth, Raymond (1981). «Figuration and symbolism in Tikopia fishing and fish use». *Journal de la Société des Océanistes*, 72/73: 219-226.
- Frezier, Amédée (1717). *Relation du voyage de la mer du sud aux cotes du Chili, du Perou, et du Bresil, fait pendant les années 1712, 1713 & 1714.* Ámsterdam: Pierre Humbert.
- Gudger, Eugene (1942). «Swordfishing with the Harpoon in New England Waters». *The Scientific Monthly*, 54 (5): 418-430.
- Hall, Basic (1827). *Extracts from a Journal, written on the coast of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822.* Edimburgo: Printed for Archibald Constable and Co.
- Haraway, Donna (2008). *When Species Mets.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Haudricourt, Georges (1962). «Domestication des animaux, culture des plantes et traitement d'autrui». *L'Homme*, 2 (1): 40-50.
- Helmreich, Stefan (2011). «Nature/Culture/Seawater». *American Anthropologist*, 113 (1): 132-144.
- Hewes, Gordon (1948). «The Rubric «Fishing and Fisheries»». *American Anthropologist*, 50 (2): 238-246.
- Hidalgo, Jorge (1978). «Incidencias de los patronos de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804: Las revisitas inéditas de 1787-1792 y 1804». *Estudios Atacameños*, 6: 49-105.
- . (1983). «Dos documentos inéditos y un mapa de Cobija: informes del comisionado Dr. José Agustín de Arze, 1786-1787». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 10: 139-145.
- Hidalgo, Jorge y Guillermo Focacci (1986). «Multietnicidad en Arica, S. XVI. Evidencias etnohistóricas y Arqueológicas». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 16/17: 137-147.
- Hidalgo, Jorge y Viviana Manríquez (1992). «Mercado y etnicidad: Lecturas de la Revisita de Atacama de 1683». *Estudios Atacameños*, 10: 151-171.
- Hill, Erica (2011). «Animals as Agents: Hunting Ritual and Relational Ontologies in Prehistoric Alaska and Chukotka». *Cambridge Archaeological Journal*, 21 (3): 407-426.
- . (2013). «Archaeology and Animal Persons. Toward a Prehistory of Human-Animal Relations». *Environment and Society: Advances in Research*, 4: 117-136.

- Hunn, Eugene (1975). «The Tenejapa Tzeltal Version of the Animal Kingdom». *Anthropological Quarterly*, 48 (1): 14-30.
- Ingold, Tim (1994). *What is an animal?* Londres: Routledge.
- . (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skills*. Nueva York: Routledge.
- Iribarren, Jorge (1955). Los últimos constructores de balsas de cueros de lobos. *Notas del Museo Arqueológico de La Serena*, 1: 1-4.
- Kennelly, Steven y Matt Broadhurst (2002). «By-catch be gone: changes in the philosophy of fishing technology». *Fish and Fisheries*, 3: 340-355.
- Kroeber, Alfred y Samuel Barrett (1960). «Fishing among the indians of Northwestern California». *Anthropological Records*, 21 (1): 1-210.
- Lacombe, Philippe (2000). «Anthropology of Shellfish-Gathering». *Dialectical Anthropology*, 25: 161-187.
- Larraín, Horacio (1974). «Demografía y asentamientos de los pescadores costeros del Sur peruano y Norte chileno, según informes del cronista Antonio Vásquez de Espinoza (1617-1618)». *Norte Grande*, 1: 55-80.
- Larraín, Horacio (1977). «Cobija en el interior de Antofagasta en 1864. Relato de un Viaje». En *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología* (pp. 429-442). Altos de Vilches: Sociedad Chilena de Arqueología.
- Larraín, Horacio (1978). *Análisis demográfico de las comunidades de pescadores changos del Norte de Chile en el Siglo XVI*. Tesis Master of Arts, Department of Anthropology, State University of New York.
- Larraín, Horacio (1978/1979). «Identidad cultural e indicadores eco-culturales del grupo étnico Chango». *Norte Grande*, 6: 63-76.
- Latcham, Ricardo (1910). *Los changos de las costas de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- . (1915). «Uso y preparación de pieles entre los indios de Chile y otros países de Sud-América». *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 13 (17): 246-263.
- Lee, Richard y Irven De Vore (editores) (1968). *Man the hunter*. Chicago: Aldine.
- Leroi-Gourhan, André (1965). *Le Geste et la Parole. La Mémoire et les Rythmes*. París: Albin Michel.
- Leroi-Gourhan, André (1973). *Évolution et techniques. Milieu et techniques*. París: Albin-Michel.
- Lesson, René (1838). *Voyage autour du monde, entrepris par ordre du gouvernement sur La Corvette La Coquille*. París: Pourrat Freres.
- Letelier, Javiera (2011). «Clasificando indios, un ejemplo de la construcción de la

- categoría Changos durante el siglo XVI y XVII en la zona de la actual provincia del Loa». *Taltalia*, 4: 103-115.
- Lizárraga, Reginaldo (1999). *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la plata y Chile*. Buenos Aires: Union Académique Internationale, Academia Nacional de Historia.
- Llagostera, Agustín (1982). «Tres dimensiones en la conquista prehistórica del mar». En *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena* (pp. 217-245). Valdivia: Ediciones Kultrun.
- . (1989). «Caza y pesca marítima». En Jorge Hidalgo, Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer, Carlos Aldunate e Iván Solimano (editores), *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (pp. 57-81). Santiago: Andrés Bello.
- Looser, Gualterio (1938). «Las balsas de cuero de lobos de la costa de Chile». *Revista Chilena de Historia Natural*, 42: 232-266.
- Lothrop, Samuel (1932). «Aboriginal Navigation Off the West Coast of South America». *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 62: 229-256.
- Marron, Eugenie (1957). *Albacora. The search for the giant broadbill*. Nueva York: Random House.
- Mason, Otis (1902). «Aboriginal American harpoons. A study in ethnic distribution and invention». *Report of the United States National Museum*, 1900: 189-304.
- Mauss, Marcel (1935). «Les techniques du corps». *Journal de Psychologie Normale et Pathologie*, 32 : 271-293.
- . (1948). «Les techniques et la Technologie». *Journal de Psychologie Normale et Pathologie*, 41: 71-78.
- Mellet, Jullian (1959). *Viajes por el interior de la América Meridional*. Santiago: Editorial Pacífico.
- Moerenhout, Jaques (1837). *Voyage aux iles du Grand Ocean, contenant des documents nouveaux sur la Géographie Physique et Politique, la langue, la littérature, la Religión, les Moeurs, les usages et les coutumes de leurs habitants....* París: Arthur Bertrand Libraire-Editeur.
- Morrill, Warren (1967). «Ethnoichthyology of the Cha-Cha». *Ethnology*, 6 (4): 405-416.
- Mullin, Molly (1999). «Mirrors and Windows: Sociocultural Studies of Human-Animal Relationships». *Annual Review of Anthropology*, 28: 201-224.
- Murdock, George (1967). «Ethnographic Atlas: A Summary». *Ethnology* 6 (2): 109-236.

- Niemeyer, Hans (1965/1966). «Una balsa de cueros de lobo de la caleta de Chañaral de Aceitunas (Prov. De Atacama, Chile)». *Revista Universitaria*, 50/51 (28/29): 257-269.
- Núñez, Lautaro (1986). «Balsas prehistóricas del litoral chileno: grupos, funciones y secuencia». *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 1: 11-35.
- D'Orbigny, Alcides (1945). *Viaje a la América Meridional, Brasil, República de Uruguay, República Argentina, La Patagonia, República de Chile, República de Bolivia, república de Perú, realizado de 1826 a 1833*. Buenos Aires: Editorial Futuro.
- Ovalle, Alonso (1646). *Historia de la Relación del Reyno de Chile*. Roma: Francisco Caballo.
- Páez, Roberto (1985). «Balsas de cuero de lobo en Chañaral de Aceitunas (Norte Chico): un antiguo constructor revisitado». En *Actas del Primer Congreso Chileno de Antropología*, tomo 1 (pp. 474-490). Santiago.
- . (1986). «Balsas de cueros de lobo en la segunda mitad del siglo XIX: Antecedentes cuantitativos para el norte de Chile». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 16/17: 421-428.
- Pálsson, Gísli (1989). «The Art of Fishing». *Maritime Anthropological Studies*, 2: 1-20.
- . (1990). «The idea of fish: land and sea in the Icelandic world-view». En Roy Willis (editor), *Signifying animals: Human Meaning in the Natural World* (pp. 119-133). Londres: Unwin Hyman Ltd.
- Pernoud, Regine (1990). *América del Sur en el siglo XVIII. Misceláneas anecdóticas y bibliográficas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Philippi, Rodolfo (1860). *Viage al Desierto de Atacama hecho de orden del gobierno de Chile*. Halle: Librería Eduardo Anton.
- Pitcher, Tony y Mimi Lam (2015). «Fish commoditization and the historical origins of catching fish for profit». *Maritime Studies*, 14: 2. DOI: 10.1186/s40152-014-0014-5.
- Pretty, Francis (1904). *The prosperous voyage of M. Thomas Cavendish esquire into the South sea, and so round about the circumference of the whole earth, begun in the yere 1586 and finished 1588. The principal navigations, voyages, traffiques & discoveries of the English nation made by sea or over-land to the remote and farthest distant quarters of the earth at an time within the compasse of these 1600 yeeres*. Editado por R. Hakluyt, vol. 11: 290-347. University of Glasgow.
- Quiroz, Daniel (2007). «La caza de lobos marinos en Isla Mocha: ¡sólo para valientes! (esto no lo dijo un lobo)». En Daniel Quiroz (editor), *Etnografías Mínimas* (pp. 39-45). Santiago: Andros.

- Reinman, Fred (1967). «Fishing: an aspect of oceanic economy: an archaeological approach». *Fieldiana. Anthropology*, 56 (2): 95-208.
- Ruschenberger, William (1943). *Three years in the Pacific. Including notices of Brazil, Chile, Bolivia and Peru*. Philadelphia: Carey, Lea & Blanchard.
- Sautchuk, Carlos (2005). «Laguistas et pescadores. L'apprentissage de la pêche dans une région côtière de l'Amazonie (Vila Sucuriju, Brésil)». *Techniques & Culture*, 45: 2-17.
- . (2010/2011). «Gestos, águas e palavrasna pesca amazónica». *Anuário Antropológico*, 2: 83-105.
- Sayago, Carlos (1973). *Historia de Copiapó*. Buenos Aires, Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.
- Shelvocke, George (1757). *A voyage round the world, by the way of the great south sea: performed in a private expedition during the war, which broke up with Spain, in the year 1718*. Londres: Printed for W. Innys and J. Richardson.
- Silva Jorge y Raúl Bahamondes (1968). «La potera, anzuelo para cefalópodos». *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*, 1: 217-237.
- Smith, Estellie (editora) (1977). *Those Who Live From the Sea: A Study in Maritime Anthropology*. St. Paul: West.
- Testart, Alain (1987). «Deux modèles du rapport entre l'homme et l'animal dans les systèmes de représentations». *Études Rurales*, 107/108: 171-193.
- Valdivia, Luis (1974). «Pesca de arrastre con balsas en playas de Arica». *Chungará. Revista de Antropología Chilena*, 4: 55-60.
- Vásquez de Espinoza, Antonio (1948). *Compendio y descripción de las indias occidentales*. Washington: Smithsonian Institution.
- Vaux, William (1854). *The world encompassed by Sir Francis Drake: being his next voyage to that to Nombre de Dios; collated with an unpublished manuscript of Francis Fletcher, chaplain to the expedition*. Publication 16. Londres: Printed for The Hakluyt Society.
- Waselkov, Gregory (1987). «Shellfish Gathering and Shell Midden Archaeology». *Advances in Archaeological Method and Theory*, 10: 93-210.

Reconocimientos

Este artículo está escrito en el contexto del proyecto Fondecyt 1160045, «La frontera interior: Intercambios e interculturalidad en el oasis de Quillagua (Periodo Formativo 1000 a. C. - 600 d.C.), norte de Chile», cuyo investigador responsable es Francisco Gallardo, y del cual el autor del artículo es co-investigador.

Agradecimientos

El autor quiere agradecer a Francisco Gallardo, Gloria Cabello y Alex San Francisco.

Sobre el autor

BENJAMÍN BALLESTER es arqueólogo de la Universidad de Chile y Master en Archéologie de la Préhistoire et de la Protohistoire en la Université Paris 1 Panthéon Sorbonne, investigador de la UMR7041 ArScAN, Équipe Ethnologie Préhistorique. Actualmente es Doctorant Contractuel de la misma universidad francesa. Su correo electrónico es benjaminballester@gmail.com.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

«¿Qué pueden temer los winka si los mapuche nos unimos?» Raza, clase y lucha sindical mapuche. Santiago, 1925-1980

«What do the winka have to fear if the Mapuche unite?» Race, class and the Mapuche trade unionist struggle. Santiago, 1925-1980

Claudio ALVARADO LINCOPI

Comunidad de Historia Mapuche, Chile

RESUMEN Este artículo examinamos el derrotero histórico del sindicalismo panificador mapuche durante el siglo XX en Santiago de Chile. Planteamos que esta forma de organización buscó resistir las implicancias laborales y racistas que debió enfrentar la migración mapuche en la ciudad. Con ello, situamos al sindicalismo panificador como parte de la historia política y organizativa contra los múltiples efectos que dejó el colonialismo chileno; entre ellos, el desarraigo migratorio, los trabajos racializados y la discriminación, los cuales también son analizados en este texto. Finalmente, argumentamos que desde las experiencias de los panificadores mapuche sindicalizados es posible trenzar la historia del movimiento obrero y la historia mapuche durante el siglo XX.

PALABRAS CLAVE Continuidad colonial, trabajo racializado, huachaje, sindicalismo mapuche, ayuda mutua.

ABSTRACT This article examines the historical development of Mapuche trade unionism in the baking industry during the 20th century in Santiago, Chile. We contend that this form of organization sought to resist the racism and labor conditions that Mapuche migrants to the city had to confront. In addition, we situate bakery trade unionism in the context of the broader history of political and organizational resistance to the multiple effects of Chilean colonia-

lism, including the alienation resulting from forced migration, racialized labor regimes, and anti-indigenous discrimination, which are also analyzed in the present text. Finally, we argue that the experience of the unionized Mapuche bakers brings together in a single strand the history of the workers' movement and the history of the Mapuche during the 20th century.

KEYWORDS Colonial continuity, racialized work, orphanage, Mapuche trade unionism, mutual aid.

*Nacimos en la mierdópolis por culpa del buitre cantor
Nacimos en panaderías para que nos coma la maldición*

DAVID AÑIÑIR

Introducción

Don Eugenio Paillalef Antinao es el actual presidente de la Confederación Nacional de Panificadores de Chile (Conapan). Él, como tantos otros mapuche durante el siglo XX, fue un migrante. Salió siendo muy joven de su reducción, aquel terruño que quedó del proceso de despojo y radicación, para insertarse en diversos trabajos precarizados. Trabajó en los fundos, en los aserraderos, limpió calles, cargó piedras, estuvo en Argentina como temporero, donde llegó, tal como hacían los viejos *nampülkafe* (Bello, 2011), caminando, cruzando paso a paso la cordillera. Más tarde llegó a Santiago. Aquí, como muchos otros mapuche, comenzó como repartidor de la Panadería Superior, ubicada en Franklin. En un triciclo repartía pan por La Legua, también por Santa Rosa hacia San Miguel. Allí aprendió el oficio, mirando, haciéndose ver, intruseando.

Los maestros de la panadería, los que le enseñaron a don Eugenio, mientras preparaban las masas, echaban leña al fuego del horno o sacaban los panes, trenzaban palabras en *mapudungun*. Es una imagen que remueve las narrativas identitarias de la clase obrera. Los antiguos mapuche, los araucanos de Ercilla, conversando en *mapudungun*, en una panadería de Franklin, cocían los panes que comerían los trabajadores del sur de la ciudad. Es que para mediados del siglo XX, la producción y circulación de uno de los alimentos básicos de la clase obrera santiaguina estaba generada por la fuerza de trabajo mapuche migrante. Desde aquí es imposible no problematizar las formaciones concretas de la clase obrera de la industria del pan: ¿hasta qué punto las biografías de un pueblo colonizado no transitan en los procesos de identificación colectiva y en la constitución de

las luchas de los trabajadores del pan? Sobre todo cuando la migración mapuche, además de insertarte en la industria panificadora, comenzó también, tranco a tranco, a robustecer el sindicalismo panificador, convirtiéndose muchos «sureños» en destacados dirigentes sindicales.

Sin ir más lejos, don Eugenio entró al Sindicato Número 1 de Panificadores el año 1968. Entró por consejo de los viejos: ellos le recomendaron que debía hacerlo, y desde ese momento no ha dejado la actividad sindical. Hoy, siendo presidente de la Conapan, sigue batallando por las mejoras laborales del gremio, pero, como desde hace algunos años, los quehaceres organizativos se articulan también con las biografías de la mayoría de los afiliados, los cuales son en un 90% mapuche.¹ Porque ya no se trata únicamente de trenzar alguna palabra suelta entre las labores diarias, sino que hoy incluso el informativo principal de la Confederación está también en *mapudungun*. Acá se sintetiza un segundo nudo problemático en nuestro texto: ¿es acaso el sindicalismo panificador un repertorio específico de las organizaciones y luchas desarrolladas por el pueblo mapuche durante el siglo XX? Aquí se enclava justamente una de mis hipótesis. Desde mi punto de vista, la migración mapuche en Santiago desarrolló diversas tácticas para combatir el racismo y la herencia colonial, y una de ellas fue precisamente el sindicalismo del pan: allí se combatieron dos de los múltiples efectos del colonialismo chileno: la explotación y el desprecio racial.

Con todo, el sindicalismo panificador es un caso excepcional para hilvanar una historia que articula el devenir de la clase obrera y los procesos mapuche bajo el colonialismo instaurado desde la ocupación de *Ngulumapu*. Allí se imbrican las memorias de la explotación y el racismo, los cuales son muy difíciles, sino imposibles, de deslindar cuando interpretamos las vidas mapuche en Santiago; explotación y procesos de racialización se hilvanan no permitiendo ver dónde comienza una y termina la otra. Quizás por ello, por esta trenza de historias, don Eugenio, presidente de una organización obrera, puede elevar la voz, desde su biografía, como parte de un pueblo despojado, para hablar de uno de sus *hermanos de pueblo* asesinados, cuando declara:

En nombre del Consejo Directivo Nacional de la Conapan repudiamos la actuación de Carabineros de Chile en contra de nuestros hermanos ma-

1. El porcentaje es entregado por don Eugenio Paillalef Antinao, actual presidente de la Confederación Nacional de Panificadores de Chile (Conapan). El mismo porcentaje es citado por Álvarez e Imilan (2008).

puches. Acabamos de ser informados del asesinato por la fuerza policial del hermano Jaime Mendoza Collío, un joven que estaba reivindicando el territorio de nuestros ancestros. Lamentablemente, el Estado le presta ropa al empresariado latifundista de Chile, el que mediante engaños usurpó las tierras que pertenecían a nuestros antepasados. ¿Cuántos muertos más tendremos que lamentar para que las autoridades de una vez por todas tomen cartas en este asunto? Exigimos desmilitarizar el territorio en conflicto; que se busque una salida acorde a los convenios internacionales. Invitamos a nuestros *loncos* a plantear sus problemas sin permitir que se nos acuse de terroristas. Los mapuches jamás hemos sido terroristas, somos gentes de trabajo. Aquí lo que hay es una guerra desigual: los carabineros con ametralladoras y los mapuches con palos, ¿eso es terrorismo? [...] Vaya nuestra condolencia a los familiares de nuestro hermano asesinado. El fraternal apoyo a nuestros hermanos, que están sufriendo esta persecución racial, inmoral e injusta, todo por favorecer a los latifundistas que han explotado nuestro territorio mapuche. *Peucallal newentuleaymün pu peñi* (documento de la Rel-UITA, Regional Latinoamericana de la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación, agosto de 2009).

Desde la frase «nuestro hermano asesinado», esgrimida por un dirigente obrero, es posible hilvanar estas historias que buscamos contar, una trama de diversas temporalidades que se entremezclan, se confunden, para erigir las experiencias de mapuche migrante que de forma organizada, pero no desde la usanza de un tradicionalismo hoy exigido, lograron construir redes y luchas para enfrentar y negociar con un capitalismo racialmente estructurado (Quijano, 2000).

De esta forma, para los fines del texto, hablaremos primero sobre aquellas experiencias donde se cruzan procesos de racialización y explotación laboral, las que ubicaremos en lo que se ha denominado por la historiografía mapuche contemporánea como las violencias coloniales durante el siglo XX (Antileo, Huinca, Cárcamo-Huechante y Calfo, 2015). En este sentido, daremos cuenta de qué forma explotación y racismo se condensan en las vidas mapuche, intentando responder además el porqué de la vinculación laboral mapuche en la industria del pan. Luego, desarrollaremos un breve recorrido sobre el sindicalismo panificador, buscando dar ciertas luces sobre los elementos centrales de su quehacer, para desde allí explicarnos la numerosa presencia mapuche en la organización de trabajadores del pan. Más tarde, nos adentraremos en un componente esencial de las demandas del sindicalismo panificador: terminar con la relación laboral del

huachaje. Este elemento nos permitirá articular la lucha sindical con las biografías de los migrantes mapuche, lo cuales, al llegar a Santiago, por una serie de circunstancias que analizaremos, debían convertirse en los *huachos* de las panaderías. Finalmente, hablaremos someramente de la represión política que debieron soportar los sindicalistas mapuche en dictadura, para terminar con una breve reflexión sobre lo que podríamos denominar una mapuchización de los sindicatos en el ocaso del siglo XX.

Colonialismo, migración y trabajo racializado

*En el trabajo muchas son las dificultades
y tropiezos que he encontrado.
Desde un principio, todos creían que yo carecía de estudios
y que en el trabajo obraría siempre con errores, es decir,
que toda actividad la desarrollaría mal.
Ellos me decían que los de mi clase
solo deben trabajar en una panadería
o de mozo doméstico en casas particulares.*

LORENZO AILLAPÁN

El siglo XX mapuche estuvo marcado por la profundización de un sistema colonial que definió gran parte de sus/nuestras vidas. Diversos procesos fueron condicionados por una estructura que inferiorizaba simbólicamente y materialmente los andares de aquello que se definió como *lo indio*. Las relaciones económicas, la diplomacia política, el sistema judicial, la generación de cultura, toda la vida social estuvo marcada por un colonialismo que naturalizaba la inferioridad indígena bajo el amparo de un racismo que castigaba los cuerpos y las vidas mapuche. No es casual, por tanto, la precarización laboral de la fuerza de trabajo mapuche que, interseccionada por la clase y la raza, condicionaba los roles, naturalizaba posiciones.

Es que la ocupación del *País Mapuche*, desarrollado en la segunda mitad del siglo XIX por el Estado de Chile, es imposible pensarla únicamente desde el despojo territorial, que sin duda es el proceso que más irradia como conflicto en nuestra contemporaneidad, sino que debemos adentrarnos en las diversas dinámicas de violencia e inferiorización —pero también de negociación y resistencia— que se sucedieron bajo el orden colonial aún imperante. La complejidad reducida al embate por el territorio deja por fuera un sinnúmero de experiencias que igualmente

buscaron sortear y enfrentarse a las diversas dinámicas de las violencias coloniales. Acá ubicaremos precisamente el sindicalismo panificador mapuche.

En otras palabras, las experiencias históricas mapuche desde fines del siglo XIX están sujetas a una condición colonial que se reproduce bajo el amparo de relaciones de violencia sustentadas en una jerarquización naturalizada. El racismo aquí construido sobre los saberes y cuerpos mapuche ha permitido legitimar tanto el primer impulso colonizador, como la continuidad colonial. Es decir, el embate colonial que marcó el territorio y las vidas mapuche, mediante el cual se legitimó la irrupción estatal bajo el amparo de sables y bayoneta, mantuvo su carga estigmática sobre la población mapuche durante todo el siglo XX. A esto nos referimos como *continuidad colonial*, es pensar la ocupación de *Ngüllumapu* como un pasado que no pasa, tal como advierte Pablo Mariman cuando señala que el colonialismo es la constante de la historia contemporánea mapuche (2006: 125). En este sentido, la migración a Santiago, y las experiencias ahí vividas, constituyen parte de esa continuidad.

Precisamente, el desplazamiento desde las reducciones hasta Santiago es quizás uno de los fenómenos más significativos del siglo XX mapuche. Es que la modificación de los espacios de habitar es sin ninguna duda uno de los efectos decisivos de la ocupación e instalación colonial, sobre todo si reflexionamos que actualmente un 70% de la población mapuche vive en ciudades, y un 30% lo hace en Santiago. Estos desplazamientos migratorios, desde *Ngüllumapu* a Santiago, más que obedecer a una crisis económica producto de la poca solvencia productiva e industrial de la región para combatir los efectos de la gran crisis de 1929 (Pinto, 2007), tiene sus cimientos en la profundidad de la herida colonial, tal como señala Héctor Nahuelpan:

Las causas de estos desplazamientos se vinculan a los efectos que trajo consigo la conquista militar de *Ngüllumapu*, la que estimuló la colonización con población chilena y europea, así como el empobrecimiento en que comenzaron a sumergirse las familias mapuche a raíz de la reducción, las diversas formas de despojo de tierras, la expoliación de bienes y recursos que mediante la violencia efectuaron particulares coludidos con las burocracias del Estado chileno en formación (Nahuelpan, 2015: 277).

El despojo territorial y la ubicación de la sociedad mapuche en reducciones generaron en corto plazo un colapso demográfico que inevitablemente ha contribuido de manera decisiva al desplazamiento mapuche. La vida basada en la agri-

cultura, la ganadería y el comercio fue imposible de reproducir en un contexto territorial diezmado, sobre todo considerando que los espacios controlados por la sociedad mapuche se redujeron a un 5,5% concluida la ocupación, el despojo y la reducción territorial (Mariman, 2006: 121).

La expoliación territorial mapuche, reforzando lo anterior, estuvo sustentada en una representación de la otredad muy anclada en la configuración cultural regional y nacional. El mapuche posterior a la ocupación pasó a representar una sobrecarga para un ideal nacional unitario basado en la supremacía europea. Todo esto se cristalizó fuertemente en los imaginarios institucionales y cotidianos, haciendo del cuerpo mapuche —identificado por sus rasgos faciales, por su historia familiar, por su procedencia territorial o por su apellido— una alegoría del estigma que inferioriza.²

También los saberes mapuche fueron proscritos: siglos de construcción de conocimiento bajo múltiples contactos con el territorio y otros pueblos fueron catalogados como despreciables, desde la religiosidad, pasando por los mecanismos institucionales, hasta las actividades cotidianas, fueron leídas por el ojo colonial chileno y argentino como pruebas de inferioridad (Quidel Lincoleo, 2015). Ambos rasgos del fenómeno colonial: la pobreza endémica provocada por el despojo territorial y la inferiorización mapuche dentro de jerarquías socio-raciales, hacen del desplazamiento mapuche un fenómeno profundamente violento. Y es precisamente aquel estigma, que apabulló las vidas mapuche mediante una ocupación de características coloniales, el que acompaña las historias de hombres y mujeres que emprendieron un viaje desde sus reducciones hasta la capital del Estado colonial.³

Por cierto, debemos señalar, siendo coherentes con la intención de compren-

2. Desde mi punto de vista, la categoría «estigma» explica de mejor manera los procesos de racialización que el concepto «raza», en tanto nos permite definir al racismo como toda marcación (cultural, biológica, social) que define ciertos cuerpos como superiores o inferiores, bajo «la línea del ser y del no ser», tal como explica Fanon (1973) y Grosfoguel (2012). Cuando aquellas marcas son catalogadas como inferiores, deshumanizadas, estamos frente a «estigmas». Es lo que Memmi (2010) llamó «heterofobia», es decir, el miedo al otro, al que carga con el estigma (2010). Para el caso mapuche, véase Palma (2014).

3. En el presente trabajo se ha profundizado en las dinámicas laborales de hombres mapuche en Santiago. Para una revisión de lógicas de servidumbre laboral de mujeres mapuche, revisar Millaleo (2011) y Nahuelpan (2013). Sobre vidas familiares mapuche en Santiago, consultar el libro de Antileo y Alvarado Lincopi (2017).

der la complejidad de las vidas mapuche migrantes, que es imposible encerrar y delimitar la discusión sobre las causas de la migración solo bajo la real falta de tierra. Es decir, es cierto, la tierra prontamente comenzó a escasear —cómo no si el despojo fue brutal—, pero el fundamento migratorio, el porqué de la diáspora mapuche es incontable y personal, habla de las diversas experiencias y heterogeneidades al interior de nuestro pueblo (Antileo y Alvarado, 2017). Algunos salieron aburridos del campo sureño, que como niños solo cobijó tempranas explotaciones laborales, como *alkilas* (Antimil, 2015) arrendados por sus familiares; otros aburridos del barro y las lluvias, viendo un buen porvenir en las imagen de futuros mejores que irradiaban los rumores urbanos. Son muchos los que vinieron por algunas semanas y terminaron asentándose en la urbe metropolitana. En últimas, es verdad, hay un telón de fondo que caracteriza gran parte de la migración mapuche: la pobreza endémica derivada del despojo territorial. Hay un sinnúmero de luces y sombras que hablan de lo heterogéneo de nuestro pueblo.

Ahora bien, más allá de la diversidad de historias migrantes, la sujeción colonial condicionaba los andares laborales mapuche. Es posible hablar de un circuito colonial que constreñía bajo el son de la servidumbre y la precariedad la fuerza de trabajo indígena, un circuito que operaba desde la casa patronal del latifundio hasta los espacios laborales urbanos. En cada uno de esos medios, las vidas mapuche eran representadas y sujetadas por un racismo que ha sustentado la condición colonial hasta nuestros días, es decir, que observa al indio como un objeto explotable, sin capacidad de gobernar su destino, como vidas despojables.

Y fue con estos estigmas que arribaron hombres y mujeres mapuche, la mayoría de ellos jóvenes, a Santiago de Chile. En la urbe, las ocupaciones laborales mantuvieron su presencia dentro del circuito colonial, en tanto en la ciudad existían labores aparentemente destinadas a la mano de obra mapuche, siempre vinculadas a los trabajos más precarizados. La geografía colonial opera, de este modo, como un espacio móvil, no se circunscribe únicamente al territorio despojado, sino que sigue los pasos de los colonizados; ahí donde estén, operan las relaciones coloniales que inferiorizan. La noción de servidumbre, amparada en la racialización de las vidas mapuche, mantuvo su tenacidad. En este sentido, tal como señala Enrique Antileo, «la constitución de estas jerarquías raciales, que operan en marcaciones como ‘trabajo para indios’, quedan manifiestas en las historias laborales de la población mapuche en la diáspora de Santiago, confinando su posición en el modelo de estratificación» (2015: 84). El trabajo racializado definió roles laborales en la ciudad, y justificó la explotación en el imaginario de los patrones urbanos. Eran labores que la indiada debía soportar, estaba en su consti-

tución el esfuerzo desmedido y la precariedad. El racismo, como posibilitante de la relación de servidumbre, permitió legitimar la precarización laboral mapuche. En definitiva, llevar «sangre araucana» permitía y justificaba la explotación. Raza y clase se conjugaban en las vidas mapuche migrantes en Santiago.

Explotación y racismo

*Me salió un futre recontra malo,
que andaba con el látigo en la mano;
no podía verme parado por ningún lado.
Entonces me salió cabreao, mucha explotación*
JERÓNIMO ANTIPICHUN

Las vidas de cientos de panificadores mapuche en la capital se traslapan, sueñan parecidas, con grises evidentes, pero casi todas bajo un mismo retumbar. Todos comparten aquellas despedidas desde los diversos territorios de *Ngülumapu*, zambulléndose, luego de un viaje casi mítico por los hoy nostálgicos ferrocarriles, en la trama urbana capitalina, buceando en aguas turbias, buscando encontrar el aliento entre familiares y conocidos que entregaban el dato de un puesto en alguna panadería, al principio como limpiadores, repartidores, ayudantes (Álvarez e Imilan, 2008). Muchas experiencias se repiten en los espacios laborales, es un coro fragmentado de testimonios que hilvanan los recuerdos de días completos de trabajo, bajo una explotación lacerante, muchos durmiendo pocas horas, en las mismas panaderías, despertando muy temprano y alcanzando el sueño muy entrada la noche. Trencemos algunas memorias.

Juan Segundo Tranamil llegó a Santiago en 1976. Nacido en Galvarino, decidió migrar a sus breves 16 años. En la capital comenzó a trabajar en la Panadería Catamarca, ubicada en la comuna de Quinta Normal, pero no por mucho tiempo. Él mismo cuenta: «Ahí duré hasta fines de 1977, ya que encontré mucha explotación. Me levantaba todos los días a las 5 de la mañana y terminaba baldeando a las diez de la noche. Estaba puertas adentro».⁴ Las primeras experiencias laborales en las panaderías de la capital traen recuerdos de profundo dolor, dado los altos niveles de explotación que debieron sufrir los trabajadores mapuche. Fueron muchos los que viviendo en las panaderías debieron callar en los primeros instantes, no fla-

4. «Juan Segundo Tranamil Conejeros, Dirigente Sindicato núm. 3. Conapan es la casa matriz de los trabajadores», *Revista Conapan*, número 31, 2001.

mear los agravios a modo de protesta. Callar, aguantar por algún tiempo, utilizar el silencio como una fórmula para sobrevivir.

Esto del aguantar y del silencio es fundamental. Existe una lectura que señala que los mapuche se insertaron de forma masiva en el trabajo panificador en Santiago dada la costumbre a las labores duras y esforzadas, por ser hombres de campo. Además, producto de la poca necesidad de comunicación en las faenas del pan, los hablantes de *mapudungun* pudieron insertarse mejor (Ferrán y Ferrán, 2016).

Esta explicación no reconoce la situación de inferioridad derivada de un racismo que observaba al *indio* como un cuerpo explotable, y busca justificar, desde esta negación, la explotación de la mano de obra mapuche mediante argumentos basados en la costumbre campesina de la rudeza o en las trabas étnicas derivadas del *mapudungun*. Esta interpretación, por cierto, se ancla en un imaginario que recorrió gran parte del siglo XX, y que habla de la agresividad innata de la sociedad mapuche, del estoicismo leído en clave de barbarie. Como dice Rolando Gallegos, dueño de la Panadería San Ramón:

El mapuche es un hombre fuerte, un hombre aguerrido, un hombre de largos brazos, como se dice. Venía del sur y allá había que arar el campo, sembrar, cuidar los animales, levantarse muy temprano, el frío, el doble de acá. El trabajador que mejor se adaptó fue el mapuche (Ferrán y Ferrán, 2016: 214).

Pues claro, ver a sus empleados como cuerpos diseñados para la explotación podría quizás aminorar las culpas: pensar que al contratarlos les hacía un favor. Es tentador entonces pensar en los patrones, ¿qué veían ellos al enfrentarse al *indio* como trabajador? No vieron, lo sabemos, a un igual. Muchos de los trabajadores mapuche que vivieron sus primeros meses en Santiago en las panaderías dormían sobre tablones, les daban sacos de harina para hacerse la ropa, trabajaban 14, 18 horas diarias. Nosotros creemos, ya lo explicamos más arriba, que esta definición y trato sobre los trabajadores mapuche se ancla en una continuidad colonial que observa sus vidas como serviles, dispuestas al yugo, al despojo de la vida. La servidumbre, como relación laboral caracterizada por la dependencia del trabajador a su patrón, por los altos niveles de explotación, por la naturalización del mal trato, fue una constante para las primeras generaciones de mapuche en la capital.

Ahora bien, la servidumbre como forma de relación laboral tiene una doble dimensión contradictoria, en tanto uno de sus instrumentos ha sido el sistema de «puertas adentro», el cual, por un lado, profundizó la dependencia y la explota-

ción de la fuerza de trabajo mapuche en Santiago, pero también permitió sobrellevar los primeros pasos en la ciudad. En este sentido, trabajar «puertas adentro» implicaba muchas veces sumergirse en los espacios de mayor enclave racial, vivir cotidianamente en los espacios en donde *el indio* estaba definido y naturalizado como una vida explotable. Eusebio Huechuñir recuerda:

Llegué a trabajar a la panadería de Manuel Montt con Bilbao. No me acuerdo la panadería como se llamaba. Buscando trabajo, solo, llegué ahí a esa panadería. Trabajé 22 días no más. Y no me gustó porque me hacían levantarme a las 3 de la mañana, así como se llamaba huachito, era huachito, me hacían trabajar hasta las 2, 3 de la tarde. De las 2 a 3 de la mañana hasta el otro día (Álvarez e Imilan, 2008: 39).

Ser *huachito* en el rubro panificador significaba vivir dentro de las panaderías: ahí tenían techo y comida, lo cual les permitía ahorrar en arriendo y víveres. A cambio debían soportar arduas jornadas laborales. Además, esta relación permitía a los patrones mantener una fuerza de trabajo leal, dada la alta dependencia generada producto de la necesidad de techo de los inmigrantes mapuche. Con ello, la relación laboral servil, basada en el *huachaje*, permitía un vínculo de control que acentuaba la inferiorización mapuche. Por cierto, la idea de *huacho* es casi una institución en el entramado de roles y jerarquías del Chile colonial y republicano: representa a los no reconocidos, a los ilegítimos, a los que estuvieron «de más» y fueron entregados al destino incierto (Salazar, 2006).

Que el nombre otorgado a los trabajadores puertas adentro en las panaderías fuese el de *huacho*, ubica estas experiencias en una tradición propia del campo del Chile central, reactualizada en la ciudad para comprender y ubicar las vidas de aquellos inmigrantes en busca de un destino incierto, arrojados sin más que sus manos en la urbe. Y justamente esta situación de desarraigo fue utilizada por los patrones para fortalecer aquel vínculo de dependencia necesario para la reproducción de la servidumbre. Por cierto, como veremos, el *huachaje* fue uno de los elementos que más combatió el sindicalismo panificador.

La generación de un vínculo de sujeción entre patrón y empleado bajo el signo del *huachaje* se entroncó con las experiencias de racialización de los trabajadores mapuche panificadores. Es decir, además de someterse a una vida ceñida por la subordinación producto del efecto migratorio de no tener techo —cuestión que compartían con los compañeros chilenos—, los mapuche debían soportar además la humillación racista. Así lo cuenta don Eusebio Huenchuñir:

En esa época yo tenía 15 años [...] Después me fui a una pastelería donde trabajé como 6 meses, es ahí donde vino una discriminación contra mi persona, porque llegó un winka a la pastelería Alemana, todavía está esa pastelería. El winka llegó y me dijo que yo no servía como pastelero, diciéndome: este indio aquí este indio allá. O sea, me sabotearon, me aserrucharon el piso como se dice, tuve que dejar el trabajo. Después llegué a una carnicería grande, trabajando también como seis meses (Curivil, 2006: 28).

Cuando existe una referencia negativa de las personas mapuche, en cualquier ámbito, aparecen los epítetos racializadores, los cuales buscan ubicar y naturalizar comportamientos y actitudes. *Este indio aquí este indio allá*, como síntesis del agravio acusador, constituye parte de un lenguaje colonial presente en la memoria mapuche del destierro. Entonces, además de vivir en determinados espacios temporales como *huacho*, bajo el desarraigo migratorio que obligaba a la dependencia y subordinación al patrón, se debía sortear cotidianamente los efectos castigadores del racismo.

¡Abajo el huachaje! ¿Por qué los mapuche se hicieron panificadores?

El sindicalismo panificador es una de las organizaciones obreras más antiguas del país. Su historia se remonta a principios de 1883, cuando trabajadores del pan de Valparaíso e Iquique comenzaron a formar una organización para luchar por mejoras salariales y buenas condiciones laborales. Es así que surge la Primera Mutual de Operarios de Panaderías, la que tenía como principio rector la ayuda mutua entre los trabajadores. Esta definición ética y política —la ayuda mutua— fue central entre las múltiples organizaciones sindicales de panificadores que se sucedieron durante las primeras décadas del siglo XX, muchas de ellas influenciadas por el anarco-sindicalismo, como recuerda uno de los primeros dirigentes mapuche del sindicalismo panificador en Santiago, don Martín Painemal:

Al poco tiempo de estar en la panadería ingresamos todo el personal, como éramos 14 obreros panaderos, al Sindicato Profesional núm. 3 ubicado en San Pablo, donde había más de 200 socios. Nosotros, los recién ingresados al Sindicato, demostramos mucho entusiasmo y no nos perdimos ninguna reunión de asamblea. Empecé a orientarme cómo era la vida sindical. Escuchaba muy atentamente a los dirigentes anarco-sindicalistas, tenían buena facilidad de palabra (Foerster, 1983: 41).

Martín Painemal arribó en 1924 a Santiago con tan solo 17 años. Apenas llegó, comenzó a trabajar en la Panadería El Cóndor, en Providencia. Pasado no mucho se fue al Servicio Militar, y al volver intentó ser comerciante, pero la crisis de Ibáñez, según el mismo cuenta, lo arrastró nuevamente al rubro panificador. Para 1929 Painemal ya conocía la vida sindical, tanto así que en 1931 fue parte de la fundación del histórico Sindicato núm. 6, en el sector de Estación Central.

Eran años álgidos para la lucha sindical. Durante las tres primeras décadas del siglo XX, así como se profundizaba la miseria y la exclusión, también se exacerbaban los conflictos. El sindicalismo panificador, particularmente, en 1903 inició un movimiento por el descanso dominical. Es que las condiciones de explotación eran brutales, las jornadas de trabajo podían durar 14 y 18 horas diarias, sin interrupciones durante todo el año, bajo un ambiente laboral angustiante: sofocados por el calor, con hornos a 200 grados de temperatura, con mucha humedad. Entonces luchar por un día de descanso era una necesidad para dotar de humanidad sus vidas, cuestión que lograrían recién en 1921 luego de casi dos décadas de huelgas, marchas y, sobre todo, organización. Los sindicatos del pan crecieron y maduraron al calor de años de lucha, tanto así que el 1933 nace la Federación de Panificadores de Chile, la cual permitió la unidad de los trabajadores del pan, manteniendo el mandato ético de la ayuda mutua como prerrogativa de la organización.

Obtenido el descanso dominical, las organizaciones sindicales panificadores comenzaron en 1923 una ardua batalla contra el trabajo nocturno. Eran muchos los trabajadores que debían soportar por las noches condiciones inhumanas en las panaderías, con espacios no acondicionados para dormir, con deplorables estados de limpieza, sin agua para el aseo personal, sin duchas, con poca ventilación, con muchísimo calor. Era un ambiente de cautiverio. Avanzar una lucha entonces contra estas deplorables condiciones fue una condición para humanizar el trabajo panificador. Y es justamente acá, al calor de la movilización, cuando se vive la transición organizativa de los panificadores, desde «la modalidad de sociedad de resistencia hacia una organización sindical» (Yañez, 2008).

Precisamente, se señala que el devenir del movimiento obrero tuvo durante la década de 1920 y 1930 una modificación sustancial para su desarrollo, cambio que venía incubándose desde la gestación de la Federación Obrera de Chile en 1919, la cual comenzó a realizar un viraje desde las lógicas mutualistas a la constitución de un sindicalismo con perspectivas políticas (Garcés y Milos, 1988), tanto en su versión revolucionaria como reformista. En este sentido, la edificación de sindicatos legales, que aceptaban la legislación construida por Arturo Alessandri para integrar institucionalmente al sindicalismo, y armonizar la relación capital-

trabajo, constituyó la transformación radical de las organizaciones obreras, desde las lógicas de apoyo mutuo y accionar revolucionario, a estructuras colectivas de carácter gremial o sectorial (Salazar y Pinto, 2014: 118).

Ahora bien, esta transición en el sindicalismo del pan, desde mi perspectiva, no generó el desprendimiento del ideario mutualista propio de las «sociedades de resistencia», sino que bajo la forma sindical pervivieron aquellos valores que sustentaron la ayuda mutua entre los sindicalizados, robusteciendo la unidad y apoyo entre los trabajadores como la más contundente arma contra los abusos. Ello nos abre el cuestionamiento sobre las formas particulares que asume la transición del movimiento obrero: más que tratarse de una fractura en clave dicotómica, se trata de un proceso histórico de cambio y continuidad, donde lo gremial, de carácter supuestamente autónomo, estuvo cruzado por la influencia de los partidos, y lo reivindicativo, que reduce lo sindical a una orgánica política-institucional, estuvo manchada en sus experiencias básicas de mutualismo y solidaridad cotidiana (Salazar y Pinto, 2014: 122). Sin ir más lejos, al construir legalmente la Federación Nacional de Panificadores en 1933, que permitió justamente la unidad sindical del pan, se creó también el Departamento de Indemnización a Obreros Molineros y Panificadores, generando una protección mutua frente a cualquier coyuntura adversa. Además, durante gran parte del siglo XX fueron los sindicatos los que controlaron la oferta de mano de obra, generando que la patronal se viera en la necesidad de solicitar trabajadores directamente a las organizaciones sindicales, mantenido a raya a *los coños*, como se les decía a los dueños de las panaderías, dada su ascendencia española, vasca y catalana.

Entonces, retomo, decíamos que bajo el ideal de humanizar la vida laboral de todos los trabajadores del pan, el sindicalismo comenzó a demandar el fin del trabajo nocturno, cuestión que consiguen recién en 1925. Esta prohibición causó gran controversia y porfía por parte de los industriales del pan, quienes organizados en la Unión de Fabricantes de Pan de Santiago dieron toda una batalla mediática para reinstalar el trabajo nocturno, tanto así que en los primeros años de su Órgano de Difusión el tema aparecía insistentemente en sus reflexiones. Entre sus argumentos para volver a permitir las labores nocturnas señalaban que su prohibición causaba «la imposibilidad de entregar pan fresco en las mañanas», además se generaba una disminución de la producción que se traducía en un encarecimiento del pan y en un desmejoramiento de su calidad.⁵ Ahora bien, estas

5. *La Industria del Pan* (Órgano de la Unión de Fabricantes de Pan de Santiago de Chile), número 4, 1934, págs. 2-3.

reflexiones ajustadas a un aparente deseo de prestar un buen servicio, tenían una razón más profunda en términos productivos, dado que aquella reglamentación de 1925 disminuía las condiciones de acumulación de los industriales, y por ello su protesta. Vale la pena insistir en que la prohibición del trabajo nocturno fue un triunfo del sindicalismo panificador, con la finalidad de humanizar sus labores. En contra, por supuesto, estaban sus empleadores, quienes tenían plena consciencia de haber sido provisionalmente vencidos por la clase antagónica:

La prohibición del trabajo nocturno ha obedecido, en esencia, al humano propósito de preservar la salud del obrero panificador, evitando que trabaje horas que, por lo general, están destinadas al descanso [...] Tal es el alcance social de la prohibición y tal es el motivo de que se le hay estimado por muchos como una nueva conquista del proletariado. [Entonces es] conveniente dejar establecido que, en este caso, como en todos, hay intereses contrapuestos, [así] ha debido primar un interés sobre los otros, y esta vez ha triunfado el interés del obrero (*La Industria del Pan*, núm. 8, 1934, pág. 1).

Los industriales consideraban esta reglamentación como una de las más dañinas para la industria del pan, dado que afectaba directamente a sus intereses particulares. La idea de lucha de clases es perfectamente asumida por la reflexión de los industriales: un derecho ganado por la organización obrera, es una disminución de sus privilegios. Acá esta la profundidad de su lucha contra la prohibición, la cual logran derrocar en 1939.

Es decir, entre 1925 y 1939 estuvo prohibida en todas sus formas el trabajo nocturno, eliminando el *huachaje* como forma de explotación. Aunque, y esto es central en nuestra hipótesis, los empresarios continuaron ilegalmente valiéndose del trabajo nocturno durante esta década y media, y para ello necesitó una mano de obra fresca, sin las trabas del sindicalismo, es ahí cuando comienza la entrada mapuche a la industria del pan.

En 1934, el Órgano de la Unión de Fabricantes de Pan de Santiago señalaba en la editorial del cuarto número de su revista, *La Industria del Pan*, la existencia de industriales que violaban la ley, haciendo funcionar sus panaderías durante las noches, indicando que «no ha faltado el industrial que ha entrado a enseñar el trabajo a quienes nunca soñaron con ser del ramo, y a esos que no están afiliados a ningún sindicato, ni figuran como panificadores, se les ha dado trabajo en horas prohibidas» (núm. 4, 1934, pág. 3). ¿Quiénes son esos que «nunca soñaron con ser del ramo»?

Frente a una legislación que buscaba frenar el cautiverio en el que vivían los panaderos puertas adentro, los empresarios comenzaron a reclutar mano de obra proclive de insertar en este circuito de alta explotación, es así que la población mapuche inició un lento pero contundente ingreso a las filas del proletariado industrial del pan. Esta es nuestra hipótesis. No fue la aguerrida condición «araucana», tampoco el trabado español que poseían, ni siquiera una predisposición cultural, sino que fueron dos factores concretos que al articularse condicionaron la entrada mapuche al rubro panificador. Por un lado, en términos coyunturales, la necesidad de los industriales de mano de obra dócil, posible de explotar sin conflictos, sin miramientos acusadores. Esta urgencia de la patronal vio en la mano de obra mapuche al sujeto ideal, pues claro, y este el otro factor, luego del despojo territorial la sociedad mapuche comenzó un proceso de empobrecimiento que para la segunda década del siglo XX ya tenía una generación completa inmersa en la falta de tierra y la inferiorización construida bajo la relación colonial. Ambos factores constituyeron el marco general para el ingreso de la fuerza de trabajo mapuche a las panaderías.

Por supuesto, la ilegalidad a la que incurrían los industriales fue visibilizada por los sindicalistas, sobre todo porque ello implicaba pasar por alto el triunfo alcanzado en 1925. Justamente, esta protesta sindical nos permite afirmar la presencia mapuche como la principal fuerza laboral incluida al régimen de alta explotación que el sindicalismo buscaba frenar. En 1933, el Órgano de la Unión Gremial de Panificadores de Chile, publicaba un artículo donde expresaba la condición de los panificadores mapuche, haciéndoles un llamado para que se uniesen a la lucha sindical:

Hermano: ¿Has olvidado que tu descendes de los bravos e indómitos araucanos de las selvas seculares? ¿No sientes hervir en tus venas la sangre rebelde y noble de tu raza que se extingue? [...] ¿Qué has hecho para mantener latente el grito terrible y formidable que diera Caupolicán, grito que atravesó las selvas vírgenes haciéndolas temblar, y a cuyo eco Arauco entero se puso de pie rugiendo de coraje, demostrándole con esto al invasor extranjero, que las cadenas de la esclavitud jamás aprisionaran a los soberbios, valientes y altivos hijos de la raza noble que se llama Arauco! ¿No sabes tú, hermano araucano, que entre tus antepasados jamás se conoció la traición? [...] Sin embargo, tú que descendes de esa raza de valientes estás inconscientemente traicionando a tus hermanos de clase, sirviendo de instrumento a los industriales que te explotan sin piedad ni misericordia, pagándote un miserable

salario, dándote de comer una bazofia inmundada, solo propia para puercos (*Protesta Panaderil*, Órgano Oficial de la Unión Gremial de Panificadores de Chile, núm. 1, 1933, pág. 8).

Más allá de la alegoría, que habla de la profundidad de Ercilla en la imaginaria nacional, es elocuente cómo el dirigente sindical se refiere a las condiciones laborales de los trabajadores mapuche en las panaderías. En momentos de retraimiento de la explotación, cuando las luchas sindicales lograban pequeños triunfos para humanizar las labores diarias, lo cual perjudicaba el afán de acumulación capitalista, los industriales remplazaron una mano de obra por otra. Frente al sindicalizado, una fuerza de trabajo no organizada, desarraigada de cualquier marco de acción colectiva, tan empobrecida que no reclamase inmediatamente contra la explotación. Los mapuche fueron el «ejército de reserva» ideal para los empresarios del pan. Una reserva laboral indígena que producto del colonialismo chileno, del despojo y la inferiorización racial, tenía para la década de 1920 la urgencia de proletarizarse. Por cierto, la utilización de la fuerza de trabajo mapuche, en momentos de álgidas luchas sindicales, es reconocida por los propios industriales en nuestra actualidad.

El segundo semestre del año 2016 salió a la luz el libro *El pan en Chile*, de los hermanos Alberto y Antonio Ferrán, un libro que busca elogiar la tradición del empresariado panadero. Es un texto anclado en la visión de los patrones, ahí se ubica su lugar de enunciación. Cómo no, si la familia Ferrán, catalanes como muchos otros empresarios del pan, desde 1921 son parte propietaria de la cadena de Panaderías San Camilo, y desde el año 2011 sus completos dueños, entonces nada de raro que Alberto y Antonio hayan financiado, y firmen como autores, de un libro que ensalza su tradición familiar y de clase. Así las cosas, no podía ser de otra forma, la experiencia mapuche en las panaderías queda reducida a 4 de las 380 páginas que componen el texto. Aunque breve, los Ferrán se confiesan:

Durante los años veinte y treinta, dos décadas complicadas de sindicalismo, ocurrió un fenómeno nuevo: las panaderías se llenaron de mapuches. Eran los «huachos». Rudos y silenciosos, jóvenes y niños que casi no hablaban español, que venían del sur, de Temuco, Nueva Imperial, Carahue, Lautaro, Collipulli, Malleco, Ercilla, Vilcún. Alojaban en la panadería y aprendían el oficio barriendo y mirando (Ferrán y Ferrán, 2016: 214).

Por supuesto, el libro de los propietarios de la San Camilo no relaciona la prohibición del trabajo nocturno y el racismo derivado del sistema colonial como

constituyentes de la entrada mapuche a las panaderías, pero es claro, porque incluso ellos, como lapsus acusador, cuentan que justamente en los tiempos donde no era permitido el *huachaje* fueron en busca de la mano de obra mapuche para insertarlos en el cautiverio nocturno de la explotación. La mano de obra servil, aquellos cuerpos explotables por su condición india, tan ruda y silenciosa, podían ser «enganchados» por la patronal, reclutados con la finalidad de que trabajasen por las noches, cuando nadie más podía, cuando nadie más debía hacerlo. Ser *huacho*, desposeído de humanidad, dependiente al extremo del patrón, se convirtió mayormente en un trabajo para indios. Fueron miles de mapuche que, deshumanizados por la continuidad colonial, por el pensamiento de un racismo que los convertía en indios, en cuerpos supuestamente acostumbrados a las llagas de la explotación, ingresaron al cautiverio nocturno del pan. Allí dormían sobre tablonnes, hacían sus ropas de trabajo desde los mismos sacos de harina y solo tenían libre las tardes del domingo. Se despertaban para trabajar y dormían al terminar el trabajo.

Los Ferrán, obviamente, no ven nada de ello, incluso consideran una ayuda el haber contratado mapuche para las faenas, piensan que sus abuelos les hicieron un favor al traerlos, al «engancharlos» desde el sur.⁶ Porque claro, como vociferan los hermanos Ferrán: «¡Tener una cama era un lujo para los mapuches!». Desde

6. Durante la década del treinta funcionaron las llamadas Bolsas Patronales de Trabajo, o Bolsas de Colocaciones. Por cierto, la Unión de Fabricantes de Pan de Santiago, la patronal panaderil, tenía la suya funcionando hasta 1939, momento en el que se les suspende su autorización legal. Estas Bolsas Patronales de Trabajo permitían a los dueños de las panaderías realizar la búsqueda y contratación del personal, cuestión que la sindical permanentemente protestó, dado que disminuía el poder de los trabajadores al momento de una huelga o negociación, ya que la patronal podía contratar precisamente obreros no sindicalizados, *huachos*. La propia Unión de Fabricantes de Pan declaraba en 1939 tras la suspensión de su Bolsa de Trabajo lo siguiente: «con la determinación de la Inspección de suspender nuestras Bolsas Patronales, serán los sindicatos quienes tendrán el control absoluto del suministro de obreros a nuestra industria y ello, sin duda alguna, ha de dar lugar a más de algún serio conflicto» (*La Industria del Pan*, 1939). Durante la década del treinta, justamente la década de prohibición del trabajo nocturno en las panaderías, se desarrolló una forma de búsqueda y contratación de trabajadores que permitió el «enganche» de obreros no sindicalizados, y profundamente empobrecidos, entre ellos los mapuche. Los *huachos* fueron ingresados al rubro panificador mediante las Bolsas Patronales de Trabajo. Para mayor información del comportamiento de la patronal panaderil, véase Yañez (2008: 518-522).

su posición, como herederos de los propietarios blancos y europeos, la memoria mapuche debe estar agradecida por el beneplácito de acercarlos a la civilización. Juana Diharasarri, miembro de una familia vasca que desde la segunda mitad del siglo XX se ha dedicado a la fabricación industrial de harina bajo la marca Selecta, les comenta a los Ferrán que lo primero que se compraban los trabajadores de su padre al recibir su primer sueldo era una radio. ¿Por qué Juana recuerda eso?, ¿realmente una radio era lo primero que se compraban los trabajadores mapuche al llegar a Santiago? Aquí la memoria de Juana esta mediada por la visión que tiene sobre su alteridad. Ellos, los mapuche, tan lejos de la civilización, acercados amablemente al progreso gracias al «enganche» laboral de los empresarios del pan, lograron conocer la tecnología radiofónica, por eso allí se marca su recuerdo sobre el otro. Quizás le pareció gracioso, una anécdota digna de comentar, una curiosidad que al ser recordada habla mucho más de Juana Diharasarri que de los trabajadores mapuche. La radio deviene en biblia, en instrumento de la civilización, entonces los panificadores mapuche se civilizaron, todo por un pequeño costo: la explotación. Acá, en sus recuerdos sobre el otro, se trenzan el privilegio eurocéntrico que siempre es una jerarquía racial, con su posición de clase propietaria. Desde allí hablan los Diharasarri y los Ferrán.

Decíamos más arriba que el ingreso de los trabajadores mapuche estuvo inscrito en una precariedad laboral que permitió sostener el régimen de producción y acumulación de los empresarios del pan. Los sindicalistas, por supuesto, protestaron, dado que el ingreso de la mano de obra mapuche implicaba poner en tensión la fuerza sindical, más todavía cuando los mapuche hicieron oídos sordos al llamado de los «hermanos de clase»:

Nosotros diariamente te estamos indicando el camino que debes seguir; te señalamos el puesto que te corresponde dentro de la organización para defenderte de tus explotadores; sin embargo, tú te dejas explotar, como si para ti fuera una cosa muy natural; eres sordo y mudo al llamado que te hacen tus hermanos que te invitan a la organización, para que juntos entablemos la batalla en contra de los «piuchenes» que nos chupan nuestra sangre (*Protesta Panaderil*, núm. 1, 1933, pág. 8).

Además de alegórica, la clase obrera del pan ya expresaba en la década de treinta aquella intención de vanguardia, tan propia de la izquierda del siglo XX en relación con lo mapuche. Ahora, por fuera de ello, se vuelve interesante aquella aparente sordera y mudez de la sociedad mapuche ante la explotación. La produc-

ción del silencio, al interior de los estudios sobre memoria, se ha explicado bajo la mirada tanto de aquello que se presenta inenarrable, la tortura, por ejemplo, como producto también de una dominación bestial que bloquearía cualquier posibilidad de habla. Ambas dimensiones se sostienen en una coyuntura específica, que en el caso chileno se podría circunscribir a la dictadura. ¿Pero qué ocurre con este silencio mapuche? Pues, tal como discutimos en otro texto (Alvarado Lincopi, 2016), existe un silencio micropolítico mapuche en Santiago, que funcionó a modo de sobrevivencia, para mimetizarse y lograr grados de inserción en la ciudad más rápidos y oportunos. Desde aquí el silencio es una agencia, es una forma de acomodo y negociación al poder colonial, guardar la palabra y aguantar la explotación, fue una tarea histórica en momentos donde la herida del colonialismo aún estaba muy fresca.

Entonces, eran dos temporalidades distintas las que se comenzaban a trenzar, el devenir mapuche se articulaba con la historia del movimiento de la clase obrera chilena. Fue esta novedad la no comprendida por los dirigentes obreros, mediante el cual se explica el estupor del sindicalismo frente a la sordez y mudez del indio ante la explotación. Es que el trabajador mapuche llegaba con el peso del colonizado, es ahí su silencio, una agencia subterránea para sobreponerse de la herida colonial. Deberían pasar todavía algunas décadas, y otras circunstancias, para que los trabajadores mapuche ingresaran a las filas sindicales, aunque aquel llamado ya estuvo presente desde principios de la década del treinta:

Hermano araucano, corre a tu sindicato donde te esperan tus camaradas para darte el fraternal abrazo. No dejes morir tu raza. Levántate soberbio y altivo. Sacude furioso la apatía en que has vegetado. ¡Grita con toda la fuerza de tus pulmones como otrora gritara Lautaro! ¡Peñi!... ¡Arauco resucita! (*Protesta Panaderil*, núm. 1, 1933, pág. 8).

Huachaje, sindicalismo y ayuda mutua mapuche

Durante los años veinte y treinta del siglo pasado, la llegada mapuche al rubro panificador estuvo mayormente condicionado al enganche patronal, pero una vez instalados en Santiago se inició una cadena migratoria «formada por parientes y amigos, fundamental para obtener los primeros trabajos y alojamiento en la ciudad» (Álvarez e Imilan, 2008: 46). Esta cadena migratoria se fortaleció durante los años cuarenta, lo cual coincidió con el fin del «engache» ejecutado por los empresarios del pan, dado que desde 1939 se regularizó el trabajo nocturno,

haciendo innecesario contratar trabajadores que «aceptaran» sin miramientos el cautiverio. Desde 1939 había aparentemente horarios y turnos que se debían respetar, pero tal cosa nunca ocurrió del todo, el *huachaje* siguió existiendo, es por eso que el sindicalismo no dejó de enfrentarlo durante las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta.

El *huachaje*, tal como hemos venido diciendo, fue una suerte de cautiverio que generaba una gran dependencia y permitía con ello un gran control de la patronal. Era un control que se expresaba desde la anulación de la lucha sindical, hasta la fortificación subjetiva de su superioridad. Maximo Collipán, por ejemplo, recuerda: «había un jefe que nos dejaba mirar tele en un lado de la panadería. Veíamos Bonanza, después Música Libre» (Ferrán y Ferrán, 2016: 215). La sola imagen de panificadores mapuche observando la televisión, autorizados por su patrón, constituye un disparador de reflexiones sobre los límites de una relación laboral. Acá no hay simplemente un pacto operacional, reducido a la generación de mercancías, sino que se busca profundizar la dependencia, y las jerarquías entre superiores e inferiores, que constituye al vínculo entre patrones y empleados como una relación clientelar. Por eso, cuando el sindicalismo panificador comenzó a ser parte de las fuerzas populares de izquierda que se articulaban para generar un gobierno popular, la lucha contra el *huachaje* no se redujo a la batalla por mejores condiciones laborales, sino que estuvo anclada a la necesidad de romper con la histórica dependencia que la patronal del pan había generado. Lo cual, por cierto, fue también una lucha subjetiva. Había que dejar de creer colectivamente en la naturaleza inferior de sus vidas, más todavía aquellos que cargaban con historias surcadas por un estigma racial, lo indio. Y acá, el principio de solidaridad y ayuda mutua de los trabajadores, que había definido el andar del sindicalismo panificador, se convirtió en una posibilidad para eludir y enfrentar al racismo que perseguía las vidas mapuche.

Esto es sumamente importante. Felipe Curivil, en una investigación sobre asociatividad mapuche en la capital, señaló que «los sindicatos de panificadores de Santiago a mediados de la década del 60' se convertirán en un refugio para el mapuche migrante, frente al abuso patronal y a la discriminación al interior de los trabajos» (Curivil, 2006: 29). La sociedad mapuche, específicamente la masculina, desde su llegada a la urbe metropolitana, se conectó con formas de organización que el mundo popular venía desarrollando desde principios del siglo XX, allí encontró un lugar para el refugio en momentos de amargo pesar, cuando los dolores de la explotación y el desprecio corrían la billetera y la moral. Y no se trata de una modificación cultural en clave de pérdida, no es un *awinkamiento* como acusaría

algún paladín del esencialismo, sino que fueron apropiaciones para sobrevivir, y que hablan de un pueblo vivo, en movimiento, que no teje su identificación colectiva en rasgos étnicos pasivos y verificables, sino que en el quehacer cotidiano y organizativo para negociar y resistir los embates de las violencias capitalistas y raciales.

Por cierto, el sindicalismo panificador, ya lo hemos dicho, tenía en sus entrañas la solidaridad entre los trabajadores, allí se edificaba unos de sus pilares. No eran sindicatos que concentraban sus energías solo en la petición por mejores laborales, sino que respondían a un quehacer ético que buscaba dignificar, mediante la ayuda mutua, los andares cotidianos de sus afiliados. Quizás esto sea un motor fundamental para comprender la numerosa sindicalización mapuche. Desde mi perspectiva, la necesidad de colectivizarse no surge desde un sustrato étnico. No es que los indígenas, por eso de lo comunitario, tengan la tentación cultural de insistir en lo colectivo; tampoco es que los mapuche hayan entrado convencidos por el llamado de: ¡proletarios del mundo, uníos! Más bien, se trata de cómo la ayuda mutua sindical abrió un campo de participación y poder que permitió a los trabajadores mapuche, desprovistos de redes formales en Santiago, contrarrestar el desarraigo, la explotación y el racismo.

Eusebio Huenchuñir, dirigente del Sindicato núm. 4, recuerda que en 1963 hubo un reajuste salarial mientras trabajaba en la Panadería Berlín. Él, claro, pensó que también recibiría los pesos extras, pero no. El mayordomo, quien es el hombre de confianza del patrón, le dijo: «a usted no le corresponde porque es libre, no es del sindicato». Don Eusebio reclamó. Dijo que trabajaba igual que todos, que era injusto, pero el mayordomo fue tajante: «si no le gusta, se va». Con rabia, Huenchuñir amenazó con irse, pero realmente fue donde los «viejos» del Sindicato núm. 4, en ese momento presidido por Segundo Ñanco. Les comentó la historia y enterados de la situación ellos se comunicaron con el mayordomo. Al siguiente día don Eusebio recibió 850 pesos y dos kilos de pan por su trabajo, muy por sobre los \$200 que ganaba hasta ese momento.⁷ Esta experiencia marcó la vida sindical de don Eusebio Huenchuñir, es que muy probablemente además de advertir la fuerza sindical, experimentó la ayuda mutua realizada por los suyos, ya que dentro del sindicato había pares, una organización, como ninguna otra, constituida por personas que cargaban con historias similares. Aquel encuentro en 1963 entre el joven Eusebio Huenchuñir y el dirigente Segundo Ñanco, termi-

7. Cf. «Eusebio Huenchuñir Ancamil. Una vida de esfuerzo», Revista Conapan, núm. 45, 2003.

nó el año 2003. En la noche del 22 de Julio de ese año en el Hospital J. J. Aguirre don Segundo daba sus últimos suspiros y era acompañado, junto con su esposa e hijos, por don Eusebio. El sindicato, desde aquí, se nos vuelve mucho más que una organización reivindicativa, supera la mera lucha sindical, y se convierte en un espacio de encuentro y construcción colectiva mapuche, un lugar donde era posible suspender colectivamente el desprecio colonial y el desarraigo migratorio.

Y quizás la sola posibilidad de entretejer una frase en *mapudungun* se edificaba como una experiencia que arrancaba el apocamiento interiorizado por el racismo. Es que en las reuniones sindicales o en el trabajo diario se comenzaron a cruzar algunas palabras mapuche, y fueron esas experiencias las primeras que escucharon el *mapudungun* públicamente, quizás como susurro en un principio. Así, desde el sindicato y la ayuda mutua, se contrarrestaba la dureza de los agravios coloniales. Y posiblemente desde allí también se construía un muro que no solo dividía las relaciones sociales de producción entre explotados y explotadores, sino que también edificaba una frontera cultural impenetrable para la patronal, así al menos lo recuerda Marcelo Gálvez, dueño hereditario de la Panadería Egaña, cuando en una oportunidad escuchó a unos trabajadores conversando en una lengua que no logró entender. «¿Qué idioma es ese?», le preguntó a su padre. «El idioma de ellos», le contestó (Ferrán y Ferrán, 2016: 217).

Por cierto, durante las décadas de los cincuenta y sesenta las organizaciones sindicales continuaron enfrentándose al *huachaje* como relación laboral. Esto es curioso. Es posible leer en ciertos testimonios de migrantes mapuche de mitad del siglo XX, que vivir en las panaderías les facilitaba los primeros meses en la capital, considerando positiva, desde la perspectiva de tener comida y techo, no desde la lectura de la explotación, su residencia en las panaderías. Es evidente, frente al desarraigo y a la precarización, tener donde dormir y asegurar el pan diario se transformaban en una garantía para continuar. Ahora bien, el *huachaje* le permitía al patrón generar una relación con sus trabajadores atiborrada de dependencia, lo que disminuía el poder de negociación de la sindical. De esta manera, cuando los sindicatos comenzaron a aferrarse no solo a demandas gremiales, sino que hicieron madurar el proceso político de la izquierda en Chile, la lucha contra el *huachaje* ya no fue una batalla únicamente por la dignidad laboral de los trabajadores, sino que devino en una pugna política contra el poder de la patronal.

Sin ir más lejos, durante la Unidad Popular muchas panaderías fueron intervenidas, dado que los patrones dejaban de producir o producían menos con la finalidad de debilitar al gobierno de Salvador Allende, por lo que se nombraba un interventor, que era muchas veces un trabajador y dirigente sindical militante de

algunos de los partidos políticos de izquierda, el cual tenía la finalidad de hacer seguir funcionando la industria. Carlos Cayuqueo, quien nació en 1929 en Nueva Imperial y que comenzó sus días de trabajador haciendo el aseo en Panaderías Unidas, durante la presidencia de Allende fue nombrado interventor de la Panadería Los Pajaritos. Como él, muchos panificadores y dirigentes fueron férreos partidarios de la Unidad Popular. Fueron muchos los que ampliaron las filas del Partido Socialista y el Partido Comunista, como don Martín Painemal, quien luego de dar sus primeros pasos sindicales observando a fines de los veinte a los anarcosindicalistas en las organizaciones panificadoras, se convirtió en un histórico militante comunista, articulando más tarde al mundo campesino y mapuche en lo que se llamó la Federación Campesina e Indígena de 1961.

Se podría pensar entonces que los panificadores mapuche, fieles a su condición de explotados y oprimidos, se unieron al unísono al gobierno popular, lo cual sería una verdad a medias. Por supuesto que el recuerdo de aquellos años para muchos dirigentes se empapa de una nostalgia que da cuenta de tiempos rebosantes de dignidad. Por ejemplo, don Julio Llancabil, quien ingresó en 1970 al Sindicato núm. 3, recuerda: «El presidente Salvador Allende era el presidente del pueblo y de los trabajadores. Quería la igualdad entre pobres y ricos, por eso lo sabotearon. Nunca más vamos a tener un primer mandatario que esté a favor de los trabajadores.⁸ Aquella época como un tiempo de dignificación popular devela el carácter que asumió el sindicalismo panificador en esos años, comprometiéndose con el proceso político, aportando desde diversas tácticas a la consolidación popular, ya sea asumiendo roles en las intervenciones (lo cual era un golpe subjetivo a la histórica relación patrón-huachaje), militando en los partidos políticos de la Unidad Popular, saliendo a las concentraciones en la Alameda, trabajando para no frenar la producción.

Aunque claro, decíamos que todo esto es una verdad a medias, o al menos con matices. Alfredo Sierra, de origen gallego y dueño de la Panadería Mayo, ubicada en la comuna de San Ramón, ha tenido trabajadores mapuche desde 1969, quienes se empleaban en aquellos tiempos bajo un régimen de puertas adentro, es decir, en la jerga panificadora, eran *huachos*. Fueron cinco hermanos, los hermanos Caunillán, del que queda vivo solo uno, los que trabajaron con Sierra, quien los recuerda con mucha estima. Cómo no, si los Caunillán, en épocas de agudización política, se pusieron del lado de su patrón. Ocurre que, como decía, durante la Unidad Popular se desarrollaron intervenciones que comenzaban primero con

8. Cf. «Julio Llancabil. El hombre de las finanzas», *Revista Conopan*, núm. 46, 2003.

una toma por parte de los panificadores. Y en una oportunidad, cuando la panadería de Alfredo Sierra, se quiso tomar por trabajadores ajenos a ella, con la finalidad de intervenirla, fueron los Caunillán quienes lo impidieron (Ferrán y Ferrán, 2016: 218). Es que el *huachaje* generaba una dependencia que se traducía en lealtad al patrón. Con ello, la relación laboral superaba la mera producción de mercancías y condicionaba también la prolongación de su poder sobre las vidas de sus trabajadores cautivos.

Con todo, la ayuda mutua y la solidaridad entre trabajadores mapuche no es que se haya desarrollado de forma homogénea y anclada al mundo popular, sino que más bien, es cierto, la forma más extendida fue el sindicato, allí se desarrolló una estrategia para sobrevivir al racismo y a la explotación, pero el *huachaje*, por contradictorio que parezca, también fue una forma de sobrevivir en la ciudad, ya que desde ese lugar de subordinación era posible tener mínimas garantías (techo y comida), lo que en el desarraigo migratorio fue utilizado por algunos como una alternativa para sustentar el día a día. Solo así es posible explicar la defensa de los Caunillán. Protegían su pequeño reducto de precaria seguridad, quizás lo único que tenían: la servidumbre.

Por cierto, el sindicalismo mapuche, como todos los sindicalistas, debieron enfrentarse también a las prácticas antisindicales de los patrones, particularmente de aquellos que se valían del *huachaje* para mantener el control. Muchos son los que hablan de persecución interna, como señala el peñi Jeronimo Antipichun, ex presidente del Sindicato núm. 6. Al llevar un mes trabajando «puertas adentro», Antipichun participó en una reunión sindical junto con sus compañeros:

De vuelta, el empleador que era *corralero*, de esos que llegaba en la noche al trabajo y sacaba la pistola y los amenazaba, no los dejó entrar porque ya estaba informado que habían estado en reunión sindical. Incluso les quería pegar, pero como en el sindicato les habían advertido al respecto, volvieron a Exposición 461 en Estación Central [donde estaba ubicado el Sindicato núm. 6]. Dejaron constancia en la Comisaría y se quedaron en la Sede (*Revista Conapan*, núm. 39, 2002).

Don Julio Llancabil también sufrió las consecuencias de la persecución anti-sindical. Sus inicios en la organización se remontan a 1970, cuando entró al Sindicato núm. 3, presidido en ese momento por don Curibal Cañupan, quien lo ubicó en la Panadería San Camilo, donde trabajó hasta 1976. El *peñi* Julio recuerda: «En la San Camilo me formé como sindicalista y dirigente. Allí había muchos antiguos

luchadores, y me allegaba a ellos para escucharlos y aprender de su experiencia. No eran mezquinos en aconsejarme. Eso, sumado a mi participación en las reuniones y actividades del Sindicato, me ayudaron a instruirme en la lucha social» (*Revista Conapan*, núm. 46, 2003). Don Julio se impregnó del quehacer sindical, pero claro, seis años después, en plena dictadura militar, producto de su activismo en favor de los trabajadores, lo despidieron de la Panadería San Camilo. Los hermanos Ferrán, por supuesto, dueños de la San Camilo, nada dicen en su libro *El pan en Chile* de las prácticas antisindicales de sus parientes. No podía ser de otra forma, es un texto —insisto— escrito desde el punto de vista de la patronal. Al ser despedido, Llancabil recurrió al Sindicato, donde estuvo un tiempo de *redondillero*, trabajadores que sin empleo se dirigían a sus sedes sindicales a esperar posibles llamados de las panaderías con la finalidad de cubrir plazas diarias vacantes. Don Julio debió soportar un tiempo de inestabilidad laboral producto de su porfía sindical. Además de aguantar los sinsabores del régimen dictatorial, pues claro, como sindicalista lo trataron mal, estuvo varias veces detenido y en una oportunidad lo golpearon al salir de la panadería donde trabajaba.

Es que la represión de la dictadura también golpeó al sindicalismo panificador mapuche, particularmente a los dirigentes que habían asumido un papel en el proceso de la Unidad Popular. Don Jerónimo Antipichun, además de sufrir el acoso de los patrones en sus tempranos años sindicales, debió lidiar con el Terrorismo de Estado cuando en diciembre de 1973 fue detenido en su trabajo por los militares. Lo llevaron al Regimiento Tacna, lo golpearon, lo torturaron, seguramente buscando sacar información y 8 días después fue dejado en libertad bajo el juramento de no decirle nada a nadie (*Revista Conapan*, núm. 39, 2002). Así también fue detenido desde la propia sede sindical don Segundo Ñanco Melifil, en enero de 1974. Lo llevaron a Tejas Verdes donde fue golpeado y torturado con corriente. Allí estuvo cerca de 15 días sin ver la luz, con los ojos vendados. Las torturas buscaban que don Segundo hablara sobre los dirigentes panificadores, lo interrogaban sobre ellos. El poder de la dictadura se ceñía contra la camada de trabajadores del pan que se había comprometido con el cambio social. La lucha contra el *huachaje*, las batallas por la dignidad de los panificadores, encontraba su más tenaz antagonista. Al *peñi* Ñanco lo dieron por muerto e incluso sepultaron lo que era para todos su cuerpo, pero don Segundo falleció realmente el año 2003, treinta años después del horrible Chile que le tocó vivir. Fue en ese momento que la Revista de la Conapan le rindió un homenaje recordando aquellos fatídicos días dictatoriales:

Cuando por fin lo liberaron, buscó en primer lugar a su Sindicato, para de ahí llamar a su familia e informarles que estaba con vida y libre. Esto fue algo inmensamente traumatizante, para su familia, para sus hijos y para quienes lo conocían. Muchos de sus compañeros y amigos lloraron de alegría al verlo de nuevo, pero a él, ni la tortura ni las humillaciones, le pudieron quitar su derecho a defender a los trabajadores y de inmediato se puso nuevamente al frente de su Sindicato núm. 4 de Panificadores de Santiago (*Revista Conapan*, núm. 56, 2004).

La lucha sindical del rubro panificador, aquella que permitió el encuentro solidario de la migración mapuche, allí donde los «sureños» lograron establecer redes de apoyo e inserción en una ciudad que negaba lo indio, que establecía su presencia bajo la servidumbre, fue castigada también por la dictadura. El sindicalismo mapuche como estrategia para enfrentar al racismo y a la explotación fue percibida por la represión militar como un posible enemigo interno. Allí, en la experiencia de la represión contra trabajadores mapuche sindicalizados, se tranzó también la larga continuidad colonial y la historia del movimiento obrero chileno.

Conclusión

Una vida como síntesis reflexiva. Ricardo Coña Hueichaqueo nació cerca de 1920 en Nueva Imperial. Ochenta años después, en el 2000, la Conapan le rendía un homenaje nombrándolo el «gran cacique» de la organización obrera. Ricardo Coña, *Coñita* como le decían en el rubro, llegó a Santiago con 17 años, fue «joven para los mandados, canastero, cuidaba los caballos en el regimiento, aprendió acompañando a los dirigentes antiguos a conversar con los empresarios, estudió de noche, lo metieron preso, luego de perder un conflicto la peleó en la calle y en las industrias». Todo estos elementos de la vida de don Ricardo se condensan para homenajearlo, aunque lo que más resalta es su compromiso con los trabajadores mapuche: «¿Qué pueden temer los *winka* si los *mapuche* nos unimos? Ninguna cosa del otro mundo. Debemos unirnos y trabajar también con ellos para hacer más fuerza. Para que un día despierten los mapuche que todavía están medio dormidos», reflexionaba don Ricardo Coña. Es que él es parte de aquella generación que al interior de Conapan comenzó a situar con fuerza la presencia mapuche, así como José Hualaman, el primer dirigente mapuche que conoció don Ricardo, o como el «otro de apellido Huarapil que era de Puerto Saavedra y que fue el primer secretario del Sindicato núm. 5». El *Coñita* los recordaba, guardaba su memo-

ria, sabía que con ellos había comenzado una siembra de dirigentes mapuche al interior del gremio, lo cual era absolutamente necesario, porque como señalaba él mismo: «antes nos miraban como estropajo. Yo en reuniones preguntaba: ¿por qué ese distanciamiento si somos todos iguales, seremos humanos, compañeros?» Una pequeña crítica anti-racista se avizoraba en las palabras de don Ricardo, quizás por ello vio urgente educar, traspasar a los suyos el conocimiento adquirido con los viejos dirigentes chilenos, como una bisagra, que lograra ubicar al interior de Conapan toda una generación de nuevos dirigentes, pero ahora mapuche, y él mismo lo reconocía el año 2001: «ahí están Arturo Melin, Eusebio, Catrian, Millano y otros. Yo estoy feliz con ellos. Yo me agrando con ellos, son jóvenes de recambio. Esa es mi cosecha, estoy contento de haber sembrado bien» (*Revista Conapan*, núm. 32, 2001).

La siembra del siglo XX de los panificadores mapuche estuvo atada a la posibilidad de que algún día las dirigencias del sindicalismo estuviese en manos de mapuche, fue casi una tarea histórica, que hoy tiene a Conapan liderada por trabajadores nacidos al sur del Biobío, en las reducciones que dejó el proceso de despojo colonial. Es decir, un siglo de violencias, desarraigos y desprecios, caracterizados acá como parte de la continuidad colonial, no magullaron definitivamente la posibilidad de seguir nombrándose mapuche, articulando incluso organización obrera desde ese lugar identitario. Este es uno de los triunfos de la migración mapuche, de aquellas generaciones que debieron enfrentar la explotación y el racismo en la capital.

Con todo, don Ricardo Coña, como tantos otros que se nos escapan, encarnan el derrotero histórico del sindicalismo panificador mapuche durante el siglo XX, y desde allí hilvana perfectamente una posible conclusión de nuestro texto. Es que, como vimos, el sindicalismo del pan permitió, particularmente a los hombres mapuche, generar una red de contención y apoyo mutuo para sobreponerse a las violencias que les tocó vivir en la ciudad. La explotación del *huachaje* y la discriminación por lo indio, se comenzó a enfrentar en un espacio que aparentemente no tiene nada de mapuche, pero que la sociedad migrante apropió hasta al punto de dotarla de un tinte étnico durante las últimas décadas. Desde aquí, se nos abre el cuestionamiento sobre las diversas dinámicas de organización que el mundo mapuche ha desarrollado durante el último siglo colonial, el sindicalismo panificador, por cierto, es uno de ellos.

Referencias

- Alvarado Lincopi, Claudio (2016). «Silencios coloniales, silencios micropolíticos. Memorias de violencias y dignidades mapuche en Santiago de Chile». *Aletheia*, 6 (12).
- Álvarez, Valentina y Walter Imilan (2008). «El pan mapuche. Un acercamiento a la migración mapuche en la ciudad de Santiago». *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 14.
- . (2015). «Trabajo racializado. Una reflexión a partir de datos de población indígena y testimonios de la migración y residencia mapuche en Santiago de Chile». *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, 4.
- Antileo, Enrique y Claudio Alvarado Lincopi (2017). *Santiago waria mew. Memoria y fotografía de la migración mapuche*. Santiago: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Antileo, Enrique, Herson Huinca-Piutrin, Luis Cárcamo-Huechante y Margarita Calfío Montalva (eds.) (2015). *Awükan ka kuxankan zugu Wajmapu mew. Violencias coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Antimil, Jaime (2015). «Pu püchi kona. La vida de niñas y niños alquilados en el Gülu Mapu». En Enrique Antileo, Herson Huinca-Piutrin, Luis Cárcamo-Huechante y Margarita Calfío Montalva (editores), *Awükan ka kuxankan zugu Wajmapu mew. Violencias coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Bello, Álvaro (2011). *Nampülkafe. El viaje de los mapuches de la Araucanía a las pampas argentinas. Territorio, política y cultura en los siglos XIX y XX*. Temuco: Ediciones Universidad Católica de Temuco, Colección Cátedra Fray Bartolomé de las Casas.
- Curivil, Felipe (2006). *Asociatividad mapuche en el espacio urbano. Santiago, 1940-1970*. Santiago: Informe final de Seminario de Grado, para obtener el grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile.
- Fanon, Frantz (1973). *Pieles negras, máscaras blancas*. Buenos Aires: Abraxas.
- Ferrán, Antonio y Alberto Ferrán (2016). *El pan en Chile*. Santiago: Hueders.
- Foerster, Rolf (1983). *Martín Painemal Huenchual. Vida de un dirigente mapuche*. Santiago: Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Gárces, Mario y Pedro Milos (1988). *FOCH, CTCH, CUT. Las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno*. Santiago: ECO, Educación y Comunicaciones.

- Grosfoguel, Ramón (2012). «El concepto de ‘racismo’ en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?» *Tabula Rasa. Revista de Humanidades*, 16. Colombia: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Mariman, Pablo (2006). «Los mapuche antes de la conquista militar chileno-argentina». En *¡...Escucha winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*. Santiago: Lom.
- Memmi, Albert (2010). «El racismo, definiciones». En Óscar Quinteros (coord.), *Estudiar el racismo: textos y herramientas*. México: Cuaderno de trabajo AFRODESC/EURESCL, núm. 8.
- Millaleo, Ana (2011). *Ser «nana» en Chile: Un imaginario cruzado por género e identidad étnica*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género, Santiago: Universidad de Chile.
- Nahuelpan, Héctor (2013). «Las ‘zonas grises’ de las historias mapuche. Colonialismo internalizado, marginalidad y políticas de la memoria». *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 17 (1). Santiago: Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.
- . (2015). «‘Nos explotaron como animales y ahora quieres que no nos levante mos’. Vidas despojables y micropolíticas de resistencia mapuche». En Enrique Antileo, Herson Huinca-Piutrin, Luis Cárcamo-Huechante y Margarita Calfío Montalva (eds.) *Awükan ka kuxankan zugu kiñeke rakizuam. Violencias Coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Quidel Lincoleo, José (2015). «Chemgelu ka chumgechi pu mapuche ñi kixankagepan ka hotukagepan ñi rakizuam ka ñi püjü zugu mew». En Enrique Antileo, Herson Huinca-Piutrin, Luis Cárcamo-Huechante y Margarita Calfío Montalva (eds.) *Awükan ka kuxankan zugu kiñeke rakizuam. Violencias Coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Quijano, Aníbal (2000). «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.
- Palma, Ismali (2014) *Estigmatización ¿rüf kam koyla illamtuchen?* Santiago: Ceibo.
- Pinto, Jorge (2007). «Expansión económica y conflicto mapuche. La Araucanía, 1900-1940». *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 11 (1). Santiago: Universidad de Santiago de Chile.
- Salazar, Gabriel (2006). *Ser niño «huacho» en la historia de Chile*. Santiago: Lom.

- Salazar, Gabriel y Julio Pinto (2014). *Historia contemporánea de Chile II*. Santiago: Lom.
- Yañez, Juan Carlos (2008). «Por una legislación social en Chile. El movimiento de los panaderos (1888-1930)» *Historia*, 41 (2).

Agradecimientos

El autor agradece los comentarios de Enrique Antileo Baeza y Héctor Nahuelpan Moreno. También a Roberto Cayuqueo Martínez por ensamblar la historia y el teatro mediante la obra *Panarife*, donde este artículo dio sus primeros pasos.

Sobre el autor

CLAUDIO ALVARADO LINCOPI es licenciado en Historia y profesor en Historia y Ciencias Sociales por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Magister en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata. Miembro del Centro de Estudios e Investigación Comunidad de Historia Mapuche. Su correo electrónico es alvaradolincopi@gmail.com.

AVANCE DE INVESTIGACIÓN

Las imágenes del comienzo de la Primera Guerra Mundial en *El Mercurio* de Santiago de Chile: De la «tragedia de Sarajevo» al inicio del «conflicto europeo»

Photographs from the start of the First World War in El Mercurio newspaper of Santiago, Chile: From the «tragedy of Sarajevo» to the outbreak of «the european conflict»

Juan Luis CARRELLÁN RUIZ

Universidad de La Frontera, Chile

RESUMEN La historiografía tradicional ha minusvalorado los impactos de la Gran Guerra en las sociedades latinoamericanas. Desde los años previos a la conmemoración del centenario del inicio de la guerra se ha comenzado a cuestionar esta posición por algunos autores y han ido apareciendo investigaciones sobre el tema en diferentes países de Iberoamérica. En el caso chileno, el interés por el tema ha sido escaso y se ha limitado a celebrar seminarios en varias universidades, de los cuales se han visto pocas publicaciones. Nuestra hipótesis es que la sociedad chilena vivió con interés y preocupación los acontecimientos desarrollados en Europa tras la tragedia de Sarajevo. Los efectos fueron intensos y variados. Uno de ellos se dio en la esfera informativa. En general, las noticias del extranjero del momento que llegaban a los diarios chilenos estaban controladas y dirigidas por las agencias de noticias europeas y eran recibidas a través cables telegráficos de compañías europeas y norteamericanas. Esta circunstancia hizo que la información independiente escaseara y que la opinión pública chilena tuviera una determinada visión de los hechos desarrollados en Europa en 1914. Para este trabajo hemos analizado las imágenes publicadas en *El Mercurio* de Santiago de Chile referentes a los momentos previos al inicio de la Primera Guerra Mundial. El diario dio una gran cobertura y espacio a los

hechos estudiados: el asesinato del heredero al trono austrohúngaro, la guerra austroserbia y el inicio de la Primera Guerra Mundial. Se percibe también un claro alineamiento proaliado respecto a los bloques enfrentados, transmitiendo una serie de ideas y de valores de cada uno de ellos.

PALABRAS CLAVE Primera Guerra Mundial, Chile, prensa, imágenes.

ABSTRACT Traditional historiography has valued little the impacts of the Great War on Ibero-American Societies. Since the years before the commemoration of the centenary of the beginning of the war, this position has begun to be questioned by some authors and research has been appearing on the subject in different countries of Ibero-America. In the Chilean case, interest in the subject has been scarce and has been limited in most cases to holding seminars at several universities from which few publications have been seen. Our hypothesis is that the Chilean society lived with interest and concern the events developed in Europe after the tragedy of Sarajevo. The effects were intense and varied. One of them was in the informational sphere. In general, the news from abroad of the moment that came to Chilean newspapers were controlled and directed by the agencies of European news and were received through telegraphic cables of European and North American companies. This circumstance made the independent information shortage and that Chilean public opinion had a certain vision of the facts developed in Europe in 1914. For this study we analyzed the images published in *El Mercurio* of Santiago de Chile concerning the moments prior to the beginning of the First World War. The newspaper gave a great coverage and space to the facts were studied: the assassination of the heir to the Austro-Hungarian throne, the Austro-Serbia war and the beginning of the First World War. It also receives a clear alignment with regard to the competing blocs transmitting a series of ideas and values of each one of them.

KEYWORDS First World War, Chile, press, images.

Introducción

Cuando se ha alcanzado el primer centenario de la Primera Guerra Mundial, uno de los hechos cruciales del pasado siglo, nos encontramos que en general los historiadores no se han preocupado mucho del impacto y las consecuencias que esta guerra tuvo en los países de la América Latina. Para el caso de Argentina y

Brasil tenemos los estudios de Olivier Compagnon (2007, 2009 y 2014) y María Inés Tato (2008, 2012, 2013 y 2014), pero queda aún mucho camino para llegar a entender los impactos y las reacciones que la guerra generó en las sociedades iberoamericanas.

Aunque hay que reconocer que en los últimos años han aparecido algunos trabajos «al calor» de la conmemoración del centenario del comienzo de la guerra. Hasta ese momento, como explicamos en el siguiente epígrafe, los impactos económicos y las relaciones diplomáticas centraron las investigaciones obviando el resto de las repercusiones que sobre la región tuvo la conflagración.

Cuando proponíamos nuestra investigación pensábamos que uno de los objetivos de estudio debía ser la información que le llegaba a la opinión pública sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Europa a raíz del asesinato del heredero a la corona austrohúngara, porque eso explicaría muchas de las reacciones de la sociedad chilena en su conjunto. En este sentido, creíamos que una de las finalidades que debíamos abordar era el control y la distribución que desde las naciones europeas hacían de la información: una política informativa que adquirió una dimensión fundamental desde el mismo momento del comienzo de la contienda y que explicaremos con más detalle posteriormente.

Dicho lo anterior, en este trabajo pretendemos analizar las fotografías que acompañaron a los textos en el diario *El Mercurio* de Santiago de Chile, desde que se dio la noticia del asesinato del archiduque de Austria y su esposa en Sarajevo, el 29 de junio de 1914, hasta la entrada en escena de las grandes potencias europeas, acontecimientos que el rotativo decidió identificar como «el conflicto europeo» el 3 de agosto de ese año.

En general, en la cultura occidental se ha privilegiado a la escritura como fuente para entender los procesos históricos, pero el poder de la imagen se ha ido imponiendo, conforme los medios de comunicación se han desarrollado, como un elemento esencial en sus informaciones, hasta el punto de que en la actualidad muchas veces no hay noticia si no hay una imagen. Algo que no se ve, no existe. Por ello es importante la observación, la descripción, el análisis y la explicación de los discursos fotográficos.

Los consumidores de la información mediática consideran real lo que se les cuenta y la imagen ha contribuido a simplificar el mensaje de tal manera que importa más esa representación que una explicación más profunda de los hechos, como los antecedentes, el contexto y el razonamiento de un acontecimiento concreto. En este sentido, la fotografía ha ayudado a la difusión de ideas y a la creación de un imaginario colectivo, ya que en general los medios han sido, y son,

la principal fuente de conocimientos, actitudes e ideologías para gran parte de la sociedad. Es tanto el poder de los medios de comunicación que pueden moldear la realidad y señalar los puntos que la calle analizará y discutirá. Y según los hechos y fuentes que seleccionen los medios, influirán en un sentido u otro en los distintos debates sociales.

Por todo ello, en este trabajo hemos pretendido observar cómo percibieron los lectores del periódico *El Mercurio* de Santiago de Chile, uno de los más importantes del país en 1914, las primeras noticias del asesinato del archiduque austriaco y su esposa, y el posterior estallido de la confrontación entre las principales potencias europeas a través de las fotografías que en esos primeros días se insertaron en sus páginas.

Nuestra hipótesis de partida era que el diario seleccionado prestaría gran atención a los acontecimientos con muchos espacios y que estas noticias se acompañarían también de numerosas fotografías. La suposición estaba basada en dos ideas fundamentalmente. La primera era el hecho de que varios autores ya lo apuntaban; y la segunda era la impresión personal de que un acontecimiento de tal calibre para Europa y el mundo tenía que tener un claro reflejo en la prensa chilena, que tanto miraba al Viejo Continente.

Entre los historiadores que señalaban la importancia de la Primera Guerra Mundial en los medios de comunicación escritos iberoamericanos tenemos a Olivier Compagnon, uno de los que más ha estudiado el impacto de este conflicto en Iberoamérica, y que indicaba una serie de efectos en las sociedades latinoamericanas y mostraba a la prensa como espacio donde se reseñaba esas repercusiones.

En este sentido, Compagnon mencionaba una cobertura informativa importante de la guerra a pesar de no extenderse por el continente americano (con la excepción de varias batallas navales) e independientemente de la periodicidad y la tendencia ideológica de los diarios. También, que el conflicto significó un cuestionamiento muy profundo sobre los valores que Europa transmitía y representaba desde el siglo XIX. Y una cuestión no menos relevante fue el debate sobre la crisis de identidad que aparece durante los primeros años del siglo XX en los países iberoamericanos y que la confrontación europea vino a poner con fuerza entre las preocupaciones de los intelectuales (Compagnon, 2007: 78).

En referencia a Chile, otros autores han señalado a la prensa como reflejo de la fascinación que causó en la sociedad la guerra (Fermendois, 2005: 78) y han posicionado al periódico *El Mercurio* como próximo a los aliados en sus informaciones. Entre los que lo han afirmado se encuentra Juan Ricardo Couyoumdjian, que además del rotativo santiaguino inclinaba como simpatizantes de los aliados a

la Marina, a gran parte de los intelectuales, a la colonia francesa, al subsecretario de Relaciones Exteriores y a la mayoría de los miembros de la Alianza Liberal. En contraposición, como próximos a los imperios centrales estaba un porcentaje muy amplio del Ejército, la Iglesia Católica y los colonos alemanes. De este modo, justifica que la neutralidad de Chile se basaba en «estos sentimientos de imparcialidad [...] moderados por los numerosos lazos que unían a Chile con Francia, Alemania y Gran Bretaña», aunque confiesa que Chile pudo mantener la neutralidad a raíz de la entrada en la guerra de los Estados Unidos, gracias a la posición neutral que siempre mantuvo Argentina. Este historiador afirma que la opinión pública chilena en general simpatizó con los aliados (Couyoumdjian, 1986: 49-51, 94-95), a lo que de alguna manera pudo contribuir *El Mercurio*. En la misma línea encontramos a Joaquín Fermandois, que observa dos instancias próximas a los aliados: la Cancillería y el diario *El Mercurio* (Fermandois, 2005: 80). Por tanto, a raíz de todas estas explicaciones podríamos manifestar que el periódico estudiado simpatizaba con los aliados y así intentaría reflejarlo de alguna forma en sus informaciones.

Retomando la idea de Compagnon de que la guerra de 1914 puso sobre el tablero una reflexión sobre la identidad en Latinoamérica, estamos convencidos de que el conflicto prolongó el debate identitario en Chile que se inició en los años anteriores al primer Centenario de su Independencia a través de un grupo de intelectuales de ideología nacionalista, como Nicolás Palacios Navarro, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas y Francisco A. Encina. Simplificando el asunto, estos autores conectaban a la «raza chilena» con la germánica, vinculando a los conquistadores castellanos con los godos que llegaron a la península Ibérica en la Edad Media (Godoy, 1976: 289-292).

Por tanto, la guerra vino a magnificar el debate de fondo sobre si los chilenos estaban equiparados a las razas superiores como la germánica, que encarnarían valores, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, como autoritarismo, militarismo, y que los partidarios de los aliados asimilarían con la barbarie. Por el contrario, los británicos y franceses se les relacionarían con conceptos como la democracia y la civilización (progreso, educación, arte).

La historiografía sobre la Primera Guerra Mundial

La historiografía en general no se ha ocupado sobre los impactos de la Primera Guerra Mundial en Iberoamérica; solo se ha preocupado de los efectos económicos y de las relaciones diplomáticas. En la línea de Compagnon y Tato, este

panorama historiográfico es el reflejo de la visión tradicional que se ha transmitido de Latinoamérica como una región periférica, en la que afectan poco o casi nada los impactos geopolíticos diseñados o producidos desde el centro gravitatorio del sistema internacional, representado por las potencias europeas y los Estados Unidos. En nuestro caso, queremos resaltar que estamos alejados de esta idea porque creemos que en el continente se vivieron con mucho interés y pasión los acontecimientos de 1914-1918, y su desenlace tuvo eco en sus sociedades y, por consiguiente, también en la chilena.

La implicación de los países iberoamericanos se produjo al poco tiempo de finalizar la guerra, sobre todo a raíz de la entrada de Estados Unidos en el conflicto, y se limitaron a romper relaciones diplomáticas con los imperios centrales. Muchos de ellos firmaron el Tratado de Versalles junto a los aliados. Solo Brasil envió tropas al frente de combate meses antes de anunciarse el armisticio. Respecto al espacio latinoamericano, solo fue concebido marginalmente por los países combatientes, con batallas limitadas, como la que sostuvieron naves británicas y alemanas frente a las costas chilenas y en las islas Malvinas. Los combatientes procedentes de Iberoamérica fueron poco numerosos con relación al total de los soldados, principalmente personas cuyo origen eran naciones en conflicto, como franceses, británicos, alemanes e italianos, principalmente.

En este sentido, Compagnon y Tato afirman que este desinterés de los historiadores podría venir de la poca repercusión en el número de muertos que generaron los combatientes procedentes de América Latina. También se podría añadir que estas víctimas, junto con los heridos y los que salieron ilesos, tenían su origen en las colonias de extranjeros que residían en su territorio y, por tanto, no han visto como profundo estos impactos en las sociedades iberoamericanas. Pero esta hipótesis no tiene mucho fundamento, por cuanto la historiografía referente a los estudios migratorios es rica y abundante, y trata temas de la organización y desempeños de las colectividades extranjeras en el interior de los distintos países.

En el caso de Chile, los estudios que han abordado la Gran Guerra por los historiadores se centran en los vínculos diplomáticos de Chile con las potencias en conflicto y en los impactos económicos, como el repliegue del comercio internacional, el inicio de un ciclo de mayor conflictividad social, y la sustitución de Gran Bretaña por Estados Unidos como país que ejercía una influencia hegemónica. Situación que deja desatendidos los debates, las acciones y las imágenes que se dieron durante y después de la guerra iniciada en 1914. No existe un análisis de los comportamientos y las posturas de los diferentes actores sociales ante la guerra

en Europa, como los gobiernos, los partidos políticos, las organizaciones empresariales, los militares, los religiosos, los intelectuales y las colonias de inmigrantes europeos, ni tampoco de las imágenes que se tenía del conflicto.

No han existido investigaciones que reflexionen sobre la literatura de guerra generada tras el conflicto. Para el caso chileno, tenemos el testimonio de las experiencias de la guerra de Eduardo Donoso (1917). Seguramente, esta escasez de textos que nos hablen de las vivencias de los retornados podría ser la causa de que no se hayan examinados casos de trastornos traumáticos producidos por los hechos vividos de los combatientes que regresaron a Chile.

Tampoco hay trabajos que analicen la propaganda de los bandos enfrentados, ya sean patrocinados desde las embajadas respectivas, de las colonias de los inmigrantes europeos o desde otras instancias. Para la prensa —un elemento esencial para el control de la opinión pública—, no hemos encontrado ningún análisis. Y para qué mencionar los enfoques orientados hacia episodios violentos o sobre el pacifismo como elementos reveladores de la época.

En Chile, Juan Ricardo Couyoumdjian es uno de los historiadores que ha buscado dar cuenta de las relaciones y los impactos de la Primera Guerra Mundial en la sociedad chilena. Entre sus obras destaca *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra, 1914-1921* (1986). En ella se aborda la situación política, social y económica de Chile en 1914, sus relaciones con Gran Bretaña, así como los vínculos económicos con Alemania y los Estados Unidos. Destaca un apartado dedicado al análisis de la colonia británica residente en el país, principalmente en la ciudad de Valparaíso. Sin duda que trabajos como los de Couyoumdjian abrieron caminos en la explicación del impacto de la Primera Guerra Mundial en Chile. Sin embargo, esta temática no ha sido agotada y creemos que es posible efectuar nuevos aportes.

Es precisamente esto último lo que pretendemos en este trabajo. En este caso, con la presentación de las imágenes proyectadas con el asesinato del archiduque Francisco Fernando a través de las páginas de *El Mercurio* de Santiago de Chile, uno de los periódicos más influyentes de Chile a comienzos del siglo XX y que ha tenido continuidad hasta nuestros días. Como hemos tenido ocasión de observar, la Primera Guerra Mundial estuvo muy presente en la prensa chilena, que dedicó amplios espacios al desarrollo del conflicto europeo y sus implicaciones en Chile. Lo que contrasta con el ostracismo de la guerra en la historiografía chilena.

Los «cablegramas del extranjero»: la conexión de los lectores con el más allá de las fronteras

Ya hemos mencionado que la historiografía chilena se ha centrado en analizar los impactos económicos y las relaciones diplomáticas en relación con la Primera Guerra Mundial, y ha dejado de lado otros efectos, como los derivados de la circulación de la información y las noticias que recibía la opinión pública chilena.

Desde el primer momento, las potencias europeas se dieron cuenta que el control de la información era otra arma con la que combatir al enemigo, tanto en el suelo patrio como en el exterior, y atraer así al máximo de los aliados posible. Los distintos Estados exigieron colaborar con este fin a las agencias de noticias y compañías de cables submarinos de sus respectivos países (Sánchez, 2014: 56). Esta situación trajo consigo que en los diarios chilenos la mayor parte de la información que llegaba de Europa pasara por la censura y la propaganda de las agencias europeas, escenario que hacía complicado que la sociedad chilena impulsara un debate crítico de los acontecimientos desatados en 1914. Por tanto, realizar un estudio exhaustivo de las agencias extranjeras y los cables submarinos que intervenían en el entramado informativo chileno ayudaría a entender mejor la opinión pública, sus alineamientos y su visión del conflicto armado.

En el caso de los periódicos chilenos, los asesinatos del archiduque Francisco Fernando y su esposa, la guerra austroserbia y el inicio de la Guerra Mundial fueron tratados como las principales noticias del exterior y se leyeron con interés y conmoción. Los distintos rotativos compitieron por ofrecer las principales novedades y la más completa información incluyendo fotografías y gráficos que ayudaran a entender los hechos que se estaban desarrollando en Europa.

Las noticias que llegaban a Chile del extranjero formaban parte del sistema informativo mundial que se inició en la primera mitad del siglo XIX por medio de la creación de agencias de noticias, la extensión del telégrafo y el desarrollo de los cables submarinos, que junto al ferrocarril y los barcos de vapor completaban esta red de comunicaciones. En cuanto a los cables submarinos, el tendido entre América del Sur y Europa se inició en los años de 1860 y las compañías británicas se hicieron con el monopolio de los mismos (Sánchez, 2014: 59). Es un momento donde el capitalismo se expandió por el mundo, al mismo tiempo que el imperia-lismo y el colonialismo.

En la obra *Caminos de la palabra: Las telecomunicaciones de Morse a Internet*, de Horacio Reggini, se menciona que desde que comenzaron los tendidos telegrá-ficos submarinos surgió la idea de unir Suramérica con Europa. También explica

que la primera iniciativa se tomó entre Brasil y Portugal, que inauguraron la línea entre Río de Janeiro y Lisboa en 1874 a través de las islas Madeira. Posteriormente, Brasil dispondría de otras líneas: Fernando de Noronha (hasta Dakar, 1892), Salinas (hasta Nueva York, 1892) y Tenerife (hasta la costa africana, 1911).

Nada más conocerse en Argentina la idea de conectar Brasil con Europa mediante el telégrafo submarino, en 1872 el gobierno de Sarmiento otorgó por diez años una concesión a Lamas & Company para conectar Buenos Aires con Río de Janeiro por medio de un cable submarino. De este modo, en agosto de 1874 Argentina estaba en condiciones de comunicarse telegráficamente con Europa. Los mensajes viajaban primero a Montevideo a través de la línea de la River Plate Telegraph Company; de allí a Pernambuco, pasando por Río Grande do Sul, Santos y Río de Janeiro; luego cruzaban el Atlántico hasta arribar a Lisboa. Desde Lisboa se derivaban a las distintas capitales europeas.

En cuanto a Chile, en julio de 1872 se abrió la línea telegráfica internacional que conectó Valparaíso con Buenos Aires y, de esta manera, el país quedó conectado con Europa a partir de 1874. La Transandine Telegraph Company construyó el tendido internacional chileno-argentino. En 1891 la empresa fue adquirida por The Central & South American Telegraph Company. Más adelante, la Pacific & European Telegraph —que contrató con la Clark Bros la construcción de una línea terrestre entre Buenos Aires y Punta de Vacas, para seguir por cable subterráneo hasta Río Blanco, y de allí, de nuevo por línea terrestre, a Valparaíso— entró en funcionamiento a principios de 1894.

Pero la conexión telegráfica más importante para Chile durante los años previos y durante la Primera Guerra Mundial fue la llamada línea Galveston. Esta conexión nacía en Londres y llegaba a Nueva York, y de esta ciudad iba por vía terrestre hasta Galveston (Texas), y de aquí a Veracruz (México), pasaba por las repúblicas centroamericanas hasta Cólón (Panamá). Luego conectaba a las ciudades del Pacífico (Callao, Iquique, Valparaíso) y también Buenos Aires. Esta línea tuvo su origen cuando en 1880 el estadounidense James Scrymser puso en marcha el cable entre Galveston y Veracruz, después de obtener la concesión para construir líneas telegráficas entre los Estados Unidos y México. Dos años más tarde, se fundó la Central & South American Telegraph Company con el apoyo de un grupo de banqueros de Nueva York. En 1891, esta compañía logró la conexión con cable hasta Chile y compró la línea terrestre a Buenos Aires de la Transandine Telegraph Company, compitiendo con el resto de compañías en el servicio entre Sur y Norteamérica, y también entre Suramérica y Europa, vía Estados Unidos (Reggini, 2012: 49-57).

Precisamente, esta línea de comunicación es la que usó *El Mercurio* de Santiago de Chile para informar a sus lectores en 1914 de los acontecimientos en Europa, como los del asesinato del heredero al trono austro-húngaro y su esposa, la guerra austroserbia y la Primera Guerra Mundial. En la cabecera de sus «cablegramas del extranjero» señalaba que usaba para la obtención de sus noticias el servicio cablegráfico de la Central and South American Telegraph, vía Colón.

Volviendo a Argentina, y para completar el puzle, la obsesión de sus gobernantes de no depender de terceros países (sobre todo de Brasil) en sus comunicaciones con Europa, los llevo a acordar con la Western Telegraph Company un cable desde Buenos Aires hasta la isla Ascensión, y de aquí a las islas de Cabo Verde. Servicio que se pudo inaugurar en 1910 (Reggini, 2012: 57-58).

Con los datos anteriores, presentamos la red de cables telegráficos terrestres y submarinos que conectaban América del Sur con Europa en 1914, pero falta mencionar qué compañías de noticias nutrían de ellas a los rotativos iberoamericanos, en general, y los chilenos, en particular. Para comenzar, debemos de nuevo remontarnos a la primera mitad del siglo XIX, cuando se fundan las grandes agencias de noticias europeas: la francesa Havas (1835), la británica Reuters (1851) y la alemana Wolff (1849). Las tres empresas acordaron repartirse los territorios del mundo en sucesivos convenios (1856, 1859, 1870), en lo que podría denominarse un reparto colonial de la comunicación: cada agencia obtenía el monopolio de generar y distribuir información en las áreas asignadas (Paz Rebollo, 1994: 291). La compañía francesa Havas obtuvo la exclusividad de América del Sur, además de todo el imperio francés y los países latinos del Mediterráneo (Sánchez, 2014: 60; Paz Rebollo, 1994: 291).

De este modo, nos encontramos con un panorama comunicacional para Chile en 1914 donde los cables telegráficos fueron predominantemente de compañías británicas, y la agencia de noticias que suministraba las mismas era francesa. El 4 de agosto de ese año, el Gobierno británico, después de la declaración de guerra contra Alemania, destruyó los cables submarinos alemanes que existían en el Mar del Norte (Becker, 1986: 171). Por tanto, la guerra informativa en Latinoamérica tenía como claro ganador en los primeros instantes a los países aliados.

Las primeras imágenes de la guerra

Entrando de lleno en el tema que nos ocupa, el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y su esposa, la duquesa Sofía de Hohenberg, fue la crisis que inició los pasos hacia la Primera Guerra Mundial. Las primeras noticias

publicadas en el periódico *El Mercurio* sobre el atentado al matrimonio austriaco aparecieron un día después de los hechos, el 29 de junio de 1914.

En la sección de las editoriales aparecía una gran fotografía del archiduque a dos columnas en medio de la parte superior de la página. Es la única ilustración en ese espacio, por lo que todas las miradas se concentran en ella. Era un retrato a cuerpo entero y en el que el heredero estaba solo, sentado, vestido de militar, en una imagen de estudio que iba acompañada de un texto donde se hacía hincapié en dos cuestiones fundamentales: por un lado, en la fatalidad que envolvía a la casa de Habsburgo después del fallecimiento de varios miembros por medio de asesinatos y de forma misteriosa, y la manera en cómo había llegado el sobrino del emperador a convertirse en el heredero; y por otro, en la semblanza de Francisco Fernando que lo describía como autoritario, poco amigo de los sistemas constitucionales, nacionalista y belicista, muy próximo al ejército y simpatizante de los vínculos con Rusia.

Por tanto, la elección de la fotografía podría explicar las ideas transmitidas: la soledad vinculada al misterio y la fatalidad, y la vestimenta militar como persona autoritaria y belicista. El relato continuaba poniendo énfasis en el grave problema que situaba a la monarquía austriaca sin su heredero y con un emperador enfermo, con una edad muy avanzada (*El Mercurio*, 29 de julio de 1914, pág. 3). Por tanto, la editorial incidía en la «condena» misteriosa que impregnaba a la casa reinante y en la mala situación que dejaba este atentado para la estabilidad interna de uno de los Estados más importantes de Europa.

En las páginas interiores, la noticia del asesinato encabezaba el apartado de las informaciones internacionales, que tenía por nombre «Cablegramas del extranjero». La información se daba a cinco columnas acompañada de cinco fotografías de la familia imperial austriaca. Según hemos observado, no era normal un espacio tan amplio dedicado a una información del exterior. Las notas venían firmadas desde Viena, Sarajevo, París y Roma. La fuente de todo lo que se leía y se veía no se especificaba, pero se indicaba que la información había sido recibida por el cable de la Central & South American Telegraph. Sin dudas, el periódico percibió la gravedad e importancia del acontecimiento.

En contraste con la configuración de la página de la sección de las editoriales que se quería concentrar la atención al archiduque Francisco Fernando, en esta ocasión estaba recargada de cinco imágenes que de alguna manera informaban de lo que significaba el asesinato del heredero, tanto para la familia imperial como por sus implicaciones políticas.

La disposición de las fotografías tiene forma de U invertida. Justo debajo del titular y los subtítulos en la parte izquierda aparecen tres imágenes a dos columnas, una debajo de la otra. La primera es del emperador, que al igual que la que describimos anteriormente del archiduque, está sentado, solo y con uniforme militar, y se puede apreciar su avanzada edad. Representaría la soledad ante la pérdida de su heredero.

La segunda corresponde a los nuevos herederos del trono imperial: el archiduque Carlos Francisco José de Austria y su esposa, la princesa Zita de Borbón. A pesar de la fatalidad, había que dar la sensación de orden y continuidad. El mensaje estaba claro: se podía eliminar a un heredero, pero el sistema estaba preparado para continuar con el régimen político y nadie lo iba a desestabilizar.

La tercera fotografía era una instantánea de Francisco Fernando con una de sus hijas, mirándola a los ojos: una foto más cercana y familiar, ya que tenía en brazos a una de sus hijas y su vestimenta no era tan solemne, sino que llevaba ropa de civil.

A la derecha se situaban otras dos fotografías. Una justo al lado de la descrita del emperador Francisco José, a tres columnas, en la que se veía al matrimonio asesinado junto a sus tres hijos. Debajo de la anterior, una imagen con el archiduque de cintura para arriba y donde se percibe perfectamente su rostro. Esta última era la única que tenía un borde circular, en contraposición con las otras cuatro que tenía forma cuadrada (*El Mercurio*, 30 de junio de 1914, pág. 9).

Sin duda, esta serie de fotografías muestran el lado más familiar e íntimo de Francisco Fernando, el gran protagonista de las imágenes, presentando a un archiduque distinto al que observamos en la página destinada a las editoriales. Es un individuo más cercano, esposo y padre, con actitudes cariñosas, alejadas de las anteriores y que daban una imagen de hombre de Estado, más distante y autoritario. Es conocido que el archiduque se casó con su esposa en contra de la voluntad del emperador porque la princesa no pertenecía a la alta aristocracia. De alguna manera, esta serie de fotografías le humanizaba. En definitiva, el atentado había dejado huérfanos a sus hijos, pero también al imperio. La noticia calificaba el suceso como tragedia y así identificará el diario la información relativa a estos hechos durante los próximos días.

Al día siguiente, la noticia se daba a toda página y tenía por título «La tragedia de Sarajevo: nuevos detalles del doble asesinato». La cobertura del asesinato en Sarajevo era sin duda la noticia del momento. Se daban más detalles de los hechos, pero sin ninguna foto. Primaron las palabras a las imágenes (*El Mercurio*, 1 de julio de 1914). Y esa fue la tónica durante los días sucesivos: ninguna instantánea de lo que se denominó como «tragedia de Sarajevo». La noticia pasó a un segundo

plano y con espacios reducidos. La única fotografía que se publicó fue el 5 de julio: se veía el Palacio de Schonbrunn de Viena y el título era «La enfermedad del emperador de Austria» (*El Mercurio*, 5 de julio de 1914, pág. 4). Durante ese tiempo se informaba que las autoridades austriacas pedían a las serbias una investigación exhaustiva para esclarecer los hechos y castigar a los culpables. Sin embargo, hoy sabemos que el emperador de Austria-Hungría estuvo ganando tiempo para obtener el apoyo de Alemania para actuar con contundencia contra Serbia.

El 23 de julio la monarquía austrohúngara dio un ultimátum a Serbia. Los asesinos eran bosnios, y por tanto súbditos del emperador Francisco José, pero las sospechas de que funcionarios serbios les ayudaron en la adquisición de las armas y en el cruce de la frontera con Serbia estaba encima de la mesa. Se exigió a Serbia que persiguiera a las organizaciones que pretendían la separación de Bosnia-Herzegovina de Austria-Hungría y su cooperación en la investigación judicial. La respuesta serbia fue que aceptaba la participación austriaca en la investigación judicial siempre que las pesquisas se sometieran a la Constitución vigente en Serbia y al derecho internacional. Bajo este pretexto, el Imperio Austrohúngaro rompió relaciones con el Reino de Serbia y le declaró la guerra (Stevenson, 2014: 58.).

Las siguientes primeras informaciones sobre el «Ultimátum de Austria a Serbia» aparecieron dos días después de producirse. En la nota se habría manifestado que los reservistas austrohúngaros son convocados a incorporarse a sus regimientos dentro de 24 horas. El espacio a tres columnas cubre la mitad de la página y no hay ninguna fotografía de apoyo (*El Mercurio*, 25 de julio de 1914).

En la edición de la jornada posterior, la información continuaba a media página y tres columnas, y era la noticia más destacada de los «Cablegramas del extranjero». También se desarrollaba en dos columnas a toda página de la siguiente. El titular ya es «El conflicto austro-serbio». Las frases de los subtítulos eran claros: «La respuesta de Serbia al ultimátum no es satisfactoria; los dos países comienzan la movilización de sus tropas; el zar Nicolás ordena la movilización de cinco cuerpos del ejército hacia la frontera austriaca; se teme la conflagración europea». De nuevo, ninguna imagen (*El Mercurio*, 26 de julio de 1914, pág. 18).

Al día siguiente, se volvía a titular «El conflicto austro-serbio» y como informaciones más relevantes encontramos la entrada de la guerra de Gran Bretaña, el entusiasmo bélico en París, y las manifestaciones patrióticas en Austria y Alemania. Se hacía un repaso a la prensa rusa, donde se destacaba la idea de que Rusia no podía quedar indiferente a un ataque a Serbia. Se añadía que Austria habría enviado el ultimátum sin consultar a Alemania, hecho que ya hemos indicado que no fue así. Como contrapunto, se anunciaban las manifestaciones de los socia-

listas en favor de la paz. También se daba cuenta de la declaración de guerra de Austria a Serbia (*El Mercurio*, 27 de julio de 1914, pág. 11).

Por fin hay nuevas fotografías el martes de 28 de julio como complemento de la información a toda página y parte de la siguiente sobre el «Conflicto austro-serbio». En medio de las informaciones aparecen cinco imágenes que nos ponen en situación de lo que está pasando en Los Balcanes. Hay dos representaciones referentes a Serbia: la del príncipe Alejandro, el heredero del trono serbio y que actuó como comandante de su ejército durante la Primera Guerra Mundial; la otra es una panorámica a cinco columnas en la parte inferior de la movilización de reservistas en un campamento de Belgrado. Las otras tres están relacionadas con tres personajes austriacos: el primero, el conde Berchtold, ministro de Relaciones Exteriores y máximo responsable del ultimátum enviado a Serbia; el general de infantería Mauricio de Ausseberg, uno de los mandos del Ejército; y el general Oscar Potiovek, jefe del Gobierno de Bosnia y Herzegovina, máxima autoridad austriaca en el escenario del enfrentamiento entre las dos monarquías (*El Mercurio*, 28 de julio de 1914, pág. 13). En todos los casos los protagonistas aparecen en fotografías de estudio con el uniforme militar y sin duda se quiso poner rostro a algunos de los máximos responsables de la situación bélica que se estaba viviendo. El nacionalismo y el expansionismo en Los Balcanes estaba en juego.

En la edición del día siguiente se escribió el primer editorial que lleva por título «La guerra». En este editorial no se habló de posibles repercusiones en Chile, solo se trazó una explicación geopolítica del escenario que había llevado a la guerra entre Austria-Hungría y Serbia. Así, se mencionó los nacionalismos de ambos países y el esperable apoyo ruso a los eslavos. El autor señalaba el deseo de que todo se resolviera a través de una conferencia de paz lo antes posible y, en caso de llegarse a las armas, que el conflicto no se expandiera al resto de Europa (*El Mercurio*, 29 de julio de 1914, pág. 3).

En las páginas interiores «La guerra austro-serbia» volvía a ocupar una página entera y parte de la siguiente. Las noticias del conflicto venían acompañadas de seis fotografías, las dos principales del emperador Francisco José de Austria-Hungría y del rey Pedro de Serbia. Los dos máximos responsables de la tensión militar frente a frente. Las informaciones más relevantes tenían que ver con el desarrollo de las acciones bélicas entre Austria y Serbia, y con los movimientos diplomáticos y militares de las principales potencias europeas (*El Mercurio*, 29 de julio de 1914, págs. 15-16).

El 30 de julio encontramos nuevamente otro editorial bajo el nombre de «El conflicto austro-serbio»: aunque se volvía a hacer un planteamiento general se

sostenía que, si se producía la conflagración continental, las «consecuencias no dejarían de alcanzarnos a nosotros mismos en este rincón del hemisferio en que vivimos» y se insistía en que «sería la ruina del mundo» (*El Mercurio*, 30 de julio de 1914, pág. 3).

La apertura de los cablegramas del extranjero continuaba con «La guerra austro-serbia» con una página y gran parte de la siguiente. Entre las informaciones más importantes encontramos las que tenían que ver con la actividad gubernamental y militar de Rusia, Alemania, Gran Bretaña y Francia en relación al contexto prebélico que se vivía en Europa. Entre las noticias aparecen siete fotografías. Cinco corresponden a altos mandos militares y miembros de la más alta administración austriaca. El primero de los personajes es el conde Karoly, miembro del parlamento de Hungría; el siguiente que observamos es el conde Lexa Aehrenthal, ministro de Relaciones Exteriores hasta 1912 y artífice de la anexión de Bosnia y Herzegovina en 1908; a continuación, vemos a tres generales de infantería: el barón Francisco Conrado de Haetsserdort, el archiduque Federico y Francisco Schordier. Las otras dos imágenes eran sobre Belgrado, una calle y una instantánea con el teatro nacional como protagonista (*El Mercurio*, 30 de julio de 1914, págs. 14-15). Nuevamente los recursos disponibles: altos cargos de la política y del ejército austriaco junto a panorámicas de la capital serbia. Esa era la forma de acercar y poner cara a los principales actores de la guerra que se acaba de iniciar.

Además, por primera vez aparecían noticias llegadas de Buenos Aires y Río de Janeiro. Sobre Argentina se decía que continuaba el pánico en la Bolsa bonaerense a causa de las noticias recibidas de Europa, que habían quebrado cinco casas comerciales y además se destaca que el diario *La Prensa* tenía una tirada diaria de 170.000 ejemplares desde el inicio de la guerra en Los Balcanes. Respecto a Brasil se mencionaba que todos los bancos suspendieron sus operaciones por las complicaciones de una guerra en Europa y se temía que la situación hiciera fracasar el empréstito que se quería contratar en el Viejo Continente (*El Mercurio*, 30 de julio de 1914, pág. 15).

El Mercurio contó el 31 de julio con dos editoriales que hablaban de la guerra austro-serbia y de las posibles extensiones al resto del continente. Uno se llamaba «La guerra y sus problemas» y el otro «La guerra y el pánico». La sección «Cablegramas del extranjero» se abría de nuevo con «La guerra austro-serbia». Una página y media ocupaban las noticias del conflicto con las últimas novedades llegadas de las principales capitales europeas. Las informaciones eran recibidas desde la Central & South American Telegraph Company y trataban de la crisis

internacional y financiera debido a la guerra en Los Balcanes, de las primeras batallas, de los primeros muertos austriacos y serbios y las movilizaciones de los ejércitos ruso, alemán e italiano (*El Mercurio*, 31 de julio de 1914, págs. 3 y 13-14).

La primera edición del mes de agosto del periódico da por hecho la ampliación de la guerra entre las potencias europeas. Aunque sigue titulando las informaciones como «La guerra austro-serbia», los subtítulos son muy anunciadores de lo que se avecina: «La conflagración europea se hace inminente; Alemania exige a Rusia que suspenda la movilización de sus tropas; pide a Francia que defina su actitud en el caso de un conflicto ruso-germánico».

En referencia a las fotos, también se puede apreciar la intención de los responsables de la información de querer avisar lo que se venía. En la primera página de los «Cablegramas del extranjero» se publicaron dos imágenes: la primera de Francia, donde se mostraba la capacidad bélica de ese país con baterías de artillería y aeroplanos; en la segunda se aprecia al rey Nicolás de Montenegro aclamado por el Ejército (*El Mercurio*, 1 de agosto de 1914, pág. 12). En la segunda de las páginas se pueden observar cuatro fotos a cuatro columnas cada una. En la primera, en referencia a Alemania, se muestra un *collage* de diferentes cuerpos del Ejército donde se percibe su poderío militar; las dos imágenes siguientes son del rey Jorge de Inglaterra pasando revistas al cuerpo de caballería y al de aviadores; en la última se ve al zar Nicolás de Rusia y a su primogénito pasando revista a los cadetes de una escuela militar (*El Mercurio*, 1 de agosto de 1914, pág. 13).

La elección de las instantáneas fue una forma de adelantar los acontecimientos. Se usaron recursos de Alemania, Francia, Inglaterra y Montenegro cuando hasta ese momento solo estaban en guerra Austria-Hungría y Serbia. Sin embargo, las alianzas militares, los intereses particulares, los nacionalismos y las políticas expansivas que estaban sobre la mesa hacían presagiar la extensión de la guerra hacia la mayor parte de Europa.

La incertidumbre y las noticias procedentes de Europa se suceden, y el domingo las páginas de las informaciones del extranjero se ampliaron a tres. La importancia de los acontecimientos requería más espacio para contar todos los detalles posibles y disponibles. Se mantenía como primer titular «La guerra austro-serbia» y a continuación con letras más grandes «Alemania declara la guerra a Rusia», debajo «Moviliza 4.800.000 hombres». Estaba claro que la guerra había entrado en una nueva dimensión, en este caso continental. La fotografía a seis columnas ilustra la tensión del momento con una imagen del zar de Rusia a caballo con su Estado mayor durante una revista militar (*El Mercurio*, 2 de agosto de 1914, pág. 13).

En la página siguiente, tres nuevas fotografías, las dos más grandes sobre Alemania, el país protagonista de la jornada al declarar la guerra a Rusia en apoyo del Imperio Austro-Hungría. En la primera se ve un dirigible militar volando encima de una flota de guerra, como muestra de la importancia que estaba adquiriendo la aviación en las estrategias militares. En la segunda se puede advertir al emperador Guillermo junto a los tres jefes de Estado mayor de la Triple Entente: el general italiano Pollio, el mariscal alemán Von Moltke y al general austriaco Conrad von Woetzendorf. La tercera imagen se trataba de una panorámica de la cámara de diputados en Viena, capital austriaca (*El Mercurio*, 2 de agosto de 1914, pág. 14).

Las grandes protagonistas eran Alemania y Rusia al entrar en el conflicto iniciado en Los Balcanes. De ahí las representaciones alusivas a estas dos monarquías. Pero mientras al zar de Rusia se muestra sólo con un cuerpo militar tradicional como es el de caballería, el Ejército alemán y a su emperador se muestra con armamento y cuerpos modernos, como la aviación, y con sus aliados, Austria-Hungría e Italia. Claramente los redactores de la noticia están dando ventaja subliminal a Alemania en esta guerra que acaba de empezar.

La tercera de las páginas tiene dos fotografías. La primera del emperador Francisco José en una imagen a dos columnas donde se aprecia al monarca a caballo. La segunda pertenece al rey Nicolás de Montenegro junto a los oficiales del Estado mayor de su ejército (*El Mercurio*, 2 de agosto de 1914, pág. 15). Montenegro fue uno de los reinos que se alió con Serbia contra la expansión del Imperio Austro-húngaro y, de este modo, se presenta a otro de los actores de los acontecimientos, aunque de menor entidad política, territorial y militar que los anteriormente mencionados.

Por fin, el 3 de agosto los cablegramas del extranjero cambian el rótulo de «La guerra austro-serbia» por el de «El conflicto europeo». Las informaciones del día anterior con la entrada en la guerra de Alemania y Rusia entraron en una nueva dimensión, que viene a completarse con los temores de que Francia, Gran Bretaña e Italia entren también en la conflagración, como se deja entrever en el texto, por ejemplo, anunciando la orden decretada por el Gobierno francés de movilización su Ejército.

En referencia a las fotografías, podemos decir que son muy ilustrativas por cuanto además de contribuir a explicar los acontecimientos que se están desarrollando en Europa, también hacen una labor de pedagogía por cuanto nos presentan las alianzas y otros datos de interés para entender la situación.

En la primera página se encuentran dos imágenes. La primera en el centro de la hoja se titula «La alianza dual: Rusia y Francia», y justo debajo de este pie

de foto «Porcentaje de expendios militares sobre su comercio total: 12. Total de sus expendios militares: 164 millones de libras esterlinas». En la segunda, a seis columnas como faldón en la parte inferior, se ve una escuadra de torpedos británica en unas maniobras militares (*El Mercurio*, 3 de agosto de 1914, pág. 7). Tres nuevos actores unidos en las instantáneas y por las alianzas: Rusia, Francia y Gran Bretaña. El bando que luego se llamó de los aliados.

En la segunda de las páginas de las noticias del exterior, aparecen cinco fotografías. La primera de ellas sigue en la misma línea que la de la página anterior: explicar los porcentajes de los gastos militares de los países implicados: Alemania (19%), Francia (14%), Rusia (43%), Austria (14%) e Italia (16%). El resto de las imágenes presentan una flotilla de submarinos alemanes, el rey Jorge V de Gran Bretaña en unas maniobras militares, al zar de Rusia en otras y a la artillería rusa (*El Mercurio*, 3 de agosto de 1914, pág. 9).

La tercera de las páginas de ese día solo lleva una fotografía donde se ven tres soldados con el pie de foto que dice: «La triple alianza: Alemania, Austria e Italia» y de nuevo informa de los gastos militares de cada uno, que cifra el total de la suma de los tres reinos en 147 millones de libras esterlinas (*El Mercurio*, 3 de agosto de 1914, pág. 10). Como ya hemos afirmado, la función didáctica entró de lleno para explicar estos hechos tan complejos y una forma de hacerlo fue clarificando las alianzas militares de los contrincantes y su potencial militar con porcentajes sobre el gasto en esa materia e imágenes de su capacidad bélica.

La Primera Guerra Mundial había comenzado y entraríamos en una nueva fase que, pensamos, estaría fuera de este primer análisis. De este modo, nos limitamos a los asesinatos del archiduque austriaco y de su esposa, y a las tensiones motivadas por el ultimátum austriaco, la posterior declaración de la guerra a Serbia y los preparativos de las potencias a un enfrentamiento continental.

Conclusiones

Con todo lo expuesto, podemos concluir que la observación de las fotografías publicadas en el diario *El Mercurio*, desde el atentado de Sarajevo hasta los primeros días de la Primera Guerra Mundial, nos permiten corroborar que los acontecimientos mencionados ocuparon una atención especial y preferente en sus páginas, dedicándose espacios destacados a informar sobre los acontecimientos y los impactos en Chile. El asesinato del archiduque austriaco y su esposa en Bosnia-Herzegovina se reflejó como un hecho importante y, conforme sus efectos se fueron complicando en la escena europea, el interés fue en aumento.

Por tanto, nuestra hipótesis de partida ha sido confirmada. En el periódico analizado, los primeros hechos que desembocaron en la Primera Guerra Mundial fueron expuestos con amplios espacios en lugares destacados. Desde el atentado en la capital bosnia, se percibe la gravedad de la situación debido al sistema de alianzas y rivalidades entre las potencias europeas. En todo momento, el temor de fondo de que el conflicto adquiriese una dimensión europea con sus implicaciones en el resto del planeta estuvo presente.

Las fotografías observadas tienen características diferentes en función de lo que se quiere transmitir a los lectores. En los atentados de Sarajevo percibimos una doble mirada: por un lado, una radiografía del archiduque asesinado como hombre autoritario y belicista; y por otro, una tragedia que deja huérfanos a una familia y a un imperio, otra más en el seno de los Habsburgo. Y ese juicio llega al título de la noticia: «La tragedia de Sarajevo».

La siguiente fase de los acontecimientos fue la relativa a la guerra austro-serbia, donde las ambiciones nacionalistas y expansionistas en Los Balcanes fueron claramente los argumentos representados por los monarcas austriaco y serbio y en diversos cargos políticos y militares, en este caso austro-húngaros. En este sentido, se va haciendo pedagogía hacia la opinión pública asociando una serie de valores en los bandos enfrentados y, de alguna manera, la información se pone de parte de Serbia, al identificar al Imperio Austro Húngaro con expansionismo, autoritarismo y militarismo. Se juega a semejar a los dos Estados con David y Goliat, y la sociedad normalmente se pone de parte del más débil.

La última parte del análisis se circunscribe al inicio del conflicto europeo: además de presentar a los jefes de Estado pasando revista a sus tropas, se muestra el potencial bélico de los distintos ejércitos y se realiza una función pedagógica al explicarse la formación de los bandos, las alianzas y su capacidad militar, en relación con datos sobre su gasto militar. Pero en esta información, en principio neutral, subyace una propaganda proaliada por las ideas que se transmiten. De este modo, Francia y Gran Bretaña estaban vinculadas a la democracia, la civilización y el progreso frente a los imperios germánicos, que estarían próximos a la barbarie y la violencia.

Referencias

- Becker, J. (1986). «Comunicación y paz. Las relaciones empíricas y teóricas entre dos categorías de las Ciencias Sociales». *Analisi*, 10/11: 163-182.
- Compagnon, O. (2007). «‘Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans

- la presse argentine et brésilienne». En J. Lamarre LY M. Deleuze (ed.), *L'envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations* (pp. 77-91). Québec: Presses Universitaires de Laval.
- . (2009). «Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l'Amérique latine entre 1914 et 1918». *Relations Internationales*, 137: 31-43.
- . (2014). *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil 1914-1918)*. Buenos Aires: Crítica.
- Couyoumdjian, J. R. (1986). *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra, 1914-1921*. Santiago: Andrés Bello.
- Donoso, E. (1917). *Impresiones de un chileno a través de Alemania y Francia durante la guerra*. Santiago: Imprenta España Editorial.
- Fernandois, J. (2005). *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Godoy, H. (1976). *El carácter chileno*. Santiago: Universitaria.
- Paz Rebollo, María A. (1994). «Barcelona en el panorama informativo internacional: la agencia Havas, la especulación y el nacionalismo (1908-1918)». *Gazeta*, 1: 289-301.
- Reggini, H. C. (2012). *Los caminos de la palabra: Las telecomunicaciones de Morse a Internet*. Buenos Aires: Galápagos.
- Sánchez, E. G. (2014). «Pendiente de un hilo: guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra». *Política y Cultura*, 42: 55-87.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Debate.
- Tato, M. I. (2008). «La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial». En S. Mallo y B. Moreyra (coords.), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI* (pp. 725-741). Córdoba, La Plata, Argentina: Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti», Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC), Universidad Nacional de La Plata.
- . (2012). «Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial». *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas, Anuario de Historia de América Latina*, 49: 205-23.
- . (2013). «Propaganda de guerra para el Nuevo Mundo. El caso de la revista América-Latina (1915-1918)». *Historia y Comunicación Social*, 18: 63-74.
- . (2014). La Gran Guerra en la historiografía argentina. Balance y perspectivas de investigación. *Iberoamericana*, 14 (53): 91-101.

Reconocimiento

Este trabajo es producto del proyecto Fondecyt Regular 1160452 titulado «La Patria en Guerra. Las colonias europeas en el Sur de Chile durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra (1914-1924)», cuyo investigador responsable es el autor de este artículo.

Sobre el autor

JUAN LUIS CARRELLÁN RUIZ es doctor en Historia por la Universidad de Huelva (España) y profesor asistente en la Universidad de La Frontera. Su correo electrónico es juancarrellan@hotmail.com.

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**«Chilote tenía que ser»: Vida migrante
transnacional en territorios patagónicos de Chile
y Argentina**

*«Must be Chilote»: transnational migrant life in the Patagonian
territories of Chile and Argentina*

Juan Manuel SALDÍVAR ARELLANO

Universidad de Los Lagos, Chile

RESUMEN Este artículo presenta avances de investigación etnográfica considerando hitos históricos en la migración transnacional de chilotes desde los años cincuenta hasta los ensamblajes actuales en lugares de la Patagonia chilena y argentina. En particular, se analizan etapas de movilidad vinculadas al auge económico en territorios australes, destacando sectores de inserción laboral en ambos lados de la frontera. Los resultados preliminares muestran las conexiones culturales reservadas a lugares de origen y residencia a través de la formación de comunidades, circulación de mercancías, extensión de significados y nuevas trayectorias migratorias interregionales. La plataforma metodológica corresponde a etnografías en movimiento derivadas de acercamientos circunstanciales en diferentes localidades de Chiloé y la Patagonia, entre diciembre de 2015 y mayo de 2017. Las reflexiones en este trabajo hacen un aporte a los estudios sobre movilidades humanas en el sur de Chile analizadas desde perspectivas multilocales, que permiten localizar continuidades culturales en la migración vivida.

PALABRAS CLAVE Migración transnacional, macrozona sur patagónica, etnografía multisituada, Chiloé.

ABSTRACT This article presents new ethnographical information on milestones in the history of the transnational migration of Chilotes (inhabitants of Chiloe Island, southern Chile), from the 1950s up to the assemblages existing today in different parts of Chilean and Argentinean Patagonia. In particular, we analyse stages in the development of mobility linked to the economic boom in these southern territories, highlighting sectors in which jobs were created on both sides of the border. The preliminary results show how cultural connections are retained with places of origin and residence through the formation of communities, the circulation of goods, the extension of symbolic meanings and new inter-regional migratory trajectories. The methodology used was that of ethnographies in movement derived from circumstantial approaches in different locations in Chiloe and Patagonia between December 2015 and May 2017. The reflections in this work are a contribution to studies on human mobility in southern Chile from multi-local perspectives that allow cultural continuities to be identified in the experience of migration.

KEYWORDS Transnational migration, South Patagonia macro-zone, multisite ethnography, Chiloé.

Introducción

Las movilidades de comunidades chilotas corresponden a diferentes etapas históricas siendo los desplazamientos ancestrales desde Chiloé al archipiélago de los Chonos y las Islas Guaitecas recorridos ancestrales (Emperaire, 1963). Siguen durante la Colonia con viajes de misioneros (Müller, 2007; León, 2007), luego, en el siglo XIX, se amplían hacia el virreinato del Perú y California, llegando al siglo XX con diversas migraciones y viajes hasta la Patagonia chilena y argentina (Campos y Vargas, 2005). Parte de los antecedentes del nomadismo chilote están vinculados a la población de lugares como Magallanes, así como también de otros espacios patagónicos,¹ los llamados pueblos de nylon o de plástico² (Vás-

1. Destacamos la frase «chilote tenía que ser» de la novela *El chilote Otey y otros relatos*, de Francisco Coloane, narración épica de la participación de migrantes laborales chilotos en la «Huelga del 21» ocurrida en las estancias de Santa Cruz, Argentina. Para mayor detalle, véase Coloane, 1971.

2. Poblados que surgen en la década de los ochenta por comunidades de pescadores artesanales chilotos que buscaban cardúmenes en lugares de la Patagonia austral; entre estos se encuentra Caleta Tortel en la región de Aysén.

quez de Acuña, 1993), campamentos y poblados (Silva, 2011). Estas migraciones golondrina³ (Montiel, 2010) fueron motivadas durante el siglo XX por economías extranjeras provenientes de alemanes, ingleses y sirio-libaneses en Santa Cruz y Tierra del Fuego. La apertura económica de estos territorios provocó ensamblajes de trabajadores asalariados en sectores relacionados con estancias, frigoríficos, explotación maderera, petrolera y minera. Las comunidades de migrantes que se desplazaron por territorios australes imaginaron el sur desde el sur⁴ como una fuente inagotable de oportunidades laborales manteniendo la tradición de la vida patagónica⁵ hasta principios de la década de los ochenta. Las trayectorias migratorias consideraron nuevas rutas, siendo el auge de la pesca artesanal bentónica factor que permitió desplazamientos hacia lugares australes y formación de poblaciones como los llamados pueblos de plástico en Aysén. Movilidades actuales se relacionan con otros tipos de migrantes en la búsqueda de empleos calificados y estudiantes de educación superior, sobre todo quienes contemplan territorios desde el sur-norte hasta Santiago.

Los estudios sobre migración internacional en Chile han sido abordados desde diferentes perspectivas científicas, siendo la historia línea de investigación prominente para los escasos trabajos realizados en la macrozona sur patagónica, no así en lugares del centro y norte del país que se valen de planteamientos contemporáneos. Estudiosos de la temática han concentrado su atención en movilidades históricas y transnacionales, los casos de comunidades peruanas (Garcés, 2015; Guizardi y Garcés, 2013; Stefoni, 2004), cubanas (Saldívar, 2015), japonesas (Ferrando, 2004), árabes y judías (Agar, 2007). Estudios recientes localizan movilidades en el Norte Grande derivadas del particularismo económico de expansión en la minería salitrera (González Miranda, 2009; Valdebenito, 2017). De manera que nuevos enfoques analizan también migraciones femeninas en territorios hi-

3. Hace referencia a las migraciones temporales de chilotes en territorios patagónicos de Argentina y Chile.

4. Esta categoría geográfica pretende abrir una discusión sobre la migración desde el sur austral, lo cual hace diferente a otros tipos de movilidad, incluyendo las de norte-norte, en la región hiperfronteriza de Chile colindante con el Perú y Bolivia.

5. Considerando diferencias de movilidad sur-sur y norte-norte, vivir Patagonia implica una serie de categorías históricas, culturales y sociales. Estas pueden entenderse a través de las tradiciones laborales que motivaron a los chilotes aventurarse en lugares australes, ocupación de territorios y formación de poblaciones. En este sentido, habría que imaginar Patagonia y Chiloé como un territorio interactuado.

perfronterizos adyacentes al Perú y Bolivia (Guizardi, Valdebenito, Nazal y López, 2017). Siendo estas investigaciones aportes derivados de análisis más amplios que sobreponen antiguas perspectivas de la globalización, versus nuevas referencias sobre transnacionalización. En este artículo nos interesa destacar la perspectiva transnacional entendida como «una cuestión de interconexiones crecientes a larga distancia» (Hannerz, 1996: 34). De acuerdo con lo anterior, habría que pensar en las movilidades que provocan ensamblajes de comunidades, sobre todo cuando estas van «ocupando un campo común en contingente [la migración] no siempre implica nuevas formas, sino formas que están cambiando, en formación o en juego» (Collier y Ong, 2005: 12). El tipo de migración que nos interesa destacar hace referencia a dinámicas de hipermovilidad como son la formación de comunidades, envío de remesas, ampliación de nuevos mercados, circulación de mercancías, significados e identidades transgeneracionales.

El artículo ofrece una discusión sobre etnografía histórica de la migración chilota hacia lugares australes de la macrozona sur patagónica,⁶ enfocándose en la continuidad del territorio que ha sido visibilizado a través de las dinámicas culturales transnacionales. No pretendemos clasificar el nacionalismo de los chilotos a lugares particulares, sino al contrario, pensar que estas comunidades han trascendido los límites geográficos establecidos por el Estado-nación, manifestándose desde una macrozona localizada en el sur austral. En este sentido, ¿cómo migrantes y tradiciones transforman escenarios de origen y residencia a partir de la circulación escalar de significados? Son justamente los espacios de residencia permanente aquellos que concebimos como lugares escalares,⁷ revestidos de una serie de multiplicidades, redes complejas e interconexiones directas. Es importante situar Chiloé como área y unidad de estudio inmerso en la macrozona sur patagónica, considerando este espacio geográfico como un lugar transnacional

6. Definimos como macrozona sur patagónica aquellos espacios australes de Argentina y Chile en los cuales circularon migrantes laborales chilotos entre finales del XIX hasta la década de los ochenta, aproximadamente. Actualmente existen poblados y ciudades de ancestros chilotos en ambos lados de la frontera, lugares como Punta Arenas, Puerto Natales, Río Gallegos, Río Grande, Ushuaia, pero también hacia el norte como Chile Chico, Puerto Aysén, Coyhaique, los llamados «ranchos de nylon o pueblos de plástico» poblados por pescadores artesanales, lugares como Puerto Cisnes y Caleta Tortel.

7. Proponemos la idea de lugares escalares como territorios itinerantes que permitieron la circulación de personas, navegación y residencia. Estos fueron lugares de paso para los migrantes chilotos que se desplazaban e interactuaban en la macrozona sur patagónica.

en el que interactúan de manera política, económica y cultural comunidades de chilotes. Esta perspectiva también permite la desmitificación de nacionalismos metodológicos⁸ que obstaculizan la observación científica (Beck, 2006). Nos referiremos a «una tendencia intelectual que da por hecho que la unidad de estudio y la unidad de análisis vienen definidos por las fronteras nacionales» (Glick-Schiller, 2008: 27). Es un presupuesto epistemológico que basa su discusión en el Estado-nación como un contenedor de control sociopolítico de los territorios y las fronteras. La característica que recubren este artículo priorizan la reflexión de lugares geográficos como espacios conceptuales «cuyos significados y límites se negocian de forma continua por el etnógrafo y sus informantes» (Gallo, 2009: 89). La reflexión metodológica consideró la etnografía multisituada como estrategia cualitativa de localización e interpretación de comunidades en movimiento. Este enfoque sugirió hacer recorridos etnográficos entre lugares de origen y destino de los migrantes, siguiendo personas, objetos, metáforas, tramas, vidas y conflictos (Marcus, 1995).

Materiales y métodos

La investigación de carácter cualitativo siguió lineamientos metodológicos del proyecto Fondecyt núm. 3160798. Los pasos que siguieron las estrategias fueron mediados por la selección del área de estudio siendo esta la macrozona sur patagónica y, en particular, la posición catalejo desde Chiloé como lugar antropológico. Se desarrollaron diferentes etapas etnográficas y cartográficas entre diciembre de 2015 y mayo de 2017 en diez comunas de Chiloé, incluyendo islas Desertores, islas menores de Quinchao y grupo de islas Cailín, así también en ciudades australes como Punta Arenas y Río Gallegos. Los ejes de concentración de información se dividieron en dos escenarios analíticos. El primero hace referencia a localización de actores y tradiciones culturales unilocales. Esto implicó considerar un primer cuerpo de información a través de nuestra propuesta sobre

8. Planteamientos contraproducentes para el estudio de las migraciones internacionales. Contrario a ello, sugerimos pensar los Estados en términos de redes conectadas e interconectadas a nivel local y global desafiando los principios geográficos en los que se apoyaba el estado moderno. Es precisamente Nina Glick-Schiller quien propone «recurrir a un enfoque reflexivo que ubique histórica y geográficamente el paradigma de migración transnacional [para] evitar las orientaciones próximas al nacionalismo metodológico» (2008: 29-40).

la etnografía de los contextos interactuados (ECI) que permitió encontrarse con el pasado en diferentes ocasiones circunstanciales mediante revisión de archivos, entrevistas en profundidad, historias de vida y cartografías participativas. El segundo alude a localización de actores y escenarios en contextos multilocales. Este enfoque consideró la etnografía multisituada (Marcus, 1995; Falzon, 2009), como referencia para comprenderlas conexiones a través del seguimiento circunstancial de personas, objetos, metáforas, tramas, vidas y conflictos en movimiento. La sistematización y análisis de datos consistió en la combinación del enfoque multilocal con estrategias como la teoría fundamentada (Glaser y Strauss, 1967) y la etnografía histórica (Wietschorke, 2010), poderosos aliados en la codificación e interpretación de la información.

Resultados

De chonos navegantes a chilotes migrantes

El Archipiélago de Chiloé, formado por diez comunas distribuidas en el litoral del mar interior,⁹ se encuentra ubicado en los paralelos 41 y 43 de latitud sur, entre Canal de Chacao y Golfo de Corcovado; es límite geográfico de la décima Región de Los Lagos, colindante con Islas Guaitecas en onceava Región de Aysén, en Nor patagonia (véase figura 1). Estos territorios fueron habitados por «canoeros australes, mariscadores borde marinos cuya embarcación era considerada por los hispanos como el elemento más representativo de su cultura» (Urbina, 2016: 103). Hallazgos arqueológicos muestran evidencias tempranas respecto a la navegación en los canales patagónicos, fechadas entre el 5000 y 6000 a.p, sin embargo este fenómeno ocurre de manera más marcada hacia el holoceno tardío (Massone y otros, 2016), debido a las condiciones geográficas de Chiloé,¹⁰ las cuales permiten una adaptación óptima a zonas marítimas. Es viable pensar en esta región como un potencial origen del modo de vida canoero, aunque los hallazgos que existen

9. Comunas de Chiloé: Ancud, Quemchi, Dalcahue, Achao, Curaco de Vélez, Castro, Chonchi, Queilen, Puqueldón y Quellón. Además de un conglomerado de islas menores como Mechuque, Ailín, Añihué, Voigue, Taucolón, Cheniao, Butachauques, Alao, Apiao, Caguach, Chaulinec, LinLin, Llingua, Tac, Cailín, Coldita, Laitec, San Pedro, entre otras administradas por comunas de Chiloé continental.

10. Chiloé se constituyó como zona relictual en la última glaciación, estuvo tempranamente disponible como hábitat marítimo (Villagrán, 1985).

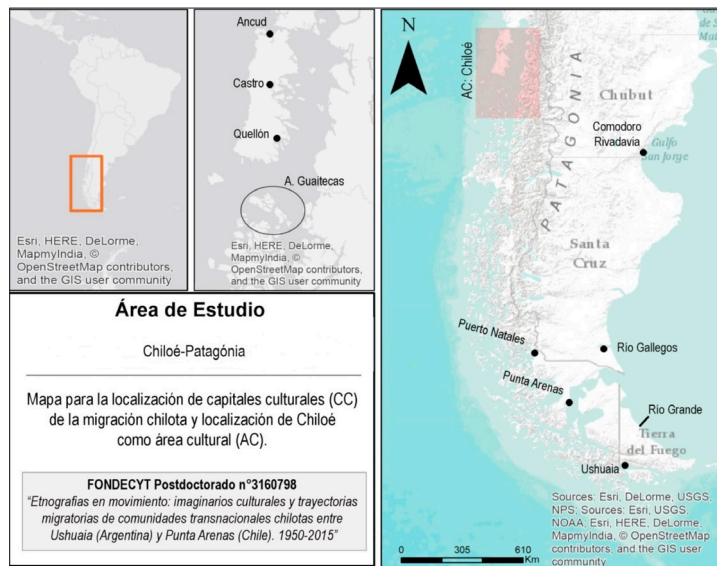


Figura 1. Mapa ilustrativo de Chiloé y Patagonia. Fuente: Elaboración propia.

hasta hoy son insuficientes para sostener esa hipótesis.¹¹ Todos ellos presentan evidencia material relacionada con los patrones culturales del holoceno tardío.¹² Investigadores como Massone y otros (2016) señalan que estos cazadores, recolectores especializados del archipiélago septentrional patagónico, podrían haber dado pie a la conformación de grupos como los chonos identificados en los siglos XV y XIX.

Durante el periodo colonial (1553-1826), los límites fronterizos de la provincia de Chiloé se encontraban hasta los confines del continente (Vázquez de Acuña, 1993). Su posición estratégica para la Corona española hacía del archipiélago cabecera militar y espacio de conexiones políticas, convirtiéndose también en un territorio de esclavitud y encomienda (Cárdenas, Montiel y Grace, 1991; Guar-

11. Los sitios arqueológicos ubicados en las islas del archipiélago patagónico que están vinculados a los pueblos caoneros, están fechados entre el 5.000 y el 6.000 a.p. Son: Puente Quilo 1, Chepu 005 y Yaldad en Chiloé, PM 009 Metrí en isla Guel, seno de Reloncaví y piedra azul cerca de la ciudad de Puerto Montt (Ocampo y Rivas, 2004).

12. Por ejemplo, tecnología lítica con puntas de proyectil lanceoladas o foliáceas, ocasionalmente, manufacturada de obsidiana proveniente del volcán de Chaitén, también hay conchales y osteofauna asociados a sitios habitacionales que indican una subsistencia basada en recursos marinos caza de lobos, pesca y aprovisionamiento de recursos terrestres locales.

da, 2002). Las primeras relaciones entre españoles y chonos sucedieron aproximadamente a mediados del siglo XVI (1567), dando como resultado el inicio del proyecto evangelizador entre los indios de Chiloé, denominados huilliches, y de Guaitecas, conocidos como chonos, a principio del siglo XVII (1610). Los vínculos históricos entre ambas poblaciones fueron artífices de etnicidades complejas en la integración cultural de pueblo chono a pueblo chilote. Las misiones de Guar y Caylín entre 1717-1800, incorporaron otras naciones australes, «como los referidos huillis, caucahues, leychelles, calenches y tajatafes» (Urbina, 1988: 42). El gentilicio *chilote* considera la distinción étnica de sus habitantes a partir de cuatro clases: «el aborígen huyhuen-che o chonos; el huilli-che procede del sur de Chile; los extranjeros, que no son nacidos en Chiloé no son descendientes de chilotes; y los criollos» (Fitz-Roy, 2013: 330). La etapa terminal de los siglos hispanos del XIX, gestó la independencia de Chile incorporando al último reducto español a territorio nacional en 1826. Fue en 1843 que la goleta Ancud zarpó de Chiloé, con tripulación chilota, rumbo al Estrecho de Magallanes con el objetivo de marcar soberanía en Patagonia. Iniciado el siglo XX, fueron diferentes los acontecimientos que llevaron a los chilotes emprender nuevas trayectorias migratorias en busca de mejores condiciones de vida. Estas movibilidades se intensificaron hacia territorios patagónicos de Chile y Argentina desde principio del siglo XX hasta la década de los ochentas aproximadamente.

Patagonia, tierra prometida 1950-1980

La migración golondrina de chilotes hacia Patagonia se originó por ausencia de oportunidades laborales, «excesiva subdivisión de la tierra, la pobreza general, la inexistencia de industrias y la falta de expectativas en los centros urbanos» (Urbina, 2002: 361). Un emigrado afirma que «entre las décadas de 1930 y 1950, la tradición migratoria hacia el sur era muy fuerte porque en Chiloé no había trabajo y nos teníamos que ir a Patagonia» (entrevista, Chonchi, diciembre de 2015). También contribuyeron otros factores como el auge de las estancias e inversiones ganaderas que hacían de estos territorios espacios privilegiados. De los cuales «la ovejería generó un desarrollo industrial proyectado en graserías y frigoríficos que exportaban carne y manteca a Europa y al resto del territorio nacional» (Montiel, 2010: 18). Algunos de los oficios desarrollados incluían «crianza ovejera [...] (cuidado y manejo en corrales, arreo, esquila, carneo, etc.) [...] (faena de alambrado, apertura de pozos, acequias y picadas en terrenos de monte, construcciones varias, cocina» (Martinic y Campbell, 2010: 32). Este tipo de oficios no eran des-

conocidos para los migrantes chilotes, pues en sus lugares de origen también se desarrollaban en tareas relacionadas con la agricultura y la ganadería, además de otras dinámicas relacionadas con el borde costero.

Los principales lugares de asentamiento correspondían al auge laboral, sobre todo la explotación pastoril que incluía esquila y frigorífico en regiones de Santa Cruz y Tierra del Fuego, minería en Río Turbio, petróleo en Comodoro Rivadavia y construcción de casas en regiones de Tierra del Fuego, tanto Porvenir como Ushuaia. Habría que destacarlas rotaciones laborales que hacían los migrantes después de las estancias. Un emigrado recuerda sus temporadas entre Argentina y Chile, estas consistían en la «esquila durante meses de diciembre-febrero en Río Gallegos, frigorífico en marzo-abril en Punta Arenas, de mayo a octubre minería en Río Turbio» (entrevista, Quellón, julio de 2016). La narrativa hace pensar en los circuitos alternativos de supervivencia que experimentaban comunidades de chilotes entre espacios de circulación laboral que contribuía, también, en desarrollo económico de retorno a sus lugares de origen. Cabe destacar estos fenómeno migratorios como parte de las contra geografías¹³ que situaban circuitos transfronterizos de sectores laborales insertos en un mercado ya global de conexiones transnacionales (Sassen, 2010). De acuerdo con esta discusión, Collier y Ong (2005) hacen explícita la noción de ensamblajes globales, pues la transnacionalización de la economía no representa un fenómeno de análisis reciente,¹⁴ debido a que los mercados como las tradiciones culturales, se han extendidos sobre las fronteras y el Estado-nación, lo cual permite situar conexiones entre lugares diversos.

Las migraciones golondrinas reservadas mayormente para aquellos que se desenvolvían en las estancias, básicamente en la esquila de ovejas, fue un tipo de movilidad que persiste en el imaginario histórico de Chiloé. Debido a que «se ponían de acuerdo para las comparsas de esquila, viajaban en grupos hacia la Patagonia a trabajar, empezaban en diciembre y terminaban en enero o marzo contando el frigorífico, entre 3 a 5 meses» (entrevista, Castro, abril de 2016). Estos grupos o comparsas eran integrados por esquiladores, velloneros, preñeros y cocineros, mayormente amigos o familiares directos que mantenían acuerdos

13. Nos referimos al desdibujamiento de las fronteras que provocan circulaciones de economías, mercancías y significados culturales en diferentes lugares, cada vez más extensos de la macrozona sur patagónica.

14. Es justamente Nina Glick-Schiller quien propone desmitificar «el surgimiento de la migración transnacional [atribuido solamente] al desarrollo de nuevas tecnologías [pues] esta interpretación carece de base histórica» (2008: 30).

con estancias, algunos grupos ya iban contratados, otros con intenciones de mostrarse para quedarse. El aumento de migrantes procedentes de Chiloé que no regresaban a sus lugares de origen, era incentivado «porque siempre existía la posibilidad de quedarse definitivamente allá, donde además de la esquila, las estancias ofrecían trabajo permanente de ovejero, puestero, amansador de caballos o *alambrador*» (Urbina, 2002: 365). Aquellos que lograban asegurar empleos «venían por sus familias a Chiloé, los que eran puesteros iban con su señora e hijos y se quedaban aislados en la pampa, dependían de los víveres que les llevaban cada quince días» (entrevista, Dalcahue, julio de 2016). Los viajes hacia el sur austral fueron una constante durante décadas de esplendor en las estancias y frigoríficos, minimizando, incluso, el grueso calibre que se desplazó a las salitreras del norte, en Antofagasta o, madereros que circularon entre Apiao, Lemuy y Quellón.

Los desplazamientos de estas comunidades hacia Patagonia eran básicamente en «línea de vapores [como] Trinidad, Alondra, Taitao y Atlas [...] la navegación marítima constituía el principal medio de comunicación y transporte con el continente» (Montiel, 2010: 23). El mismo autor asegura que había dos líneas de transporte marítimo en Chiloé, «una llamada Regional y la otra llamada Línea Grande [la primera] hacía el servicio entre Puerto Montt y Punta Arenas [la segunda] desde Valparaíso hacia Punta Arenas» (Montiel, 2010: 23). Fueron diferentes los buques que transportaron chilotes, siendo el Navarino el mayor recordado entre aquellas comunidades de desplazados. Estos buques tenían sus itinerarios, debido a que «pasaban por los puertecillos si había carga o pasajeros; si no, seguían de largo. Tampoco eran puntuales. Había horas de espera [...] los chilotes no reclamaban por nada. Para ellos, el bamboleo era normal y las incomodidades también» (Urbina, 2002: 353). Según historiadores locales, existían diferentes trayectorias mediadas por rutas. La primera consistía en el desplazamiento largo, principalmente de lugares como Ancud, Castro, Chonchi y Achao, cruzando el Golfo de Penas hacia Punta Arenas. La segunda era la ruta corta, partía de los mismos lugares de Chiloé encaminada por territorios de Aysén rumbo a Puerto Piedras, Chacabuco hasta llegar a Coyahique y cruzar a Argentina.

Si bien es cierto que las trayectorias hacia Patagonia eran incentivadas por asegurar empleos asalariados, también se encontraban relacionadas con la noción de viajar y experimentar otros lugares ancestrales, pues el arquetipo histórico del chilote se ha caracterizado como aventurero, navegante y colonizador de territorios.¹⁵

15. Habría que recordar que la vida patagónica permitía la exploración de territorios

Durante la década del cincuenta el tizón de la papa (*Phytophthora infestans*), provocó desequilibrio en los campos agrícolas del archipiélago, motivando que, aquellos que no habían experimentado la migración, lo hicieran como parte de sus itinerarios laborales buscando solucionar economías de subsistencia. En este sentido, «el tizón tardío que arruinó reiteradamente los papales chilotes [...] acarrearía una crisis económica y un nuevo impulso a las migraciones patagónicas» (Cárdenas, 2004: 1). Algunos historiadores locales coinciden con el tizón como propulsor de migraciones, Luis Mancilla considera que fueron «los años cincuenta momentos difíciles para la economía chilota, el tizón echo a perder todo en la siembra de papa, la gente abandonaba los campos dejaba las casas, se fueron a Patagonia» (entrevista, Castro, abril de 2016). Sin embargo, Felipe Montiel asegura lo contrario, «no fue el tizón de la papa, la gente se iba a viajar porque no tenía trabajo, la pesca estaba a escala menor, el que quería surgir tenía que salir y trabajar en diferentes lados» (entrevista, Castro, febrero de 2016). Tomando en cuenta las discrepancias de los actores, es importante señalar que el tizón representó complejidad en los campos de cultivo, siendo la papa, economía de subsistencia «campesina chilota [no suficiente] para detener las emigraciones de los hombres hacia las patagonias u otras latitudes y a otros oficios, en busca del complemento que no daba la tierra» (Salières, Le Grix, Vera y Billaz, 2005: 81). Este acontecimiento hace pensar en situaciones vividas en otros lugares, por ejemplo, los agricultores indios frente a la manipulación de la economía agraria, incluyendo las *semillas mágicas* de Monsanto, que provocaron una serie de suicidios masivos.

La década de los sesenta se presentó como una joroba migratoria provocada por el terremoto que devastó Chiloé el 22 de mayo de 1960. Este suceso corresponde a un escenario histórico en la «emigración de familias chilotas, campesinos pobres, hacia Patagonia [...] Eran familias completas embarcándose en Castro para en la Argentina o Magallanes buscar mejores condiciones de vida» (Mancilla y Mardones, 2010: 177). Los desastres naturales ocasionados por el terremoto motivaron también a quienes no habían experimentado la migración, personas se movilizaban

mediante el comercio de pieles, aceites y cardúmenes, labores que incluían la caza de lobos, ballenas y pesca artesanal de subsistencia. Algunos habitantes de las islas menores también comercializaban especies y condimentos que circulaban como mercancías entre sociedades litorales del mar interior de Chiloé. Otros se interesaron por la fiebre del oro en California, participando también como milicianos durante los años 1790-1824 en la sierra de Puquio y Ayacucho, en el rincón de los muertos del Alto Perú, en Cochabamba, Altiplano boliviano, y en Jujuy, Salta y Tucumán, norte del territorio argentino (Mancilla, 2017).

hacia Castro para salir en «los barcos que llevaban familias enteras rumbo a Patagonia» (entrevista, Chonchi, febrero de 2016). La particularidad de la movilidad chilota frente a estos escenarios históricos, es la conexión temprana que mantenían comunidades locales con otras residentes en lugares australes de Patagonia y Tierra del Fuego. La mayoría de aquellos que se movilizaron, fueron motivados por la extensión de redes que mantenían en Patagonia, también incentivados con el retorno a sus lugares de origen para solucionar los daños ocasionados. Este tipo de acontecimientos constituye un eje importante de reflexión sobre la migración frente a desastres naturales, como ha sucedido en otros casos, en 2010 el terremoto en Haití forzó la movilidad de un grueso de la población hacia Ecuador, Brasil y Chile.

En la década de los setenta ocurrió el Golpe de Estado, justamente el 11 de septiembre de 1973, en el que Fuerzas Armadas del país derrocaron al Presidente Salvador Allende de la Unidad Popular. Si bien es cierto que la manifestación del conflicto fue menor en Chiloé en comparación con el resto del país, comunidades de chilotes no exiliados se movilizaron hacia Patagonia buscando seguridad. Este es el caso de María Sepúlveda, residente de Ancud, quien viajó hacia Argentina junto a su familia, recuerda el golpe de estado como «una etapa difícil para todos, muchas familias chilotas salimos buscando mejores condiciones de vida, no queríamos vivir en dictadura» (biografía, Ancud, mayo de 2016). Es una etapa importante en la migración chilota que sitúa los ensamblajes de residencia permanente en lugares de Argentina. La característica en este tipo de movilidad fue que «familias enteras se quedaron allá, los que se fueron huyendo por el golpe no regresaron a Chiloé» (conversación informal, Quemchi, enero de 2016). Un número reducido de viajeros, en comparación con el grueso del calibre exiliado en Europa y otros lugares, huyeron del conflicto militar en la dictadura, siendo un tipo de migración que, en el caso chileno, puede comprenderse también como de huida o refugio. Algunos casos en Sudamérica reflejan estos acontecimientos, siendo Chile Bolivia y Argentina los países que mayormente sostuvieron conexiones con diferentes lugares del mundo a través del asilo político.

A principio de la década de los ochenta llegaron al Archipiélago diferentes empresas dedicadas al cultivo del salmón (*Oncorhynchus*), estimulando el efecto salmonera (Saavedra Gallo, 2015). El ensamblaje de estas industrias se pensó tempranamente como una posible solución laboral para aquellos viajeros de la Patagonia, pues también habían decaído las estancias en Magallanes, Santa Cruz y Tierra del Fuego, lo cual implicaba alargar las temporadas de esquila y frigorífico recibiendo menos salario. Es importante mencionar que este acontecimiento provocó la disminución de la migración, al menos para aquellos trabajadores no calificados.

Algunos migrantes retornados reconocieron que «disminuye la migración en Patagonia debido a las fuentes de trabajo que ofrecieron las salmoneras en toda la isla y Punta Arenas, cayeron también las estancias, cambiaron las reglas y se protegió al trabajador, no convenía al dueño de la estancia pagar más» (entrevista, Puqueldón, agosto de 2016). Sin embargo, aquellos retornados que se vincularon con industrias salmoneras o, practicando la pesca artesanal bentónica, siguieron viajando en diferentes territorios australes, siendo los más cercanos «por el sur hasta las costas de Cucao y por el norte hasta el Canal de Chacao en busca de cardúmenes» (Gajardo Cortés y Ther Ríos, 2011: 596). Este tipo de movilidades se representan como trayectorias unidireccionales incentivadas por economías de subsistencia, en algunos casos manifiestan radios más amplios, incluyendo cruces de fronteras marítimas.

Después de los años noventa, cuando se pensó en el deterioro de la vida patagónica para aquellos migrantes golondrina, surgieron nuevas trayectorias, incentivadas también por nuevos migrantes que pretenden vincularse principalmente con sectores laborales y educativos. Habría que destacar constantes movilidades en la macrozona sur patagónica, lugares como Magallanes, han sido espacios de motivación surgidos por las crecientes oportunidades laborales en trabajos domésticos, empresas de construcción, pesca, sector servicios y otros (Aroca, Hewings y Paredes, 2001). Del otro lado de la frontera, lugares como Santa Cruz y Tierra del Fuego, muestran el considerable «crecimiento poblacional [...] parcialmente producto de la recepción de nuevos inmigrantes que desean radicarse [en dichos territorios]» (Hermida, Malizia y van Aert, 2013: 8). De manera que otras migraciones son manifestadas por jóvenes con intenciones de vincularse en carreras técnicas y de educación superior (universidad, tecnológicos), trazando rutas microrregionales entre Islas Desertores y otros islotes hacia comunas de Chiloé como Achao, Dalcahue, Chonchi, Castro y Ancud. Siguiendo rutas interregionales hacia lugares del norte como Puerto Montt, Osorno, Valdivia, Temuco y Santiago. Hacia el sur, figuran lugares como Punta Arenas en Magallanes, Río Gallegos, Río Grande, Comodoro Rivadavia y Ushuaia en Argentina. Las migraciones de chilotes fuera del archipiélago representan un fenómeno nuevo situado después de los años noventa como resultado del incremento económico provocado por las industrias salmoneras y pesqueras.

Contextos interactuados en macrozona sur patagónica

Después de mostrar hallazgos etnográficos sobre movilidades chilotas entre décadas 1950-1990, es relevante situar las conexiones culturales en la macrozona que

incluyen particularmente a los territorios de Chiloé y Patagonia como espacios transnacionales. En este sentido, habría que definir la macrozona sur patagónica como:

- *Territorio vivido*, espacio en el que confluyen actores y contextos mediante significados de la vida cotidiana que permiten la construcción de sentidos de pertenencia. Esta referencia hace pensar en los imaginarios territoriales que «deviene entonces en tramas de comportamiento [los cuales se] remiten a memorias, tradiciones, usos y costumbres [también] se extienden sobre el espacio abarcando áreas comunes» (Ther Ríos, 2008: 69).
- *Espacio cosmopolítico*, como región¹⁶ pluriversa dotada de experiencias, tradiciones, relaciones e intercambios circunstanciales de largo alcance que rebazan premisas del Estado-nación. Es justamente la noción de cosmopolítica una forma de comprender el «reconocimiento de la alteridad del otro» (Stengers, 2014: 40) en sus propios límites culturales.
- *Campo social transnacional*, como escenario que permite la circulación flexible de actores y dinámicas en contingente, sobre todo cuando estas relaciones se gestan más allá de las fronteras superpuestas. Estos campos sociales pueden entenderse «como un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos» (Glick-Schiller y Levitt, 2008: 66).

Las dinámicas de movilidad en la macrozona corresponden no solo a trayectorias multidireccionales, sino también a la difusión de tradiciones culturales que han sido compartidas en ambos lados de los bordes fronterizos. En este sentido, las migraciones contribuyeron en la incorporación de tradiciones de procedencia argentina en Chiloé, sobre todo aquellas experimentadas durante los viajes, como la música de acordeón, la taba o el truco. Los chilotes eran aficionados a los naipes, estos eran «el pasatiempo en los largos viajes al sur a bordo de vapores grandes que iban a Magallanes en esa otra suerte de viaje de emigrantes y temporeros» (Urbina, 2002: 358). También introdujeron expresiones lingüísticas como la jerga gauchesca, formas de vestir y estrategias en la construcción de ranchas. Según Felipe Montiel, «los viejos que venían de la Argentina, fueron incorporan-

16. No se consideran las visiones etnohistóricas que proponen márgenes culturales y límites geográficos que obstaculizan la extensión de imaginarios vividos.

do la bombacha, la boina, la bota encarrujada, el pañuelo al cuello, estos eran los viejos que venían de la zona gaucha» (conversación informal, Castro, marzo de 2016). De esta manera, Armando Bahamonde coincide con Felipe Montiel, sosteniendo que «muchos galpones o ranchas en Chiloé están construidos a la usanza argentina porque los que hicieron eso fueron justamente los que estuvieron allá varios años» (entrevista, Castro, octubre de 2016). Las relaciones entre individuos y contextos migratorios, permitieron fluctuación de redes culturales a través de escenarios multiescalares. Estas redes pueden concebirse como «algo que tiene efectos sobre o que se conecta a un nodo [chilotes en Patagonia] un grupo de conexiones y desconexiones [tradiciones culturales] un patrón o cantidad de flujos [matria] una estructura [pensamiento y acción] un tipo de espacio [lugares de origen y residencia]» (Barnes y Reilly, 2007: 66). La vida patagónica de los chilotes hace referencia a la continuidad del territorio imaginado que ha sido habitado por sociedades culturales no limitadas por el Estado-Nación, pues sociedad¹⁷ nunca ha sido equivalente al contenedor político que sugiere el estado moderno.

La música de procedencia argentina fue otro factor de conexión cultural masificado en Chiloé a través del acordeón. Sergio Colivoro, acordeonista chilote, reconoce la incorporación del instrumento «a la vida del migrante, en sus ratos libres tocaba acordeón, era una manera de escuchar música, llegó a Chiloé traído por los mismos chilotes que venían de Patagonia, de cuatro hogares uno tenía acordeón» (entrevista, Chonchi, mayo de 2016). El instrumento se popularizó en «los años 1950 y 1960, por las primeras agrupaciones folclóricas que ven el acordeón como un instrumento propio de Chiloé» (entrevista, Achao, agosto de 2016). Esto hace pensar en el acordeón como instrumento clave para la incorporación de ritmos como «el chamamé, el mate amargo, el vals de los chacareros» (entrevista, Quellón, agosto de 2016). El instrumento logró, no solo vincularse a la vida del migrante y sus familias, sino también transformar «tradiciones musicales ya establecidas, como el foxtrot, el paso doble y la cueca» (biografía, Chonchi, noviembre de 2016). Contraponiéndose rítmicamente a «la guitarra y el violín, por su menor resonancia fueron sustituidos, desapareciendo ritmos como la periconna» (biografía, Chonchi, noviembre de 2016). La comunicación ejercida mediante el instrumento fue también clave para una posible desterritorialización de tradiciones patagónicas que fueron ensambladas en diferentes lugares de la macrozona, como la región de Aysén, por ejemplo, siendo Chiloé uno de los espacios con

17. Sociedad significa también asociación, y ese término no se puede limitar solamente a los humanos.

mayor visibilización contemporánea.¹⁸ De manera que, «un fenómeno musical, no importa cuál sea su origen, pasa a pertenecer a un acervo comunitario [...] que una comunidad folclórica ha hecho suyo a través de una continuidad tradicional y de una permanente reelaboración» (Dannemann, 1974: 269-270). En este sentido, habría que situar las tradiciones culturales patagónicas como parte de un proceso más amplio de transnacionalización propiciadas no solo por la migración, sino también por las conexiones gestadas entre lugares de origen y residencia.

Siguiendo las narrativas podemos notar cómo experiencias de la migración chilota se encuentran arraigadas en los imaginarios culturales del archipiélago. Estos imaginarios fueron legitimados entre generaciones que pensaban el sur desde el sur como una cuestión de conexiones ancestrales y espacios de la memoria que hacían referencia a mundos instituidos de significados (Castoriadis, 1975). Son entonces los imaginarios reproducidos a través de la memoria histórica, como sucesos experimentados a partir de la individualización y, también, como recuerdos reconstruidos relatados en el presente.

El artefacto corresponde a un individual de mesa impreso en papel (figura 2), que también hace difusión del Restaurant Don Pablo, ubicado en Arturo Prat esquina Santiago, en Achao, Chiloé. Según la versión de Pablo, dueño del lugar, su padre Don Pablo, fallecido, fue esquilador en Santa Cruz y Tierra del Fuego durante la mayor parte de su vida, «vivió en Patagonia, trabajó muchas temporadas de esquila, el restaurante se construyó con las ganancias de aquellos viajes» (conversación informal, Achao, mayo de 2017). Esto hace evidente no solo las migraciones constantes hacia territorios patagónicos, sino también la producción de imaginarios que persisten en la memoria colectiva de Chiloé, siendo la esquila de ovejas uno de los más recordados. La producción de significados culturales se encuentran relacionados con las migraciones debido a la propagación de experiencias sobre lugares imaginados que enaltecían la vida patagónica, transmitidos en generaciones como parte de la historia colectiva del archipiélago.

Si bien es cierto que tradiciones de procedencia argentina se manifestaron en Chiloé, también se ensamblaron prácticas culturales chilotas en lugares de residencia migrante. Armando Bahamonde, historiador local, reconoce que «el chilote en su maleta llevaba su cultura a Magallanes y Argentina, eso se quedó allá, ahora notamos lugares como Río Gallegos y otros que lucen tradiciones nuestras» (conversación informal, Castro, julio de 2016). De acuerdo a esto, Brígida Bae-

18. Podríamos pensar en el acordeón como un artefacto cultural transnacional que ha sido masificado, mostrando una resistemización de su biografía original.



Figura 2. Individual de mesa impreso en papel. Fuente: Restaurant Don Pablo, Achao, Chiloé.

za sostiene que «la argentinidad en la cordillera se hallaba en peligro por la alta presencia de chilenos que chilenizaban las costumbres argentinas» (2009: 205). Las ceremonias mortuorias fueron incorporadas en lugares de residencia chilota, como la forma de «velar los muertos en casas particulares, tal como se hacía en Chiloé, pagar un rezandero para que haga rezos fúnebres y llevar al difunto en procesión hasta el panteón» (entrevista, Río Gallegos, noviembre de 2016). Este tipo de manifestaciones provocaron el arraigo de tradiciones religiosas más amplias, como la veneración del Nazareno de Caguach, ampliamente ensamblado en ambos lados de la Patagonia, sobre todo en Río Gallegos, del lado argentino, pero también en Puerto Natales y Punta Arenas, del lado chileno. Expresiones culturales que circulan entre lugares geográficamente distantes, corresponden a lo que autores como Gupta y Ferguson (1997) llaman tráfico transnacional de significados. Casi siempre influenciados por las prácticas de los lugares de origen que adquieren mayor sentido en los espacios de residencia.

Algunos cuestionamientos permiten reflexionar sobre las movilidades y tradiciones como parte de un proceso más amplio de transnacionalización cultural en el que se encuentran relacionados lugares de origen y residencia. En este sentido, ¿cómo tradiciones culturales persisten fuera de sus lugares de origen ensambladas en territorios extranjeros? ¿Son las comunidades de migrantes chilotes quienes resguardan significados culturales locales en espacios de residencia? En la actualidad, lugares de la macrozona sur muestran el influjo chilote mediado por la expansión histórica de la migración y formación de comunidades transnacionales. Estos se manifiestan en espacios habitados, tales como barrios y poblaciones

(18 de setiembre, Prat, Pingüino) en los cuales aparecen centros culturales, ligas deportivas, radiodifusoras, mercados, restaurantes y espacios de ocio. Algunos de estos lugares, en Punta Arenas, resaltan la gastronomía chilota, sobre todo aquellos espacios que se han legitimado como «lugares de chilotes» (entrevista, Punta Arenas, noviembre de 2016), restaurantes como Centro Hijos de Chiloé, El Mercado Chilote, Donde Hueicha, entre otros. Además de ofrecer gastronomía, muestran tradiciones musicales que permiten imaginar y vivir el terruño. Del lado argentino, en Río Gallegos, por ejemplo, son visibles las influencias de tradiciones chilotas en barrios y poblaciones, como Barrio Chileno (Belgrano y Evita), en el que también se localiza «la iglesia de María de Nazareth, el templo de los chilotes» (entrevista, Río Gallegos, noviembre de 2016). En estos lugares se localizan ligas deportivas, mercados, espacios de ocio como El Canelo, entre otros que han sido referencias de la comunidad migrante al manifestar una serie de actividades culturales locales. Así también, la Asociación Centro Chileno en Río Gallegos, es un espacio de reunión y alojamiento de migrantes en el cual se organizan festivales folclóricos y gastronómicos de la misma procedencia.

Discusión. Comunidades, economías y prácticas culturales transnacionales

La noción de comunidad para los chilotes se encuentra relacionada con la reproducción de tradiciones locales, sobre todo cuando estas procuran conservar códigos culturales en sus lugares de residencia, mediante actividades religiosas, laborales y colectivas. En este sentido, es relevante pensar en las cartografías de la nación imaginada que reproducen biografías de la modernidad, entendiendo la nación como un artefacto cultural dentro de una constelación política, económica e ideológica. De esta manera, la nación se convierte en un constructo histórico en el que la nacionalidad termina siendo un concepto sociocultural y el nacionalismo una patología de la historia moderna. Estas comunidades se diferencian de otras por la repetición de conductas y prácticas reiteradas dentro de un sistema cultural, donde «las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas» (Anderson, 1993: 24). La noción sobre comunidad imaginada también asecha a la tradición mitificada de escenarios como lugares comunes, paisajes cotidianos y monumentos heroicos de reconocida experiencia, como el Fuerte Bulnes, la Plaza del Ovejero y la iglesia del Nazareno en Magallanes. Las tradiciones culturales y no menos religiosas,¹⁹

19. Este es el caso del Nazareno de Caguach, extendido no solo en territorios magallá-

nos ayudan también a pensar la nación en sentido que aportan imaginarios relacionados con momentos históricos, territorios vividos y experiencias más allá de las fronteras nacionales.

Si bien es cierto que el desarrollo del capitalismo moderno ha provocado la desterritorialización de comunidades alrededor del globo, también habría que considerar otros factores relacionados con situaciones históricas locales de las cuales provienen los migrantes laborales chilotes. En este sentido, es importante una historiografía de la migración que permita analizar futuras movilidades hacia lugares multidireccionales. Algunos autores como Sandro Mezzadra (2005) y Saskia Sassen (2007) señalan que los movimientos migratorios contemporáneos se encuentran estrechamente relacionados con las economías globales y las nuevas ciudadanías, lo cual ha provocado una serie de complicaciones para aquellos individuos móviles no reconocidos por el estado.²⁰ Esto no fue un factor preponderante para el caso de los ensamblajes chilotes en Patagonia, debido al rol que jugaron los territorios ancestrales como espacios circunvecinos flexibles, logrando incluso, el ensamblaje de tradiciones culturales como la Gran Mateada en Aysén y la tradición del Nazareno de Caguach en Magallanes. En estos escenarios históricos, los chilotes ya pertenecían a una especie de nuevas infraclases globales, es decir, que fueron considerados como mano de obra calificada e integrantes de un espacio transnacional visible. Sin embargo aceptamos que «las dinámicas de la globalización han contribuido al debilitamiento de la autoridad exclusiva, ya sea objetiva o subjetiva, del estado nación sobre las personas, sobre su imaginario y sobre su sentido de pertenencia» (Sassen, 2007: 212).

De manera que son las migraciones y, particularmente, la formación de comunidades, las que se encargan de reproducir códigos culturales en escenarios extranjeros cada vez más locales. Estas manifestaciones representadas en territorios de influencia chilota, podrían ser pensadas desde la patria, como espacio

nicos, sino también en diferentes lugares de la macrozona sur argentina, sobre todo en aquellos lugares de concentración laboral chilota.

20. Los autores responsabilizan al capitalismo como seductor de las migraciones internacionales y, por ende, la construcción de *individuos sin historia*, seguramente se refieren a esclavizados africanos en las costas de América, alemanes de Westfalia hacia Ámsterdam, de la pequeña Odessa hacia Nueva York o mexicanos en el Valle de Texas y California. En estos casos, los extranjeros padecían del síndrome de exclusión buscando ciudadanías porosas como sinónimo de inclusión.

imaginado de chiloegonías.²¹ En este sentido, los contextos interactuados permiten localizar tradiciones locales trasladadas en esferas más amplias de circulación y, ensambladas en diferentes lugares como elementos volátiles que se generan desde la migración vivida. Las tradiciones, entonces, son prácticas legitimadas a partir de una serie de dinámicas transversales que involucran a nuevos y antiguos migrantes, así como también naturales de los lugares de residencia y otros países a quienes invitan para seguir «custodiando la tradición» (De la Torre y Gutiérrez, 2005). Nina Glick-Schiller y George Fouron, reconocen estas características como «un patrón de migración en el que las personas, aunque atraviesen las fronteras nacionales y se asienten y establezcan relaciones en un nuevo estado, continúan manteniendo conexiones sociales con la comunidad política de la que son originarios» (1999: 343). En este mismo sentido, Shinji Hirai sostiene cómo «la representación de la cultura local de lugares de asentamiento y la del «lugar de origen» no se deben entender con una simple explicación de que hay dos culturas muy similares y quizá iguales en dos países [aunque hayan sido] construidas por la misma población, los mismos elementos y las mismas relaciones sociales en diferentes lugares» (2009: 78). Habría que pensar Chiloé y Patagonia, no como territorios separados, sino como una macrozona que ha trascendido límites geográficos, políticos, económicos y culturales. De manera que es relevante considerar la conjetura chiloegonía, no solo como la integración simbólica de Chiloé y Patagonia, sino también como reflexión que permite situar escenarios históricos, paisaje territoriales, circulaciones culturales y ensamblajes más allá de las fronteras nacionales e imaginadas.

Reflexiones finales

Las movilidades de comunidades chilotas hacia espacios patagónicos se desarrollaron en diferentes etapas históricas de ensamblaje, siendo los años de 1930 a 1970 los que representan mayor concentración migrante. Estos movimientos se pueden considerar transnacionales no solo por los flujos entre fronteras geográficas, sino también por las dinámicas culturales y lazos asimétricos que se constru-

21. Precepto que nos ayuda a comprender conexiones, interacciones y dinámicas más allá de las fronteras nacionales. Sobre todo, cuando estas comunidades forman campos sociales transnacionales mediante la matría, concebido como espacio de significado que permite la reproducción de chiloegonías, entendido como un circuito de conexiones simbólicas que unen tanto a sus lugares de origen como de residencia.

veron entre lugares de origen y destino de los emigrados, provocando dinámicas y conflictos geopolíticos más amplios. Si bien es cierto que la tradición migrante se gestó décadas anteriores a las señaladas, estas corresponden al auge de la migración contemporánea por el número creciente de personas que se trasladaron y ensamblaron en territorios patagónicos de Chile y Argentina hasta casi finalizados 1980. Según el trabajo de campo etnográfico en Chiloé y Patagonia, se destacan dos periodos de crecimiento migracional. El primero se localiza entre las décadas de 1930-1950, considerado como el boom de la migración o primer etapa de movilidad *ligera*. El segundo entre 1960-1970, etapa de movilidad *difusa* provocada por acontecimientos ocurridos en la isla, como el tizón de la papa, el terremoto y el golpe de estado. La mayoría de informantes coincidieron con el ensamblaje de industrias salmoneras a principios de 1980 como el cese de la migración laboral en Patagonia.

Sin embargo, la interpretación etnográfica da cuenta de nuevas movilidades manifestadas a través de diferentes tipos de migrantes. Se consideran tres tipos de movilidades: a) pescadores artesanales y salmoneros que reexperimentan la vida migrante a partir de recorridos entre el mar interior de Chiloé y el sur de los canales en Patagonia; b) explosión contemporánea de jóvenes que salen de la isla en busca de estudios superiores, destacando lugares de mayor concentración como Puerto Montt, Osorno, Valdivia, Temuco y Santiago; c) matrimonios y familias binacionales que reservan trayectorias de la migración hacia lugares de Patagonia chilena como Aysén y Magallanes, pero también en Santa Cruz y Tierra del Fuego en Argentina.

Si bien es cierto que la migración evidenció una serie de reacomodos históricos y geográficos en territorios patagónicos, estos corresponden a una serie de dinámicas como la formación de comunidades, circulación de mercados y extensión de tradiciones culturales transnacionales. En efecto, estas manifestaciones de la movilidad y el anclaje fueron detonantes en la extensión de relaciones y circulación de significados culturales derivados de la formación de comunidades que reproducen códigos identitarios más allá de las fronteras políticas en las que se desenvuelven. Manteniendo, incluso, vínculos asiduos con sus lugares de origen a través del envío de remesas, redes multidireccionales y referencias simbólicas del terruño que representan Chiloé en Patagonia como un territorio compartido e interactuado.

Finalmente, nos queda solamente proponer algunas pistas metodológicas para la intervención de estudios futuros sobre migraciones transnacionales en la macrozona sur. Estas son: a) delimitar la unidad de análisis manteniendo compara-

ciones constantes con escenarios geográficos e históricos que desmitifiquen nacionalismos metodológicos; b) conceptualizar circuitos de redes transnacionales como estrategias de organización polisémicas que vinculen tanto «nodos, flujos y enlaces [como también] estructuras, procesos y/o espacios» (Barnes y Reilly: 2007: 65); c) tipificar complejidades desde la migración vivida y sujetos colectivos a través de comparaciones constantes en escenarios multiescalares; d) desarrollar estrategias metodológicas que particularicen la intensidad de macrozonas migratorias, considerando interpretaciones a largas distancias en el seguimiento etnográfico de lugares y personas en movimiento.

La propuesta sobre macrozona sur patagónica pretende contribuir de manera etnográfica con los estudios de migración transnacional abordados en el Norte Grande, sobre todo la noción de hiperfrontera, óptimos para la caracterización sobre espacios de movilidad y conexiones transnacionales entre fronteras políticas norte-norte y sur-sur de Chile. En particular, nos interesa localizar puntos de encuentro en las dinámicas migratorias que se generan entre bordes geográficos, así como también, conocer ensamblajes de nuevos migrantes modelados por lugares de acogida, sus contribuciones y relaciones entre sus lugares de origen y residencia transnacional.

Referencias

- Agar, Lorenzo (2007). «Árabes y judíos en Chile: apuntes sobre la inmigración y la integración social». En I. Klich y R. Saba (comps.), *Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aroca, Patricio, Geoffrey Hewings y Jimmy Paredes (2001). «Migración Interregional y Mercado Laboral en Chile 1977-82 y 1987-92». *Cuadernos de Economía*, 38 (115): 321-345.
- Baeza, Brígida (2009). *Fronteras e identidades en Patagonia central (1885-2007)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Barnes, Nielan y Katherine Reilly (2007). «Conceptualización de redes transnacionales: una revisión de literatura selecta». En G. Pisani, N. Saltalamacchia, A. Tickner y B. Nielan (coord.), *Redes transnacionales en la cuenca de los huracanes. Un aporte a los estudios interamericanos*. Miguel Ángel Porrúa, Instituto Tecnológico Autónomo de México, H. Cámara de Diputados LX Legislatura, México.
- Beck, Ulrich (2006). *Cosmopolitan vision*. Cambridge: Polity Press.

- Castoriadis, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Cárdenas, Renato, Dante Montiel y Catherine Grace (1991). *Los chono y los veliche de Chiloé*. Santiago: Ediciones Olimpho.
- Cárdenas, Renato (2004). La Papa, patrimonio de la humanidad. En *El Llanquihue de Puerto Montt*, diario local, 1-4.
- Campos, M. y G. Vargas (2005). *Hornopirén después de un siglo. 1900-2000. Una propuesta didáctica para abordar la historia local en la educación media*. Tesis de Pregrado en Historia, Geografía y Educación Cívica. Temuco: Universidad de la Frontera.
- Coloane, Francisco (1971). *El chilote Otey y otros relatos*. Santiago: Quimantú.
- Collier, Stephen y Aihwa Ong (2005). *Global Assemblages*. Malden: Blackwell.
- Danemann, Manuel (1974). «Teoría folklórica. Planteamientos críticos y proposiciones básicas». En *Teorías del folklore en América Latina*. Caracas: Instituto Iberoamericano de Etnología y Folklore del Centro Multinacional del Programa Regional de Desarrollo Cultural de la OEA.
- De la Torre, Renée y Cristina Gutiérrez (2005). «La lógica del mercado y la lógica de la creencia en la creación de mercancías simbólicas». *Desacatos*, 18: 53-70.
- Emperaire, Joseph (1963). *Los nómades del mar*. Santiago: Universidad de Chile.
- Falzon, Mark (2009). *Multi-sited ethnography. Theory, praxis and locality in contemporary research*. England-USA: Ashgate.
- Ferrando, María Teresa (2004). *Al otro lado del Pacífico: japoneses en Chile, 1900-1960*. Santiago: Ograma.
- Fitz-Roy, Roberts (2013). *Viajes del Adventure y el Beagle*. Madrid: Catarata.
- Gallo, Elizabeth (2009). «In the right place at the right time? Reflections on multi-sited ethnography in the age of migration». En Mark Falzon (coord.), *Multi-sited ethnography. Theory, praxis and locality in contemporary research*. England-USA: Ashgate.
- Garcés, Alejandro (2015). *Migración peruana en Santiago. Prácticas, espacios y economías*. Santiago: RIL.
- Gajardo Cortés, Claudio y Francisco Ther Ríos (2011). «Saberes y prácticas pesquero-artesanales: cotidianidades y desarrollo en las caletas de Guabún y Puñihuil, Isla de Chiloé». *Chungará*, 43 (1): 589-605.
- Glaser, Barney y Anselm Strauss (1967). *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Glick-Schiller, Nina (2008). «Nuevas y Viejas cuestiones sobre localidad: teorizar la migración transnacional en un mundo neoliberal». En Sonia Carlota

- Solé Parella y Leonardo Cavalcanti (coordinadores), *Nuevos retos del transnacionalismo en el estudio de las migraciones*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración-Grafo.
- Glick-Schiller, Nina y George Fouron (1999). «Terrains of blood and nations: Haitian transnational social field». *Ethnic and Racial Studies*, 22: 45-69.
- Glick-Schiller, Nina y Peggy Levitt (2008). «Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society». En Sanjeev Khagram y Peggy Levitt (eds.), *The Transnational Studies Reader*. Nueva York: Routledge.
- Guarda, Gabriel (2002). *Los encomenderos de Chiloé*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (1997). «Beyond «Culture»: Space, Identity and the Politics of Difference». En Akhil Gupta y James Ferguson (eds.), *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Guizardi, Menara y Alejandro Garcés(2013). «Circuitos migrantes. Itinerarios y formación de redes migratorias entre Perú, Bolivia, Chile y Argentina en el norte grande chileno». *Papeles de Población*, 78: 65-110.
- Guizardi, Menara, Felipe Valdebenito, Esteban Nazal y Eleonora López (2017). «Hyper-border spaces: Peruvian migrants in the Arica Bus Terminal (Chile)». *Migraciones Internacionales*, 9 (1): 152-178.
- González Miranda, Sergio (2009). «El Norte Grande de Chile y sus dos triples fronteras: Andina (Perú, Bolivia y Chile) y Circumpuneña (Bolivia, Argentina y Chile)». *Cuadernos Interculturales*, 7 (13): 27-42.
- Hannerz, Ulf (1996). *Transnational connections*. Londres: Routledge.
- Hermida, Mariano, Mariano Malizia y Peter van Aert (2013). «Ser fueguino. Un estudio sobre migración y construcción de pertenencia». X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Hirai, Sinjhi (2009). *Economía política de la nostalgia: Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- León, Marco Antonio (2007). *Cultura de la muerte en Chiloé*. Santiago: RIL.
- Martinic, Mateo y Duncan Campbell (2010). «Las comisarias rurales del antiguo territorio de colonización de Magallanes (1902-1927)». *Magallania*, 38 (1): 205-226.
- Marcus, George (1995) «Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal». *Alteridades*, 11 (22): 111-127.
- Massone, M., F. Borrero, D. Legoupil, F. Mena, A. Prieto, C. Ocampo, P. Rivas, M.

- San Román, F. Martín, C. Méndez, O. Reyes y D. Munita D (2016). «Cazadores recolectores en la Patagonia chilena desde 11000 años a.p. a la colonización». En *Prehistoria en Chile desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Santiago: Universitaria.
- Mancilla, Luis (2017). *Cuando los chilotes invadieron América*. Chile: Ediciones La Tijera.
- Mancilla, Luis y Luis Mardones (2010). *El terremoto de 1960 en Castro*. Chile: Ediciones La Tijera.
- Mezzadra, Sandro (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Montiel, Felipe (2010). *Chiloé. Historias de viajeros*. Castro: Municipalidad de Castro.
- Müller, Michel (2007). «Jesuitas centro-europeus o alemanes en las misiones de indígenas en las antiguas provincias de Chile y del Paraguay». em *São Francisco Xavier: nos 500 anos do nascimento de São Francisco Xavier: da Europa para o mundo 1506-2006*. Porto: Centro Interuniversitário de História da Espiritualidade.
- Ocampo, C y P. Rivas (2004). «Poblamiento temprano de los extremos geográficos de los canales patagónicos: Chiloé e Isla Navarino». *Chungará*, 36 (1): 317-331.
- Saavedra Gallo, Gonzalo (2015). «Los futuros imaginados de la pesca artesanal y la expansión de la salmonicultura en el sur austral de Chile». *Chungará*, 47 (3): 1-18.
- Sassen, Saskia (2010). *Territorio, autoridad y derechos: de los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz.
- . (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Salières, Magali, Matthieu Le Grix, Waldo Vera y René Billaz, (2005) «La agricultura familiar chilota en perspectiva». *Revista Líder*, 13 (10): 79-104.
- Silva, Cristian (2011). «Campamentos urbanos en un país de centros y periferias: expresión de una pobreza sistémica». *Revista Urbano*, 23: 7-19.
- Saldívar, Juan M. (2015). *Con los ancestros en la espalda. Transnacionalización, localización y filtración cultural de la santería cubana en Santiago, Chile y La Paz, Bolivia (1990-2012)*. Tesis de Doctorado en Antropología, Arica: Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá.
- Stefoni, Carolina (2004). «Inmigrantes transnacionales: la formación de comunidades y la transformación en ciudadanos». En *FLACSO*, Santiago. Disponible en <http://bit.ly/2BLC1fx>.
- Stengers, Isabelle (2014). «La propuesta cosmopolítica». *Revista Pléyade*, 14: 17-41.
- Ther Ríos, Francisco (2008). «Prácticas cotidianas e imaginarios en sociedades

- litorales. El sector de Cucao, Isla Grande de Chiloé». *Chungará*, 40 (1): 67-80.
- Urbina, Ximena (1988). «Los chonos en Chiloé: itinerario y aculturación». *Chiloé*, 9: 29-42
- . (2007). «La puerta de Nahuelhuapi: imaginario y formas de exploración del territorio en la frontera austral del reino de Chile». En *Actas del XII Congreso de la Asociación Española de Americanistas*, Vol. I, Universidad de Huelva, pp. 347-367.
- . (2016). «Interacciones entre españoles de Chiloé y chonos en los siglos XVII y XVIII: Pedro y Francisco Delco, Ignacio y Cristóbal Talcapillán y Martín Olleta». *Chungará*, 48 (1): 103-114.
- Urbina, Rodolfo (2002). *La vida en Chiloé en tiempos del fogón 1900-1940*. Valparaíso: Universidad Playa Ancha Editorial.
- Vázquez de Acuña, Isidoro (1993). «La jurisdicción de Chiloé (siglos XVI al XX). Su extensión, exploración y dominio». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 103: 111-191.
- Valdebenito, Felipe (2017). «La producción espacial de la frontera norte chilena (1885-1930): Un debate inconcluso». *Límite*, 12 (38): 39-49.
- Villagrán, C. (1985). «Análisis palinológico de los cambios trascendentales durante la Tardiglacial y Posglacial en Chiloé, Chile». *Revistas Chilena de Historia Natural*, 58: 57-69.
- Wietschorke, Jens (2010). «Historische ethnografie. Möglichkeiten und grenzen eines konzepts». *Zeitschrift für Volkskunde*, 106, 197-223.

Reconocimiento

El artículo muestra resultados preliminares de investigación correspondiente a la primera etapa del proyecto Fondecyt Posdoctorado núm. 3160798 (2016-2018), titulado «Etnografías en movimiento, imaginarios culturales y trayectorias migratorias de comunidades transnacionales chilotas entre Ushuaia, Argentina y Punta Arenas, Chile (1950-2015)». El autor agradece a Francisco Ther Ríos, investigador patrocinante y al Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Lagos.

Sobre el autor

JUAN MANUEL SALDÍVAR ARELLANO es doctor en Antropología. Actualmente se desempeña como investigador de posdoctorado Fondecyt en el Programa Atlas, adscrito al Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Lagos (Chile). Su correo electrónico es juan.saldivar@ulagos.cl.

AVANCE DE INVESTIGACIÓN

**Componentes de tecnologías para la pesca
(instrumentos Traful) en ambientes lacustres
y boscosos andinos norpatagónicos, Argentina**

*Components of fishing technologies (Traful instruments) in
andean lakes and forests of north-west Patagonia, Argentina*

Alberto Enrique PÉREZ

Universidad Católica de Temuco, Chile

Verónica SCHUSTER

Centro Nacional Patagónico, Argentina

Leandro CASTIÑEIRA

Centro de Ecología Aplicada del Neuquén, Argentina

RESUMEN La funcionalidad de los Instrumentos Traful es incierta luego de 70 años de su descripción. A partir de su diseño morfológico, el contexto ambiental y arqueológico asociado, postulamos que son parte de un «instrumento compuesto» especializado para la pesca. Si bien presentan características singulares en el contexto lacustre y riverense del interior de la Patagonia noroccidental argentina, se asemejan en cuestiones básicas a los pesos de líneas marinos de gran distribución magallánica.

PALABRAS CLAVE Instrumento Traful, peso de línea, plomada, Patagonia argentina.

ABSTRACT Seventy years after they were first described, the function of Traful Instruments is still uncertain. From their morphological design and the associated environmental and archaeological contexts, we postulate that they are

part of a specialized «composite instrument» for fishing. While their characteristics are unique in the context of the lakes and rivers of North-west Argentinean Patagonia, similarities were found with the line-weights which are widely distributed in Magellanic marine contexts.

KEYWORDS Traful Instrument, line-weight, plummet, Argentinean Patagonia

Introducción

En el presente trabajo se reevaluará a la luz de nuevos hallazgos en tierra firme (superficiales y estratificados) y subacuáticos, la funcionalidad de los denominados Instrumentos Traful (Schobinger, 1957), caracterizados de forma toponímica (lago Traful, Argentina) hace medio siglo, ya que su funcionalidad era incierta y aún hoy día sigue siendo motivo de debate.

Milceades Vignati describió por primera vez una pieza hallada por Joaquín Frenguelli en un paradero de Paso Flores, en la orilla izquierda del río Limay (Vignati, 1944: 160, figura 12). Hans Schobinger (1957) mencionó varios instrumentos Traful en colecciones particulares y museos regionales entre los artefactos mobiliarios de la provincia de Neuquén conocidos hasta aquella fecha, y estableció una distribución acotada a la cuenca del río Limay. Rita Ceballos (1982) encontró uno de estos instrumentos en el Nivel VI de la Fase cultural B de la Cueva Cuyin Manzano, en contexto semejante al Componente I de la Cueva Traful I fechado entre 7.850 ± 70 AP y 7.308 ± 285 años AP a 7 km de distancia (Crivelli Montero, Curzio y Silveira, 1993). Ceballos (1982) diferenció entre sus conjuntos formas monofaciales como más antiguas y una bifacial más tardía y derivada de la primera, pero conviviendo ambas hasta momentos poshispánicos.

Más tarde, Mario Silveira describió una raedera Traful (en el sentido de Schobinger, 1957) en el Componente Cerámico II del Alero Los Cipreses (Silveira, 1996: 117, figura 1, ilustración 10), y otros dos en superficie en proximidad del lago Traful (Silveira, 1987: 298). Mencionó, además, la presencia de otro en estratigrafía en el componente cerámico del sitio Schimmel que se encuentra en el valle del río Limay (Silveira, 1987).

A lo largo de este tiempo han sido caracterizados funcionalmente como raederas (Vignati, 1944), rasquetas de carpintero (Silveira, 1987: 299) y muescas dobles (Crivelli Montero, Curzio y Silveira, 1993), utilizadas para descortezar y desbastar madera (Ceballos, 1982). En todos los casos se trata de instrumentos de sección

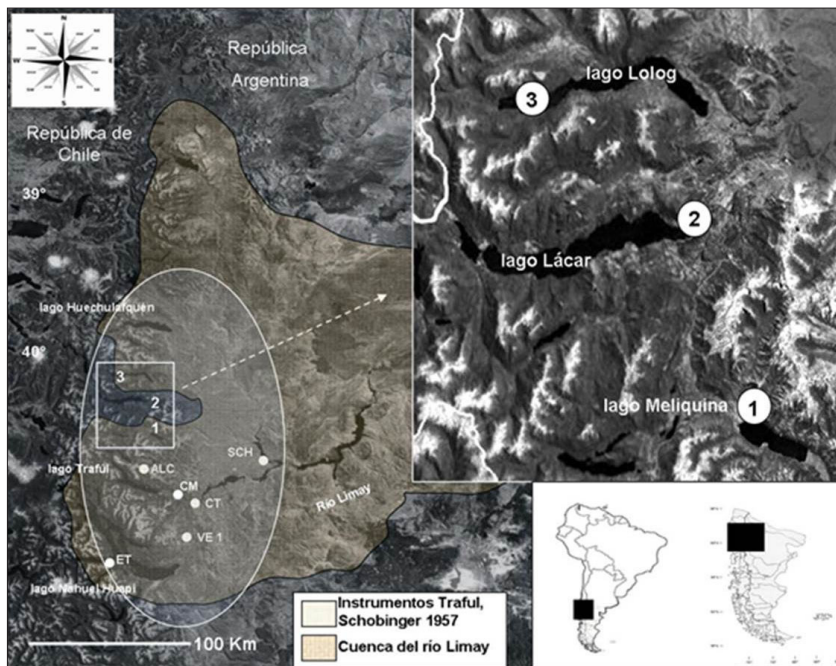


Figura 1. Distribución de artefactos adaptada a partir de Schobinger (1957: 52) sobre cuenca del río Limay. SCH: sitio Schimmel; CT: Cueva Traful; CM: Cuyin Manzano; VE 1: Valle Encantado 1; ALC: Alero Los Cipreses; ET: El Trébol.

plana y plano/convexa, su contorno es cuadrangular, rectangular o elíptico y poseen dos muescas o escotaduras opuestas por el eje mayor. Pueden presentar uno o dos filos laterales retocados, pero también se presentan completamente alisados. Manufacturados en basaltos y sílices de diversas composición y calidad. En concordancia con las observaciones de Schobinger (1957), se distribuyen sobre la cuenca inferior y media del río Limay en la Patagonia Noroccidental Argentina.

El para qué

El consumo de peces ha sido considerado un tabú alimenticio entre las poblaciones del interior de la Patagonia continental denominadas históricamente «tehuelches», a partir de analogías etnográficas basadas en algunos comentarios realizados por George Musters (1997) en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, en la región de los bosques y lagos andinos norpatagónicos de ambas vertientes cordilleranas su consumo era habitual (Álvarez y otros, 2013). Incluso existen registros etnohistóricos que hacen referencia a prácticas de pesca (Koessler-Ilg, 2000) e incluyen uso de trampas para su captura entre las poblaciones nativa del

valle Lácar (Cox, 1999). A lo cual agregamos la información arqueológica previamente publicada sobre el aprovechamiento potencial y efectivo de otros recursos dulceacuícolas como en la región, como los moluscos (Pérez y Batres, 2010) y los crustáceos (Pérez y Schuster, 2016).

El registro arqueológico de la explotación de ambientes lacustres norpatagónicos es escaso, pero hay evidencias concordantes entre tecnologías de pesca y el área de distribución de los instrumentos Trafal. Por ejemplo, en el sitio Valle Encantado 1 sobre la margen derecha del río Limay se hace referencia al consumo de perca (*Percichthys trucha*) desde los niveles precerámicos (Hajduk y Albornoz, 1999). En el sitio El Trébol (lago Nahuel Huapi) hay registros de perca (*Percichthys trucha*), pejerrey (*Odontestheshatcheri*) y puyen (*Galaxias maculatus*) desde las ocupaciones correspondientes al Holoceno medio (Hajduk, Albornoz y Lezcano 2007). Esta antigüedad se corresponde también con la presencia de *Osteichthyes* (peces óseos) en el Componente IIA Confluencia del sitio Cueva Trafal, datado en 6.030 ± 115 y 6.240 ± 60 años AP (Cordero, 2011). Durante el Holoceno tardío, en el cercano lago Trafal fueron registrados peces en Cueva Novoa y Alero Cicuta, además de un anzuelo óseo de muy buena manufactura en Alero Los Cipreses (Silveira, 1996: 117, figura 1, ilustración 7). En la localidad arqueológica Meliquina, a orillas del lago homónimo, se ha identificado la presencia de tres vértebras de peces en los sitio Lago Meliquina, Faja Media y Sector 1, en el mismo contexto estratigráfico donde se recuperaron tres de los cuatro instrumentos Trafal de Meliquina, con dataciones de 920 ± 60 años AP (Pérez, 2010). Mientras que en el sitio Cueva Parque Diana, a 5,5 km de distancia del lago, pero a 25 metros del río Hermoso, se identificaron otolitos de al menos un *Odontesthes* sp. (pejerrey) datado en 2.370 ± 70 años AP, y una vértebra de *Percichthys trucha* y otro otolito de *Odontesthes* sp. datados 760 ± 60 años AP (Pérez, 2010).

Si bien la muestra es reducida en apariencia, estudios previos sugieren que la conservación de restos óseos en los sitios a cielo abierto, como el Lago Meliquina, ha sido solo de segmentos provenientes de elementos de alta densidad mineral ósea, y aquellos de menor densidad y más susceptibles a la destrucción por factores bioestratinómicos y fosildiagenéticos, se han conservado por estar carbonizados o calcinados (Pérez, Smith y Grillo, 2008). Entre ellos se encuentran escasas vértebras de peces. Resultados de análisis físico-químicos realizados sobre el sedimento del sitio muestran una cantidad importante de fósforo en suelo, entre 12,6 (lectura 620 n.m.) y 124 ppm de PO_4 (kg) (ver Pérez, Smith y Grillo, 2008: 93, tabla 3; y Pérez, Chiarelli y Grillo, 2009: 224, tabla 1), que sugieren la degradación de elementos óseos muy ricos en fosfatos como el de los peces.

Las potenciales presas

Para plantear la existencia de una tecnología de pesca es fundamental que en el mismo lugar de la distribución de estos artefactos se encuentren presas potenciales de interés (cantidad y calidad) y que sean asociables a esta técnica de captura (hábitos eto-ecológicos y aspectos fisiológicos). Entre las especies nativas aprovechables (véase tabla 1) diferenciamos presas potenciales que presentan un alto rendimiento por captura individual, como *Percichthys trucha* (perca), y otras especies que presentan un alto rendimiento por captura masiva (cf. Madsen y Schmitt, 1988). Ambos extremos requieren tecnologías específicas. Por ejemplo, para la captura de presas de alto rendimiento, como la perca, se espera el uso de tecnologías compuestas, como líneas de fondo (sedal, plomada, anzuelo y carnada o señuelo), mientras que para la captura masiva y no selectiva se espera el uso de redes, que pueden incluir uno o más componentes (pesos, por ejemplo), de estructuras como corrales de pesca y nasas (Álvarez y otros, 2013) y/o la aplicación de toxinas en sectores de aguas someras (Olivos Herrero, 2004). Estas estrategias fueron utilizadas en la vertiente occidental cordillerana.

Respecto a la perca (figura 3), su desove se desarrolla entre la primavera tardía y el verano. Durante este periodo del año realiza aproximaciones a las zonas bajas de los cuerpos de agua, y migraciones desde cuerpos de agua mayores en busca de sustratos vegetales. Si bien son numerosos los factores que influyen en el momento reproductivo de estos peces, Buria y colaboradores (2007) encuentran una asociación entre los momentos de desove y el periodo lunar, en los que estos peces ingresan a las zonas litorales o someras de algunos lagos y ríos. Su abundancia varía dentro de diversos ambientes que habita, y está presente en casi todos los cuerpos de agua de la región. Por su alimentación se la puede considerar un depredador tope y suele vérsela desplazándose en grupos o solitario. Entre las tallas mayores registradas se ubican ejemplares de 40 cm y con un peso mayor a 5 kg, con registros de piezas de 8 kg. Por su voracidad es considerada, junto al pejerrey patagónico en la región, como la especie autóctona más importante para la pesca deportiva (pesca activa, practicada con línea y anzuelos). Estos peces, con su opérculo terminado en una púa y sus aletas con radios espinosos, quedan fácilmente enganchados en las redes de pesca, pero también producen grandes daños a las mismas. Esta especie presenta diferentes caracteres físicos secundarios que permiten identificar al menos dos *morphos* diferentes, uno de estos posee una boca de mayor amplitud (perca bocona) que le permite levantar aspirando elementos del fondo, especialmente en lagos y lagunas (Aigo, Latucca y Cussac,

Tabla 1. Peces registrados en los lagos Meliquina, Lácar y Lolog. S/R: sin registros publicados.

Nombre vulgar	Especie	Periodo de reproducción	Largos máximos y extremos	Peso máximo
Perca	<i>Percichthys trucha</i>	Primavera tardía y verano	40 cm	5 kg
Peladilla	<i>Aplochitonzebra</i>	Fines de otoño a comienzos de la primavera	12 cm	S/R
Pejerrey patagónico	<i>Odontesthes hatcheri</i>	S/R	35 cm	1 kg
Bagre otuno	<i>Diplomystes viedmensis</i>	S/R	15 a 30 cm	S/R
Puyen grande	<i>Galaxias platei</i>	S/R	22 a 29 cm	1 kg
Puyen chico	<i>Galaxias maculatus</i>	Verano y otoño o desde la primavera	10 cm	S/R



Figura 2. *Percichthys trucha* o perca.

2014). Esta característica facilitaría su pesca mediante líneas de fondo con cebos y lastradas dejadas toda la noche en aéreas de alimentación como podrían ser las desembocaduras de pequeños arroyos o riachos. Su alimentación se compone básicamente de invertebrados del fondo, a los que con el desarrollo se incorporan crustáceos y otros peces (eaeglas y puyenes).

Pesos de línea

Si bien la pesca con trampas de tipo corral y nasas está ampliamente documentada hacia la vertiente occidental cordillerana, en buena parte de la cuenca del río Valdivia y tributarios (Álvarez y otros, 2013), los trabajos en sitios de la costa marina de Massone y Torres (2004) permiten identificar en el registro arqueológico otros métodos de pesca a través de los instrumentos caracterizados en forma genérica como pesas. Diferenciando aquellos que pudieron ser utilizados en redes de otros destinados a líneas de pesca de fondo, a partir de colecciones museográ-

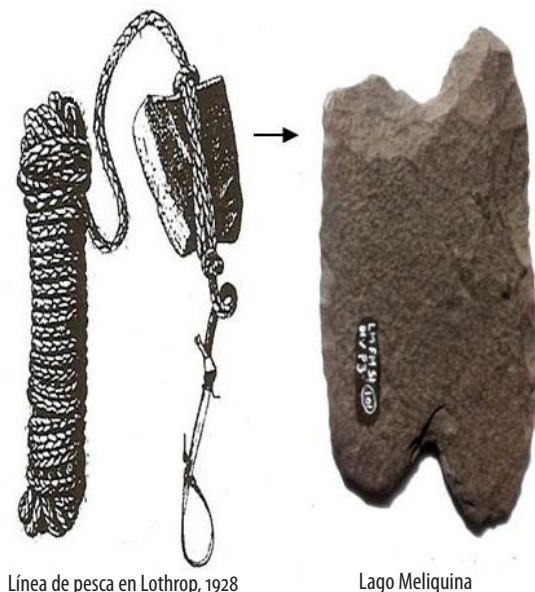


Figura 3. A la izquierda: línea de pesca de la Colección del Museo del Hombre de París (Lothrop, 1928, en Torres, 2007: 56, figura 1). A la derecha: pesa lítica de lago Meliquina.

ficas y fuentes etnográficas de Patagonia, se reitera que para la pesca con línea los pesos poseen dos escotaduras apicales como sistema de amarre (véase citas de Bridges, 2000: 94; Gusinde, 1982: 266, 1937: 473 y 530; y Lothrop, 1928: 159, en Massone y Torres, 2004).

Massone y Torres (2004), y Torres (2007) postulan el uso de formas ovaladas, presencia de hendiduras en la parte más larga o eje mayor y la redondez de la pieza para facilitar su hundimiento como requerimientos tecnológicos de una pesa de línea; y un umbral mínimo promediado de 500 g de peso y 11 cm de largo y 9 de ancho de volumen que las separa funcionalmente de las pesas de red. Su sección plana y plano/convexa las hace resistentes al rozamiento retardando la devolución del anzuelo a la costa por acción de la corriente y el oleaje (Torres, 2007).

Nuestra muestra

En el sitio arqueológico a cielo abierto Lago Meliquina, Faja Media, Sector 1 (40° 20' 08" S - 71° 19' 03" W y 933 m.s.n.m.), a orillas del lago homónimo, encontramos cuatro instrumentos Trafal datados en 920 ±60 años AP, asociados a conchas de *Diplodon* sp., vértebras de peces (Pérez, 2010) y torteros vinculados a

Tabla 2. Instrumentos Traful de nuestra área de estudio

Sitios y ubicación (figura 1)	Medidas mm	Peso	Materia prima	Escotaduras apicales	Filos complementarios
Lago Meliquina	a) 80 x 66 x 15	84,3 g	Andesita	Pulidas	Cuchillo
	b) 71 x 44 x 5	26 g	Basalto	Alisada/embotada	Cuchillo doble
	c) (22)* x 31 x 6	-	Dacita	Embotado (1)**	Raedera/cuchillo
	d) (65) x 67 x 16	-	Andesita	Pulida (1)	Indeterminado
Playa Lácar	e) 78 x 46 x 7	50 g	Esquisto	Pulidas	Borde perimetral pulido
	f) (40) x 37 x 9	-	Balasto	Embotada (1)	Raedera/cuchillo
Lolog (aislado)	g) 98 x 44 x 6	50 g	Toba litificada	Embotadas	Cuchillo doble

Descripción de las muestras analizadas de nuestra área de estudio. Las medidas con * expresan fracturas y los números con ** una sola escotadura conservada. No se considera peso de artefactos incompletos.

redes de pesca en otros ambientes lacustres y ribereños (González, 2005). Otros dos fueron recolectados en una playa en la desembocadura del río Pocahullo en la costa este del lago Lácar (40° 09' 38" S - 71° 21' 37" W y 644 m.s.n.m.), importante desovadero de peces y lugar donde Guillermo Cox describió en 1862 el uso de trampas de pesca por parte de la población nativa (Cox, 1999). Otro instrumento de toba litificada fue hallado mediante un relevamiento subacuático a un metro de profundidad en proximidad a la costa occidental del lago Lolog (40° 02' 36" S - 71° 33' 07" W y 930 m.s.n.m.) (véase tabla 2 y figura 4).

Todas las muestras presentan escotaduras pulidas o totalmente embotadas. Entre estas, dos provenientes de la costa del lago Meliquina (Figura 4b y c) y la procedente del interior del lago Lolog (Figura 4g), tienen patina de hidratación en forma extendida. El tamaño y volumen varía entre 71 y 98 mm de longitud y 37 y 66 mm de ancho y 6 y 16 mm de espesor. En toda la muestra los pesos son menores a los 50 g, similar a los pesos de línea descritos por Massone y Torres (2004).

Discusión y conclusiones. ¿Por qué son instrumentos para pescar?

Los atributos que permiten definirlos como pesas son su sección plana/convexa y las modificaciones laterales en las partes medias a ambos lados del eje mayor con el probable propósito de «retener un amarre» (Massone y Torres, 2004; Torres, 2007). No son sus filos laterales, sino estas escotaduras o hendiduras apicales los atributos que caracterizan al instrumento, y que generalmente están alisadas o embotadas para evitar cortar la línea o sedal.

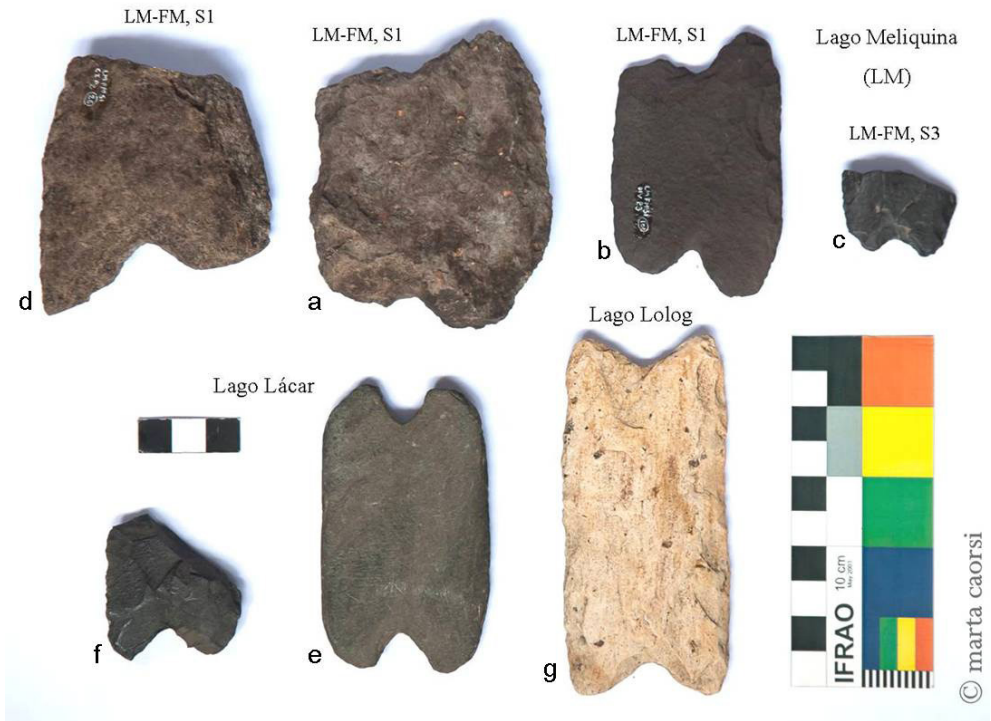


Figura 4. Instrumentos Traful de los lagos Meliquina, Lácar y Lolog.

Uno de estos instrumentos fue encontrado en estratigrafía junto a un anzuelo de hueso en el sitio Alero Los Cipreses, al norte de lago Trafal, sin que se postulara un vínculo entre los mismos (Silveira, 1996). La manufactura de instrumentos tan elaborados como anzuelos de hueso y su análisis morfológico/funcional puede indicar selectividad de especies y hasta tamaños de las presas deseadas en función al lugar que ocupa en la cadena alimentaria, forma de alimentación, peso/talla corporal, el tamaño y forma de la boca, entre otras. El anzuelo del Alero Los Cipreses (Silveira, 1996: 117, figura 1, ilustración 7) presenta características que lo hacen eficiente para la captura de presas de tallas superiores a un kilo y bocas grandes, como las percas, entre las potenciales especies de la región.

Se presentan en forma concentrada o como hallazgos aislados en inmediata vecindad o en sectores eutróficos dentro de cuerpos de agua estacionarios o permanentes de la cuenca del río Limay y naciente de la cuenca valdiviana (subcuenca Lácar), donde la descarga de nutrientes del entorno boscoso genera con-

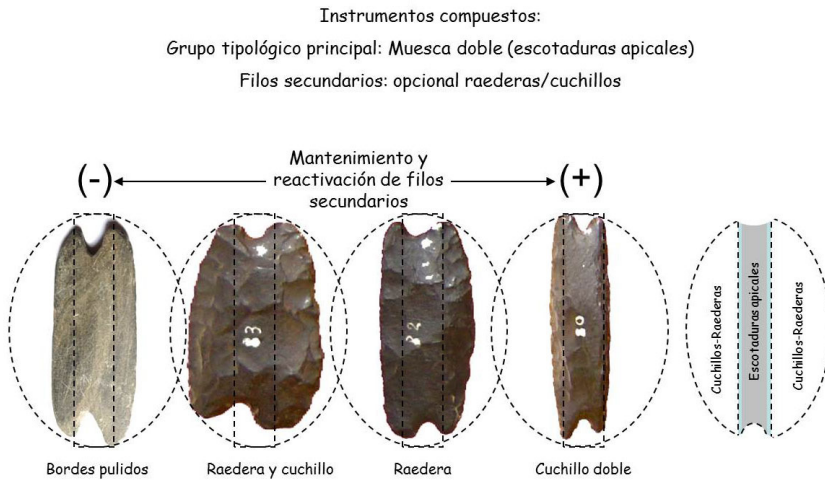


Figura 5. Variabilidad morfológica de los instrumentos Traful.

centraciones de biomasa de crustáceos, moluscos y peces (Lattuca y otros, 2008), asociados en varios sitios a instrumentos Traful (Silveira, 1987; Pérez, 2010).

Debemos agregar la recolección de uno de estos instrumentos en forma subacuática procedente del lago Lolog en el año 2014 (figura 4g), que atribuimos a la pérdida de líneas de pesca en su contexto de uso. En el mismo sector en forma subacuática se encontraron restos de señuelos (cucharas, caimanes y moscas) de líneas modernas y antiguas enganchadas en maderas y rocas. Los dos instrumentos del lago Lácar fueron recolectados de un sector de la costa que buena parte del año se encuentra sumergida, mientras los cuatro artefactos de lago Meliquina fueron recolectados en un acotado sector a escasos diez metros del nivel actual del lago.

Sobre una muestra de más de 200 artefactos líticos (instrumentos y *debitage*) en Lago Meliquina, Faja Media, Sector 1, solo los instrumentos Traful presentan pátina de hidratación extendida, lo que sugiere una exposición diferencial (más hidrodinámica) durante su contexto sistémico al de los otros instrumentos líticos asociados.

Tres de los cuatro instrumentos del sitio Lago Meliquina, Faja Media, Sector 1 se encontraron en inmediata proximidad a restos de peces, en un sustrato que sugiere contener altos niveles de residuos minerales producto de la degradación de elementos óseos ricos en fósforo, como los de los peces. En el mismo sitio hemos identificado la presencia de agujas de hueso y usos de hilar que atribuimos a la manufactura y mantenimiento de redes de pesca, como ha sido recientemente sugerido para otros ambientes lacustres y ribereños (González, 2005).

Respecto a la variabilidad formal consignada por Ceballos (1982), consideramos que se trata de decisiones tecnológicas vinculadas a las propiedades de las materias primas en el ámbito boscoso y lacustre (disponibilidad, accesibilidad y calidad). Se pueden distinguir instrumentos «confiables» y «mantenibles» siguiendo los criterios propuestos por Andrefsky (1998). Los confiables fueron formatizados sobre rocas blandas y se caracterizan por su uso específico, como los encontrados en la cuenca del lago Lácar (véase también Serrano, 2000: 196, figura 131), los cuales presentan grabado geométrico sobre ambas caras, y bordes y escotaduras planas y plano/convexas perimetralmente alisadas y/o pulidas (ver artefacto de borde pulido en la figura 5 y tabla 2, columnas 2e).

Los diseños mantenibles de mayor variabilidad interna, son predominantes. Los hay expeditivos a partir de esquirlas térmicas (figura 4a), y más conservados utilizando rocas silíceas y basálticas con uno o más filos laterales potenciales, los que han sido o no utilizados y mantenidos, y cuya secuencia potencial de uso y reactivación se sugiere a partir de la figura 5.

Consideraciones finales

Postulamos que los instrumentos Traful son parte potencialmente multifuncional (pesas, raederas, cuchillos), pero componente al fin de un equipo personal compuesto, de tipo extractivo para la pesca. Diseño liviano y transportable que podríamos resumir en un «equipo personal» de pesca, cuyas partes durables e identificables en el registro arqueológico son estas pesas líticas planas con escotaduras apicales, que describimos aquí a partir de la redefinición de un emblemático instrumento de funcionalidad desconocida.

Referencias

- Aigo, Juana, María E. Latucca y Víctor Cussac (2014). «Susceptibility of native perca (*Percichthys trucha*) and exotic rainbow trout (*Oncorhynchus mykiss*) to high temperature in Patagonia: different physiological traits and distinctive responses». *Hidrobiology*, 736 (1): 73-82.
- Andrefsky, William (1998). *Lithics, macroscopic approaches to analysis*. Cambridge Manual in Archaeology. Cambridge University Press.
- Álvarez, Ricardo, Munita Doina, Jaime Hernández, Alex Barón y Diego Gálvez (2013). «Antecedentes etnográficos e históricos de la pesca con nasas (*Llollles*) en el Centro Sur de Chile». *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 25: 5-21.

- Bridges, Lucas (2000). *El último confín de la tierra*. Buenos Aires: Emecé.
- Buria, Leonardo, Sergio J. Walde, Miguel Battini, Patricio J. Macchi, Marcelo Alonso, Daniel E. Ruzzante y Víctor E. Cussac (2007). Movement of a South American perch (*Percichthy strucha*) in a mountain Patagonian lake during spawning and prespawning periods. *Journal of Fish Biology*, 70: 215-230.
- Ceballos, Rita (1982). «El sitio Cuyín Manzano». *Estudios y documentos. Centro de Investigaciones Científicas de Río Negro*, 9: 1-64.
- Cordero, José. A. (2011). «Subsistencia y movilidad de los cazadores-recolectores que ocuparon Cueva Trafal durante el Holoceno Medio y Tardío». *Comechingonia Virtual*, 2 (2): 158-202.
- Cox, Guillermo (1999). *Viaje a las rejiones septentrionales de la Patagonia*. Elefante Blanco.
- Crivelli Montero, Eduardo, Damiana Curzio y Mario Silveira (1993). «Estratigrafía de la Cueva Trafal I (Prov. de Neuquén)». *Praehistoria*, 1: 9-166.
- González, María I. (2005). *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos*. Colección Tesis doctorales, Sociedad Argentina de Antropología (SAA), Buenos Aires.
- Gusinde, Martín (1937). *Die Feverland-Indianer: Bd. 2: Die Yamana*. Van leben and Denken der wassernomaden am Kap Horn. VerlagAntropos, Modling.
- . (1982). *Los indios de Tierra del Fuego. Los Selk'nam*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- Hajduk, Adam y Ana M. Albornoz (1999). «El sitio Valle Encantado I. Su vinculación con otros sitios. Un esbozo de la problemática local diversa del Nahuel Huapi». En *Soplando en el Viento... Actas de las Terceras Jornadas de Arqueología de la Patagonia* (pp. 371-391). Neuquén-Buenos Aires: INAPL y Universidad del Comahue.
- Hajduk, Adam, Ana Albornoz y Maximiliano Lezcano (2007). «Nuevos pasos en pos de los primeros bariloichenses. Arqueología del Parque Nacional Nahuel Huapi». En C. Vázquez y O. M. Palacios (editores), *Patrimonio cultural: La gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas aplicadas* (175-194). Comisión Nacional de Energía Atómica.
- Koessler-Ilg, Bertha (2000). *Cuentan los araucanos. Mitos, leyendas y tradiciones*. Buenos Aires: Editorial del Nuevo Extremo.
- Lattuca, María E., Daniel Brown, Leandro Castiñeira, María Renzi, Carlos Luzzon, Javier Urbanski, y Víctor Cussac (2008). «Reproduction of landlocked *Aplochiton zebra* Jenyns (Pisces, Galaxiidae)». *Ecology of Freshwater Fish*, 7 (3): 394-405.

- Lothrop, Samuel (1928). *The Indians of Tierra del Fuego. Contributions of the Museum of the American Indians*. Nueva York: Heye Foundation.
- Madsen, B. David y Daniel Schmitt (1988). «Mass Collecting and the Diet Breadth Model: A Great Basing Example». *Journal of Archaeological Science*, 25: 445-455.
- Massone, Mauricio y Jimena A. Torres (2004). «Pesas, peces y restos de cetáceos en el campamento Punta Catalina 3 (2.300 años AP)». *Magallania*, 32: 143-161.
- Musters, George C. (1997). *Vida entre los patagones*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- Olivos Herrero, Carmen G. (2004). «Plantas psicoactivas de eficacia simbólica: indagaciones en la herbolaria Mapuche». *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, Volumen Especial: 997-1.014.
- Pérez, Alberto E. (2010). «La localidad arqueológica Lago Meliquina, Dto. Lácár, Neuquén. El registro arqueológico del interior y borde de bosque en Norpatagonia». *Actas y Memorias del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (2006)* (pp. 1.515-1.528). Valdivia.
- Pérez, Alberto E. y Daniel Batres (2010). «Moluscos del sitio Lago Meliquina (Parque Nacional Lanín, provincia de Neuquén, Argentina)». *Werken* (Universidad Internacional SEK, Santiago de Chile), 13: 175-194.
- Pérez, Alberto E. y Verónica Schuster (2016). «Alfarería en contextos subacuáticos del lago Lácár (Patagonia Noroccidental, Argentina). Implicancias experimentales para una tecnología extractiva de crustáceos de agua dulce». *Revista del Museo de Antropología* (UNRC, Córdoba), 9 (1): 13-20.
- Pérez, Alberto E., Pablo Chiarelli y Elizabeth Grillo (2009). «Determinación cuantitativa de fosfatos en suelos y su aplicación arqueológica». En Tulio Palacios y otros (editores), *Arqueometría Latinoamericana. Segundo Congreso Argentino y Primero Latinoamericano* (pp. 221-226). Buenos Aires: Comisión Nacional de Energía Atómica.
- Pérez, Alberto E., Marina Smith y Elizabeth Grillo (2008). Implicancias tafonómicas de la composición faunística en la localidad arqueológica Meliquina, Parque Nacional Lanín, Pcia. de Neuquén, Argentina». *Revista Runa*, 29: 79-99.
- Schobinger, Hans (1957). «Arqueología de la provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios». *Anales de Arqueología y Etnología*, 13: 5-233.
- Serrano, Antonio (2000). *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica*. Ediciones Librería Paideia.
- Silveira, Mario J. (1987). «Investigación en el área boscosa del Lago Traful (Pcia de Neuquén)». *Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia* (295-303). Trelew.

Silveira, Mario J. (1996). «Alero Los Cipreses (Provincia del Neuquén, República Argentina)». Julieta Gómez Otero (editora), *Arqueología Sólo Patagonia. Actas de las II Jornadas de Arqueología de la Patagonia* (pp. 107-118). Puerto Madryn.

Torres, Jimena A. (2007). «¿Redes o líneas de pesca? El problema de la asignación morfofuncional de los pesos líticos y sus implicancias en las tácticas de pesca de los grupos del extremo austral de Sudamérica». *Magallania*, 35 (1): 53-70.

Vignati, Milceades A. (1944). «Antigüedades en la región de los lagos Nahuel Huapi y Traful». *Notas del Museo de La Plata*, 9 (29): 149-165.

Agradecimientos

Los autores agradecen a Carlos Luquet y Iara Rocchetta por la información aportada, lectura y comentarios de versiones previas de este artículo. A la Fundación de Historia Natural Félix de Azara por financiar el trabajo de campo. Los autores somos los únicos responsables de los comentarios aquí expuestos.

Sobre los autores

ALBERTO ENRIQUE PÉREZ es doctor en Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, y está afiliado al Departamento de Antropología, Universidad Católica de Temuco. Su correo electrónico es aperez@uct.cl.

VERÓNICA SCHUSTER es doctora en Arqueología de la Universidad Nacional del Centro (Olavarría, Buenos Aires, Argentina) y está afiliada al IDEAus, Centro Nacional Patagónico (CENPAT-CONICET), Chubut, Argentina. Su correo electrónico es veroschus@hotmail.com.

LEANDRO CASTIÑEIRA es Técnico Universitario en Acuicultura del Centro Regional Universitario Bariloche de la Universidad Nacional del Comahue y está afiliado al Departamento de Ecología Acuática, Centro de Ecología Aplicada del Neuquén, Argentina. Su correo electrónico es lmcastineira@gmail.com.

AVANCE DE INVESTIGACIÓN

**Alfabetos para escribir y para luchar.
Consideraciones sociopolíticas en torno
a la falta de estandarización de la escritura
en mapudungun**

*Alphabets for writing and fighting. Sociopolitical considerations
around the lack of standardization of writing in Mapudungun*

Alejandro CLAVERÍA CRUZ

Universidad de Concepción, Chile

RESUMEN La falta de estandarización escrita del mapudungun —la lengua del pueblo mapuche— se manifiesta primeramente en la existencia de diversos alfabetos, ninguno de los cuales ha logrado, hasta ahora, una preeminencia funcional y social clara. En torno a esta situación se ha generado un debate en el cual se confrontan posiciones, postulados, adhesiones y contraadhesiones por parte de diversos actores sociales involucrados. Se resumen y discuten aquí algunas de las implicancias sociopolíticas de este debate, considerando tanto la dimensión declarativa de los fundamentos expresados para apoyar una u otra de las propuestas alfabéticas, como también algunos ejemplos del uso efectivo que se da a los alfabetos en espacios y momentos concretos de interacción social. Analizar a los alfabetos como herramientas de acción social y política, relevando el papel que las ideologías lingüísticas juegan aquí, permite arrojar algo de luz sobre la diversidad de la sociedad mapuche actual.

PALABRAS CLAVE Alfabetos, pueblo mapuche, ideologías lingüísticas.

ABSTRACT The lack of a standardized orthography for Mapudungun, the language of the Mapuche people, is manifested principally by the existence of various alphabets, none of which has so far achieved clear functional and social

pre-eminence. This situation has generated a debate in which different positions, postulates, loyalties and counter-loyalties are opposed to one another by the various social actors involved in the problem. Some of the socio-political implications of this debate are summarized and discussed, considering both the declarative dimension of the reasons expressed to support one or other of the proposed alphabets, and some examples of the effective use that is given to the alphabets in concrete spaces and moments of social interaction. Analyzing alphabets as tools of social and political action, highlighting the role played by linguistic ideologies, allows us to shed some light on the diversity of present Mapuche society.

KEYWORD Alphabets, Mapuche people, linguistic ideologies.

Introducción

El mapudungun es una lengua de tradición oral, se suele decir. Lo cual, siendo cierto, escamotea una larga, aunque discontinua, serie de esfuerzos por fijar y transcribir las características de esta lengua en diversos sistemas gráficos y, en consecuencia, escribir en mapudungun. Podría decirse que dichos intentos establecen una continuidad jalonada por grandes intervalos de tiempo. Entre lo más destacado de estos esfuerzos podemos contar: las primeras gramáticas del mapudungun elaboradas con fines evangelizadores por misioneros jesuitas durante el período colonial (Luis de Valdivia; Andrés Febres; Bernardo Havestadt); los trabajos, hacia fines del siglo XIX y principios del XX, de científicos como Rodolfo Lenz y de misioneros capuchinos como Fray Félix de Augusta; la elaboración de obras testimoniales como *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX. Presentadas en la autobiografía del indígena Pascual Coña*, texto transcrito por el capuchino Wilhelm de Moesbach; hasta llegar a la actual producción de poesía mapuche, la que ha ocupado un lugar destacado en la escena literaria nacional.

Desde el decenio de 1980 en adelante se han propuesto diversos alfabetos concebidos no ya como meros instrumentos de transcripción y registro,¹ sino que ideados más bien para facilitar la definición y difusión de una escritura práctica del mapudungun, buscando propiciar así un cierto desarrollo de la escritura en

1. Tal era el horizonte en el que el mapudungun escrito se encontraba en los trabajos previos de científicos y misioneros: se transcribía y registraba el mapudungun principalmente para fines de estudio y/o evangelización.

esta lengua. Sin embargo, ninguno de estos alfabetos ha alcanzado una preeminencia incuestionable y no ha logrado establecerse un consenso en torno a cuál debe ser el sistema gráfico escogido para escribir esta lengua. Y esto, a despecho de diversas iniciativas emprendidas para alcanzar tal objetivo. Es más, lo que se entiende por una «estandarización adecuada» ha devenido de un tiempo hasta acá en objeto de controversia y debate: ¿estandarización para qué? y, sobre todo, ¿para quién y por quién?

Más allá de la dimensión estrictamente lingüística implicada aquí, la situación de déficit de estandarización del mapudungun escrito nos permite vislumbrar una realidad social y política en evolución. Tal realidad se conecta y expresa en la injerencia que diversos actores (lingüistas, profesores, dirigentes, líderes culturales, funcionarios de agencias estatales, etcétera, mapuches y no mapuches) han tenido en el transcurso de este «debate alfabético». Así, postulamos que las diferentes posiciones en torno a lo que se entiende por un «alfabeto adecuado» sobrepasan largamente las argumentaciones puramente lingüísticas (en las que, primeramente, se tienden a fundamentar las decisiones sobre cuáles grafemas deben componer cada sistema y sobre las reglas ortográficas que deben gobernar su ordenamiento y aplicación), para alcanzar una dimensión más explícitamente política o ideológica. Bajo esta luz se evidencia que, en los hechos, la propuesta y defensa de cada sistema alfabético deviene en intentos por lograr diversos objetivos «metaescriturales», entre los cuales podemos nombrar: el definir y mantener el debate sobre el alfabeto dentro de una cierta clausura académica; el obtener un consenso de regularización gráfica que le permita a la agencia étnica estatal implementar sus políticas etnolingüísticas elaboradas a partir de la década de 1990; o lograr a través del alfabeto una marca identitaria colectiva que coopere al fortalecimiento de un discurso más general de diferenciación y de autonomía político-social del pueblo mapuche, enarbolado hoy en día, en diferentes modulaciones e intensidades, por diversas organizaciones e intelectuales mapuches.

Debemos precisar que, para referirse al instrumento que permite la escritura de la lengua, los diversos actores que intervienen en este debate usan indistintamente los términos *alfabeto* y *grafemario* (y, frecuentemente, una misma persona usa alternadamente uno u otro). Al respecto podemos señalar que frente al tradicional concepto de *alfabeto*² se suele oponer, con claridad desde la década

2. La palabra *alfabeto* es la forma latinizada de las dos primeras letras del alfabeto griego, alfa y beta, la primera derivada del vocablo semítico *aleph*, la segunda del semítico *beth* (Goody y Watt, 1996: 50).

de los ochenta, el neologismo *grafemario* (un esquema de grafemas) como un concepto más técnico, deliberadamente despojado de toda la tradición cultural implicada en el término alfabeto. Pero, siguiendo a Contreras, constatamos que el concepto grafema, base de un supuesto grafemario, se refiere a «cada uno de los segmentos mínimos de la escritura que permiten por sí solos diferenciar significaciones... y no [definirlo] como hacen muchos, como la representación gráfica de un fonema... porque [esto último] no permite afirmar el carácter grafemático de unidades sin correlato fonológico, como la <h> del español general» (1976: 98). Es decir, hay unidades (grafemas) que diferencian significados solo en la escritura, sin guardar correspondencia con el sistema fonológico. Esta distinción resalta entonces un estatus autónomo del sistema de escritura con respecto al lenguaje oral. Por tanto, el término «grafemario» resultaría más apropiado, de ser el caso, para un instrumento de lectoescritura de una lengua en la que el sistema escrito haya alcanzado un consistente grado de autonomía cultural y funcional con respecto al lenguaje oral, situación en la que no se encuentra el mapudungun escrito, en virtud, precisamente, de su falta de estandarización. Por esta razón, nosotros utilizamos en este trabajo el término *alfabeto* para referirnos a los diversos conjuntos de grafías elaboradas para escribir el mapudungun.

Planteamiento

Tres han sido los alfabetos que, desde la década de los ochenta hasta la actualidad, han logrado una mayor preponderancia y visibilidad: el Alfabeto Raguileo, nombrado así por su autor, el estudioso mapuche Anselmo Raguileo; el Alfabeto Mapuche Unificado (AMU), producto de un acuerdo entre lingüistas alcanzado en 1986; y el Azümcheffe, el alfabeto de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (Conadi).³ Es en torno a ellos que se ha generado la mayor cantidad de posicionamientos, pronunciamientos y acciones de parte de los diversos actores sociales que han intervenido en el actual debate alfabético del mapudungun,⁴ ra-

3. Una exposición detallada de los procesos de realización y difusión de estas propuestas alfabéticas, así como un análisis de las implicancias sociopolíticas e ideológicas del debate generado en torno a ellas, se puede encontrar en Clavería (2015).

4. Durante los últimos años han sido propuestos otros alfabetos para la escritura de mapudungun. Sin embargo, ninguno de ellos ha generado un debate como el que estudiamos aquí. Es por esta razón que no los consideramos. Algunas de estas otras propuestas se pueden consultar en Conadi (1999) y Zúñiga (2001). En Álvarez-Santullano, Forno y Risco

zón por la cual centraremos en estos tres instrumentos la exposición que sigue a continuación. Quisiéramos destacar entonces algunas dimensiones críticas que despuntan en este debate.

El objetivo de impulsar la alfabetización en mapudungun ha debido conjugarse con el hecho de que esta lengua ostente de por sí un valor de identidad cultural distintivo y evidente, valor que con facilidad puede transferirse sobre su representación gráfica. Alcanzar un equilibrio entre este mandato y aquel objetivo no resulta sencillo, ¿cómo lograr un alfabeto que, junto con reflejar un bien cultural e identitario exclusivo, facilite a la vez la escritura corriente de dicha lengua? Se puede incluso preguntar: ¿es un alfabeto el instrumento adecuado para resolver esta tensión? Anselmo Raguileo pensaba que sí y en esta convicción elaboró su alfabeto (Capide, 1982, 1984). El objetivo de representar fielmente el sistema fonológico del mapudungun suponía para él distinguirlo, en su despliegue gráfico, del castellano escrito, la lengua de la sociedad dominante. Las principales ideas generales que sustentan su propuesta muestran este propósito:

Postulado 1: Todo pueblo que conserva su lengua vernácula debe estimarla siempre como primera lengua.

Postulado 2: Todo pueblo que conserva su lengua materna tiene derecho a adoptar el sistema alfabético que considere más apropiado para su escritura.

Postulado 3: En toda lengua, la relación que existe entre un grafema y el fonema que representa es totalmente convencional (Capide, 1984: 3)

Es necesario señalar que esta voluntad diferenciadora no llegó a desbordar el marco que componen las 27 grafías del alfabeto latino, con el que se escribe el castellano.⁵ Raguileo funda esto en razones de practicidad básicas:

Bien podríamos haber ideado un sistema alfabético sin recurrir a los signos gráficos del español [...] [pero] necesitamos utilizar las técnicas que en este caso utiliza la sociedad mayor, vale decir, las máquinas de escribir y los

del Valle (2015) se aborda el tema de la representación dialectal del mapudungun en el actual debate alfabético. La tensión centro-periferia al interior del mundo mapuche se presenta reflejada en la aparición reciente de un par de propuestas surgidas desde la «territorialidad huilliche» como una reacción al predominio de las propuestas más establecidas.

5. Por cierto, en torno a la utilización de los signos gráficos del alfabeto latino para desarrollar el mapudungun escrito hay, hoy en día, unanimidad. Tanto el AMU como el Azümchefe, así como los otros alfabetos menos difundidos, utilizan dichos signos.

tipos de imprenta. Sin embargo, es necesario dejar en claro que, si bien es cierto utilizamos convenientemente los signos gráficos del idioma español, pero no así su ortografía literal (Capide, 1984: 2-3).

Esto es, un ejercicio soberano de la convención ortográfica para escribir el mapudungun, pero dentro del código gráfico en el que se realiza la escritura de la sociedad mayor. Raguileo metaforizaba esta operación como *pedir ropa prestada*, según nos reveló, en una entrevista personal, un compañero suyo en el mundo de las organizaciones mapuche de los años ochenta.

En contraposición, la apelación a la muy prolongada situación de contacto en que se encuentran el castellano y el mapudungun, con esta última como lengua subordinada, ha sido el principal argumento esgrimido por quienes han objetado el empeño de diferenciación gráfica de Raguileo. En el plano de la escritura, esta objeción recuerda la necesidad de reconocer, ante todo, el masivo alfabetismo en castellano que la población mapuche ostenta. Un alfabeto mapuche práctico debería descansar entonces en la mayor compatibilidad posible con la ortografía castellana para garantizar, siquiera, algún pequeño progreso en la, aún hoy, prácticamente inexistente alfabetización en la lengua vernácula. Esta posición, defendida fundamentalmente desde el entorno de la lingüística académica ocupada del estudio del mapudungun, subordina el valor identitario potencialmente atribuible a un alfabeto a la efectividad que debería tener un esfuerzo alfabetizador. A las preguntas planteadas más arriba, esta posición responde: no, un alfabeto no debe considerarse primeramente como un bien simbólico de prestigio y diferenciación. El lingüista Salas,⁶ señala:

Para la sociedad mapuche, la existencia de la ortografía castellana es un *datum* [destacado en el original] que, llegada la situación de escribir en mapuche, no se puede proscribir. Esto significa que el sistema de escritura que se proponga para el mapuche tendrá tantas más posibilidades de prender y arraigar cuanto más apoyado esté por la práctica ortográfica castellana. Para

6. Durante la década de los ochenta, Adalberto Salas encabezó las iniciativas académicas dirigidas a concordar un único alfabeto mapuche. Tales esfuerzos se concretaron en el Alfabeto Mapuche Unificado (AMU), el cual es fruto del *Encuentro para la Unificación del Alfabeto Mapuche*, realizado en 1986 en la ciudad de Temuco. Para más detalles sobre este encuentro, véase Hernández (1986a; 1986b). Por otra parte, el artículo de María Catrileo, «Consideraciones lingüísticas en torno a un Grafemario Uniforme para el Mapudungu» (1984), es considerado como uno de los trabajos precursores de este encuentro.

mal o para bien, los usuarios serán siempre personas ya alfabetizadas en castellano o que están siendo, o van a ser, alfabetizadas en castellano [...] De todo lo visto se desprende que el alfabeto latino, y específicamente su formato hispánico, es un verdadero lecho de Procusto en el cual hay que acostar al sistema fonológico mapuche. Acostarlo allí es inevitable por razones de practicidad. Es obvio que no se puede alargar el lecho añadiendo letras al abecedario, ya sea inventándolas o tomándolas de otros alfabetos, entre otras cosas, porque no se podría escribir a máquina ni imprimir con los equipos normales de nuestro medio (Salas, 1988: 76 y 78).

Se podría plantear que esta polarización entre compatibilidad y diferenciación con la ortografía castellana (simbolizada en el AMU y el Alfabeto Raguileo, respectivamente), se proyecta socialmente en una suerte de oposición entre el mundo de la lingüística académica y el de algunas organizaciones culturales mapuches, cada uno con sus respectivos entornos sociales de influencia. El AMU goza de reconocimiento y prestigio derivado de su raigambre académica, mientras que el Alfabeto Raguileo, consistentemente en el tiempo, ha ido ganando apoyos entre diversas organizaciones, las que, por lo demás, han ayudado a difundir este alfabeto (Clavería, 2015).

Ahora, permítasenos introducir, a través de un testimonio recogido en nuestra investigación en terreno, otra dimensión crítica del debate alfabético del mapudungun:

Como ha ocurrido en otras ocasiones semejantes (seminarios, congresos), en un salón universitario de Temuco, un profesional mapuche integrante de la Unidad de Cultura de Conadi, expone sobre el Programa de Preservación de Lenguas Indígenas que implementa su repartición. El curso de su exposición lo lleva a considerar la elaboración, a través de Conadi, del *Grafemario Único del Idioma Mapuche, Azümchefe*. Y como ya ha ocurrido también en situaciones semejantes, de entre el auditorio se levanta un destacado profesor mapuche que interpela al expositor por «promover» un alfabeto que, aparte de «no servir», de «ser malo», fue «impuesto» por la Conadi. Se escuchan otras voces de apoyo entre el público. Entonces nuestro funcionario, enarbolando ahora su calidad de lingüista, le señala a su interpelador que en vez de criticar genéricamente al Azümchefe, especifique «dónde está malo» y «por qué está malo», que señale deficiencias puntuales del instrumento, y la manera en que podrían corregirse, «porque eso es un asunto técnico, no es un

asunto político». Dice esto mientras hojea el libro que contiene la publicación oficial del Azümcheffe, hasta que llega a las páginas donde está el largo listado de participantes en los talleres y el congreso donde se elaboró y se aprobó dicho alfabeto. Entonces añade: «Mire, discúlpeme, pero yo no construí esta cosa, quienes lo construyeron son estas personas —y comienza a buscar en el listado—. ¡Ah, aquí está!, oiga hermano, pero usted está aquí, usted firmó aquí, usted estuvo en esta cuestión, usted fue el que aprobó esta cuestión, no fui yo, usted lo aprobó, no me venga a reclamar a mí ahora».

Ante la falta de consenso en torno al canon alfabético, la agencia étnica estatal, la Conadi, emprendió durante la década de los noventa una serie de iniciativas tendientes a superar esta situación. Finalmente, en 1999 se publicó el alfabeto de la agencia, el Azümcheffe, oficializado en 2003 como alfabeto de la lengua mapuche por parte del Ministerio de Educación. Realizado mediante el mecanismo de consultorías, su elaboración consideró una serie de talleres, seminarios y asambleas con especialistas y personas mapuches interesadas, así como congresos de validación de la propuesta. El objetivo de tales instancias era salvaguardar el componente participativo considerado en este proyecto.

Pero, como acabamos de ver, es precisamente esta apelación participativa la que es frecuentemente impugnada por diversos actores mapuche. Se puede decir entonces que, en términos de validación social y de obtención de adhesiones, la oficialización de este alfabeto ha significado, hasta ahora, un lastre. *Imposición* es el estigma que suele acompañar a sus grafías, y sin ninguna ganancia política y cultural, o muy poca. Si bien la aparición del Azümcheffe, así como su posterior oficialización, han tenido algunos efectos directos —el hecho de escribir en dicho alfabeto tanto los textos del Programa de Educación Intercultural Bilingüe (PEIB) del Ministerio de Educación, como los textos escritos en mapudungun por Conadi (o informes presentados a esta institución)—, esta situación no ha cerrado el debate sobre la estandarización gráfica del mapudungun, no ha sentado norma, ni ha desplazado, tan siquiera un poco, en prestigio ni en visibilidad, para no hablar de atribución de lealtad, a los otros dos alfabetos más establecidos: el Raguileo y el AMU.

Inserto en el actual contexto de las relaciones entre el pueblo mapuche y el Estado nacional, el ámbito del debate alfabético del mapudungun (considerando especialmente aquí a las organizaciones culturales e intelectuales mapuche) ha visto aparecer así la tensión entre participación e imposición que se manifiesta en la pugna en torno a las atribuciones de legitimidad social y política del Azümche-

fe, tensión que ha venido a complementar el clivaje ya establecido entre compatibilidad y diferenciación con la ortografía castellana.

Por otra parte, si continuamos adentrándonos en el uso social que diversos actores, mapuches o no, han dado, o declaran dar, a los alfabetos aquí considerados, podemos ver que se manifiesta una especificación en torno a la, diríamos, «utilidad social» que estos diferentes instrumentos cumplen. Especificación que relativiza cierta idea de incompatibilidad, y aun irreductibilidad (planteada a un nivel declarativo y general), entre las distintas propuestas alfabéticas.

Otro testimonio recogido en terreno ilustra este aspecto:

En Temuco, frente a un auditorio compuesto por cerca de cincuenta funcionarios de la Secretaría Regional Ministerial de Educación de la Araucanía, una integrante del equipo de Educación Intercultural Bilingüe (EIB), perteneciente a la misma repartición, expone sobre la «cosmovisión mapuche», en el marco de un seminario llamado «Construyendo interculturalidad» dirigido a dichos funcionarios, la gran mayoría de los cuales no son mapuches. Ella, mapuche, se presenta, en mapudungun primero, para después pasar a hablar en castellano. Su presentación se apoya en imágenes sobre las que se proyectan textos en mapudungun, los que están escritos en el sistema ortográfico de Raguileo. Es un dato en el que casi nadie parece reparar, a pesar de obedecer a una opción deliberada de la expositora, un gesto con el que pretende entregar y/o reforzar un mensaje más o menos específico. Posteriormente, en una conversación de pasillo, ella nos confirma que, efectivamente, los textos de su exposición estaban escritos en Raguileo, porque ella «personalmente» prefiere y usa tal alfabeto, ya que «nos identifica más como mapuche». Sin embargo, añade que en sus clases de EIB (ella es profesora), donde entrega rudimentos de mapudungun a niños de enseñanza básica, prefiere usar el Alfabeto Mapuche Unificado, «porque es más fácil de usar en la enseñanza, porque es más asimilable con el castellano». Y por otro lado agrega que, a pesar de desempeñarse en el Ministerio de Educación, «afortunadamente» aún no la obligan a usar el Azümcheffe, el alfabeto de la Conadi, y que cuenta con el respaldo oficial del ministerio en el que trabaja.

A despecho de los infructuosos esfuerzos emprendidos por alcanzar la estandarización escrita del mapudungun, casos como el recién citado arrojan luz, en cambio, sobre la dimensión de utilidad social que tiene tal falta de estandarización. En el ejemplo de nuestra expositora: con el alfabeto Raguileo me identifico

y me diferencio públicamente como mapuche; con el AMU enseñé a los niños; y al resistirme al Azümcheffe marco, de preferencia públicamente, mi distancia con este instrumento de la agencia étnica estatal (aunque trabaje para el mismo Estado). Si consideramos entonces a los alfabetos como herramientas al servicio de la acción social, se revela que, en el presente contexto de falta de estandarización escrita, la coexistencia de diferentes propuestas alfabéticas para escribir el mapudungun se relaciona con la actualización y satisfacción de diferentes demandas (o necesidades) sociales. Si los alfabetos son entendidos como símbolos cargados de significados sociales y políticos (algunos aparentemente contradictorios entre sí), vemos cómo los actores sociales operan con ellos para alternar y conjugar tales significados de cara a la acción social. En sus usos sociales los distintos alfabetos no son irreductibles ni excluyentes entre sí.

Esta imbricación en los usos sociales de los alfabetos nos permite lograr, creemos, cierta especificación a partir de la concepción de ideologías lingüísticas planteada por Kroskrity, uno de los referentes en el desarrollo de este tema. Este autor, luego de señalar que se puede considerar a las ideologías lingüísticas como aquellas elaboraciones que «representan la percepción del lenguaje y el discurso que es construida en el interés de un grupo social o cultural específico» (2000: 8), sugiere la conveniencia de considerar a las mismas como múltiples: «Las ideologías lingüísticas preferiblemente deben ser concebidas como múltiples debido a que una multiplicidad de divisiones sociales significativas (clase, género, clanes, élites, generacionales, etcétera) dentro de grupos socioculturales tienen el potencial de producir divergentes perspectivas expresadas como índices de pertenencia al grupo» (2000: 12).⁷ La especificación está dada por el hecho de que, dentro de esa multiplicidad y divergencia, es posible encontrar grados de compatibilidad, de cooperación.

El actual estado de no estandarización del mapudungun escrito, con sus divergentes perspectivas ideológicas implicadas y operantes en un juego social que las conjuga, dirige nuestra mirada, finalmente, hacia un nuevo alcance. Kroskrity, nuevamente, llama la atención sobre el hecho de que las ideologías lingüísticas (tanto las que habitan en las teóricas vernáculas como las que palpitan en las elaboraciones teóricas académicas) típicamente llevan a los hablantes, así como

7. A propósito de los debates ortográficos en torno al creol haitiano, Schieffelin y Charlier hacen coincidir, en cambio, el campo de vigencia de las ideologías lingüísticas a un macro nivel de agregación social: «Las ideologías lingüísticas son creencias culturales que subyacen a las prácticas lingüísticas, opciones y actitudes de un pueblo» (1998: 300).

también a los estudiosos, a reificar, a naturalizar la «homogeneidad lingüística» en la que viven. Las ideologías lingüísticas operan como guías simplificadoras que tienden a borrar la variabilidad lingüística interna de una comunidad; variabilidad lingüística (o «variabilidad gráfica», para nuestro caso) que en los hechos se da y que está distribuida socialmente a través de diferentes variables, como las señaladas en el párrafo precedente.⁸

Quizás no sea aún posible establecer de modo concluyente relaciones entre estas dimensiones de división social y la variabilidad gráfica que en nuestro caso se da a partir de las diferentes propuestas alfabéticas. Sin embargo, es posible señalar algunos indicios en esta dirección. Retomando el contraste entre diferenciación (Raguileo) y compatibilidad (AMU) con la ortografía castellana, podemos registrar manifestaciones en las que se busca añadir otras valoraciones sociales significativas a esta dualidad:

Una destacada y joven lingüista mapuche inaugura sus clases de lengua y cultura mapuche para estudiantes de una universidad de Temuco (asisten 32 estudiantes; el ramo es ahora obligatorio). Entrega una pincelada general de lo que tratará en el semestre. Cuando llega al punto de los alfabetos, declara con satisfacción su adherencia al AMU, «el alfabeto que fue hecho por lingüistas». Inmediatamente uno de los alumnos la interrumpe: «Pero Raguileo también era lingüista». La profesora no replica a la atribución de lingüista para Raguileo, sino indirectamente, señalando que a ella «personalmente le cuesta leer y escribir en Raguileo», ya que dicho alfabeto «dificulta la lectoescritura del mapudungun». Dando a entender así, por contraste implícito, que si Raguileo hubiese sido formalmente un lingüista,⁹ su propuesta ortográfica habría resultado más cómoda y sencilla, facilitando así, y no entorpeciendo, el desarrollo de la alfabetización en mapudungun. Esta vez el alumno no replica y la lección continúa su curso.

8. Es por esto que Kroskirty critica a ciertos teóricos del nacionalismo moderno (Anderson, Gellner, Hobsbawm), en el sentido de que sus teorías presuponen la existencia y la eficacia de formas lingüísticas compartidas como una base para crear y operar géneros discursivos que, en los hechos, crean la nación. Estos estudiosos estarían reproduciendo acríticamente una elaboración ideológica: la mera idea de que vivimos y compartimos un lenguaje homogéneo es una creación ideológica (cf. Kroskirty, 2000: 23-24).

9. Anselmo Raguileo en su juventud cursó estudios como alumno libre de lingüística en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

En esta situación se hace sentir el despliegue de una presunción que hace brillar un cierto prestigio disciplinar y aun social que brindaría el AMU, presentado como el fruto del trabajo de una élite académica. Al declarar así su adhesión al AMU, la profesora está refrendando su pertenencia a esa élite. Y ella es un símbolo que usa otro símbolo (un alfabeto) para transmitir esa idea.

Raguileo, AMU, Azümcheffe. Se sostiene, con razón, de que el actual estado de falta de estandarización del mapudungun escrito se superará, al menos en lo que al canon alfabético respecta, cuando alguno de los alfabetos alcance una preeminencia nítida en base al propio uso que le dé la comunidad involucrada.¹⁰ El estudio de las dinámicas sociopolíticas e ideológicas que posibilitarían o frustrarían el alcance de ese objetivo, nos permitiría vislumbrar a quién representaría, y a quién no, aquel logro: ¿al pueblo mapuche?, ¿a una comunidad académica y su entorno?, ¿a una élite intelectual mapuche?, ¿a todos ellos? ¿De qué necesidades o demandas sociales hablaría aquella hipotética situación? La ansiada estandarización gráfica, ¿representaría aquella multiplicidad de perspectivas?

Conclusiones

La situación de falta de estandarización del mapudungun escrito, considerada en sus dimensiones sociopolíticas e ideológicas, ofrece una posibilidad, creemos muy poco explorada, para estudiar la vigente realidad social mapuche, así como también a aquellas comunidades académicas interesadas en el estudio de la lengua y de la cultura mapuche en general. Los alfabetos, al ser instrumentos cargados de significados políticos, devienen en señas identitarias colectivas. Pero en el actual contexto mapuche esta clase de señas no son exclusivamente étnicas, cargan otras valoraciones y atribuciones de legitimidad para la división social: socioeconómicas, de prestigio académico, burocrático o dirigencial, entre otras. Estas últimas dimensiones tienden a ser invisibilizadas cuando se considera a la sociedad mapuche a gran escala, a la escala de pueblo (la lengua del pueblo mapuche; la escritura del pueblo mapuche). Lo que se ve a través de este lente abar-

10. Como ya se habrá advertido, no se discute aquí la problemática de la vigencia actual del mapudungun. Alguien podría objetar que ante la «pérdida» de la lengua, puede resultar poco pertinente abordar un problema como el que aquí se trata. Creemos sin embargo que no son problemas excluyentes y, desde luego, dado que hay posicionamientos y acciones de diversos actores sociales en torno a la (falta de) estandarización escrita de dicha lengua, es posible y necesario analizar esa realidad.

cador es real, por cierto, pero no agota toda la realidad social que palpita bajo esa apelación unificadora.

Siendo el debate alfabético preferentemente un asunto de la élite mapuche (intelectuales, escritores, profesores, lingüistas, universitarios), se podría poner en entredicho la importancia y la trascendencia de este debate para el conjunto de la sociedad mapuche. Sin embargo, lo que se discute en la élite tiene un carácter, problemático siempre, anticipatorio. Al tratar de hacer un corte en dicha élite, a propósito de su accionar político e ideológico en torno a los alfabetos, es posible acceder a un conjunto de actores sociales ubicados en posiciones sociales críticas, quienes pueden entregar alguna visión, algún atisbo esclarecedor con respecto a la sociedad mapuche actual, a su variabilidad y diferenciación interna escamoteada bajo el manto de la homogeneidad tejida por aquella ilusión de compartir un lenguaje común.

Referencias

- Álvarez-Santullano, Pilar, Amilcar Forno y Eduardo Risco del Valle (2015). «Propuestas de grafemarios para la lengua mapuche: desde los fonemas a las representaciones político-identitarias». *Alpha*, 40: 113-130. Disponible en <http://bit.ly/2zKaX31>.
- Catrileo, María (1984). «Consideraciones lingüísticas en torno a un Grafemario Uniforme para el Mapudungu». *Actas. Jornadas de Lengua y Literatura Mapuche* (pp. 29-40). Temuco: Universidad de la Frontera e Instituto Lingüístico de Verano.
- Clavería, Alejandro (2015). *La estandarización escrita de lenguas indígenas en Chile. Alfabetos e ideología*. Tesis doctoral. Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá.
- Centro Asesor y Planificador de Investigación y Desarrollo (Capide) (1982). *Boletín Informativo Desarrollo y Cambio*, núm. 2, julio de 1982. «Alfabeto de la Lengua Mapuche: Mapudugun». Temuco. Mimeo.
- . (1984). *Boletín Informativo Desarrollo y Cambio*, núm. 11, noviembre de 1984. «Alfabeto del Mapudugun». Temuco. Mimeo.
- Contreras, Lidia (1976). «Grafemática inmanente y grafemática trascendente». *Estudios Filológicos*, 11: 85-101.
- Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (Conadi) (2008). *Azümcheffe. Grafemario Único del Idioma Mapuche*. Temuco: Conadi.

- Goody, Jack y Ian Watt (1996). «Las consecuencias de la cultura escrita». En Jack Goody (comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales* (pp. 39-82). Barcelona: Gedisa.
- Hernández, Arturo (1986a). «Acerca del Encuentro para la Unificación del Alfabeto Mapuche». *Actas de Lengua y Literatura Mapuche*, 2: 289-295.
- . (1986b). «Encuentro para la Unificación del Alfabeto Mapuche. Propositiones y acuerdos». *CUHSO*, 3 (1): 195-210.
- Kroskrity, Paul (2000). «Regimenting languages: Language ideological perspectives». En Paul Kroskrity (ed.), *Regimes of language. Ideologies, politics, and identities* (pp. 1-34). Santa Fe: School of American Research Press.
- Salas, Adalberto (1988). «El Alfabeto Mapuche Unificado. Presentación y discusión». En Sociedad Chilena de Lingüística, *Alfabeto Mapuche Unificado* (pp. 63-110). Temuco: Ediciones Universidad Católica de Temuco.
- Schieffelin, Bambi y Rachele Charlier (1998). «The 'Real' Haitian Creole: Ideology, metalinguistics, and orthographic choice». En Bambi Schieffelin, Kathryn Woolard y Paul Kroskrity (eds.), *Language ideologies. Practice and theory* (pp. 285-316). New York: Oxford University Press.
- Zúñiga, Fernando (2001). «Escribir en mapudungun. Una nueva propuesta». *Onomázein*, 6: 263-279. Disponible en <http://bit.ly/2m8PDOF>.

Reconocimientos

Este artículo forma parte de los resultados de la investigación doctoral «La estandarización escrita de lenguas indígenas en Chile. Alfabetos e ideología», Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá, 2015. Esta investigación fue financiada por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, a través de su programa Becas de Doctorado en Chile.

Sobre el autor

ALEJANDRO CLAVERÍA CRUZ es antropólogo titulado de la Universidad de Chile, Doctor en Antropología por el programa de Doctorado en Antropología, Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá. Fue becario de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, Gobierno de Chile. Actualmente es académico de la Universidad de Concepción, Chile. Su correo electrónico es alejandro.claveria@gmail.com.

AVANCE DE INVESTIGACIÓN

Identidad étnica, discriminación percibida y procesos afectivos en jóvenes mapuches urbanos

Ethnic identity, perceived discrimination and affective processes in young urban mapuche

**Natalia ZAÑARTU CANIHUANTE, Andrea ARAVENA REYES,
Pamela GRANDÓN FERNÁNDEZ, Fabiola SÁEZ DELGADO
y Carola ZAÑARTU CANIHUANTE**
Universidad de Concepción, Chile

RESUMEN Este artículo presenta una reflexión crítica a partir de la identidad en la disciplina científica de la psicología. Expone la importancia de considerar y enfatizar los aspectos afectivos de la identidad, tanto como los cognitivos. Plantea, además, que la construcción de la identidad sería un proceso dinámico, ya que se encuentra en permanente movimiento y transformación a lo largo de todo el desarrollo humano. El proceso de conformación de la identidad es, además, afectado por su entorno cultural local y también por la globalización, sobre todo cuando existen tensiones identitarias, como es el caso de los jóvenes que se adscriben a algún pueblo originario. En esta dualidad, la identidad étnica de los jóvenes mapuches se negocia constantemente entre la tensión de mantener su cultura y formar parte de la cultura del grupo dominante, que comúnmente desvaloriza la identidad de los grupos minoritarios, a través de la instalación de prejuicios y prácticas discriminatorias, que tendrán consecuencias en la vida de los jóvenes discriminados. Este documento es un artículo teórico y tiene como objetivo principal aportar a la comprensión de la conformación identitaria en jóvenes que se identifican a sí mismos como personas mapuches, en el contexto actual, marcado por un clima de violencia y discriminación, en el Chile urbano de hoy.

PALABRAS CLAVE Identidad étnica, discriminación percibida, afrontamiento.

ABSTRACT The article presents a critical reflection on identity as understood in psychology. It expounds the importance of considering and emphasising the affective as well as the cognitive aspects of identity, and proposes that the construction of identity is a dynamic process, since it is in constant movement and transformation throughout human development. The process of identity formation is also affected by the local cultural environment and by globalisation, especially where identity tensions exist, as in the case of young people who consider themselves members of an indigenous people. In this duality, the ethnic identity of young Mapuche is constantly negotiated between the tensions of maintaining their culture and forming part of the culture of the dominant group – which commonly devalues the identity of minority groups by installing prejudices and discriminatory practices that will have consequences in the lives of the young victims of discrimination. This document is a theoretical article. Its main object is to contribute to understanding of identity formation in young people who identify themselves as Mapuche in the current context of urban Chile, which is marked by a climate of violence and discrimination.

KEYWORDS Ethnicidentity, perceived discrimination, coping.

Introducción

En Chile, 1.565.915 habitantes se declaran parte de alguno de los nueve pueblos originarios que el Estado reconoce: aimara, rapanui, quechua, mapuche, atacameño, coya, kawésqar, yagán y diaguita. Instituciones y encuestas gubernamentales, como CASEN, han descrito un aumento en la población que forma parte de los pueblos originarios desde el 2006 al 2013 (Ministerio de Desarrollo Social, 2015). De esta cifra, 1.321.717 personas se reconocen como parte del pueblo mapuche, lo que los convierte en el pueblo originario más grande del país.

La identificación étnica en la población mapuche es un proceso definido como «la emergencia mapuche» (Bengoa, 2011) y que ha sido acompañado por una serie de demandas reivindicatorias, culturales y territoriales, además de una redefinición de la identidad a partir de la alta presencia de población mapuche en contextos urbanos. La llamada «cuestión mapuche» (Bengoa, 2011; Saavedra, 2003) capta la atención de los medios de comunicación con fuerza. Sin embargo, este proceso no ha estado exento de tensiones y ha pasado de ser «una cuestión» a un franco conflicto: el conflicto mapuche.

El conflicto entre la sociedad dominante y el pueblo mapuche permanece hasta nuestros días, ubicado principalmente en las regiones vecinas del Biobío y La Araucanía, en la zona centro-sur del país. Algunas comunidades mapuches, lideradas por jóvenes, demandan la devolución por parte del Estado del territorio ancestral de su pueblo. La tensión entre ambas naciones da cuenta de la falta de estrategias efectivas en el abordaje de esta situación, que mantiene al Estado de Chile enfrentado a uno de sus pueblos originarios en pleno siglo XXI (Cayuqueo, 2012; Merino, Klenner y Larrañaga, 2017).

De las investigaciones realizadas durante el siglo XX y comienzos del XXI, se conocen estereotipos en torno a la población mapuche que describen la imagen de un sujeto fuertemente inferiorizado y víctima de procesos de estigmatización (Saiz, 1986, 2004; Saiz, Merino y Quilaqueo, 2009). Estos estereotipos han ido sufriendo cambios a través del tiempo, pero siempre desde una mirada negativa de la otredad (Saavedra, 2003). Actualmente, se conocen nuevas representaciones sociales, mayoritariamente asociadas a las comunidades rurales, que plantean, por un lado, la necesidad de beneficiar a este grupo en particular con acciones positivas, entendiendo que han sido históricamente invisibilizados y marginados de las oportunidades de desarrollo. Por otro, surge una idea negativa de una fracción de la población no mapuche, que considera que este pueblo forma parte de un conflicto que es abiertamente separatista y que lleva a cabo acciones terroristas (Aravena y Silva, 2009; González-Parra y Troncoso-Pérez, 2014).

Este tipo de estereotipos tiene su origen en un proceso de estigmatización histórico, que se transmite a las nuevas generaciones de forma recursiva. Cada nueva generación vuelve a generar estereotipos y prejuicios a partir de la estigmatización que protagoniza el pueblo mapuche. Estas nuevas representaciones van replicando prejuicios, que a su vez se expresan nuevamente en ideas de inferiorización, humillación y subvaloración, con base en el retraso cultural (Aravena, 2008; Bengoa, 2011; González-Parra y Troncoso-Pérez, 2014; Quilaqueo, 2007).

Este tipo de estigmas, estereotipos y prejuicios, permea la construcción de la identidad en las personas mapuches, pues, como veremos en este artículo, la construcción de la identidad es un proceso que se ha definido desde la psicología, históricamente, en relación con el entorno en que el sujeto habita. La construcción de la identidad social y étnica se define como un proceso permanente y relacional en la vida de los sujetos.

Perspectivas psicológicas de la identidad. Retornando a lo clásico

A pesar de la cantidad de personas que se declaran pertenecientes a los pueblos originarios, son escasos los estudios que abordan de manera directa la forma en que los sujetos mapuches hablan acerca de su identidad étnica y de las relaciones que se construyen alrededor de este constructo (Aravena, 2008; Aravena, Gissi y Toledo, 2005; Merino y Tileaga, 2011; Merino y Tocornal, 2012).

Por ejemplo, el modo en que se definen a sí mismos en la actualidad o el modo en que sienten o viven la identidad étnica y el bienestar o malestar asociado a esta vivencia. Además, aquellos estudios que se han desarrollado se agrupan en dos regiones del país, mostrando un vacío en el resto del territorio chileno (Aravena y otros, 2005; Aravena y Silva, 2009; Merino y Tileaga, 2011; Ministerio de Desarrollo Social, 2015).

La escasez de estudios de autodefinición étnica puede ser explicada a partir de la complejidad que supone el estudio del constructo en cuestión. Investigar la identidad desde la psicología es un proceso complejo, no carente de retos. Pues como se explica a continuación no sólo se discute actualmente su redefinición, sino que también sus múltiples aristas y la influencia que tiene la globalización en ésta (Mujica, 2007; Pérez, 2011; Zebadúa, 2011).

El concepto de identidad se define de múltiples maneras que contemplan aspectos intrapsíquicos, cognitivos, emocionales, conductuales, relacionales, sociales, biológicos, históricos, culturales, individuales y colectivos (Erikson, 1971; Ibáñez, 2001, 2003; Mujica, 2007; Tajfel, 1984; Turner, 1985; Vygotski, 1996).

Dentro de las corrientes clásicas de la psicología evolutiva, Erikson (1971) en su teoría del desarrollo psicosocial considera que la identidad es la forma en que las personas se juzgan a sí mismas, a partir de la percepción que tengan de las evaluaciones que hacen los demás; estos juicios, a la vez, son el resultado de la comparación entre ambos procesos. Es decir, emergen de la comparación entre la autoevaluación y la internalización de la evaluación de los demás. Para la teoría sociocultural de Vygotski (1996), la identidad sería similar a la vivencia o experiencia emocional que se tiene de sí mismo; ésta será determinada por el impacto que tenga el ambiente sobre esta vivencia. El concepto de identidad, visto a la luz de algunas de las perspectivas clásicas de la psicología, fue desde sus orígenes construido a partir de la relación entre el medio o la cultura y el sujeto.

La psicología social, por otro lado, aborda la identidad mayoritariamente desde la teoría de la identidad social de Henri Tajfel (1984). Este autor, desde una perspectiva cercana a la psicología cognitiva, es quien sienta las bases psicoso-

ciales de la construcción de la identidad social, a través de sus investigaciones en el proceso de percepción categorial y su posterior teoría de la identidad social (Garrido y Álvaro, 2007; Rizo, 2006). La identidad social es definida por esta teoría como «aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo social, junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia» (Tajfel, 1984: 292).

En síntesis, la teoría de la identidad social, la teoría del desarrollo psicosocial y la teoría del desarrollo sociocultural, destacan, desde sus inicios, la influencia que tiene el entorno social en los procesos de desarrollo humano y la conformación de la identidad. Sin embargo, y a pesar de estar planteado desde la construcción de estas teorías, tanto el aspecto social, como el emocional, fueron increíblemente descuidados (Peris y Agut, 2007) en las investigaciones posteriores, las cuales siguieron una línea netamente cognitiva, alejándose de los componentes afectivos y socioculturales de la identidad que estas teorías buscaban esclarecer. Esto generó un estancamiento teórico que frenó el avance de las investigaciones y abrió la línea de investigación acerca de los componentes sociales y colectivos de la identidad, la importancia de los componentes afectivos en la configuración de ésta y el carácter dinámico que hoy se le asigna a partir de los estudios de psicología social generados en la última mitad del siglo XX.

Identidad, siempre social y en movimiento

La psicología social sitúa el constructo de identidad en las relaciones que los sujetos experimentan con su medio. Es decir, desde una perspectiva ecológica como la de Bronfenbrenner (1979), la identidad no se ubicaría solo dentro del sujeto o fuera de él (en la sociedad), sino más bien en el interfaz de ambos subsistemas. La identidad es necesariamente un fenómeno construido socialmente (Ibáñez, 2001, 2003; Montero, 2002; Mugny, Ibáñez, Elejabarrieta, Iñíguez y Pérez, 1986).

En esta línea, el construccionismo social considera que la identidad destaca por su dinamismo social e histórico. El proceso de construcción del otro como distinto se realiza *in situ*, por lo que no es posible escindir al sujeto de la realidad que lo contiene. La relación entre lo individual y lo social es una conexión donde cada sujeto construye al otro en su proceso de autoconstrucción, es decir, no es posible para un individuo generar una categoría de sí mismo sin considerar las formas que el otro construye para ese individuo. Solo es posible construir identidad en la interrelación, «sólo en la relación sabemos qué somos» (Montero, 2002: 48). Más importante aun es que la identidad es un constructo en permanente-

mente construcción y situado en un contexto histórico y geográfico determinado (Gall, 2004; Larraín, 1996).

La identidad, como se ha dicho, no se configura entonces como un patrón único y estático, que permanece inamovible durante el desarrollo de la persona. Más bien existe una serie de hitos, individuales y colectivos, a los que el sujeto refiere como fuentes de identidad, en distintos momentos de su vida (Vygotski, 1996). A lo largo de todo el ciclo vital, es frecuente que las personas definan la identidad agrupando categorías en torno a clasificaciones como la familia, el trabajo, el futuro, las aficiones o la muerte. La familia define la identidad de las personas con mayor impacto que las demás categorías, sin importar la edad de los sujetos. Del mismo modo, la familia y la comunidad de origen se reconocen como fuente primaria de transmisión de significados identitarios. La educación formal y el ejercicio de roles corresponden a fuentes secundarias y terciarias, respectivamente (Gifre, Monreal y Esteban, 2011).

La identidad, entonces, es un proceso ecológico que se construye a partir del entorno, sus espacios y entidades. Es dinámica, ya que es un espacio en construcción permanente, que está mediado por los distintos tipos de roles que las personas ejercen en la sociedad. Una de las funciones que se le atribuye a la identidad es la organización de significados que se conforman y estabilizan a lo largo de la vida y que son internalizados a partir de la herencia cultural de cada sujeto. Cada significado identitario es parte de un discurso que está presente en la cultura o el grupo de pertenencia (González, Díaz y Valdebenito, 2005). Para Tajfel (1984), la identificación de los niños con su grupo de pertenencia y la transmisión de las pautas culturales de su grupo social se generan a través de lo que se consideran verdades absolutas; por ende, la infancia sería un período extremadamente sensible a los juicios sociales dominantes. De esta forma, la valoración social de los atributos que tiene el grupo dominante es fundamental para la generación y transmisión del proceso de identificación social. La identidad se manifiesta a través de un discurso que incluye un sistema de ideas o creencias que pueden estar superpuestas o incluso mostrarse paradójales, en tensión o franco conflicto entre el individuo y el grupo dominante (Páramo, 2008; Zambrano y Pérez-Luco, 2004).

El constructo identidad tiene además otra arista que se discute en la actualidad: lejos de aparecer como un constructo unificado, se observa con una multiplicidad de tensiones que cohabitan en el sujeto, durante toda su vida y, que por tanto, están presentes en las relaciones intergrupales (Mujica, 2007). En la percepción de la identidad y sus dimensiones (cognitiva, evaluativa y valorativa) se encuentran motivos que promueven la proximidad o el alejamiento hacia otros grupos;

la cercanía o el recogimiento ante personas o identidades y el entendimiento o el conflicto intergrupal (Larraín, 1996; Molina, 2011; Mujica, 2007).

La condición relacional de la identidad, acentuada por la globalización, pone de manifiesto varias de estas tensiones. La particularidad del sujeto frente a la pertenencia de lo múltiple, lo colectivo. La autonomía frente a la continuidad de la tradición, de lo comunitario. La exclusividad de la identidad compartida, encerrada en sí misma, frente a la integración de ésta. La mantención de lo esencial en el tiempo, frente a la emergencia de nuevas formas de expresión. Todas estas tensiones se encuentran en movimiento dentro de la persona, impulsando momentos de conciencia de pertenencia a una o varias identidades. Estas tensiones acercan al constructo a una redefinición, la definición de estados identitarios (Espinoza y Tapia, 2011; Mujica, 2007).

La identidad étnica

La identidad étnica forma parte de la identidad social; es aquella parte del auto-concepto que deriva de la pertenencia a un grupo étnico y se compone de dos procesos: la exploración (búsqueda de información) y la identificación étnica (Phinney y Ong, 2007). El componente de exploración es importante durante la juventud, donde el proceso de conformación de la identidad cobra fuerza a través de los distintos conflictos y tensiones que aparecen en la diferenciación que hace el joven de sí mismo. No obstante, esta perspectiva considera que el sentido de pertenencia se modifica a lo largo del desarrollo humano debido a procesos de aprendizaje, investigación y compromiso. Esta identificación pueden ser individual o colectiva y refiere a regularidades basadas en la tenencia o posesión de cosas tangibles, experiencias vividas o sentimientos expresados en torno a una forma de ser, que es en sí una forma diferenciadora de los demás (Mujica, 2007; Páramo, 2008). Estos aspectos son considerados un punto de partida, ya que actualmente los estudios científicos en la materia incluyen dimensiones intersubjetivas, individuales y colectivas, que se expresan en distintos niveles de orden social, por ejemplo, a nivel micro, meso y macrosocial. Aravena (2003) define la identidad, a nivel individual, como la *conciencia de pertenencia* que experimenta un sujeto respecto de su grupo; a nivel grupal, observa la *movilización étnica* y la *acción colectiva* como componentes en la delimitación de la adscripción étnica; y a nivel macrosocial o estructural, entiende un «conjunto de determinantes estructurales de naturaleza social, económica y política que moldean las identidades étnicas» (Aravena, 2007: 47-48). El contacto intergrupal que sostiene un

grupo de individuos con otros es lo que otorga la conciencia de pertenencia a un determinado grupo y sus condiciones.

Finalmente, un grupo étnico pone énfasis en la pertenencia a una cultura, generalmente en contraposición con la cultura dominante (Martín-Baró, 1989). La identidad étnica, como identidad social, refiere también a dimensiones históricas. Estas dinámicas relacionales sirven a mecanismos que estructuran el poder de ciertos grupos sobre otros. En este proceso, las identidades pueden ser delimitadas o capturadas por estigmas, que se definen como un tipo especial de relaciones que se basan en atributos y estereotipos, que son considerados negativos por el grupo dominante (Goffman, 1993). En este sentido los rasgos culturales en el «ser indígena» pueden ser al mismo tiempo elementos diferenciadores y atributos que resultan motivo de estereotipos, que han devenido en prejuicios. Entonces, en lugar de ser usados para resaltar la diversidad de manera positiva, son utilizados para marcar la diferencia y discriminar. En este contexto, por ejemplo, la palabra indígena es en sí un término que discrimina, porque se asocia al retraso, a la pobreza y a una historia de explotación y marginación. Desde esta perspectiva, los movimientos indigenistas son ejemplos de identidades deterioradas, estigmatizadas. La identidad, entonces, se va construyendo a partir de la infravaloración del grupo dominante hacia el grupo de pertenencia, conformándose a partir de esta evaluación, la autoestima y el autoconcepto del sujeto (Molina, 2011; Mujica, 2007).

Tensiones y conflictos en la identidad étnica de la juventud mapuche actual

Las personas jóvenes son, indiscutiblemente, la parte de la población que se ve más afectada por las tensiones identitarias que genera la globalización. En los y las jóvenes observamos de manera manifiesta la tensión entre el cambio o la apertura y la conservación de la tradición. Las fronteras étnicas, en este sector poblacional, incluyen además el impacto de los medios de comunicación y el consumo cultural masivo, que es potenciado por la economía de libre mercado, que demanda procesos que destaquen lo local para comerciar en un mundo global (Pérez, 2011; Zebadúa, 2011).

El estudio de la juventud y sus procesos de desarrollo se han acentuado en las ciencias sociales en el último tiempo. En las últimas décadas del siglo pasado y lo que lleva de éste, han dejado de ser un grupo etario pasivo y de poco interés para convertirse en el objeto de estudio de investigaciones e intervenciones, no

solo del mundo científico, sino también de organismos gubernamentales y no gubernamentales, organismos internacionales e, incluso, de partidos políticos y organizaciones de participación ciudadana (Pérez, 2011; Zebadúa, 2011). Esto tiene relación con que son un grupo que cobra importancia demográfica en sectores urbanos y rurales, a través de la migración, la educación superior y el choque con la globalización, que expone su identidad étnica permanentemente a la aculturación, pero que también la reconstruye a partir del consumo cultural masivo.

En este escenario, tanto en Chile como en América latina, la participación de personas más jóvenes en movilizaciones político-sociales, a favor o en contra de los gobiernos, ha generado gran interés en conocer sus demandas, ya que representan a un grupo con influencia en la opinión pública (Alfaro, 2007). Por ende, su participación en movimientos colectivos de reivindicación de derechos sociales, económicos y culturales ha sido plasmada en las agendas de los gobiernos. Además, es preciso mencionar la existencia de liderazgos intelectuales asociados a las demandas territoriales, en cuanto a identidad étnica se refiere y al manejo futuro de los recursos naturales de nuestro continente. Países como México, Ecuador y Chile son ejemplos de lo anterior (Pérez, 2011; Zebadúa, 2011). Si bien las personas jóvenes son la parte de la población indígena más expuesta a los procesos de aculturación de su identidad, son a la vez quienes lideran movimientos de demandas de reivindicación cultural en contraposición a las políticas públicas imperantes. Esto pone de relieve el tema de la identidad étnica también en Chile, lo que ha aportado a la realización de diversas investigaciones en la temática.

Los estudios que existen en Chile sobre autodefinición étnica en jóvenes mapuches destacan aspectos que son denominados como objetivos o subjetivos. Dentro de los aspectos que se mencionan como autodefiniciones de «ser mapuche» se encuentran indicadores objetivos como la filiación, entendida desde el vínculo consanguíneo o *küpal* que se traspasa a través del apellido y el territorio de procedencia o *tuwün*; generalmente están vinculados y se refieren a los vínculos familiares de origen. El aspecto físico o rasgos fenotípicos que son asociados al pueblo mapuche son mencionados también por los jóvenes cuando hablan de su identidad étnica; además, consideran la condición de hablante o no de mapudungun o lengua mapuche. Finalmente, la participación en ritos o ceremonias evidencia el vínculo comunitario que se tiene tanto con la familia como con la comunidad (Merino y Tocornal, 2012).

Para las personas jóvenes, los aspectos subjetivos que refieren a la identidad indígena tienen relación con «sentirse mapuche», ya que las características objetivas mencionadas no serían suficientes para explicar el sentimiento de pertenencia. De

esta forma, mientras que ser mapuche puede relacionarse con el apellido, sentirse mapuche involucra un compromiso emocional, interaccional y social, que se describe como una identidad activa y proactiva, más que pasiva o instrumental. Esta última hace referencia solo al uso de beneficios que son entregados por el Estado de Chile, en consonancia con políticas públicas de acción positiva; principalmente, la beca de estudios indígena. Este beneficio es adquirido por los estudiantes por medio de la certificación de la calidad de indígena entregada por la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena o Conadi (Merino y Tocornal, 2012). El posicionamiento emocional de la identidad étnica está dado no solo por el «ser» mapuche, sino también «el sentir» como tal. Así, mientras las expresiones forman parte del discurso público, los sentimientos formarían parte del discurso privado de la identidad mapuche (Merino y Tileaga, 2011; Verkuyten y Wolf, 2002).

No obstante, cabe destacar que en la identidad mapuche los aspectos objetivos están relacionados con los subjetivos, ya que las características físicas, que son consideradas parte de los aspectos objetivos, forman parte de la justificación que los jóvenes le dan a la vivencia de episodios de discriminación étnica a lo largo de su vida. Aspectos físicos o el uso del apellido para ser nombrados por apodos peyorativos en la escuela, serían parte de las burlas que recibirían y que aluden directamente a su identificación como mapuche. Por otro lado, el aspecto comunitario de pertenencia, ya sea en la comunidad rural o urbana, la participación en los ritos ceremoniales, la conexión con divinidades y el ser o no hablante de mapudungun, se consideran aspectos importantes para valorarse y definirse como «más o menos mapuche», asignando una suerte de estatus superior a quienes poseen estas características y viven la identidad de manera más activa. Consecuentemente, la participación en organizaciones culturales, recreativas o reivindicatorias es considerado un factor de fortalecimiento identitario (Merino y Tocornal, 2012).

En el contexto actual de Chile, los jóvenes mapuches son en su mayoría urbanos, no hablantes de mapudungun (Ministerio de Desarrollo Social, 2015); por tanto, no forman parte de las categorías a las que ellos mismos asignan más valor a la hora de definir qué es ser o no mapuche. Para Alfaro (2007), lo anterior tiene sentido, ya que los y las jóvenes mapuches estarían en un proceso continuo de aprendizaje de su identidad, en un ejercicio reflexivo permanente acerca de qué lugar ocupan en el Chile de hoy. La interpelación a su identidad étnica los mantiene en un proceso de negociación constante, donde se reconocen como herederos de una cultura ancestral, pero también de una cultura que históricamente ha sido discriminada y que, consecuentemente, ha perdido mucho de su saber. De esta

forma, la imagen que construyen de sí mismos a partir de procesos históricos de estigmatización y aculturación, resulta una idea devaluada de lo que conciben como «sujeto mapuche». Es una identidad a contraluz, que termina por dañar la valoración social que tienen de sí mismos y que no les permite, además, clarificar si finalmente son o no mapuche (Oteiza y Merino, 2012).

Los estereotipos relacionados con la población mapuche se originan en un proceso de estigmatización que se transmite a través de la historia de generación en generación. Distintos períodos de la historia de Chile, como la Conquista, la Colonia o la República, la modernidad y, también, la época actual, registran un imaginario social negativo que se basa en la inferiorización, la humillación y la subvaloración cultural, que es asociada siempre al retraso de la cultura mapuche (Aravena y Silva, 2009; Bengoa, 2011; González-Parra y Troncoso-Pérez, 2014; Quilaqueo, 2007).

La violencia, el separatismo, la terquedad y la falta de inteligencia son imaginarios sociales asociados a la resistencia del pueblo mapuche a la asimilación cultural. Según Berry (2002), la aculturación se entiende como el abandono de la cultura de origen, además de la adopción y supervaloración de la cultura dominante. Para un sector de la población chilena, el proceso de aculturación debiera ser el camino adecuado para las personas mapuches (Villalobos, 2016). En este contexto de negación total de reconocimiento, donde el otro es excluido de toda posibilidad de participación y legitimización de sus demandas, se genera el encuentro cotidiano entre estas dos culturas, la tensión que da origen a los prejuicios, la discriminación y la violencia hacia el pueblo mapuche (Aravena y Silva, 2009; Quilaqueo, 2007).

Prejuicios y discriminación étnica

La discriminación étnica hacia los pueblos originarios es una problemática que ha sido descrita no solo en Chile, sino que también en América Latina y el Caribe (Aylwin, 2013; Bello y Hopenhayn, 2001; Bello y Rangel, 2000; Cepal, 2014; Puyana, 2015; Stavenhagen, 2003).

En nuestro país existe una condición de exclusión social, pobreza e inequidad que vulnera los derechos humanos a nivel individual y colectivo y, consecuentemente, la capacidad de desarrollo humano de nuestros pueblos originarios. La estigmatización, los prejuicios y la discriminación que perciben las personas mapuches y su colectivo han sido documentados en Chile ampliamente por las ciencias sociales y desde distintas perspectivas (Aravena y Silva, 2009; Bengoa, 2011;

Mellor, Merino, Saiz y Quilaqueo, 2009; Merino, 2006; Merino, Mellor, Saiz y Quilaqueo, 2009; Saiz, 2004).

La psicología, en la explicación de los conflictos intergrupales, define a los estereotipos, prejuicios y la discriminación como creencias, actitudes y conductas que están a la base de esta problemática psicosocial (Allport, 1954). En Latinoamérica y en Chile existe gran cantidad de investigaciones que buscan aportar a la solución de esta condición de adversidad, conflicto y discriminación que viven los pueblos originarios. No obstante, a través de la historia, la mayoría de éstas se ha centrado en el discurso y la visión que tiene el grupo dominante o perpetrador y no en el rescate de la percepción del grupo excluido. Según Mellor (2003), lo anterior podría haber llevado a científicos sociales a relatar solo una parte de la realidad, con el riesgo de reproducir pautas de racismo encubierto, moderno y sutil. Considerando este punto de vista, usaremos el enfoque de la discriminación percibida, que busca rescatar precisamente la visión del grupo que está siendo discriminado.

Percepción subjetiva de discriminación étnica en población mapuche

Si entendemos la discriminación de acuerdo con Allport (1954) como cualquier tipo de conducta que tiene como objetivo dañar a otro y que se despliega desde el endogrupo hacia el exogrupo, con la única justificación de la no pertenencia, la discriminación percibida sería, entonces, la experiencia subjetiva de sentirse víctima de este tipo de discriminación (Mellor, 2003). En este caso étnica, porque alude a categorías biológicas (rasgos físicos, fenotipo) y sociales que se relacionan con la pertenencia a un determinado grupo cultural, étnico, indígena. La discriminación étnica explica, mantiene y refuerza las ventajas de un grupo sobre otro, negando así un trato basado en el reconocimiento y la igualdad de las personas o grupos étnicos (Mellor, 2003).

Los estudios sobre discriminación étnica percibida son escasos en nuestro país. Sin embargo, los que se han desarrollado con población mapuche coinciden en que los tipos de discriminación más comunes que declaran los afectados son las burlas, segregación, inferiorización y discriminación encubierta (Merino, Quilaqueo y Saiz, 2008). Otros estudios clasifican la discriminación étnica percibida como una práctica social, que se genera a partir de las relaciones interétnicas, generando impacto en las personas que la vivencian, y que, además, estaría en constante transformación social. Sería entonces una forma dinámica de maltrato social (Cásner, Rifo, Navarrete y Zañartu, 2004). Finalmente, Merino (2007) es-

tablece una tipología de la discriminación étnica percibida que contempla cuatro categorías: verbal, comportamiento, institucional y macrosocial. Posteriormente, este estudio será complementado por Merino, Quilaqueo y Sáiz (2008), incorporando el ciclo vital en tres etapas: niñez, juventud y adultez.

El impacto de la percepción subjetiva de discriminación étnica

El impacto de la discriminación ha sido documentado en gran cantidad de estudios, destacándose los problemas en el ámbito de la salud. Por ejemplo, en salud mental, la discriminación es asociada a sintomatología ansiosa y depresiva. En salud física, se describen efectos en el aumento de tabaquismo, consumo de alcohol y presión arterial (Espinosa y Tapia, 2011; Esteban, Rivas y Pérez, 2011; Paradies, 2006a, 2006b, 2006c).

No obstante, en Chile solo contamos con un modelo teórico que obtuvieron Mellor y colaboradores (2009) a partir de un estudio cualitativo realizado con 50 personas mapuches adultas en las ciudades de Temuco y Santiago de Chile. Las personas entrevistadas entregan antecedentes acerca del impacto a largo plazo que tiene la discriminación en sus vidas, las estrategias de afrontamiento o *coping* que son utilizadas para hacer frente a la emocionalidad negativa que se desprende de la vivencia de discriminación étnica.

Los autores exponen que ante la vivencia de discriminación étnica, las personas declaran sentir una serie de emociones negativas que se desencadenan a partir de esta vivencia. Posteriormente, despliegan una serie de estrategias de afrontamiento destinadas a minimizar el malestar emocional producto de la discriminación sentida, es decir, no actúan de manera pasiva. Las estrategias de afrontamiento se definen como esfuerzos intrapsíquicos y conductuales, orientados a la acción (incluyendo aspectos intra e interpersonales) para manejar demandas del medio ambiente, que son valoradas como excesivas por los recursos de la persona que realiza el afrontamiento (Lazarus, 1991). Existe el afrontamiento primario u orientado a la solución del problema, y el secundario o emocional, que busca cambiar el estado emocional interno de la persona. Las estrategias de regulación emocional están ampliamente ligadas a la cultura de procedencia (Cohen y Lazarus, 1979).

Las estrategias utilizadas por la población mapuche corresponden a estrategias de regulación emocional. Éstas tienen como función disminuir la emocionalidad negativa y aumentar la positiva. Se consideran adaptativas aquellas que disminuyen el estrés y sus consecuencias físicas, además del malestar subjetivo, disminuyendo la resonancia de la emocionalidad negativa y aumentando las

reacciones emocionales positivas. Mellor y colaboradores (2009) establecen tres categorías de emociones negativas que se desprenden de la percepción subjetiva de discriminación en personas mapuches:

- *Psicológicamente heridos*: que contempla subcategorías como sentirse menospreciado, humillación, degradación, daño y sentirse amargado. Estas subcategorías fueron diferenciadas según el grado de intensidad explícita, que el o la entrevistada le asigna.
- *Ira*: que incluye las subcategorías de irritación, indignación y enfado, según el grado de intensidad que refieren los participantes.
- *Malestar indiferenciado*: que incluye las subcategorías de vergüenza, impotencia, miedo y tristeza. En esta categoría, se incluyen discursos que aluden a un malestar que no logra clasificarse puntualmente. Es una sensación de malestar en todo el cuerpo y puede incluir aspectos somáticos.

Los tipos de estrategias de afrontamiento de regulación emocional o *coping*, que se pondrían en marcha para minimizar la emocionalidad negativa, se clasifican según se refiera a mayor o menor grado de exteriorización conductual, en la respuesta hacia la acción discriminadora. Éstas son:

- *Autoprotección*: que incluye las subcategorías de reinterpretación, retirarse, aceptación, minimización y evitación. Estas estrategias buscan evadir el episodio de discriminación, es decir, no tener que enfrentarlo manifiestamente.
- *Autocontrol*: que contempla las subcategorías de respuesta contenida e ignorar. Esta categoría agrupa los discursos que explican cómo los participantes logran controlar conscientemente su impulso para contestar a la discriminación sufrida.
- *Confrontación*: que contiene las subcategorías de contestar, golpear y devolver la mano. La confrontación refiere a las acciones verbales y/o conductuales que buscan enfrentar la discriminación de manera manifiesta.

Finalmente, este estudio plantea que las personas mapuche reportan *consecuencias* en su vida, que serían producto de las vivencias de discriminación. Estas consecuencias son entendidas a largo plazo, en dos niveles, psicológico y social, además de positiva y negativamente. *La reafirmación identitaria* es una consecuencia a nivel psicológico que es considerada positiva. Mientras que *la negación de la identidad, el dolor psicológico y la aceptación de la inferioridad*, serían con-

secuencias negativas. A nivel social, se considera positivo *el reforzar los vínculos con la comunidad* y negativo la generación de *un cambio en el curso de la vida* a partir de la vivencia de discriminación étnica (Mellor y otros, 2009).

Las implicancias que este tipo de experiencia emocional puede tener en el bienestar de las personas es un área que ha sido estudiada a partir de muestras de inmigrantes en España, Australia, población afroamericana en Estados Unidos e Inglaterra (Basabe y Bobowik, 2013; Mellor, 2003; Wangaruro, 2011). No obstante, cabe mencionar que una de las limitaciones que se mencionan en las investigaciones es que existen características en los grupos étnicos que han migrado de un territorio a otro, que no serían homologables a la población indígena; sobre todo cuando se ha demostrado la persistencia de conductas discriminatorias a través de la historia, a las que estos grupos minoritarios siguen estando expuestos actualmente.

A modo de conclusión

La redefinición de la identidad podría suponerse moderna y nueva. Por una parte, acerca la identidad a las corrientes epistemológicas actuales, que buscan investigar desde el contexto macrosocial en que el individuo está inserto, resaltando las particularidades de América Latina, visibilizando las estructuras de poder, la asimetría que se evidencia en las relaciones entre el grupo dominante y el minoritario y, por supuesto, las consecuencias históricas que este tipo de relaciones deja en los grupos que perciben la vulneración de sus derechos fundamentales, a través de los siglos, como es el caso del pueblo mapuche. Por otra, relaciona la identidad con teorías clásicas de la psicología evolutiva y la hace retornar a sus orígenes; a los principios planteados a través de la teoría sociocultural, psicosocial y de la identidad social.

Si bien, según Tajfel, la identidad se adquiere desde muy temprana edad, tanto sus componentes cognitivos como afectivos se modifican durante el ciclo vital. Por lo tanto, su carácter dinámico y relacional la sitúa siempre en el contexto y momento histórico en el que la persona habita. Si entendemos la identidad como un espectro de posibilidades que se construye a partir de aspectos cognitivos, hasta la internalización de éstos como procesos afectivos, tendríamos que decir que la identidad étnica se encuentra más cerca de estos últimos, debido a que se define como el sentimiento de pertenencia hacia un grupo étnico o cultural. Es el sentimiento lo que decanta finalmente en el proceso de identificación étnica. Esto es importante porque, como hemos revisado, es posible que las personas se

adscriban a un determinado grupo, pero que no se sientan parte de él. Visto desde el enfoque de Phinney y Ong, es posible que un sujeto presente el componente de exploración identitario, desarrollando conductas de búsqueda y aprendizaje acerca de su grupo de pertenencia; no obstante, este proceso no necesariamente tendrá por resultado la constitución de la identidad étnica. Es en este proceso de búsqueda e identificación que muchas veces podemos observar tensiones identitarias. Es decir, es posible que las distintas búsquedas e identificaciones que un sujeto realice se encuentren en conflicto o en franca oposición debido a la valoración social que se le asigne a estas identidades. Esto se muestra con fuerza en las identidades que han sido capturadas por estigmas, como es el caso de la identidad mapuche.

Los estudios de jóvenes que se han realizado en Chile muestran la tensión que existe entre lo que se considera ser mapuche hoy, en un contexto urbano. Si bien, los aspectos llamados objetivos son materia de consenso para autodefinirse como sujeto mapuche, son los aspectos subjetivos los que determinan la existencia o no de identidad étnica, ya que apuntan al sentirse parte de esta identidad; van ligados a una manera de vivir la identidad que se entiende como experiencia emocional. La vivencia de la identidad étnica se comprende además como pasiva o activa, definiéndose la primera como instrumental: tiene un sentido más individual y trata de conseguir beneficios a través de políticas públicas. Mientras la segunda involucra, además, un componente colectivo, donde se participa en organizaciones que buscan reivindicar derechos económicos, sociales y culturales. Finalmente, la identidad pasiva e instrumental es menos valorada que la identidad activa, ya que las personas que forman parte de esta última son consideradas «más mapuches» que las primeras. Lo anterior muestra que existen diferencias en la percepción de la identidad mapuche en el endogrupo. Lo que podría sugerir la existencia de un abanico identitario que da cuenta de diversos grados de identificación, según aspectos cognitivos, conductuales y afectivos.

Referencias

- Alfaro, S. (2007). Ser indígena es algo relativo: construcción de identidades étnicas y acciones afirmativas en Perú y Chile. In J. Ansion y F. Turbino (Eds.), *Educación en ciudadanía intercultural* (pp. 111-140). Temuco, Chile: Fondo Editorial.
- Allport, G. (1954). *The nature of prejudice*. Massachusetts: Addison-Wesley.
- Aravena, A. (2003). La identidad mapuche-warriache: procesos migratorios contemporáneos e identidad mapuche urbana. *América Indígena*, 59(4), 162-187.

- Aravena, A. (2007). Identidades indígenas urbanas en el tercer milenio: identidades étnicas, identidades políticas de los mapuche-warriache de Santiago de Chile. In Instituto interamericano de Derechos Humanos (Ed.), *Migraciones Indígenas en las Américas*. (pp. 43-58). San José, Costa Rica: Instituto interamericano de Derechos Humanos.
- Aravena, A. (2008). *Mapuches en Santiago: memorias de inmigrantes y residentes: relatos para una antropología implicada sobre indígenas urbanos*. Concepción: Escaparate.
- Aravena, A., Gissi, N., y Toledo, G. (2005). Los mapuches más allá y más acá de la frontera: Identidad étnica en las ciudades de Concepción y Temuco Mapuches on both sides of the border : Ethnic identity in the cities of Concepción and Temuco, 117-132.
- Aravena, A., y Silva, F. (2009). Imaginarios sociales dominantes de la alteridad en la configuración de los límites etno-nacionales de la identidad chilena. *Sociedad Hoy*, 17(2), 39-50.
- Aylwin, J. (2013). Mercados y derechos globales: implicancias para los pueblos indígenas de América Latina y Canadá. *Revista de Derecho (Valdivia)*, 26(2), 67-91.
- Basabe, N., y Bobowik, M. (2013). Estatus grupal, discriminación, y adaptación en inmigrantes latinoamericanos y africanos en España. *Psicoperspectivas. Individuo Y Sociedad*, 12(1), 5-29. Disponible en <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol12-Issue1-fulltext-237>.
- Bello, A., y Hopenhayn, M. (2001). *Discriminación étnico-racial y xenofobia en América Latina y el Caribe*. Santiago, Chile: Naciones Unidas. Retrieved from http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5987/S01050412_es.pdf?sequence=1.
- Bello, A., y Rangel, M. (2000). *Etnicidad, «raza» y equidad en América Latina y el Caribe*. Santiago, Chile: CEPAL Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Retrieved from http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/31450/S008674_es.pdf?sequence=2.
- Bengoa, J. (2011). Los mapuches: historia, cultura y conflicto. *Cahiers Des Amériques Latines*, 68, 89-107.
- Berry, J. (2002). *Cross-cultural psychology: research and applications*. Cambridge, MA: University Press.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: experiments by nature and design*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Cásner, M., Rifo, H., Navarrete, R., y Zañartu, N. (2004). *La discriminación étnica como contexto obstaculizador del desarrollo humano: Representaciones socia-*

- les de jóvenes Mapuche en la ciudad de Temuco*. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile.
- Cayuqueo, P. (2012). *Sólo por ser indios: y otras crónicas mapuches*. Santiago, Chile: Catalonia.
- CEPAL. (2014). *Los pueblos indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos*. (F. Del Popolo y D. Jaspers, Eds.). Santiago, Chile: Naciones Unidas. Retrieved from http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37050/S1420783_es.pdf?sequence=4
- Cohen, F., y Lazarus, R. (1979). Coping with the stresses of illness. *Health Psychology: A Handbook*, 217-254.
- De Sousa, S. (2011). Reseña de una epistemología del sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social. *Alteridades*, 21(41), 181-184.
- De Sousa, S. (2013). *Decolonizar el saber, reinventar el poder*. Santia: Lom.
- Erikson, E. (1971). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Espinosa, A., y Tapia, G. (2011). Identidad nacional como fuente de bienestar subjetivo y social. *Boletín de Psicología Psicológica*, 102, 71-87.
- Esteban, M., Rivas, M., y Pérez, M. (2011). Identidad étnica y autoestima en jóvenes indígenas y mestizos de San Cristóbal de las Casas (Chiapas, México). *Acta Colombiana de Psicología*, 14(1), 99-108.
- Gall, O. (2004). Identidad, exclusión y racismo: reflexiones teóricas y sobre México. *Revista Mexicana de Sociología*, 66(2), 221-259.
- Garrido, A., y Álvaro, J. (2007). *Psicología social. Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: Mac Graw Hill.
- Gifre, M., Monreal, P., y Esteban, M. (2011). El desarrollo de la identidad a lo largo del ciclo vital. Un estudio cualitativo y transversal. *Estudios de Psicología*, 32(2), 227-241. <https://doi.org/10.1174/021093911795978180>
- Goffman, E. (1993). *Estigma de la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- González-Parra, C., y Troncoso-Pérez, P. (2014). Estudio y análisis crítico de la prensa escrita nacional y regional en torno a la imagen mapuche. *A Contracorriente*, 11(3), 139-163.
- González, S., Díaz, C., y Valdebenito, M. (2005). Revisión del constructo de Identidad en la Psicología Cultural. *Revista de Psicología Universidad de Chile*, XIV, 9-26.
- Ibáñez, T. (2001). *Construccionismo y psicología. Municiones para disidentes*. Barcelona, España.: Gedisa.

- Ibáñez, T. (2003). La construcción social del socioconstruccionismo: retrospectiva y perspectivas. *Política Y Sociedad*, 40(1), 155-160.
- Larraín, J. (1996). *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello.
- Lazarus, R. (1991). *Emotion and adaptation*. New York: Oxford University Press.
- Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
- Mellor, D. (2003). Contemporary racism in Australia: The experiences of aborigines. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 29(4), 474-486.
- Mellor, D., Merino, M., Saiz, J. L., y Quilaqueo, D. (2009). Emotional Reactions, Coping and Long-term Consequences of Perceived Discrimination Among the Mapuche People of Chile. *Journal of Community y Applied Social Psychology*, 491(December 2008), 473-491. <https://doi.org/10.1002/casp>
- Merino, M. (2006). Propuesta metodológica de Análisis Crítico del Discurso de la discriminación percibida: A methodology proposal. *Revista Signos*, 39(62), 453-469.
- Merino, M. (2007). El discurso de la discriminación percibida en Mapuches en Chile. *Revista Signos*, 1(4), 604-622.
- Merino, M., Becerra, S., y De Fina, A. (2017). Narrative discourse in the construction of Mapuche ethnic identity in context of displacement. *Discurso Y Sociedad*, 28(1), 60-80.
- Merino, M., Klenner, M., y Larrañaga, D. (2017). ¿ Qué significa para ti ser un/a joven Mapuche hoy en Chile? *Discurso & Sociedad*, 11 (1): 115-133.
- Merino, M., Mellor, D., Saiz, J. L., y Quilaqueo, D. (2009). Perceived discrimination amongst the indigenous Mapuche people in Chile: some comparisons with Australia. *Ethnic and Racial Studies*, 32(5), 802-822. <https://doi.org/10.1080/01419870802037266>
- Merino, M., Quilaqueo, D., y Saiz, J. L. (2008). Una tipología del discurso de discriminación percibida en Mapuches de Chile. *Revista Signos*, 41(67), 279-297.
- Merino, M., y Tileaga, C. (2011). La construcción de identidad de minorías étnicas: un enfoque discursivo psicológico a la autodefinición étnica en acción. *Discurso Y Sociedad*, 5(3), 569-594.
- Merino, M., y Tocornal, X. (2012). Posicionamientos discursivos en la construcción de identidad étnica en adolescentes mapuches de Temuco y Santiago. *Revista Signos*, 45(79), 154-175.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2015). *CASEN 2013. Pueblos indígenas.Síntesis*

- de resultados*. Retrieved from http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/documentos/Casen2013_Pueblos_Indigenas_13mar15_publicacion.pdf
- Molina, W. (2011). Identidad regional en Magallanes, sus expresiones simbólicas y territoriales. *Magallania (Punta Arenas)*, 39(1), 59-69.
- Montero, M. (2002). Construcción del otro, liberación de sí mismo. *Utopía Y Praxis Latinoamericana*, 7(16), 41-51.
- Mugny, G., Ibáñez, T., Elejabarrieta, F., Iñiguez, L., y Pérez, J. (1986). Conflicto, identificación y poder en la influencia minoritaria. *Revista de Psicología Social*, 1(1), 39-55.
- Mujica, L. (2007). Hacia la formación de identidades. In J. Ansion y F. Turbino (Eds.), *Educación en ciudadanía intercultural* (pp. 11-36). Temuco, Chile: Fondo Editorial.
- Oteiza, T., y Merino, M. (2012). Am I a genuine Mapuche? Tensions and contradictions in the construction of ethnic identity in Mapuche adolescents from Temuco and Santiago. *Discourse y Society*, 23(3), 297-317.
- Paradies, Y. (2006a). A systematic review of empirical research on self-reported racism and health. *International Journal of Epidemiology*, 33, 888-901.
- Paradies, Y. (2006b). Defining, conceptualizing and characterizing racism in health research. *Critical Public Health*, 16, 143-157.
- Paradies, Y. (2006c). *Race, racism, stress an indigenous health*. University of Melbourne.
- Páramo, P. (2008). La construcción psicosocial de la identidad y del self. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 40(3), 539-550.
- Pérez, M. (2011). Retos para la investigación de los jóvenes indígenas. *Alteridades*, 21(42), 65-75.
- Peris, R., y Agut, S. (2007). Evolución conceptual de la Identidad social. El retorno de los procesos emocionales. *Revista Electrónica de Motivación Y Emoción*, 10(1), 26-27.
- Phinney, J., y Ong, A. (2007). Conceptualization and measurement of ethnic identity. *International Journal of Behavioral Development*, 31, 478-490.
- Puyana, A. (2015). *Desigualdad horizontal y discriminación étnica en cuatro países latinoamericanos Notas analíticas para una propuesta de políticas*. México: CEPAL Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Retrieved from http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37816/S1500195_es.pdf?seque
- Quilaqueo, D. (2007). Representación social mapuche e imaginario social no mapuche de la discriminación percibida. *Atenea (Concepción)*, 496, 81-103.

- Rizo, M. (2006). Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones: Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 6, 2-13.
- Saavedra, A. (2003). *Los mapuches en la sociedad chilena actual*. Santiago: Lom.
- Saiz, J. L. (1986). Estereotipos adscritos al indígena mapuche por adultos no mapuche del Chile meridional. *Revista Interamericana de Psicología.*, 20, 55-68.
- Saiz, J. L. (2004). Nosotros y Los Mapuches: Discrepancias Valoricas y Prejuicios. *Persona Y Sociedad*, XVIII(1), 129-144.
- Saiz, J. L., Merino, M., y Quilaqueo, D. (2009). Meta-estereotipos sobre los indígenas mapuches de Chile. *Revista Interdisciplinaria*, 26(1), 23-48.
- Stavenhagen, R. (2003). *Report of the Special Rapporteur on the situation of human rights and fundamental freedoms of indigenous people. Engaging the UN special rapporteur on indigenous people: Opportunities and challenges*. Baguio, Filipinas: Naciones Unidas.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: estudios de psicología social*. Barcelona, España.: Helder.
- Turner, J. (1985). Social categorization and the self-concept: a social cognitive theory of group behavior. In *Advances in group processes: theory and research (vol.2)*. (pp. 77-122). Greenwich, Inglaterra: JAI Press.
- Verkuyten, M., y Wolf, A. (2002). Being, Feeling and Doing: Discourses and Ethnic Self-Definitions among Minority Group Members. *Culture y Psychology*, 8(4), 371-399. <https://doi.org/10.1177/1354067X0284001>
- Villalobos, S. (2016). El avance de la historia fronteriza. *Revista de Historia Indígena*, 2, 5-20.
- Vygotski, L. (1996). *Psicología infantil. Obras escogidas (vol. 4)*. Madrid: Visor.
- Wangaruro, J. (2011). «I have two homes». *An investigation into the transnational identity of Kenyan migrants in the United Kingdom (UK) and how this relates to their wellbeing*. Middlesex University.
- Zambrano, A., y Pérez-Luco, R. (2004). «Construcción de Identidad en Jóvenes Infractores de Ley, una Mirada desde la Psicología Cultural.» *Revista de Psicología de Universidad de Chile*, XIII(1), 115-132.
- Zebadúa, J. (2011). Cultura, identidades y transculturalidad. Apuntes sobre la construcción identitaria de las juventudes indígenas. *LiminaR*, 9(1), 36-47.

Reconocimiento

Este artículo se escribió en el marco del proyecto de investigación «Identidad étnica, discriminación percibida y procesos afectivos en jóvenes mapuches de la ciudad de Concepción» para optar al grado de doctor en Psicología de la Universidad de Concepción, Chile. Cuenta con financiamiento de Conicyt y se enmarca en el contexto del proyecto Fondecyt número 11130384, titulado «Imaginario sociales de la identidad mapuche en el Gran Concepción» (2014-2016).

Agradecimientos

A Natalia Milla y Claudio Bustos, ambos compañeros entrañables en este proyecto.

Sobre las autoras

Natalia Zañartu Canihuante es psicóloga por la Universidad de la Frontera, candidata al grado de Doctor en Psicología por la Universidad de Concepción e investigadora del Centro de Estudios Mapuche Wiñomeaí de la misma Universidad, en la ciudad de Concepción, Chile. Su correo electrónico es nzanartu@udec.cl.

Andrea Aravena Reyes es antropóloga por la Universidad Austral de Chile, Chile. Doctora por l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia, y académica de la Universidad de Concepción, Chile. Su correo electrónico es andrea.aravena@udec.cl.

Pamela Grandón Fernández es psicóloga y doctora en Psicología por la Universidad de Salamanca, España, además de académica en la Universidad de Concepción, Chile. Su correo electrónico es pgrandon@udec.cl

Fabiola Sáez Delgado es profesora de Educación Física y magíster en Educación por la Universidad de Concepción, además de candidata al grado de doctor en Psicología por la misma Universidad, en la ciudad de Concepción, Chile. Docente CFT de la Universidad Santo Tomás Concepción. Su correo electrónico es fabiosaez@udec.cl.

Carola Zañartu Canihuante es educadora de párvulos por la Universidad Católica de Temuco y magíster en Desarrollo Humano por la Universidad Austral de Chile. Actualmente, alumna del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Murcia, España. Su correo electrónico es czanartu@gmail.com.

ENTREVISTA

Antropología y desastres: Entrevista con Susanna Hoffman

Gonzalo DÍAZ CROVETTO

Universidad Católica de Temuco, Chile

Susanna Hoffman (PhD en Antropología, University of California, Berkeley) es, hoy en día, una reconocida consultora independiente en el ámbito de la antropología de las catástrofes. Hoffman tiene una larga trayectoria en dicho campo, tanto en investigaciones, asesorías y escritos, parte de los cuales se han publicado en diversos artículos y obras fundamentales, como los libros *Catastrophe and Culture: The Anthropology of Disaster* (School for Advanced Research Press, 2001) y *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective* (Routledge, 1999), ambos co-editados con Anthony Oliver-Smith.¹

Actualmente Susanna es directora de la recientemente creada comisión científica permanente de la Asociación Internacional de Antropología y Estudios Etnológicos (IUAES por sus siglas en inglés)² sobre antropología del riesgo y de los desastres y ha liderado el Grupo de Estudios sobre Temáticas de Riesgo y Desastres de la Sociedad de Antropología Aplicada.

Esta entrevista se realizó en mayo del 2016 en Dubvronik, al alero del Intercongreso de la IUAES, donde justamente Susanna coordinó un grupo de trabajo titulado «The increasing importance of anthropology in understanding risk and disaster review of the current state of the field».

1. En preparación se encuentran los libros: *The Angry Earth. Vol. 2* (Routledge), co-editado, como el original, con Anthony Oliver-Smith, y *Disaster Upon Disaster: The Gap Between Disaster Knowledge, Policy and Practice* (Berghahn Press), co-editado con Roberto Barrios.

2. Mientras que Virginia García-Acosta es la directora adjunta de la comisión.

Gonzalo Díaz Crovetto: *Según usted, y entiendo que pueda resultar una pregunta difícil de contestar, ¿cuál cree que sea el aporte más importante de la antropología a los desastres?*³

Susanna Hoffman: Bueno, obviamente el concepto de cultura, y no solo me refiero a la cultura en su forma superficial, sino también al hecho de que es muy compleja, llena de matices y muy abstracta. También es siempre muy local, a pesar de que tal vez exista una macrocultura de tradición, con variantes en torno a manifestaciones del lenguaje o de la religión, entre otros aspectos. Cada lugar, por más pequeño que sea, tiene su propia cultura y sus propios saberes, y si no entiendes eso, cuando trabajas con los temas que estudiamos, como los desastres, la reducción de riesgo, el reconocimiento de situaciones de peligro, el cambio climático, o el reasentamiento, si no reconoces sus versiones de cultura, simplemente crearás, como sucede a menudo, otra situación crónica y lamentable.

GDC: *Y usted, en vista que ha estado de estudiando los tópicos de una antropología de los desastres, ¿cree que la antropología, como forma de conocimiento, puede aportar significativamente y de forma diferenciada?*

SH: No sé si tienes que hacer trabajo de campo intenso y extenso, pero tienes que llegar a la gente. Incluso si la intervención es corta, tienes que entrar a sus casas, a sus lugares de reunión e iglesias, por la mayor cantidad de tiempo posible, y no necesariamente llegar con la actitud de un académico, sino que actuar como ellos y entenderlos, entender algunos de sus principios. Tienes que hacer trabajo de campo porque es parte del trabajo antropológico, incluso si no es intenso y extenso.

GDC: *Y la antropología, a su juicio, ¿ya es reconocida por tener una perspectiva en relación a la temática?*

SH) Cada vez más y más... Por supuesto que siempre está la cuestión del presupuesto... Cuando quieres ir a trabajar a algún lugar y poner manos a la obra y quedarte allí por algún tiempo y entonces empoderar a las personas para que sean ellas mismas quienes decidan y no los que tienen el poder, siempre hay algún problema de presupuesto. Como dijo alguien ayer, si además de ser académicos también nos convertimos en defensores de las personas, entonces lo pagamos nosotros mismos...

3. En antropología no suele hacerse una distinción radical o significativa entre los términos *desastre* y *catástrofe*: lo que se suele denotar es un uso basado, por lo general, en el primer caso, a referencias latinoamericanas, y en el segundo, vinculado al uso en idioma inglés.

GDC: *Muy bien, esa es una buena reflexión. ¿Ve alguna diferencia entre Norteamérica, tal vez Estados Unidos, y Europa en términos de cómo abordan la antropología? ¿Cree que existen diferencias significativas entre estos países respecto al tema de los desastres?*

SH: Sí, sí. En Estados Unidos la antropología está creciendo nuevamente. Y por supuesto, consideramos las cuatro ramas de la antropología,⁴ así que cuando vamos a terreno, lo hacemos también con vastos conocimientos en biología, genética y en todos los aspectos físicos del ser humano. Vamos a terreno también con una base arqueológica e histórica, buscando comprender el significado de los simbolismos de estos campos de estudio y sin siquiera hablar el idioma. Eso es lo que hacemos. Y solo después de eso, trabajamos con la antropología cultural, porque en Estados Unidos le llamamos antropología cultural, no la llamamos antropología social. En Europa no se estudian las cuatro ramas de la antropología, se estudia para ser un antropólogo cultural o un antropólogo físico desde el principio, sin estudiar las otras ramas. Esa es una de las diferencias. Además, la antropología es una disciplina que está desapareciendo en Europa. Los europeos combinan cada vez más departamentos de antropología con sociología, incluso en Coimbra la ubican dentro de las ciencias naturales o en otras áreas de estudio. Están cerrando departamentos enteros. No sé por qué... Tal vez se deba a la economía de Europa o a la actitud de los europeos. ¿Por qué pasaría esto al otro lado del mundo? Mientras que aquí la disciplina crece, en el otro lado del mundo no pasa lo mismo. Y además, efectivamente, hay una diferencia entre Europa Occidental y Europa Oriental, porque la primera es más académica, produce la mayor parte de la teoría y estudia a todos los teóricos, mientras que la segunda está más estancada en la etnografía y usa, a mi juicio, una versión local bastante falta de luces... Y sus referentes y profesores no necesariamente conocen todas las controversias, todos los asuntos y todos los argumentos y discursos que se están discutiendo en la antropología. Es como si pudiera levantarme y decirles «sabes, casi estás tratando con un nuevo grupo étnico...» En cierto modo, hay que saber lo que significa el término *oposición segmentaria*, de dónde viene, qué significa el «marco ideológico». Tienes que conocer los discursos. Sí, hay una gran diferencia.

GDC: *Y en Sudamérica, o Centroamérica, especialmente en México, ¿puede identificar un enfoque en particular?*

4. La antropología cultural, la arqueología, la lingüística antropológica y la antropología física o biológica.

SH: Bueno, como dijo Virginia,⁵ Centro y Sudamérica están muy influenciadas por la antropología estadounidense. Prácticamente se basan en ese modelo. Virginia misma se considera una antropóloga de la historia. Es antropóloga histórica. Usa muchos registros históricos y se enfoca en dos tipos de registros, alimentarios y los de desastres. Por supuesto que ambos están muy interrelacionados; pero sí, la mayor parte del hemisferio occidental está influenciado por el modelo antropológico norteamericano en mayor o menor medida.

GDC: *¿Y qué ocurre en Asia? ¿Tiene información sobre lo que está ocurriendo en Japón o quizás en Corea? ¿Qué piensan ellos?*

SH: Japón tiene... No tengo información sobre Corea, pero la antropología en Japón ha tenido un desarrollo muy dinámico. Actualmente, muchos de ellos tienden a ser cuantitativos y crean grandes bases de datos y trabajan mucho con números y los análisis los hacen a partir de éstos. Sin embargo, al final es algo completamente distinto, más si se consideran los avances de hoy y el entendimiento de lo social, de la cultura y su desarrollo. Los japoneses tienen una literatura propia muy amplia y mucha de la cual no se traduce, por lo que ni siquiera sabemos lo que dicen. Pese a esto, muchos de nuestros textos sobre catástrofes y cultura están en japonés.

GDC: *Ah, porque también estaba recordando que en el libro Risk and Blame, de Mary Douglas, se habla del concepto diferente que tienen los japoneses sobre el riesgo. Si mal no recuerdo, ellos solo tienen el concepto de amenaza.*

SH: ¿Amenaza? Ese concepto también se superpone al concepto de riesgo, aunque las amenazas tienden a relacionarse más con la realidad y con las situaciones peligrosas, mientras que el riesgo es cultura.

GDC: *Sí, gracias. Es exactamente por eso. Otra pregunta muy importante sobre su tardía incorporación a la investigación de este tema, ¿qué tan importante fue para usted experimentar personalmente un desastre? Me refiero al incendio en California que a usted le tocó vivir.*

SH: Fue muy importante, lo transformó todo. Ni sabía que el área de estudio existía. Fue debido al incendio que comencé a trabajar el tema. En ese entonces, yo era una antropóloga teórica y trataba con todo tipo de simbolismos, con Levi-Strauss, desde el estructuralismo y otros temas similares. Y luego perdí todo. Obviamente, tuve una educación de primer nivel en los Estados Unidos. Estudié en la Universidad de California en Berkeley, donde debes pasar por las cuatro ramas

5. Virginia García-Acosta, investigadora del CIESAS (Ciudad de México), quien ha tenido un larga y destacada trayectoria estudiando los desastres en y desde América Latina.

antes de especializarte. Acabo de presentar una ponencia sobre arqueología. Todavía puedo trabajar en este campo y podría trabajar con la lingüística si quisiera. Sé un poco menos de biología, pero... Y frente a mis ojos, durante y después del desastre, se estaba desplegando todo lo que estudié durante mi vida. Venía como una marea y yo debería haber estado recuperándome, pero en vez de eso me senté y escribí sobre la experiencia.

GDC: *Al mismo tiempo que se estaba recuperando, ¿escribía sobre aquello? ¿Fue muy difícil?*

SH: Así es, mi primer artículo se publicó en una revista sobre síndrome de sufrimiento post-traumático. Ellos estaban muy interesados en saber por lo que pasa un sobreviviente y por eso escribí un artículo. Ese es el artículo en el que hablé sobre las etapas poscatástrofes que viven los afectados. Quizás así fue cómo me recuperé. Lo procesé escribiendo al respecto, pero inmediatamente pensé: «esto es lo más cerca que un antropólogo puede llegar a estar de un laboratorio». No es que la gente no tuviera cultura. Obviamente, haber sobrevivido al desastre también se relaciona con tu cultura, pero necesitarán expresarla, reformarla, pero se asegurarían de que cada aspecto sea abordado. La familia se involucró, es increíble. Creemos que no necesitamos a nuestra familia y de igual manera, gran parte de ella se involucra. Ideologizamos, nos ponemos nostálgicos, el mito de que íbamos a volver a lo que habíamos sido. Todo me venía a la mente, y no podía... estaba fascinada... y eso fue lo que lo gatilló.

GDC: *Ahora entiendo... No lo veía así antes, que fue así como usted empezó. Porque entiendo entonces que ese fue un evento muy «dramático» y profundo...*

SH: Me han pedido mucho que escriba un libro entero sobre cómo viví esa experiencia, y no he querido porque es una exposición muy personal. Sin embargo, empecé a escribir artículos. Hace uno o dos años me pidieron que escribiera una crónica sobre las emociones que experimenté y el resultado fue un artículo muy potente. Ahora me estoy empezando a dar cuenta. Si no puedo escribir el libro entero de una vez, puedo hacerlo de a poco y mostrar lo que efectivamente experimenté como sobreviviente. Y desde la perspectiva de una antropóloga, porque mientras decía «algunas personas... la mayor parte de la gente... la mayoría de las personas habla sobre las cosas materiales que perdió, como las fotografías entre otras cosas...». Eso no era lo importante para mí. Bueno, el mar de emociones fue verdadero, y luego se superponían la rabia, la pena y todo lo demás, pero me di cuenta de que también se me venían recuerdos a la mente. Recordaba objetos, pequeñas cosas, como mi manta de bebé u otras cosas que eran parte de mí. Todas esas cosas eran parte de mi identidad.

GDC: *Objetos ligados a emociones que hacen que tenga sentido ser quien eres.*

SH: Sí, una emoción en la historia. Así que ya me había recuperado y estaba lista... ¿Cómo lo puedo explicar? No sé. Podría enviarte el artículo, pero dije algo así como «hay algo de nosotros mismos en esos objetos»... lo perdí, pero lo que gané fue una imagen pública porque me convertí en una sobreviviente.

GDC: *Y estaba pensando que esta experiencia de vida además hace que tenga otra conexión con los sobrevivientes. Que cuando acompaña a la gente en terreno, cuando está entrevistando, cuando se junta con la gente, cuando asesora, lo hace también desde ahí...*

SH: Y puedo hacerlo a un nivel muy abstracto y académico, pero como dije hoy en la sesión, lo que más disfruto es hablar con sobrevivientes porque puedo adentrarme en su realidad y una de las cosas que sucede es que los sobrevivientes siempre piensan que son los únicos, que nunca le ha sucedido antes a nadie, y cuando empiezas a decir «Yo hice eso, pasé por eso, esto me sucedió a mí», se dan cuenta de que es un aspecto universal de la vida. Sobre esos aspectos universales es sobre lo que me gusta escribir. Cuando veo que todos los que han pasado por esto a nivel mundial tienen la misma o casi la misma experiencia... Es muy enriquecedor para ellos y muy sanador, muy curativo, porque ellos se dan cuenta de que oh, no estamos solos, y lo mismo pasa una y otra vez.

GDC: ¿Entonces usted siempre comparte eso con los demás? Que no solo es una antropóloga, sino que también una sobreviviente...

SH: Absolutamente...

GDC: *Eso es algo muy significativo, hacer la diferencia, una verdadera diferencia en las personas con las que trabaja.*

SH: Oh, hoy en día hay más gente que ha sobrevivido a desastres naturales y que también se dedica a eso, especialmente después del huracán Katrina y otros desastres. Al principio, yo era la única persona que se dedicaba a la antropología de los desastres y que en realidad era una sobreviviente. Yo era la única.

GDC: *Creo que no quiero tener esta conexión especial. Yo realmente la valoro y creo que lo que ha vivido es realmente fuerte y estoy seguro de que fue un escenario muy difícil de superar, pero al mismo tiempo prepositivo de marcos de comprensión...*

SH: Sí, pienso que es algo que siempre me va a afectar de una manera u otra durante toda mi vida, pero yo tiendo a superar las cosas sin detenerme mucho y cuando miro atrás, me doy cuenta de lo difícil que fue. Yo soy una de esas personas. Soy una verdadera campesina... Cuando me encuentro ante una situación difícil la enfrento y la supero...

GDC: *Todos necesitamos comida, necesitamos caminar, necesitamos comida y caminar, y cuando vemos nuestra cosecha decimos «¡Oh, fue una muy buena cosecha!» Lo puedes ver porque está funcionando.*

SH: ¡Exacto! Y luego miro hacia atrás y pienso «¿Cómo lo hice? Fue muy difícil». Bueno, puedo valorar a mi madre. Mi madre era así, ¿sabes? Superaba todos los obstáculos que la vida le ponía al frente... Además, era sueca... Se abrió camino como un barco vikingo, y ahora que lo pienso bien, creo que tengo la misma fortaleza.

GDC: *Quería hablar un poco sobre su experiencia como asesora.*

SH: Pensé que haría más ese tipo de trabajo, experimentar diferentes situaciones, evaluar y redactar informes, pero mi experiencia personal no ha sido esa. Anthony Oliver-Smith ha hecho más de eso. Mi asesoría ha consistido más en dar charlas en todo el mundo. Me invitan a hablar a todo tipo de lugares. Puede ser todo un grupo de organizaciones sin fines de lucro. Por ejemplo, recuerdo haber hablado para la Cruz Roja y lo atónitos que quedaron por la cantidad de información que un antropólogo podía poner en perspectiva. He dado charlas en agencias gubernamentales... Cuando estaba en Macedonia se dio una situación que es muy común, donde el Gobierno no hablaba con los bomberos, ni los bomberos con los policías... Y en cierto modo, en medio de todas esas agencias gubernamentales fui yo quien dijo cómo tenían que coordinar y cómo tenían que trabajar juntos, aunque no sé si eso llegó a pasar. En Asia Central, algunos de los grupos saben lo que viene y ha sido una de las pocas oportunidades para llegar allí y decir «tienes que desarrollar la sociedad civil, porque ya ningún gobierno puede pagar por todo».

GDC: *Desde que comenzó a trabajar en el área de los desastres, según su experiencia personal, ¿ha notado alguna diferencia entre la gente nueva que está llegando a este campo y la que llegaba antes?*

SH: Sí. Muchas de las personas que están comenzando a estudiar esta rama de la antropología se han formado en ecología política o en temas medioambientales, y no hay tantas como yo quisiera con formación netamente en antropología cultural. Me gustaría que llegaran más con esa formación porque creo que es muy importante... me gusta lo que están haciendo. Trabajan con los discursos políticos y con los problemas que vienen con el desarrollo, el capitalismo, el neoliberalismo... lo cual es importante en cada situación de desastre, pero me gustaría que atrajéramos a más gente que realmente se ocupe de los aspectos culturales... Aunque hoy Fraser, de Nueva Zelanda, y su ontología, ciertamente estaba haciendo eso. La antropología cultural está en todas partes y es evidente que ahora se superpone con el tema del cambio climático, mucho, y con el reasentamiento, así que sí hay una diferencia en términos de quién entra y cuál es su trasfondo disciplinar...

GDC: *Y para terminar, una pregunta puntual. Según su experiencia, ¿ha visto algún cambio en las políticas a nivel mundial que haya sido introducido por algún trabajo antropológico o por alguien de este campo? ¿Han escuchado realmente lo que hacemos, y como consecuencia, ha cambiado algún marco teórico en las políticas... alguna pequeña interrogante por aquí o por allá?*

SH: Bueno, yo pensé que era interesante que una mujer sacara a relucir el tema de que, actualmente, la Cruz Roja está hablando sobre cultura. Me gustaría ver la versión que ellos tienen de cultura. Por lo tanto, sí hay un cambio. Hay un reconocimiento. Incluso cuando Anthony y yo estuvimos en Copenhague, ellos decían: «no tienen de qué preocuparse, están a la vanguardia», porque ahora la gente reconoce lo que ellos no incorporan, la antropología en la antropología profunda... reconocen esa falla... Entonces, sí, hay un gran cambio en la aceptación de la antropología, y cada vez que aporto a una publicación que no es de un antropólogo, como la de Andrew Collins, de Elsevier, o algo en esa línea, o el nuevo manual de medioambiente, ellos dicen, «wow, es tan diferente, tan interesante». Por ejemplo, escribí un artículo para el *Handbook of Environment* sobre los cuatro medioambientes. En primer lugar, capítulo por medio de ese libro hablaba acerca de esos medioambientes como serenos. ¡No lo son! Así que partí diciendo: «no todos los medioambientes son serenos, casi todos tienen algún tipo de complejidad».

Reconocimientos

Esta entrevista a Susanna Hoffman fue transcrita y traducida por Najla Gatica, Israel Herrera, Gabriela Muñoz, Lorena Painevilu y Felipe Suárez, y revisada por la profesora y doctora en Estudios de Traducción Aurora Sambolin Santiago como parte del curso de Gestión de Proyectos de la carrera de Traducción Inglés-Español de la Universidad Católica de Temuco.

Sobre el autor

GONZALO DÍAZ CROVETTO es licenciado en Antropología Social por la Universidad Austral de Chile, con una maestría y un doctorado por la Universidad de Brasilia. Actualmente se desempeña como docente investigador del Departamento de Antropología y del Núcleo de Estudios Interculturales e Interétnicos de la Universidad Católica de Temuco (Chile). Es Director del Programa de Magíster en Antropología en la misma institución. Su correo electrónico es gdiaczcrovetto@uctemuco.cl.

RESEÑA

La Reforma Agraria: un cambio gradual y profundo

Emilio MOYA DÍAZ

Universidad Católica de Temuco, Chile

SOBRE Octavio Avendaño, *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973. Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*. Lom, 2017.

Al cumplirse 50 años de la Reforma Agraria y, específicamente, de la aprobación de la Ley de Sindicalización Campesina y de la Ley de Reforma Agraria, ve la luz el trabajo de Octavio Avendaño que versa sobre el papel que jugaron los partidos políticos en dicha transformación. Representación, gradualismo y transformación estructural aparecen como las coordenadas claves para entender el rol que aquellas organizaciones desempeñaron en una de las principales transformaciones que ha experimentado la estructura de poder en Chile.

Siguiendo principalmente los postulados teóricos de la propuesta institucionalista de Thelen, Mahoney y Colomer, el autor logra describir y explicar la heterogeneidad de comportamientos y discursos que presentaron los partidos políticos chilenos durante el período que se extiende entre los años 1946 y 1973. Bajo este contexto, el autor elabora una tipología que presenta cierto grado de flexibilidad y que permite entender de manera adecuada el accionar de los partidos políticos chilenos durante aquel periodo. Un trayecto que se presentó, en términos generales, como sinuoso y no pocas veces contradictorio.

A partir del análisis de una vasta bibliografía sobre el periodo y la abundante evidencia empírica que se presenta en el texto, observamos que los partidos políticos fueron capaces de ir modificando sus prácticas, estrategias y orientaciones según diferentes circunstancias que enfrentaron, tales como los cambios legales e institucionales que experimentó el sistema político chileno y las transforma-

ciones propias de la sociedad, producto de los efectos de los procesos de modernización que se experimentaban en el contexto del modelo de sustitución de importaciones.

Como consecuencia de la aplicación de esta tipología que realiza Avendaño, como lector me queda la percepción de que los partidos políticos no fueron rígidos en sus actuaciones, ni tampoco se caracterizaron por un estado de inmutabilidad o anquilosamiento. Al contrario, fueron capturando los cambios contextuales y, a partir de ahí, modificaron sus acciones para elevar demandas, defender intereses y movilizar a otros actores sociales. El rol que jugó el Partido Radical durante todo este periodo refleja dichas mutaciones y transformaciones, como lo muestra su rechazo a la Reforma Agraria en un principio, y el posterior apoyo y aceptación al final del periodo analizado en este trabajo.

Si bien el libro utiliza una discusión conceptual que se desarrolla principalmente en la ciencia política, logra articular en su línea de argumentación elementos provenientes de la sociología y la historiografía. De hecho, aquellas teorías institucionalistas presentan muchos puntos de encuentro con las propuestas teóricas de sociólogos como Giddens y Archer, ya que no solamente los cambios institucionales afectan a los actores en sus prácticas y discursos —en este caso, a los partidos políticos—, sino que también los actores pueden modificar a las instituciones, ya que son capaces de movilizar recursos para conducirlos en su propio beneficio. A nivel historiográfico, la obra juega latentemente con las distinciones de coyuntura y de largo alcance, lo que permite al lector entender que la Reforma Agraria es una transformación que va más allá de un cambio normativo puntual y sincrónico.

Ahora bien, la obra de Avendaño tiene un gran mérito a mi juicio, ya que si bien analiza una transformación pasada de la cual todavía se sienten sus efectos, también es una guía de lectura que permite comprender de mejor manera las reformas sociales que se discuten hoy en día, y de las cuales todavía tenemos mucho que conocer y analizar, ya que actualmente se muestran crípticas en sus dinámicas y lógicas, y no nos parece claro del todo el comportamiento de los partidos políticos y de otros actores sociales en estas discusiones.

¿Por qué señalo esto último? Porque para que se desarrollara con éxito la Reforma Agraria no fueron condiciones suficientes y necesarias los procesos de movilización social que acaecían en aquel momento; también lo fueron las estrategias que desarrollaron los partidos, los cambios que se generaron en el sistema político, particularmente los electorales, y las modificaciones de ley, entre otros; factores que muchas veces retrasaron una verdadera transformación del mundo

rural chileno. Es decir, a partir de la obra de Avendaño se puede sostener que las transformaciones que alteran la estructura de poder en Chile no son alcanzables ni explicables solamente desde el voluntarismo o por la incidencia de un solo factor, sino más bien deben confluír una serie de condiciones para que estas modificaciones se implementen con relativo éxito en nuestro país, y que se pueden explicar por el hecho de que en Chile las élites concentran gran cantidad de poder en sus manos. En este sentido, es pertinente rescatar cinco ejes de análisis: el rol de los partidos políticos en generar propuestas que no estaban necesariamente en el imaginario del colectivo social, el tipo de vínculos que se establece entre los partidos políticos y las bases sociales, el rol que juegan los expertos al interior de los partidos, las discusiones sobre temas transcendentales, como la idea de propiedad y el papel que desempeñaron los grupos opositores a la Reforma, sobre todo los gremios y los partidos de derecha.

Con respecto al primer eje, los partidos políticos para el autor desempeñaron un papel crucial en la promoción de los distintos cambios y transformaciones que todavía no estaban presentes en el imaginario de los actores sociales. Tal como lo muestran las tesis de Garretón y Lechner, hasta antes de la dictadura eran los partidos políticos los principales generadores de demandas de la sociedad. Por ejemplo, según argumenta Avendaño, la división de la tierra no era necesariamente una demanda que promovieran los campesinos. En efecto, hasta la llegada de la Unidad Popular al poder, sus demandas se relacionaban principalmente con mejorar sus condiciones salariales y sus niveles de protección social. Es preciso, recordar que a diferencia de los obreros urbanos, que ya se encontraban incorporados a los procesos de industrialización tal como se pueden graficar en las obras de Faletto y Ruiz, los campesinos estaban en condiciones precarias en la mayoría de sus condiciones de vida tanto materiales y simbólicas. Además, estos todavía estaban insertos en relaciones de dependencia laboral de carácter tradicional asociadas a lo que se ha denominado como inquilinaje. El Partido Comunista, el Partido Socialista y, posteriormente, la Democracia Cristiana fueron, a partir del análisis del autor, los principales impulsores de la división de la tierra en el mundo rural chileno.

Ahora bien, otro elemento que destaca del análisis que desarrolla este libro se relaciona con el tipo de vínculos que se establecen entre los campesinos y los partidos políticos. Si bien la investigación politológica nos advierte sobre la preeminencia de los vínculos clientelares por sobre los programáticos en la actualidad, la obra de Avendaño muestra que este predominio de los vínculos de carácter clientelar se experimentaban en esta época, particularmente los vínculos que

sostenían los partidos de izquierda con las bases sociales del campesinado. Este diagnóstico coincide con el famoso estudio de Arturo Valenzuela sobre el clientelismo, específicamente, sobre los intermediarios políticos, lo que demuestra que el fenómeno de la Unión Democrática Independiente (UDI) popular que describe la ciencia política no es un fenómeno muy novedoso como forma de relación partido-bases sociales en cuanto a su forma.

Otro elemento sugerente del análisis que realiza Avendaño es la importancia que cobran los expertos al interior de los partidos políticos, específicamente en la formulación de reformas y propuestas. Ejemplo patente de esto es el rol que jugó Jacques Chonchol al interior de la Democracia Cristiana y que se describe de manera muy precisa en el texto. Esta evidencia muestra que los expertos se encontraban al interior de los partidos políticos y no en centros de opinión u organismos no gubernamentales, como es la tendencia actual.

Asimismo, el libro describe una discusión que hoy parece difícil de entablarse en el Congreso a propósito de las reformas que se discuten y que se refiere específicamente al concepto de propiedad. Considero un acierto por parte de Avendaño que muestre esta discusión. Si bien en ese entonces existían opiniones disímiles al respecto, el hecho de que se haya discutido sobre la función social de la propiedad, sobre su carácter, es decir, si corresponde a una atribución del derecho natural o del positivo, nos habla de que dentro de las propias élites políticas dicho tema no estaba consensuado, y existían ciertos disensos. Esta situación hoy parece impensada, ya que si se consideran las discusiones que se establecieron dentro del marco de la reforma educacional o tributaria, en ellas no se abordó el tema de la naturaleza de la propiedad privada ni menos su naturaleza.

Con respecto a los partidos de derecha, el libro nos muestra que estos constantemente fueron reacios a apoyar e implementar una reforma agraria. De hecho, para Avendaño, aquellos utilizaron dos estrategias durante el periodo: la sobreposición y la conversión. Los sectores empresariales, representados por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) y por otros gremios, fueron mucho más temerosos al cambio. El libro pone en evidencia que actuaron mayoritariamente desde la contraposición. Estas reacciones son entendibles, ya que en la propiedad sobre la tierra se jugaba el poder social, político y económico de las élites. La tierra, tal como lo plantean las posturas de Stabilli y Thumala, representaba para aquellos grupos no solo un bien material, sino también un bien simbólico y una fuente de distinción e identidad. Por este motivo, dichos sectores califican la reforma como un proceso traumante y desde ahí se explican las reacciones que mostraron frente a la reforma.

Ahora bien, reconociendo que el libro es un gran aporte, ya que llena un vacío que existía en las ciencias sociales chilenas sobre el rol de los partidos en este periodo y con respecto a este proceso de cambio estructural, existen todavía ciertos aspectos que se pueden seguir indagando y del cual el trabajo de Avendaño no se hace cargo del todo. Por ejemplo, explicar por qué razones los grandes terratenientes no explotaban la tierra en su totalidad, en qué radicaba dicho comportamiento: modernización, el carácter de nuestra oligarquía terrateniente, su habitus, etcétera, o explorar más en el comportamiento que tuvieron los partidos a nivel local y regional en este proceso.

Con todo, el libro es un aporte en cuanto ayuda a entender los motivos que retrasaron la Reforma Agraria, el comportamiento sinuoso de los partidos, y sobre todo, facilita comprender que los grandes cambios sociales e institucionales no fueron efectos de posturas radicales, sino más bien de concepciones gradualistas.

Sobre el autor

EMILIO MOYA DÍAZ es licenciado en Sociología, magíster en Sociología y doctor en Estudios Latinoamericanos. Actualmente es profesor adjunto del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Católica de Temuco. Su correo electrónico es emoya@uct.cl.

